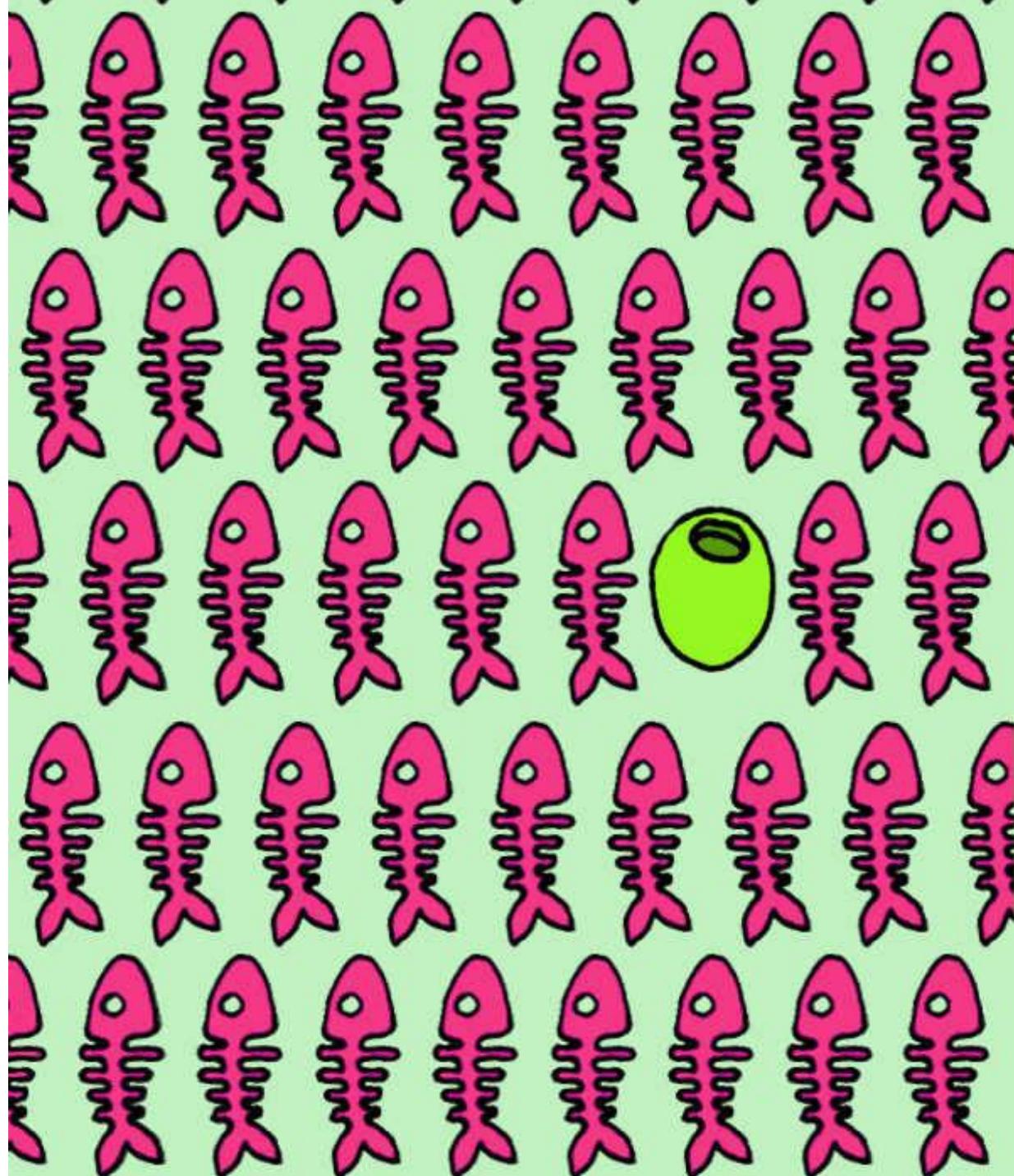


LA LISTA DE OLIVA

Neira



Título original: La lista de Oliva.
Neira, 2015.
ISBN: 978-84-606-6318-8
© Andrea Longarela Gómez
Aviso legal: todos los derechos reservados.

ÍNDICE

[¿Y por qué no?](#)

[Los hombres de Oli.](#)

[Sábado, tequila y menudas tetas te hace ese top.](#)

[Un Bloody Mary, por favor.](#)

[Tengo un gusto exquisito.](#)

[Debo de hacerlo muy bien.](#)

[Viernes loco.](#)

[Agosto.](#)

[Septiembre.](#)

[Octubre.](#)

[Los preliminares más largos del mundo.](#)

[Duele.](#)

[Una conversación interesante.](#)

[Buscando una pareja desesperadamente.](#)

[Feliz Navidad.](#)

[Que Dios se apiade de su alma.](#)

[Contigo me siento en casa.](#)

[Loco por ti.](#)

[Ojalá no terminara.](#)

[La vie en rose.](#)

[La chica del vestido rojo.](#)

[Como animales.](#)

[No me seas abuelo.](#)

[No es el momento.](#)

[Moscorrofos y un pata negra.](#)

[Confesiones inesperadas.](#)

[Bienvenido a casa.](#)

[Mousse de limón.](#)

[Nombres en la arena.](#)

[En familia.](#)

[Un futuro perfecto.](#)

[Noche entre amigos.](#)

[Mentiras.](#)

[Se acabó.](#)

[Veintiún días sin Mario.](#)

[Rehabilitación.](#)

[Primeros pasos.](#)

[Canguro por un día.](#)

[Rencor acumulado.](#)

[Al cien por cien.](#)

[Escondido.](#)

[Dos cobardes y una valiente.](#)

[Terapia.](#)

[Hablar.](#)

[Un final anunciado y un principio impensado.](#)

[Demasiado.](#)

[Agradecimientos.](#)

[Sobre la autora.](#)

Nota de la autora:

Todos los personajes y escenarios de esta novela son inventados, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia (pero si hay algún Mario suelto por el mundo me encantaría conocerlo...).

A mi manada,
porque sois todo lo que necesito.

Cuando no se ama demasiado, no se ama suficiente.
B.Pascal

—*Hay dos o tres cosas que nunca me has pedido y lo lamento.*
Habría sido capaz.
—*¿Qué cosas?*
—*Comer hormigas, insultar a los parados que salen del Inem... amarte como loco.*

Yan Samuel, “Jeux d’enfants”

¿Y por qué no?

Me llamo Oliva. Y no, no es una errata. Sí, Oliva, como las aceitunas, que por cierto, he odiado toda la vida con toda el alma. Ya no sé si por todas las burlas y motes a los que me tuve que enfrentar en esa época tierna que llaman infancia, por un acto estúpido de rebeldía o porque en realidad nunca me han gustado.

Podéis pensar que tengo unos padres con un peculiar sentido del humor por llamarme así, o quizá con un sentimiento de venganza terrible por llegar al mundo cuando solo eran unos críos de dieciséis años, pero no, la verdad es que era el nombre de la abuela de mi padre, por lo que fue un gesto adorable de amor con el que he tenido que lidiar toda mi vida y siendo sincera, pese a todas las burlas que tuve que soportar, me parece un nombre realmente bonito.

He sido Tuna, Aceitunilla e incluso Cebolleta para los que se creían originales e hicieron que el mote inicial fuera derivando en otros. En la adolescencia tuve que soportar durante un curso entero la coletilla por parte del sector masculino de "*Oliva, cuando quieras te meto la anchoa*", que a todo el mundo, como era de esperar, le parecía de lo más gracioso y que a mí me llevó a acabar castigada más de lo que me hubiera gustado por ser incapaz de mostrarme indiferente y terminar peleándome con cualquiera que osara a decírmelo a la cara. Con los años acabé por reírme y también y en el momento que empecé a hacerlo a los demás les dejó de parecer divertido. Ojalá hubiera descubierto antes que ese era el infalible truco, en cuanto dejé de darle importancia también dejó de tenerla para los demás, me hubiera librado de unos cuantas broncas y les hubiese evitado a mis padres unos cuantos disgustos, pero bueno, supongo que en cierto modo ese tipo de cosas forman parte de la adolescencia.

Tengo veintiséis años y según el psicopedagogo de mi colegio un coeficiente intelectual superior a la media, aunque la mayoría de las veces me esfuerzo en que parezca lo contrario, palabras textuales de mi madre.

Trabajo desde hace cuatro años como recepcionista en un hotel de cuatro estrellas bastante céntrico en Madrid, de esos en los que te obligan a mantener durante horas la sonrisa prefabricada en la jeta, ir siempre de punta en blanco y donde el cliente siempre tiene la razón, aunque esto último mi compañera Rosa y yo nos lo pasamos bastante por el forro.

Estudié turismo y hablo inglés, francés y alemán con bastante soltura, así que se puede decir que tengo la suerte de trabajar en lo mío, aunque eso no quita para que en ocasiones sea un auténtico coñazo y además tenemos unos horarios que dan ganas de convertirse en asesino en serie.

De pequeña siempre soñaba con viajar a los lugares más inhóspitos del planeta. Me imaginaba a mí misma con mi traje de exploradora y mi mochila guiando a grupos de aventureros por lugares increíbles, explicando datos curiosos mientras los alertaba de los peligros a los que podríamos enfrentarnos. Navegando por el lago Titicaca, atravesando los Andes, admirando la belleza del Salto del Ángel en Venezuela o con los mocos congelados en Yakutia, uno de los lugares habitados más fríos del planeta. Mi obsesión me llevaba a devorar toda revista de viajes que caía en mis manos y a grabar cualquier documental interesante que echaran por televisión. Mis padres me apuntaron a un grupo de Scouts y me llevaban al campo o de excursión por la sierra de vez en cuando y aunque ellos se sentían frustrados por no poder darme más, con mi imaginación yo ya tenía suficiente para ser tremendamente feliz, a pesar de que la posibilidad de hacer realidad todas esas aventuras fuera prácticamente nula.

Con el tiempo fui siendo consciente de que, aunque era una vida de ensueño, tenía que ser más realista y por eso me decanté por la carrera de turismo, que aunque no me iba a llevar a pelear con mosquitos africanos del tamaño de conejos, por lo menos me iba a dar la posibilidad de aprender idiomas y quizá de viajar a pequeña escala.

Nunca me imaginé trabajando en un hotel. Era obvio que tampoco iba a convertirme en guía turística en las cataratas del Niágara, pero me hubiera gustado serlo, por ejemplo, en París, donde estudié un año, en otro país o yo qué sé, incluso me habría conformado con cualquier rincón de España con mar. Pese a todo hice las prácticas en el Hotel Sant Carlos e inmediatamente después de terminarlas me ofrecieron un puesto en la recepción, así que ahí es donde me gano la vida actualmente. No es el trabajo de mis sueños, pero me pagan bien y tengo unos compañeros excepcionales, por lo que no me quejo en absoluto de la suerte que he tenido.

Comparto piso con mis mejores amigas, Maite y Sonia.

Conocí a Maite a los cinco años. Nos peleamos por un columpio en el patio del colegio y yo acabé con un diente roto, que menos mal que era de leche, porque si no aún hoy no la hubiese perdonado. Nos castigaron a las dos, porque aunque ella me rompió un paleta, yo le llené los ojos de tierra y los tuvo colorados dos días enteros. Después de pasar el tiempo de recreo del día siguiente juntas en el aula de castigo, ya éramos amigas inseparables. Ya ves, forjamos nuestra amistad en treinta minutos, en los que la profesora que nos cuidaba nos obligó a hacer un dibujo sobre el perdón. Yo dibujé sus ojos inyectados en sangre, en plan vampira trasnochada, y ella mi diente hecho añicos, muy educativo, pero antes de irnos Maite comentó que podía aprovechar a ponerlo debajo de la almohada y con un poco de suerte el Ratoncito Pérez me traería un regalo. Le dije que si el mágico roedor me dejaba por casualidad unas gafas de sol, se las prestaría para que se tapara los ojos, porque daba un poco de miedo mirarla y eso fue todo. Al día siguiente compartí la bolsa de caramelos que me encontré bajo mi almohada con ella y nos convertimos en uña y carne.

Sonia llegó nueva al colegio un año después. Era tan poca cosa que los demás niños se empezaron a reír de ella y a decirle que se había equivocado de clase y que se fuera al aula de los pequeños. No sé qué fue lo que pasó por la cabeza de aquella Maite de seis años, pero empezó a pelearse con los que la estaban insultando y la acogió bajo su ala. Ya por entonces era toda una macarra, por lo que no le costó apenas nada que la obedecieran sin rechistar. Nunca nadie volvió a meterse con la tímida Sonia, en cambio, cuando empezaron a ponerme motes ridículos, Maite pasó de mí e incluso apostaría una mano a que lo de la anchoa fue invención suya, a pesar de que siempre lo ha negado, pero Maite es muy sabia y si me dejó sola ante el peligro fue por algún motivo. Supongo que porque me consideraba suficientemente fuerte para acabar con ello por mí misma, como finalmente ocurrió.

Desde ese momento fuimos inseparables y si ni las monjas intentando convencernos de que Maite era Lucifer, ni la época gótica de Sonia de la que tenemos prohibido hablar bajo pena de muerte, ni el guapo de Sergio Martínez por el que nos peleamos en sexto curso pudieron separarnos, dudo que a estas alturas nada lo consiga. Maite dice que somos el mejor trío que ha hecho en su vida y ha hecho unos cuantos, creedme.

Maite está realmente buena. Si alguna vez me animara a probar uno de esos tríos de los que tanto nos habla, sin duda la elegiría a ella. Tiene una melena negra ondulada increíble y unos ojos oscuros que levantan pasiones. Es el prototipo de mujer andaluza, aunque nació en Albacete, pero a ella le encanta describirse así, dice que tiene más tiron, aunque no es que lo necesite precisamente. Es alta, con curvas y claro, vuelve locos a los tíos. De hecho se ha tirado a medio Madrid y a un tercio de Valencia, donde estudió la carrera. Trabaja como asesora financiera en una empresa de electrónica, pero sinceramente no tengo ni puta idea de en qué consiste su trabajo. Y ella no es que ponga tampoco mucho empeño en explicármelo, entre otras cosas porque lo odia, pero como la pagan estupendamente bien y parece ser que se le da de lujo, aguanta como una bendita. Sonia dice que un día le dará un siroco, mandará a su jefe a freír espárragos y es más que probable que la saquen de allí esposada, pero esperemos por el bien de todos que ese día no sea demasiado pronto.

Sonia es todo lo opuesto a Maite. No solo físicamente, que es rubia con ojos azules y cara de no haber roto un plato en su vida, sino también en la forma de ser. Es tímida, muy dulce y una romántica empedernida que espera sentada a su príncipe azul; pero que no os engañe esa imagen de buena chica, porque tiene más mala hostia que Maite y yo juntas, pero sabe esconderla muy bien.

Es propietaria de una escuela infantil, por lo que se pasa el día cuidando renacuajos, y le encanta. De entrada, es la novia que toda madre quiere para sus hijos y sí, da todo el asco, entre otras cosas porque a su lado Maite y yo parecemos dos colgadas inmaduras hagamos lo que hagamos. Aun así es la figura materna que ambas necesitamos para no desviarnos del camino, hecho que seguramente ocurriría con más frecuencia de la que me gustaría confesar si ella no estuviera cerca.

Y en el medio de estos dos polos opuestos estoy yo. La que mantiene el equilibrio en nuestro pequeño hogar, aunque ya os digo que de equilibrada no tengo nada. Como dice Maite, que no os engañe mi careto de "*barbie recepcionista de hotel*", porque estoy totalmente chiflada y me guardo un plan maquiavélico bajo la almohada con el que un día conquistaré el mundo. Con esto queda demostrado quien es la que está como una regadera, pero yo no digo nada.

Soy castaña con el pelo más o menos liso (confieso que gracias al mejor invento del siglo pasado, las planchas de pelo) que ahora mismo me llega por encima del hombro como consecuencia de una crisis que acabó con mi larga melena hace un par de meses y tengo los ojos verdes, herencia de mi padre. En general me gusta, no soy un pibón como Maite, ni una muñeca como Sonia, pero oye, se podría decir que soy resultona. Además cada una tenemos nuestras virtudes y, no es por nada, pero yo tengo dos muy bien puestas. Con los años he aprendido a sacarme partido y a quererme tal y como soy, porque hace tiempo descubrí que no hay mayor enemigo que

nosotras mismas. Si una no se quiere, ¿cómo podemos pretender que otros lo hagan?

Nos independizamos prácticamente a la vez. El piso era de los padres de Sonia, que están forrados, y cuando su única hija cumplió la mayoría de edad decidieron regalárselo. Un pisito de tres dormitorios y dos baños en el centro Madrid. Casi nada. Es una casa preciosa reformada, pero que aún conserva el encanto de la construcción antigua, de esas de techos altos y amplios ventanales de madera que yo no podría pagar sin hipotecarme unas tres o seis vidas. Luminosa, amplia y con dos balcones monísimos donde en su día Maite intentó plantar marihuana sin ningún éxito, pero que ahora solo albergan macetas con un par de cactus y un geranio mustio. Por mi decimotavo cumpleaños mis progenitores me regalaron una bicicleta azul turquesa con cesta para ir a clase. Es la más bonita que he visto nunca y me encantó, pero no es comparable, leñe, estaréis de acuerdo conmigo en que te regalen la independencia a esa edad es como que te toque la lotería. Pese a todo y de manera inexplicable para nosotras, mi Sonia, que es muy responsable, no se mudó hasta que terminó la carrera. Mientras tanto usó el piso para estudiar, para alguna fiesta esporádica, por supuesto obligada bajo nuestra pésima influencia y como picadero improvisado (obviamente también más disfrutado por nosotras que por ella misma).

A la semana de mudarse, Maite apareció, sin ni siquiera avisarla, con sus maletas en la puerta y se instaló. Dos días después de regresar de París lo hice yo. Ella nos acogió como si fuera lo más natural del mundo que acabáramos las tres bajo el mismo techo y es que en realidad lo era.

Al principio le pagamos una cantidad simbólica, hasta que empezamos a trabajar y ya pudimos colaborar más. Nos costó llegar a un acuerdo, porque ella no quería que le diéramos más dinero, ya que por su situación económica no lo necesita, pero nosotras nos negamos a vivir por la patilla. Bastante regalo es ya vivir en un piso así de bonito y tan bien situado al precio ridículo que pagamos, como para que encima lo hagamos de gratis. Creo que, si nos cobrara al precio del mercado, ni siquiera tendría suficiente con mi sueldo mensual, para que os hagáis una idea del regalo que Sonia nos hace.

Yo antes de mudarme vivía con mi madre, su marido Ricardo y los mellizos Juan y Julia, que ahora tienen diez años y son el demonio personificado. Me encantaba vivir con ellos, pero después de un año entero sola en la capital francesa, necesitaba salir definitivamente de mi casa y empezar una nueva etapa. Me independicé muy joven, siempre tuve muy claro que lo haría en cuanto fuese posible, pero no porque tuviera desavenencias familiares, ni por haber pasado por una infancia traumática ni nada por el estilo, de hecho me siento muy afortunada porque tengo la mejor familia con la que una chica podría soñar, sino porque simplemente me nacía, necesitaba tener mi propio espacio, empezar a construir mi propio camino.

Hablando de mi familia... se podría definir mi vida familiar como peculiar, pero yo prefiero decir que es especial.

Mis padres se conocieron un verano en el pueblo de mi madre. Ella veraneaba allí cada año y él fue a pasar las vacaciones invitado por un amigo. Se gustaron, tontearon y fueron el primer amor uno del otro, todo muy bonito y muy de película americana, en plan *Mi chica* pero sin abejas de por medio, ni muertes que traumatizan infancias y con las hormonas revolucionadas. Mi madre tenía quince años y mi padre dieciséis. Fue el primer beso de ella y el primero de él de los de verdad (lo que yo supongo que quiere decir con lengua) y pasaron juntos los dos meses entre paseos en bicicleta y baños en el río, a lo que yo sumo polvos en algún lugar escondido ya que yo soy la prueba viviente. Acabó el verano y se despidieron. Se hicieron todas esas promesas bonitas, pero también absurdas, que se hacen cuando crees estar enamorado por primera vez y que rara vez se cumplen, entre ellas escribirse, y cada uno se marchó a su casa. Mi madre a Madrid y él a Toledo. Tres meses después, mis abuelos maternos aparecieron en la puerta de la casa de mi padre con mi madre desencajada y con una incipiente tripa que ya no pudo ocultar más y el padre de mi padre (o sea mi abuelo) lo agarró de la oreja y le estuvo dando palos hasta que los otros tres consiguieron que lo soltara. A mi madre las monjas no le permitieron seguir en el colegio y mi padre fue obligado a ponerse a trabajar en la empresa de construcción de mi abuelo.

Meses después, un día de mayo que llovía a raudales, nací yo.

En el momento que mi abuelo se enteró de que iban a llamarme Oliva, que era el nombre de su difunta madre, se ablandó y perdonó a mi padre. Siempre me han contado que en un principio iban a llamarme Alicia, en honor al personaje de Lewis Carroll, pero que cuando me vio y le devolví la mirada lo supo, que mi nombre era Oliva, porque le recordé a su abuela e iba a llevar el nombre en el color de mis ojos.

Mis padres nunca volvieron a estar juntos como pareja, aunque en realidad eso es mentira, algún que otro encuentro fugaz tuvieron durante los primeros años, pero nunca han mantenido una relación seria. Él nos visitaba los fines de semana y cuando por fin encontró trabajo en la capital, se mudó para estar más cerca de mí. Por entonces tenía veinte años y al poco de llegar comenzó a salir con Natalia, la que hoy en día sigue siendo su mujer y la madre de mi hermana Candela, ahora con veinte años y de Marcos de dieciocho. A los que quiero con locura y llevo por el mal camino de vez en cuando.

Mi madre no rehízo su vida hasta años después, cuando conoció a Ricardo y tuvo a los mellizos o la imagen de Satán en la tierra, a los que adoro y temo a partes iguales. No es una exageración, lo juro, son como *Daniel el travieso* versión gore.

Lo mejor de todo es que aunque mis padres hayan seguido con sus vidas por separado, yo siempre he sido un nexo muy fuerte entre ellos y entre todos hemos formado una gran familia que se junta en los cumpleaños, Navidades y con cualquier excusa al igual que otra familia cualquiera. Mis padres se quieren muchísimo, pero como amigos con una hija en común. Quizá sea porque no estaban enamorados, sino que solo compartieron ese sentimiento tierno y dulce que supone un bonito primer amor, pero que es más una ilusión que otra cosa.

Para mis hermanos por parte de padre, mi madre es su tía y los mellizos sus primos y viceversa, y estoy tan orgullosa de esto que hemos creado que creo que no hay nadie en el mundo más afortunado que yo.

Así que resumiendo, soy la mayor de cinco hermanos y me llevo los mismos años con los mellizos que con mis padres, lo que a veces es raro, porque solo con imaginarme que esos pequeños podrían ser hijos míos empiezo a hiperventilar, pero por otro lado disfrutar de unos padres tan jóvenes y llenos de vitalidad es una maravilla.

Hasta hace dos meses salía con Alberto, un imbécil con más polla que cerebro, pero que había lobotomizado el mío por completo. Guapo a rabiar, divertido, un fiero en la cama, pero también egoísta, egocéntrico, un niño de mamá, nada detallista, más pendiente de su reflejo que de mí y, por si fuera poco, infiel.

Lo conocí en el gimnasio y empezamos a vernos de vez en cuando, hasta que, sin pretenderlo, me encontré metida en una relación que no iba a ningún lado, pero a la cual yo ya estaba totalmente enganchada. Así estuvimos un año, hasta que lo oí fornicando con otra en un vestuario del gimnasio, llamé a los de seguridad, los echaron a patadas prohibiéndoles la entrada desde entonces y yo estuve dos días llorando como una magdalena entre los brazos de mis amigas, hasta que al tercero, como Jesucristo, resucité y volví a ser yo. Más o menos.

Decidimos arreglarlo con una terapia consumista, de esas que no se sabe a ciencia cierta si realmente funcionan para algo más que para hacer un agujero en tu cuenta corriente, pero que sientan de miedo. De hecho, es más que probable que te arrepientas a fin de mes cuando ya llevas una semana subsistiendo a base de macarrones, eso sí, calzando con orgullo unas *Pretty ballerinas* para caerse muerta de lo bonitas que son.

Así que sucumbí a la tentación. Me gasté un pastizal en ropa, me hice la manicura y la pedicura y me corté el pelo. Horror. Volví a casa y estuve otro día entero con el moco colgando, esta vez por mi corte de pelo, pero bueno, ya me ha crecido un poquito y no está nada mal. Era yo la que no estaba preparada para hacerlo, seguro que me entendéis.

Aprendí uno de los consejos más importantes que te pueden dar en la vida, nunca te cortes el pelo cuando estés triste o te ciegue la ira, jamás. Podéis sustituir cortar el pelo por hacerse un tatuaje estúpido o por algo aún peor. Como mi compañera de trabajo Nadia, que se emborrachó como si se acabase el mundo y acabó suplicando bajo la ventana de su ex que se la follara por última vez para, una vez acabado el acto, decorar su amado coche con un “*que te jodan mamón*” con pintura fucsia, muy mona, pero nada discreta y difícil de quitar. O, y voy a mojarme con un ejemplo propio, colarse en la casa de un cabrón que ha roto el corazón a tu mejor amiga, con la intención de dejar un consolador, un dildo anal y un tanga sobresaliendo de su maletín de profesor y que su mujer lo encuentre al llegar a casa.

En definitiva, cualquier deseo de cambio, venganza o decisión importante que no tenga arreglo después, al menos a corto plazo. Nunca sale bien, sé lo que digo. Y menos si te arresta la policía y acabas intercambiando consejos de maquillaje con Davinia Pollafina, un travesti adicto a las anfetanas, en el calabozo.

Y, excepto Andrés, mi novio del instituto con el que estuve un año y medio, esta última ha sido mi relación más larga. El resto de mi vida sentimental se ha basado, básicamente, en ligues de una noche o amigos con beneficios, por decirlo de una manera un poco elegante, aunque no es que se me conozca precisamente por mi elegancia.

Maite nunca ha tenido una relación seria, bueno, a lo mejor para la otra parte sí que lo era, pero para ella no. La verdad es que siempre se lo deja claro a los tíos con los que está, pero aun así muchos se cuelgan de ella y creen que tienen más de lo que realmente hay. La única vez que se ilusionó con alguien ella tenía diecisiete años y él era bastante más mayor, aunque ese no fue el problema. O al menos no el mayor de todos ellos. Mateo, profesor de historia del arte en el instituto, atractivo, inteligente y manipulador. Maite, una preciosidad, candorosa como una flor y con una sexualidad apabullante de la que ella aún no era consciente, pero que el resto de la humanidad masculina empezaba a vislumbrar. Él se obsesionó con ella, la enamoró con palabras de amor, regalos perfectos y promesas en las que confió ciegamente. Mi Maite cayó enseguida en la madriguera del ratón. Se reservó para él enamorada hasta la médula y mantuvieron su idilio en secreto hasta que ella cumplió los dieciocho. Era una niña y estaba tan enamorada que no supo ver las señales y le rompió el corazón. Después de tanta espera y tantas promesas solo consiguió de él perder la virginidad en el asiento trasero de un Renault 21, que obviamente era lo único que él deseaba. Ni siquiera la llevó a un hotel. Fue un desastre, de esas primeras veces que es mejor olvidar; el tío era un egoísta que solamente pensó en su placer y cuando se desahogó se largó y no volvió a llamarla nunca más. Y todas aquellas palabras bonitas y promesas de un futuro compartido se las llevó el viento, junto a la inocencia de una Maite que se vio obligada a crecer en ese mismo instante. Fue capaz de mantenerla engañada y esperar a que ella cumpliera la mayoría de edad y dejara de ser su profesor para evitarse represalias y futuros problemas. Y claro, eso no fue todo, porque además él estaba casado. Dejó a Maite hundida durante meses. Cuando por fin resurgió de sus cenizas, cual ave fénix, lo hizo como una nueva mujer, una preparada para llevar siempre el control y a la que nunca, nunca, volverían a romper el corazón.

De ahí en adelante ha tenido rollos con los que ha frecuentado meses, pero nada más allá de divertirse un rato, sin compromiso ni responsabilidades. Esa historia, de la cual tenemos prohibido hablar, le dejó marca.

Y a mí me llevó a comenzar la mayoría de edad con antecedentes penales.

Sonia, en cambio, acaba de salir de una relación idílica que ha durado la friolera de cinco añazos. Pedro, futuro oftalmólogo, de buena familia. Tan mono, tan buen chico, tan educado, tan detallista, tan responsable, tan... aburrido. Sí, hasta ella se ha dado cuenta, tarde, pero más vale tarde que con boda y jauría de críos a tu alrededor. Le ha guardado un luto más que razonable de seis meses y ahora ha decidido volver a la búsqueda de ese gran amor que, según ella, defensora acérrima de las novelas románticas, todas nos merecemos. Cada vez que suelta alguna de esas Maite se ríe en su cara. Yo un poquito también, pero por dentro no puedo evitar pensar, ¿y por qué no?

Los hombres de Oli.

Cuando cumplí cinco años pedí matrimonio a mi padre. Me habían explicado que cuando un hombre y una mujer se quieren y desean pasar la vida juntos, se casan, así que como yo quería a mi padre y por aquel entonces no pensaba separarme de él en la vida, supuse que cuando fuese más mayor me casaría con él. Después me explicaron que eso no era posible y que se referían a una clase de amor diferente, un amor que aún no comprendía. Estuve años sin entenderlo y con el plan secreto de que cuando fuese más alta que Natalia, con la que mi padre ya tenía planes de boda, porque de hecho ya habían tenido a mi hermana Candela, acabaría echándola de casa a puñetazos y me casaría con él. No me culpéis, si conocierais a mi padre lo entenderíais. Al final acabé queriendo tanto a Natalia que mi plan se fue al garete y le pedí perdón entre lágrimas por haberla odiado durante un tiempo.

Es una de esas anécdotas que salen una y otra vez en las reuniones familiares, supongo que porque cuando creces y dejas de ser aquella niña encantadora, tus padres no pueden evitar recordar con nostalgia aquellos momentos en los que aún les parecías adorable, antes de mutar y convertirte en un caso más de adolescente insoportable. Porque sí, lo confieso, entre los catorce y los dieciséis fui un constante dolor de huevos para mis pobres progenitores.

Antes de llegar a eso, volví a pensar seriamente en el matrimonio cuando los Backstreet Boys se convirtieron en el centro de mi universo, el de mis amigas y el del resto de féminas del planeta. Con once años soñaba con que un día me casaría con A.J., el más macarra de los cinco (lo que llevó a mi padre a montar una campaña a favor de Nick Carter, porque era el que tenía más pinta de ángel asexual, ya que se imaginaba que si con once años ya me gustaba el de la pinta de delincuente le esperaba un futuro aterrador y no le faltó razón). Tendríamos dos niños y dos niñas y viviríamos aquí en Madrid, cerca de mis padres. Lo sé, ridículo, pero me queda el consuelo de que el 95% de mi generación compartía un mismo sueño.

Con los años me convertí en la típica adolescente rebelde y contestona que se mete en un lío detrás de otro sin pensar en las consecuencias de sus actos y con un cartel en la puerta de mi habitación en el que se podía leer: *Si el mundo está contra mí, yo estoy contra el mundo*. Un espanto. Empecé a fumar a escondidas, a pirarme las clases, a maquillarme como una chica Almodóvar en los baños del colegio y estupideces varias que prefiero no recordar. Incluso llevé un mechón azul durante un tiempo, ¿entendéis ahora por qué prefiero olvidarlo? Menos mal que esa filosofía derrotista, y de gustos estéticos cuestionables, no duró demasiado, justo hasta la aparición en mi vida de Adam Levine, en el cual volqué toda mi atención y volví a comportarme como una niña relativamente normal.

El cantante de Maroon 5 se convirtió en el protagonista absoluto de mis primeras fantasías sexuales. Sinceramente, en ese momento la idea del matrimonio me importaba un pimiento. Solo quería que me enseñara todos los secretos que encerraban las parejas tras las puertas de sus dormitorios, pero aun así, en el fondo de mi ingenuo corazón, albergaba la esperanza de que él me conociera en una de sus giras y se enamorara locamente de mí. En esta etapa ya no quería vivir cerca de mis padres, de hecho me hubiera parecido perfecto hacerlo en la otra punta del planeta, pero la idea era que Adam me llevaría con él a recorrer mundo de concierto en concierto y el resto del tiempo viviríamos en su casa de Los Ángeles, donde finalmente nos casaríamos.

A los diecisiete años conocí a Andrés, mi primer novio de verdad, con el que salí durante un año y medio. Nos conocimos en la clase optativa de literatura universal en el instituto y enseguida conectamos. Me olvidé de todos mis sueños de niña y me volqué en mi primera relación real. Nunca volví a pensar en el matrimonio hasta muchos años después, supongo que esa fue una de las señales que me indicaban que él no era el hombre de mi vida. Está claro que éramos muy jóvenes, que aún nos quedaba muchísimo por aprender y que es una locura pensar en matrimonio con esa edad, pero para Andrés desde el principio la relación tuvo una importancia en su vida que claramente no la tuvo para mí. Cuando un chico de diecinueve años te dice que está seguro que acabará besándote en el altar y tú primero te echas a reír y cuando te das cuenta de que lo dice en serio empiezas a hiperventilar, es que algo no va cómo debería. Supongo que cada uno vivimos esa historia de una manera diferente, hasta que yo me di cuenta de que él estaba en un punto al que yo nunca sería capaz de llegar y por eso se terminó. No soy una persona que se arrepienta fácilmente de las cosas, soy impulsiva y apechugo con las consecuencias de mis actos, pero con Andrés sí que lo hice. No de haber estado con él, eso nunca. Me dio y me enseñó cosas maravillosas y con los años descubrí que una parte muy importante de la confianza que tengo en mí misma, fue gracias a él. De lo que me arrepiento enormemente es de no haberme dado cuenta antes de lo que él buscaba y esperaba de mí y que no pude darle, pero era demasiado niña aún y no supe verlo hasta que, cuando por fin abrí los ojos, él ya estaba tan entregado que le rompí el corazón.

Quiero dejar claro que, aunque de niña tenía establecida la idea de que el matrimonio era el objetivo final del amor (como, desde mi punto de vista, nos inculcan erróneamente desde que tenemos uso de razón), con los años ese concepto cambió y no se trataba del concepto de matrimonio en sí, si no de la idea de compromiso. De encontrar a ese alguien especial al que le entregues todo lo que tienes sin olvidar nunca quién eres.

Desde pequeña fui una soñadora que creía en las grandes historias de amor. Esas escenas de película en las que cuando lo ves a él por primera vez el mundo se para un instante, la Tierra deja de girar y los planetas se alinean justo en el momento en que sus labios se rozan con los tuyos y solamente con ese beso descubres que es el amor de tu vida. Pues bien, no me siento orgullosa de esto, pero he tenido muchos primeros besos, algunos mejores y otros para el olvido y nunca he sentido nada más que, en el mejor de los casos, un hormigueo entre las piernas.

Según pasaban los años y lo único que aumentaba en mi vida sentimental era la lista de citas desastrosas, que solo me servían para tener más anécdotas con las que mis amigas pudieran partirse de risa a mi costa, o de aventuras de una noche, empecé a desilisionarme y a pensar que quizá no todo el mundo está destinado a encontrar eso que nos venden en las novelas románticas. ¿Cómo si no podría explicarse que, casi siete años después de mi ruptura con Andrés, no haya conocido a un hombre que consiga despertar en mí ese algo más necesario para creer que eso es posible? No me malinterpretéis, he conocido a chicos interesantes que seguramente harán muy afortunada a alguna chica en su vida, pero siempre me faltaba algo. Ese algo que hace que todo lo demás deje de importar y que cobre sentido aquello que no lo tenía. Quizá el problema sea que tengo unas expectativas demasiado altas, pero es que ¿no creéis que debemos albergar la esperanza de encontrar aquello con lo que siempre hemos soñado? ¿O es que debemos aceptar lo que venga y conformarnos con menos?

Con ocho años, cuando por fin entré en razón y comprendí, más o menos, la locura que supondría una boda con mi padre, este tuvo la brillante idea de elaborar juntos una lista en la cual enumeramos todas las características que tendría que cumplir mi futuro marido, mi hombre perfecto. Después de una hora debatiendo duramente con mi padre, la lista finalmente se compuso de diez puntos en los cuales ambos estábamos de acuerdo y que, a esa tierna edad, me parecían incuestionables; aunque lógicamente, con el paso de los años, mi lista se fue modificando en mi cabeza, tachando y anotando, hasta rellenar un montón de guiones que la hacían interminable y obviamente la convertían en un imposible. Así que supongo que básicamente eso es lo que siempre he esperado, un imposible y es la razón por la que puedo afirmar que con veintiséis años nunca me he enamorado de verdad.

Hace poco más de un año conocí a Alberto, la única relación supuestamente adulta que he tenido, aunque denominarla de ese modo es casi un insulto para las demás relaciones de pareja realmente adultas que pueblan el mundo.

Yo ya me había fijado en él, yo y la mitad de las mujeres del gimnasio y podría incluso afirmar que del planeta, porque era todo un espectáculo verlo sudar en la cinta o en el banco de abdominales. Para ser sincera, es un espectáculo verlo, da igual cómo y dónde. Alberto es de esos tíos tan guapos que cuando te miran parece que tu lóbulo frontal ha dejado de funcionar y lo peor es que el muy cabrón lo sabe y se aprovecha de ello. No es solo que sea guapo, sino que encima parece el típico chico malo de la película que al final cambia por amor, pero es que eso no existe en la vida real, le pese a quien le pese, así que se queda con ser el chico malo a secas. Aun así con tipos como él, por regla general, acabamos comportándonos como idiotas, es inevitable. Yo intenté luchar contra ello algo así como un segundo y medio y no me sirvió de nada.

Al principio simplemente me dediqué a disfrutar de las vistas como una más y no le di mayor importancia. Además, por aquel entonces, yo me veía de vez en cuando con David, un tío que conocí en un bar con el que me entendía bastante bien, pero que tampoco era nada serio. El caso, es que a pesar de que luego caí como todas las demás, en cuanto vi a Alberto leí el cartel luminoso con la palabra *cabrón* que llevaba en la frente y decidí evitar situaciones futuras incómodas, ya que coincidíamos con frecuencia por allí en horarios y me negaba a acabar teniendo que cambiar de gimnasio si la cosa se complicaba, entre otras cosas, porque es el que me pilla más cerca de casa y ya había pagado la cuota anual.

Pasaron las semanas y un día de repente, sin habernos dirigido nunca la palabra, me agarró del brazo cuando iba camino a los vestuarios y, colocando su mano en mi cintura, me obligó a apoyarme en la pared. Solo con notar sus dedos sobre la curva de mi cadera consiguió que mis pezones se endurecieran y que se me secara la boca.

—¿Oliva, verdad?—asentí con la cabeza como una estúpida, pero es que me había cogido tan de sorpresa, estaba tan cerca y era tan guapo, que mi cerebro se había declarado en huelga—. Te espero fuera y te invito a una copa, ¿te parece?

—Entre el ejercicio y los nervios por el asalto creo que tendría que comer algo antes de esa copa.

Alberto me dedicó una sonrisa letal al percibir el temblor de mi voz, no necesitó mucho más para saber que me tenía donde quería.

—Me parece perfecto.

Y guiñándome un ojo desapareció. Yo me quedé ahí intentando recomponerme un minuto y analizando lo que acababa de ocurrir. Joder. Supe que estaba perdida desde que fue capaz de hacerme aceptar sin pensármelo siquiera. Un segundo y medio, como expliqué antes. Patético.

Había visto a Alberto tontear con cualquier tía que se le cruzaba y aun así, en cuanto se dirigió a mí por primera vez, acepté sin más.

Mientras me duchaba pensé que tampoco era para tanto, yo estaba soltera y él, por lo que se comentaba por allí, también, no tenía que dar explicaciones a nadie y tampoco tenía por qué pasar el asunto de una copa y un tonto inocente.

Ya. Claro. Y los cerdos vuelan y el chocolate no engorda.

Esa noche, después de malcomer una hamburguesa, ya que Alberto me miraba de una forma tan sexual que, a pesar de mi estómago vacío, fui incapaz de concentrarme en comer y de camino a tomar la supuesta copa, tiré de mi mano y nos colamos en un garaje antes de que la puerta se cerrara. El primer beso me pilló tan desprevenida que tuve que agarrarme a sus hombros para no perder el equilibrio. Segundos después yo ya estaba desatada. Alberto era sexualidad pura, sin máscaras, sin rodeos. Todo él emanaba sexo. Su forma de besar, de tocarme, de gemir. Me devoró y en un minuto me hizo perder el sentido. Él guiaba y yo desde aquel primer día le dejé llevarme a su terreno. Era un seductor nato y a mí me resultaba tremendamente excitante todo lo que hacía. Acabamos follando como animales en la oscuridad de ese garaje privado sobre el capó de un *Audi A3* color rojo. Incluso a día de hoy me sonrojo cada vez que veo uno como ese. Se convirtió en la mejor experiencia sexual que había experimentado hasta la fecha. Cuando llegué a casa seguía sin creerme lo que acababa de hacer. Era la primera vez que mantenía relaciones sexuales en un sitio así, con la posibilidad de que la puerta se abriera y nos pillasen en cualquier momento y además con un tío que prácticamente acababa de conocer. Y lo que más me sorprendía de todo es que me moría de ganas por repetirlo.

Después de ese primer encuentro vinieron muchos más. Cada vez que coincidíamos en el gimnasio no nos dirigíamos la palabra, si acaso nos dedicábamos alguna mirada que contenía un montón de promesas a cual más sucia y perversa y nos esperábamos el uno al otro a la salida, hasta que se convirtió en una rutina tan obvia para todo el mundo que dejamos de fingir.

Lo cierto es que nos llevábamos muy bien. Nos pasábamos el tiempo riendo o follando, lo cual era perfecto, hasta que yo empecé a imaginarme un futuro en eso donde claramente no lo había. Al mes yo ya estaba enganchada a Alberto y me planteé, por primera vez en mi vida, que quizá con él podría funcionar. Guapo, divertido, sociable, compartíamos gustos y aficiones, ¿por qué no podía ser él?

Un día, después de llevar viéndonos más de dos meses, salimos a tomar algo con unos amigos míos y lo presenté como mi novio y sonrió, así que yo, ingenua de mí, di por hecho que aceptaba el papel que le había impuesto. Al principio estaba encantada, parecía que todo iba bien ya que él pasaba varias noches a la semana en mi casa, salíamos por ahí, íbamos al cine, a cenar..., lo que hace cualquier pareja normal. O eso es lo que me pensaba yo, porque con el paso del tiempo fui consciente de que solo veía lo que quería ver y que Alberto y yo fuimos de todo menos una pareja normal.

La calma no duró mucho. Cuando llevábamos más de medio año lo pillé tonteando claramente con una monitora del gimnasio y evidentemente lo negó. Ahí empecé todo a desmoronarse. Comencé a ver historias donde, según él, no había nada. Soy celosa de nacimiento, por lo que las broncas empezaron a ser constantes. Él lo negaba todo, me echaba en cara que lo agobiaba, al final acababa pidiéndole perdón por ser tan desconfiada y nos reconciliábamos con un maratón sexual. Este proceso también se convirtió en una rutina. Para él el sexo lo era todo, lo que básicamente significaba que en realidad era lo único que teníamos. Me pasaba días sin saber nada de él y después aparecía exigiendo mi contacto sin darme una explicación; me ocultaba el móvil, me excluía de sus planes. Estaba tan ciega que me avergüenzo profundamente, ni siquiera me reconozco cuando pienso en esos días.

Ahora sé que estaba enganchada a una ilusión, a la idea que había formado en mi cabeza de lo que se suponía que debía ser él en mi vida. De lo que quería que fuera, pero que, evidentemente, ni se le acercaba. Ni siquiera estoy segura de por qué me obsesioné tanto con un tipo como Alberto; pensándolo ya en frío y desde la distancia, no entiendo cómo pude estar tan loca por él. Alberto era una atracción brutal, casi animal y al principio eso me nubló totalmente la razón. Era verlo y se me erizaba todo el cuerpo y solo podía pensar en lanzarme sobre él y dejar que me hiciese lo que quisiera hasta explotar en un orgasmo glorioso. Con el tiempo eso no cambió, pero sí empecé a sentir carencias que necesitaba que él cubriese y nunca dio la talla. A pesar de ello, preferí ignorarlas y agarrarme a la creencia de que con el tiempo acabaría dándome eso que yo necesitaba, pero qué equivocada estaba.

Cuando hicimos un año abrí los ojos y la decepción fue bestial. Alberto ni se acordó. Apareció por mi casa sin avisar, como hacía casi siempre, echamos un polvo grandioso y se largó con la excusa de que tenía que madrugar al día siguiente. No le dije nada. No le pedí explicaciones, pero la verdad ya empezaba a mostrarse ante mis ojos, dura y cruel. Dos días antes le había presentado a mi familia en mi cumpleaños. Él me regaló un top para el gimnasio.

Una semana después salía agotada y sudorosa de mi clase de spinning y al entrar en los vestuarios femeninos me quise morir. Unas chicas se reían al fondo porque se oía a una pareja jactarse dentro de uno de los cubículos. Cerré los ojos y contuve las lágrimas para evitar que la humillación fuese mayor, porque en cuanto puse un pie ahí dentro supe que solo podía ser él. Y no me equivoqué.

—Más fuerte, nena...

Su voz, sus gemidos, mis ganas de vomitar. No sé por qué motivo lo hice, pero esperé pacientemente a que culminaran y después salí de allí sin mirar atrás. Avisé en recepción de lo vergonzoso que es cambiarse mientras oyes cómo otros usuarios practican sexo y, por lo que supe después, los de seguridad los echaron a patadas. No volví a saber nada de él. Ni una triste llamada. Fui la comidilla durante un tiempo, todo el mundo a esas alturas sabía de nuestra relación, pero me negaba a huir. Me enfrenté a las miradas de lástima y a los murmullos que dejaba a mi paso y al final se olvidaron de mí.

Obviamente, él actuó como un cabrón egoísta, pero en esta historia yo también fui culpable, porque se lo permití. Me cansé de esperar a ese algo que nunca llegaba y me dejé llevar. Además, el hecho de que el sexo con Alberto fuese el mejor que había conocido hasta entonces, no ayudó en absoluto. Solo sirvió para que yo me enganchara de una forma enfermiza a una relación por lo demás vacía y que enseguida se tornó en dañina, sobre todo para mí. Recuerdo que ese día de camino a casa lo vi todo. Alberto nunca hizo planes reales conmigo, nunca me presentó a sus amigos ni a su familia, solo a algún conocido de fiesta, pero nada más. Nunca fue demasiado expresivo en lo referido a sus sentimientos, lo justo para que yo lo dejara en paz y sin involucrarse demasiado. Pude contar con los dedos de las manos las veces que se quedó a dormir conmigo después del sexo y me puse a llorar. No porque me hubiera roto el corazón, sino porque sin darme cuenta, con él había tirado la toalla, me había conformado y por primera vez en mi vida sentí que me había dejado pisotear por un tío. Lo más triste de todo es que ni siquiera me sorprendió que me engañara. No es que estuviese ciega en relación con él, más bien el problema fue que yo misma me puse una máscara. También fui consciente de que con toda probabilidad no fue la única vez que estuvo con otra estando conmigo, ¿y por qué no hice algo antes si intuía lo que ocurría? Pues porque preferí aferrarme a ese sueño de haber encontrado lo que buscaba y mirar a otro lado, a afrontar la realidad de frente y seguir sintiéndome sola.

Al llegar a casa metí todas las pertenencias de Alberto en una caja y, junto a Sonia y Maite, las quemamos, en plan aquelarre, mientras yo me desgañitaba la garganta de tanto llorar y gritar y me ventilaba una botella de vino a morro. Maite dice que nunca había oído tantas palabras malsonantes juntas. El colmo del patetismo fue que casi me hubiera entrado todo en una caja de zapatos, ya que después de una relación de un año, solo pude encontrar en mi casa su cepillo de dientes, unos calzoncillos y un paraguas que se olvidó un día. Sin duda otra señal más de que solamente estaba de paso en mi vida. Para hacer bulto yo metí el regalo que me hizo por mi cumpleaños.

Lloré por él, porque aunque no estaba enamorada lo quería, pero sobre todo lloré por mí, por haber perdido las ganas y haberme dejado arrastrar hasta ese punto.

En el fondo siempre supe que él no me quería, pero me agarré con todas mis fuerzas a la posibilidad de que, por una vez, fuera yo la protagonista de la novela romántica y no que se lo tuviera que escuchar a otras. Es triste, pero a veces actuamos de forma estúpida sin poder hacer nada para remediarlo, solo porque creemos que si hacemos las cosas de determinada manera, conseguiremos que al final lo que deseamos acabara sucediendo, en cambio lo único que obtenemos es mentirnos a nosotros mismos y la caída es tremendamente dolorosa.

A pesar de que yo sufrí con la ruptura, insisto en que no estaba enamorada de él. Intenté convencerme de que sí, de que Alberto era para mí y que con él habría posibilidad de tener un futuro bonito, pero todo era una gran mentira. Eso no puede ser amor. Me niego a creer en el amor si es así. Mi madre dice que cuando es amor lo sabes, no hay necesidad de preguntártelo, no hay dudas, simplemente lo sientes y yo con Alberto nunca estuve demasiado segura de nada. De lo único que salí plenamente convencida en esa relación, fue de que todo aquello que viví con él, las mentiras, las peleas, sus desplantes, sus engaños, la decepción..., nunca más tendría cabida en mi vida.

Sábado, tequila y menudas tetas te hace ese top.

Hoy es sábado y libro este fin de semana, por lo que es el primero que salimos las tres juntas desde mi ruptura con el imbécil de Alberto y por primera vez, desde hace más de cinco años, con Sonia soltera. Esta noche marcará un antes y un después en nuestra vida, según Maite claro, que lleva toda la semana pregonando a los cuatro vientos que es el principio de una nueva era y que esa nueva etapa empieza tal que hoy.

Que lo presente dice.

Que lo nota en el ambiente.

Que claramente ha visto un pene en los posos del café.

Está chalada, pero lo peor es que sabe que Sonia es una creyente absoluta de todas esas chorradas paranormales, percepciones extrasensoriales, premoniciones y un largo etcétera y la tiene totalmente convencida de ello.

Supongo que no dejará de ser una noche como otra cualquiera en la que Maite y yo bebamos más de la cuenta, ella acabe fornicando por ahí, yo haré alguna estupidez y Sonia nos acostará y nos avergonzará al día siguiente contándonos su versión de la noche, que obviamente será la real y muy diferente a la nuestra.

Vamos, lo de siempre.

Estoy en ropa interior dándome mi crema favorita de coco en las piernas, cuando entra Maite con su albornoz fucsia de *Hello Kitty* como un torbellino señalando al pasillo.

—Oli, dile a Sonia que se quite ese vestido de frígida, por favor, parece mi madre.

Al instante entra Sonia con un vestido celeste y unas manoletinias a juego.

La verdad es que no es mi estilo, aunque reconozco que es bonito y sé que a ella le encanta, pero es más para ir a misa los domingos (cosa que no hace desde hace diez años) o comer con los que ya son sus ex suegros.

—Quiere que me ponga uno de sus vestidos de furcia y me niego.

Maite abre los ojos con cara de ofendida, aunque no lo está en absoluto.

—Perdona chata, pero eso es porque no te quedan tan bien como a mí. No los rellenas.

Ahora soy yo la que abre los ojos como platos.

—Ja. Es que no necesito mostrar todos mis encantos para...—antes de que termine la frase y que salga en escena el huracán Maite decido intervenir.

—Vaaaale chicas, ni tú eres una frígida—señalo a Sonia que sonríe complacida—, ni tú eres una furcia sin más, eres una furcia con clase—pongo los ojos en blanco ante el gesto obsceno que Maite le dedica a la otra.

Me doy la vuelta y rebusco en mi armario hasta encontrar un vestido rojo divino, que lamentablemente ya no me entra y se lo tiro a Sonia que es como un palillo andante. Supiéndolo bien creo que nunca llegué a entrar en él, pero estaba tan rebajado que lo tuve que comprar en uno de mis impulsos consumistas.

—Nena, ponte este. Es sexi, pero elegante y no me vale. Lo guardaba por si ocurría un milagro y conseguía caber en él, pero a ti te tiene que quedar perfecto. El vestido es una monada, pero demasiado recatado.

—Gracias Oli, es precioso.

Sonia sale de mi cuarto encantada dando saltitos y Maite me mira sonriendo con una ceja arqueada.

—¿Qué?

—No sé qué haríamos sin ti.

Y sin más se da la vuelta y se va.

—¡¡¡Convertir mi cuarto en un vestidor!!!—su carcajada me hace sonreír, porque la realidad es todo lo contrario, no sé qué haría yo sin ellas.

Siempre nos hemos entendido las tres a la perfección, pero es cierto que somos tan diferentes que en muchas ocasiones no sé cómo no nos hemos matado todavía. Supongo que esa es una de las razones de que seamos un equipo tan perfecto. Sonia y Maite son tan opuestas que chocan constantemente y yo me he convertido en el punto neutral que equilibra este extraño vínculo que nos une desde niñas.

Cuando salgo de mi habitación las dos me esperan charlando en el sofá con una copa de vino blanco en la mano. Maite mira maravillada la manicura bicolor que se ha hecho Sonia y esta sonríe encantada. Siempre lleva las uñas perfectamente cuidadas y pintadas acorde con su ropa, da gusto verla, podría ser una cotizada modelo de manos si se lo propusiera, estoy convencida.

Está guapísima con mi vestido y con su pelo rubio oscuro ondulado recogido en un moño informal. Maite lleva un top de tirantes negro y una falda plisada con brillos azules y su melena recogida en una cola de caballo tirante, parece una modelo. Yo me he decidido por unos shorts negros y un top del mismo color de seda sin mangas que se ata al cuello y con un escote que deja poco a la imaginación.

—Oli, estás preciosa.

La dulce voz de Sonia hace que Maite se gire y me haga un gesto para que dé una vuelta sobre mí misma.

—Estás tremenda, ¿pero tienes que ir con las zapatillas esas que parecen chanclas de piscina? Con tus pee toes rojos estarías de infarto.

Arrugo la cara y niego con la cabeza. Maite considera que los tacones son obligatorios para una noche de fiesta, pero me paso el día trabajando con ellos y me destrozan los pies, necesito que descansen.

—Hoy no, en serio, o dentro de un par de horas estaré muerta.

—Nena, con ese escote como si vas con botas de pesca.

Maite se descojona y asiente ante la mirada que echa Sonia a mis pechos, que se sonroja al instante.

—Ay, ¡que a nuestro Pequeño pony le gustan tus tetas, Oli!—Sonia le da un manotazo en el brazo y ella le saca la lengua antes de volver a mirarme—, pero tiene razón, menudas tetas te hace ese top.

Creo que queda claro que el Pequeño pony es Sonia; Maite la llama así desde que éramos unas crías. Ella al principio lo odiaba, lo que propició que la otra lo usara más todavía, así que acabó claudicando. Cuando a Maite se le mete algo en la cabeza ya no hay nada que se pueda hacer.

—Gracias, chicas, vosotras estáis guapísimas y ahora a brindar, ¿dónde está mi copa?

Sonia me pasa una y me siento con ellas. Tenemos la costumbre estúpida de brindar en casa siempre que salimos, es un ritual que nunca perdemos. Según Sonia, que es muy agorera, nos da suerte. Según Maite, es una excusa como cualquier otra para empezar a beber antes de salir de casa. Para mí es un momento tan nuestro, que simplemente es especial.

—Empiezo yo—me aclaro la garganta y grito con la copa en alto—, brindo por que al orangután de Alberto...

—Un respeto a los orangutanes...—Maite me interrumpe y asiento ante su comentario.

—... se le caiga la polla a cachos.

—¡Y lo sodomice en un callejón con una berenjena!—contesta Maite emocionada ante la idea.

—¡Y se quede calvo! Tiene un pelazo increíble—continúa Sonia y bebemos la copa de un trago como si no hubiera mañana.

La verdad es que a veces somos bastante bestias, pero cuando a una le tocan la patata duele, y más cuando el tío no merece ni que le des la hora y encima se folla a otra aun sabiendo que tú estás en el mismo recinto. Se lo ha ganado, oye.

Rellenamos de nuevo la copa y Sonia comienza su brindis.

—Brindo por que Pedro sea feliz. Me hizo feliz mucho tiempo y se lo merece.

La miramos con ternura, porque es cierto que la trataba como una reina, pero eso no había sido suficiente. Ella lo intentó con todas sus ganas, pero nosotras sabíamos que, a pesar de que Pedro es un encanto, a Sonia le faltaba algo, eso que solo se completa cuando conoces al indicado. Tardó mucho tiempo en tomar la que ha sido la decisión más importante de su vida hasta la fecha, pero hizo lo correcto y aunque él se quedó destrozado, aceptó como el hombre que es que ya la había perdido hace tiempo.

—Y tú también, nena, te mereces conseguir lo que buscas—Maite le planta un besazo en la mejilla por el que casi acaba en el suelo del impetu y chocamos de nuevo—. La última, chicas, llénate más esa copa Sonia, no me hagas trampas—ella la obedece sin rechistar, un ritual tiene sus normas—. Yo brindo por que esta noche sea inolvidable, aunque todas con vosotras lo son, pero hoy brindo por que Oliva haga alguna estupidez de las suyas y ¡¡porque mi Pequeño pony se desmelene!!

Apuramos la última copa y cogiendo los bolsos nos vamos sin más.

Después de tapear en un par de tascas a las que nos hemos acostumbrado a ir por la buena relación calidad-precio y de lo que supone una peligrosa cantidad de vino corriendo por las venas, decidimos ir a un local bastante nuevo que han abierto a un par de manzanas. Maite jura y perjura que el portero es un amigo de un amigo de un tío con el que se acostó una vez y que nos dejará entrar sin problemas, aunque nosotras lo dudamos, porque siempre nos engaña para llevarnos donde quiere, pero bueno, aunque no sea así alguna ingeniaremos para entrar sin pagar. Cuando llegamos allí y después de esperar una cola de diez minutos, Maite se tira a los brazos del portero, literalmente, y él la agarra con cara de alucinado. Yo me sujeto al brazo de Sonia para no mearme encima de la risa, porque entre que tengo mal vino como mi madre, soy de vejiga pequeña y que la situación es bastante hilarante las carcajadas no se hacen esperar. Es evidente que Maite nos ha vuelto a engañar y que el chico en cuestión no la conoce de nada, pero cuando el pobre consigue separarse de ella y la ve bien, sé que ya nos ha dejado pasar sin necesidad de abrir la boca. Es posible que se haya empalmado y cuando ella le dice con esa voz de línea erótica que se le da tan bien "*he venido aquí solo por verte...*" y se muerde el labio con picardía, estoy segura de que se ha corrido en los pantalones. Vale, igual soy un poco exagerada, pero creedme, si hay alguien que podría conseguir eso solo con una frase, es mi Maite.

El bar es una chulada y la música es de pachanguero total, cosa que a nosotras nos encanta. Llegamos a la barra al ritmo del *Loca* de Shakira y pido una ronda de tequilas y una copa para cada una. Después de apurar el chupito nos lanzamos a la pista a bailar como locas.

Al salir de casa estaba preocupada porque Sonia no estuviera preparada para una noche así después de la ruptura. Ella siempre es muy contenida y me daba miedo que el alcohol le hiciera flaquear, pero estoy alucinando, porque hacía años que no parecía disfrutar tanto. Incluso ha bailado con un par de chicos y está bebiendo como si se acabara el mundo, lo que hace que me plantee que quién va a cuidar de Maite y de mí si se nos va de las manos, cosa que ocurre más a menudo de lo que me gustaría confesar.

Maite ya ha encontrado a su presa de esta noche, un armario empotrado con el pelo rapado y unos increíbles ojos azules. A Sonia y a mí nos flipa observar sus cortejos como si estuviéramos viendo un documental de animales, de esos en los que un narrador de voz profunda relata con una tensión a la altura de una película de Hitchcock algo del tipo "*el macho ya ha visualizado a la hembra, ella se prepara para el baile de apareamiento...*". No exagero, a Maite quien la conozca sabe cuando ha desplegado su plumaje y está dispuesta a procrear. Bueno, ya me entendéis, sustituir procrear por sexo sucio y pervertido en el primer sitio que pillen. Vemos cómo se contonea alrededor de él y se ríe coqueta mientras le acaricia el brazo. Él le rodea la cintura con el otro brazo y la acerca más, pero entonces ella le susurra algo al oído y tras soltar una carcajada la suelta y se va a la barra. Maite se acerca brincando hasta donde estamos nosotras.

—¿Dónde se va? Si era totalmente tu tipo—pregunto sorprendida.

—Le he dicho que si era bueno y nos traía unas copas y yo prometía ser muy mala.

—Eres una cerda.

Me carcajeo ante el comentario de Sonia, que solo puede significar que está borracha. Normalmente Sonia apenas bebe, solemos ser Maite y yo las que acabamos hasta con el agua de los tuestos, pero parece que hoy está entregada a la causa y es de lo más graciosa cuando llega a este estado.

—¿Mi Pequeño pony está borracho?—Maite le pellizca la mejilla estilo abuela—¡Me encanta! Ahora cuando vuelva os presenta a sus amigos. Sonia, tienes que darte un homenaje, ya has guardado bastante luto a Pedro. Les voy a decir que se aprovechen de ti, que estás bebida, y tú, Aceituna, a desbordar tu sex-appeal.

No sé el porqué, pero miro a Sonia y nos entra un ataque de risa. Bueno, en realidad sí que lo sé, porque el tequila nunca nos ha sentado demasiado bien y estamos en la fase de risa histórica en la cual la mínima estupidez te parece tronchante. Además, la palabra sex-appeal siempre me ha hecho gracia. Es una de esas palabras que no puedes decir en mi presencia sin que me entre un ataque de risa; también me pasa con torpedo, Alburquerque o con mondongo y no me preguntéis por qué, pero es automático.

Cuando el maromo en cuestión vuelve con nuestras copas y con otro tequila que se resiste a pasar por mi garganta y que Sonia abandona con disimulo en la barra

más cercana, nos dice que se llama Pablo y nos presenta a sus amigos, un montón de tíos de los cuales no me quedo con ningún nombre. Si soy sincera, eran cinco contando a Pablo, pero ya veía algo doble así que me parecían diez.

Estoy tan ensimismada pensando en mis cosas y dando sorbitos a mi ron con naranja, que cuando vuelvo a la realidad me encuentro con una Sonia entregadísima al baile del refrote con uno de ellos y a una Maite aún más entregada, con su lengua dentro de la boca de Pablo, el armario empotrado, y una pierna enredada en su cintura arqueándose al ritmo de la música. Madre mía, cuánto daño ha hecho el reggaeton.

—Hola de nuevo, ¿estás bien?

Levanto la cabeza y lo que me encuentro me sorprende. No sé cómo no me había fijado en él antes, cuando nos presentaron, supongo que porque tengo la capacidad atencional de un niño de tres años y encima con unas copas de más, pues como que no se me puede pedir mucho. Es alto y moreno, con los ojos color chocolate y me mira con una sonrisa que derretiría lo que quisiera.

Y menuda boca. Joder, tiene unos labios de esos que no puedes evitar desear morder. El caso es que me gusta, me gusta demasiado.

Sigo estudiándolo a mi ritmo, bueno al ritmo que imponen mis neuronas, que es lo que tiene el alcohol, mientras doy sorbitos a la pajita de mi cubata. Suspiro profundamente, seguramente con cara de imbécil, aunque prefiero pensar que a él le parece que lo hago de una forma encantadora por el bien de mi autoestima, antes de abrir la boca.

—¿Sabes que tienes unas pestañas larguísimas?—él da un respingo y me mira asombrado.

—Pues no, nunca me lo habían dicho.

—Pues ya lo sabes, tienes unas pestañas que cualquier chica envidiaría.

Levanta una ceja y se acerca más a mí, para seguir hablando sin tener que gritar por el volumen de la música.

—No sé si eso me halaga o me resulta... raro.

—Es un halago créeme, ¿cómo te llamas?

Su risa en mi cuello antes de contestar consigue que me estremezca.

—Mario. Tú eres Olivia, ¿verdad?

—Oliva.

—Olivia, me gusta.

Pongo los ojos en blanco, niego enérgicamente con la cabeza y me preparo para la aclaración de siempre.

—No, no, no. Oliva, sin la i, como las aceitunas, ya sabes.

—¿Oliva?

—Eso es.

—Nunca lo había oído, pero tiene sentido.

Ahora soy yo la que me pierdo por completo.

—¿Qué es lo que tiene sentido?

—Es el color de tus ojos, verde oliva.

Y solo con esa frase sé que podría hacer esta noche conmigo lo que quisiera. Suena fatal, soy consciente, pero me ha ganado y ya no puedo hacer nada contra eso.

Rompo la tensión extraña que se ha creado entre nosotros al grito de “*¡te invito a un tequila!*” y nos vamos a la barra, donde hablamos y tonteamos sin parar. Resulta que es amigo de Raúl, uno de los amigos de Pablo al que también me habían presentado antes, pero que yo no recuerdo, que acaba de llegar a Madrid hace unas horas porque va a estar hasta el miércoles por temas laborales y ha decidido aprovechar el viaje y visitar a su amigo el fin de semana.

Tiene una voz ronca y profunda que me resulta electrizante, unos ojos increíblemente expresivos y una sonrisa canalla que me hace pensar en morderle el labio cada vez que la veo. Es justo lo que yo necesito en este momento de mi vida, alguien con quien divertirme un rato sin más pretensiones y Mario es perfecto, está como un tren y se marcha en unos días, no tendría que volver a verlo.

No hablamos de cosas muy personales, yo lo evito a toda costa, de hecho cuando me pregunta que a qué me dedico, le digo lo primero que se me ocurre, que no podía haber sido otra cosa que profesora de ballet, lo que me lleva a hacer una demostración por su insistencia que acaba con mi culo en el suelo y con la obviedad de que le he contado una trola, pero no parece importarle, lo que me da pie a dejar volar mi imaginación, que ya de por sí es bastante peligrosa. Sigo con muchas más, como cuando me pregunta mi edad, que le explico muy seria que realmente ya he cumplido los cuarenta, pero que me conservo así de estupenda porque me baño en leche de burra una vez por semana, a lo Cleopatra. O que no puedo contarle nada personal, porque me persigue la mafia rusa y no tengo claro que él no sea un infiltrado y acabe la noche metida en una caja con destino a San Petersburgo. Una tontería tras otra, pero que parece que le hacen gracia, así que suelto todo lo que se me pasa por la cabeza.

Bailamos una balada preciosa agarrados, momento que yo aprovecho para hundir la nariz en su cuello y casi me mareo del gusto de lo bien que huele y una especie de salsa improvisada con la que nos reímos a carcajadas, no sé quién de los dos baila peor, pero a ninguno nos importa en absoluto. Sobre todo a él, que aprovecha el acercamiento para deslizar lentamente las manos por mis caderas y acabar sobándome el culo sin ningún disimulo. Incluso me arranco con una conga y él me secunda. Cuando pasamos al lado de Maite ella me guiña un ojo y rompe a reír. Sabe que soy una fanática absoluta de las congas y no es muy frecuente encontrar a alguien que me siga el rollo sin avergonzarse.

—Oli, otro chupito.

—Eh, vaquero, ¿intentas emborracharme?

Su risa me calienta de tal forma que me pongo hasta bizca.

—No me hace falta, ya lo haces tú sola estupendamente.

Y qué razón tiene, porque a estas alturas de la noche ya llevo una borrachera bastante curiosa. Le sonrío de oreja a oreja y entonces se me ocurre un juego de esos estúpidos a los que nos dedicábamos Sonia, Maite y yo hace años y que confieso que aún recuperamos de vez en cuando. Nunca hay que perder las buenas costumbres.

—Mario, si le agarras el culo a ese maromo de allí puedes pedir un deseo, si no lo haces habrá castigo alcohólico, que significa que beberás lo que yo te ordene y te

aviso, soy de lo más creativa inventándome cócteles. ¿Te atreves?

Me dedica una mirada pícaro tan subida de tono que me arrepiento al momento. Pensaba que no me seguiría el rollo y que me metería un poco con él por gallina y a otra cosa, pero es peor que yo, y eso da un poco de miedo.

—¿Lo que quiera?

Si no llego a llevar pantalones es posible que mis bragas ya tocan el suelo.

—Sí, excepto temas escatológicos, animales, o niños. Lo demás todo está permitido.

—Vaya esas cosas las daba por hecho, prefiero no preguntar si alguna vez has tenido que aclararlo.

—Sí, lo prefieres, créeme.

Su cara es una mezcla de sorpresa y diversión y cada vez me parece más atractivo. Lleva unos vaqueros desgastados y una camisa gris de manga corta con un par de botones desabrochados; tiene el pelo alborotado y le caen un par de mechones por la frente que se retira con los dedos de vez en cuando. Me dedica una sonrisa de medio lado, tan macarra, que estoy a punto de hacerle un placaje y desnudarlo allí mismo, pero se gira y antes de que me dé tiempo a reaccionar sus manos agarran el culo del tío que yo le había dicho. Abro tanto la boca que me duele. El tío en cuestión le saca una cabeza y se gira de muy mala hostia con la cara desencajada al ver a Mario con las manos levantadas en señal de disculpa.

—¿Pero qué está haciendo?—Pablo, Maite y Sonia se acercan a mí y miran lo que ocurre alucinados. Los demás chicos están intentando tranquilizar al gigantón, evitando que le parta la cara a Mario.

—¿Jugáis a las apuestas? Joder Oli, creo que has encontrado a la horma de tu zapato. Tiene el mismo sentido del peligro que tú—dice Sonia.

Maite se ríe a carcajadas y explica a Pablo en qué consiste el dichoso juego, prometiendo jugar con él si quiere después en su dormitorio; y mientras tanto no puedo apartar mis ojos de Mario, con una sonrisa tonta en la cara.

—¿Y qué deseos se pueden pedir?—pregunta Pablo divertido.

—Normalmente es una contrapuesta, es lo que lo hace interesante, aunque también puede ser un premio sin más—Sonia lo explica tan seria que da la sensación de que tuviéramos un reglamento, aunque normalmente cambiamos las reglas a nuestro antojo, en función de con quién juguemos y de la situación.

—¡Ojalá te pida una mamada!—grita Maite, lo que les hace reír a todos y tragar saliva a mí.

Regresa con una sonrisa de suficiencia en la cara que despierta mi sentido kamikaze de la competición, aunque también pasa por mi cabeza el deseo fugaz de que hiciera caso a Maite y me pidiese una mamada. Me susurra al oído y su aliento me hizo cosquillas y me calienta por dentro.

—Mi deseo es verte bailar encima de esa barra.

—¿Y si no me dejan? Este sitio no parece de esos...

—Descubrirás la manera de hacerlo.

Joder, es el mejor contrincante que he encontrado aparte de Maite y de aquel guiri inglés que conocimos de vacaciones en Gandía en el 2008, pero esa es otra historia que no viene al caso.

Consigo que los camareros me dejen subir a la barra tras una larga negociación, que acaba cuando les doy el número de teléfono de Maite. Supongo que cuando la llamen se cagará en mis antepasados, porque no os he contado que Maite nunca da el teléfono a sus conquistas, es ella siempre la que llama y con número oculto, en plan famosa, pero en este momento todo vale. Era eso o enseñarles una teta. Además, ella habría sido capaz de arrancarme las bragas contra mi voluntad y dárselas si estuviera en mi lugar.

El capullo del dj cuando me ve subir para la música y me hace saludar. Si llego a llevar tacones es posible que hubiera acabado espatarrada en la barra, con un par de extremidades rotas y por supuesto en *YouTube* en un ranking de esos de caídas estúpidas, porque todo el mundo alza su móvil en alto. Maldito cabrón.

—Este baile se lo dedico a ese bombón de ahí, Mario, saluda, no te cortes—Mario saluda entre risas y vuelve a fijar sus ojos en mí—. ¡Me debes otro deseo, vaquero!—le guiño un ojo lo más coqueta que puedo y me arranco a bailar cada vez más desinhibida por los aplausos y los gritos de apoyo de mis amigas.

La canción no podía ser más adecuada, *Lady Marmalade*, lo que hace que el grupo estalle en carcajadas cuando empieza a sonar y palmeen a Mario que los mira sonriendo sin ninguna vergüenza. Acaba la música y me recreo en los aplausos de mis amigas y de un montón de gente que no conozco, pero que, por su efusividad, podrían formarme pronto un club de fans. Después de media docena de reverencias, porque ya no hay quien me pare, y de meter el morro en el grifo de cerveza bajo petición expresa de Maite, Mario consigue bajarme de allí. Estoy eufórica. He estado a punto de pedir yo misma un bis.

—¿Qué te ha parecido? ¿He dado la talla?

—Eres lo más sexi que he visto en la vida.

Lo dice tan serio que se me corta la respiración y él lo nota. Pone su mano en la parte baja de mi espalda y me acerca a su cuerpo, estamos tan cerca que tengo que apoyar mis manos en su pecho y me pongo a jugar con un botón de su camisa. Mario acerca su boca aún más y me roza la mejilla con los labios. Noto su calor, su aliento sobre mi piel y su delicioso olor que lo envuelve todo.

—Dime que tu deseo es que te bese, no me hagas esperar a poder pedir yo otro.

Me río y levanto la vista. Puedo leer en sus ojos cuánto me desea y decido que no quiero esperar más, porque yo también estoy loca por besarlo. Mi cuerpo responde y paso los brazos alrededor de su cuello atrayéndolo hacia mí. Cuando nuestros labios casi pueden rozarse susurro sobre su boca.

—Vaquero, deseo que me beses y pasar esta noche contigo.

Mario suspira contra la mía haciéndome cosquillas con su aliento y me besa.

Y cómo me besa. Sus labios son suaves y cálidos, y cuando siento su lengua explorando mi boca con pericia no puedo evitar soltar un gemido. Responde apretándome aún más contra él y me dejo llevar en sus brazos. Su lengua rodea la mía, recorre mis dientes y tira de mi labio inferior haciéndome soltar un jadeo ronco. Me sonrío con descaro y me lanzo de nuevo, sabe a ginebra y a él y es delicioso. Su lengua me invade, sus manos se deslizan por mi espalda, por mis muslos desnudos,

mi pelo, mi cuello, no deja ni una parte de la piel que tengo expuesta sin acariciar con sus manos firmes. No sé cuánto tiempo nos besamos, pero no quiero que acabe nunca. No recuerdo que nadie me haya besado nunca así antes, con esa intensidad, dejándose la piel.

Un tirón en el pelo consigue que me separe de Mario.

—Vosotros dos, parecéis dos monos en celo. Van a chapar, nos vamos a casa—Maite y su sensibilidad.

—¿Dónde está Sonia?—busco a mi amiga, pero no la veo por ningún sitio.

—Como no sacabas la lengua de su boca no ha querido interrumpirte—pongo los ojos en blanco y Mario se ríe suavemente con la barbilla apoyada en mi hombro—, se ha ido a casa hace un rato...—Maite me sigue mirando con la ceja arqueada esperando a que yo diga algo más.

—¿Y? ¿Qué pasa?

—¡Acompañada del semental de tu amigo!—le da una cachetada a Mario en el brazo y se lanza sobre Pablo que la recibe encantado, dejándome a mí con la boca abierta.

Joder con Sonia, primer día después del luto y por la puerta grande. Estoy alucinada, porque no es lo habitual en ella, de hecho es la primera vez que hace algo de este estilo. Antes de Pedro solo tuvo otro novio, así que no puedo evitar sorprenderme. No obstante la conozco y ha tenido que encontrar algo especial en ese chico para acabar la noche con él. Supongo que mañana saldremos de dudas y espero que el tequila no haya tenido nada que ver. Pienso en ella y sonrío. Esa es mi chica.

—Bueno...

Mario se toca el pelo nervioso y me acaricia la espalda con la otra mano. Es el momento en el que hay que aclarar si quieres acabar la noche acompañada o que aquí se acaba la fiesta y yo lo tengo claro, quiero a Mario entre mis sábanas. Le cojo la mano y dejo un beso distraído en su cuello susurrándole provocadora.

—Vamos, vaquero, aún no has cumplido del todo mi deseo.

Mario me besa de un modo salvaje dejándome prácticamente en coma cerebral, antes de salir de mi mano a las calles de Madrid.

Un Bloody Mary, por favor.

Me despierto con un reguero de besos que va desde mi hombro hasta mi cuello. No puedo abrir un ojo, me acosté sin desmaquillar, como siempre, y un pegote de rimel ha ganado la batalla, si no lo limpio en breve es posible que me incapacite de por vida y empiece a usar un parche de pirata como nuevo complemento. Tengo la boca como si hubiera participado en un concurso de comer polvorones y una banda de percusionistas dentro de mi cabeza. Estoy hecha un asco. No vuelvo a beber. Ya, claro.

—Oli, preciosa, tengo que irme. Son más de las tres y tengo que preparar trabajo para mañana.

—¿Quién eres y qué haces en mi cama?

Su risa ronca me estremece y todos los recuerdos vuelven a mí de repente. Su sonrisa macarra, el calor de sus ojos, los bailes, las apuestas, sus besos, él entre mis piernas regalándome un orgasmo maravilloso con la lengua, yo sobre él cabalgando sin control, su cara al correrse mordiéndose el labio inferior, dormirme sobre su pecho mientras me susurra la suerte que ha tenido al conocerme. Joder.

—Oli, mírame.

Me tapo con la sábana hasta arriba, me niego a que este sea el recuerdo que se lleve de mí.

—No, vete. Tengo que parecer un *Gremlin*. Algo así como el *Gremlin* travesti, con todo el maquillaje corrido.

Mario se parte de risa y empieza a hacerme cosquillas para destapararme. Al final no puedo evitar reírme como una loca y consigue tumbarse encima de mí apoyando un brazo a cada lado de mi cara.

—Estás preciosa. Eres preciosa.

Suspiro embelesada y me empapo de él. Está guapísimo, se ha vestido y se ha dado una ducha, porque tiene el pelo mojado y huele de vicio a pesar de llevar la misma ropa de ayer.

—No estamos en igualdad de condiciones, tú estás tremendamente atractivo y yo parece que vengo de una bacanal, ¿no es justo!

Levanta una ceja divertido.

—Así que tremendamente atractivo.

—Sí. Y no debería haber dicho eso, un tío con el ego inflado es lo peor del mundo, pero mi filtro mental no funciona; después de la noche de ayer te habrás dado cuenta.

Me sonrío de medio lado y asiente. Está tan guapo que me enfada y frunzo el ceño.

—Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien, eres...

—¿Qué soy? Atrévete, vaquero.

—Diferente.

—Mmm... Mi padre dice que otra como yo supondría el fin de la humanidad, así que sí, supongo que es correcto.

Me mira fijamente y me da un dulce beso en los labios que produce un cosquilleo en mi estómago y, siendo totalmente sincera, también un poco más abajo. *Oh, oh*. Nos estamos poniendo tiernos y no es la idea, así que decido cortar por lo sano. Me incorporo y lo obligo a levantarse conmigo.

—Bueno Mario, ha sido un placer, y nunca mejor dicho, pero tienes que irte. Yo... lo de anoche estuvo bien pero...—él me interrumpe, parece decepcionado.

—Tranquila, ya me lo dejaste claro ayer. Solo he sido un rollito post-ruptura, una alegría para el cuerpo, a nadie le amarga un dulce... y esas cosas.

Joder, lo burra que soy cuando quiero.

—¿En serio dije todo eso?—él asiente y yo me azoto interiormente—. Lo siento, no pretendía ofenderte, pero bueno, era la idea. Acabo de salir de una relación espantosa y no busco nada más.

—No importa. Te he apuntado mi número de teléfono, está en tu mesilla. Oli, yo... no espero nada, pero si tú quieres a mí me gustaría volver a verte. Ya sé que parece una estupidez viviendo en otra ciudad, pero... bueno, ahí tienes mi número, para lo que sea.

Mi cara es un poema. Él se acerca, me da un beso en la frente y sin más se marcha. Me siento una estúpida y no sé el porqué. Solo ha sido un rollo de una noche, no debería tener esta sensación. Oigo la puerta de la calle y voy a la mesilla. En uno de mis *post-it* ha escrito su número.

Mario, el vaquero. Llámame, ese sería mi siguiente deseo, pero como no es mi turno, depende de ti.

Lo primero que pienso es que este tío no ha entendido el juego y que en realidad es su turno, pero luego me vienen recuerdos fugaces de los dos en la cama pidiéndonos cosas absurdas y sí, efectivamente tiene razón y la bola está en mi tejado. Siento de nuevo un hormigueo en el estómago y acaricio las letras como una idiota mientras pienso en que tiene una caligrafía bonita y con personalidad, como es él, pero antes de empezar a babear sobre el papel lo arrugo y lo lanzo a la papelera. Me pongo una camiseta vieja que uso para dormir y voy al baño a lavarme la cara y a recuperar mi ojo. Cuando paso por el salón Sonia y Maite están viendo la tele tiradas cada una en un sofá. Sonia sentada con las piernas cruzadas, Maite espatarrada, como si acabaran de tirarla desde un helicóptero.

—¡Date prisa, Oli, hemos hecho palomitas!

Por primera vez noto nerviosismo en la voz de Sonia. La verdad es que está acostumbrada a que seamos nosotras las que contemos y ella escucha, así que por primera vez se va a llevar el mayor protagonismo.

Maite me hace un hueco y me planta un vaso delante de la nariz.

—Toma, para la resaca, tienes una pinta horrible.

Doy un trago y por poco no lo escupo todo.

—¿Pero qué coño es esto?! ¿Pretendes acabar conmigo?

—Un Bloody Mary, el tomate es ideal para la resaca, cielo.

Maite da un trago largo al suyo y se mete un puñado de palomitas en la boca. Da asco verla comer, con lo elegante que es en todo lo demás parece mentira que coma como un animal de granja.

—Pero no el vodka... bueno, Sonia empieza tú, estoy impaciente.

Sonia carraspea y se sonroja, es igual que nosotras a la hora de hablar de sexo, pero no puede evitar ruborizarse. Además, hace siglos que dejó de comentar su vida sexual con Pedro, más que nada, porque no había nunca nada nuevo que contar y hasta ella aceptaba que era de lo más aburrida y previsible.

—Ay, pues chicas Raúl es... ha sido increíble. Ya sabéis que yo solamente me había acostado con otro antes de conocer a Pedro y no fue una experiencia para recordar, así que esta noche... ¡madre mía, lo que me he estado perdiendo todo este tiempo!

Maite suelta tal carcajada que hace que salga volando un puñado de palomitas de su boca y a mí se me va el Bloody Mary por la nariz. Ya sé que antes me había quejado de los métodos de Maite, pero es que hay que reconocer que después del trago inicial está divino y ella tenía razón, el dolor de cabeza empieza a disiparse.

—¿Cuántos habéis echado? ¿Posturas? ¿Sexo oral? ¿Te has corrido? Dime que sí, porque si no es así no merece la pena, cariño...—Sonia la interrumpe, está tan colorada que parece que vaya a explotarle la cabeza.

—Sí, claro que sí. Lo hicimos dos veces y claro que no hubo sexo oral, ¿por quién me tomas?—Sonia parece ofendida pero está encantada y muy satisfecha, ese Raúl ha cumplido.

Cree firmemente que el sexo oral es algo muy íntimo. Yo también lo considero así, pero rara vez me resisto a un ataque de ese tipo como el que me ha regalado Mario, que una no es de piedra. Eso sí, nunca he devuelto el favor la primera vez, necesito cierto grado de confianza para hacerlo, seguro que me entendéis.

—Quiere invitarme a cenar el viernes y le he dicho que sí.

Las dos aplaudimos como buenas niñas y ella sonríe ilusionada. La conocemos de sobra y, aunque ayer nos sorprendió, sabíamos que el chico tenía que gustarle lo suficiente como para intentar volver a verlo.

—Yo os lo resumo en un pispás. Casi me parte en dos con eso que tiene entre las piernas, por Dios bendito, me corrí tres veces y como agradecimiento le regalé una mamada que nunca olvidará. Ala, te toca, Oli.

Suspiro y me preparo para el interrogatorio de Maite.

—Bueno, pues estuvo bien, más que bien diría yo.

Las dos me miran expectantes, quieren información de la buena, hasta Sonia me mira con una ceja arqueada. La verdad es que comparado con sus resúmenes de la noche el mío es bastante pésimo, pero es que estoy confundida. Pongo los ojos en blanco y les doy la carnaza que están esperando ansiosas.

—El sexo fue increíble, en serio, joder Mario es... no sé. Fue divertido.

—Divertido dices.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis de ese modo?

—Si solo vas a decir memeces, mejor no digas nada. Te conozco como si te hubiera expulsado del coño y algo pasó ayer entre ese chico y tú—Maite ha entrado en su papel de madre, malhablada, pero de madre al fin y al cabo, y me da pavor.

—Oli, es tú, pero en chico—sonríe ante la dulce voz de Sonia y la descripción de Mario que hace—. Ayer te vimos con él y daba gusto veros.

—Siempre te he dicho que si me gustarán las tías estaría loca por ti, así que si no lo quieres podría ser el amor de mi vida—Maite me saca la lengua y decido sincerarme con ellas, siempre lo acabo haciendo.

—Vale, lo confieso, ha sido la mejor noche que he pasado con un tío. ¡Es absolutamente perfecto, joder! Hasta se comportó como un espartano en el juego de las apuestas.

—Cierto, sería un oponente digno de George Morrissey, el guiri inglés—y que Maite admita eso ya es mucho, habla siempre de George como el rey de nuestro estúpido juego.

—¿Cómo sabes su apellido?—la miro alucinada.

—Somos amigos en *Facebook*—y se queda tan pancha y yo voy a preguntar ofendidísima que por qué no es amigo mío en la famosa red social, pero ella no me deja hablar y continúa—, pero no te desvíes del tema. Ese Mario es un pata negra, te vendría bien, así te olvidarías del mierder ese del gimnasio, que aunque digas que no, si te lo encontraras con dos copas acabarías follando con él.

Y lo peor es que me conoce mejor que yo y es verdad. No volvería con Alberto nunca, pero si me besara sería incapaz de soltarlo. Es algo así como su superpoder, con ponerme un dedo encima pierdo la razón, me vuelve loca. Aun así, a pesar de que con él el sexo siempre fue alucinante, con Mario ha sido incluso mejor, porque además de un sexo increíble, ha habido una complicidad extraña que con Alberto nunca sentí. De alguna forma que no logro comprender, con Mario he podido ser yo misma, no como con Alberto, que siempre me hizo sentir insegura y cohibida en algunos aspectos.

—No necesito conocer a nadie ahora mismo, me ha dejado el teléfono apuntado en uno de mis *post-it* y lo he tirado, se acabó. Además, que yo sepa ni siquiera vive en Madrid, así que ¿qué más da?

—Pero ¿por qué, Oli? Raúl me ha confesado que desde que Mario te vio estaba loco por hablar contigo y cuando os vimos hacer el idiota en el bar dijo que nunca lo había visto actuar así con una chica.

Sonia y su visión romántica del mundo.

—Chicas, en serio, necesitaba una noche loca y la he tenido, fin de la historia.

Ellas saben que cuando me cierro en banda es mejor dejar el tema, así que seguimos zampando y bebiendo en silencio hasta que Sonia lo rompe.

—Maite, cumplí tu brindis y me desmelené, ¿verdad?

Maite se lanza encima de ella y se la come a besos.

—¡Cómo te quiero, Pequeño pony! Estoy muy orgullosa de ti. Además, no sé si sois conscientes, pero mi predicción era cierta, sin duda ayer fue el comienzo de una nueva era. Espero que estéis preparadas.

—Chorradas—le lanzo una palomita y ella la coge al vuelo con la boca.

—¡Los posos del café nunca mienten pequeñas!

Y entre risas y alguna cabezadita pasamos la tarde del domingo.

Tengo un gusto exquisito.

Si me preguntaran qué es lo que odio por encima de todas las cosas los lunes encabezarían la lista. Eso sí, seguidos muy de cerca por las aceitunas, los pantalones de cuero, las lentejas y las chanclas con calcetines. Y es absurdo, porque en mi trabajo tengo unos turnos extrañísimos dignos de un ingeniero, por lo que a veces mi primer día de la semana es un miércoles o un sábado, no obstante tengo un odio enfermizo por los lunes. Mi madre dice que es un trauma infantil, porque estuve los dos primeros años de colegio llorando el primer día de la semana y luchando por quedarme con ella en la cama. Según ella odiaba el colegio, pero no es verdad. Yo tengo otra teoría, los lunes había lentejas en el comedor del colegio. No tengo nada más que añadir.

Hoy es lunes. Y encima este me toca hacer turno doble, porque la madre de una compañera se ha roto la cadera y tienen que operarla y, como si yo tuviera la culpa de que la mujer se resbalara en el supermercado, mi superior, que es un amor, ha decidido que soy la que tengo que echar más horas que un tonto, porque andan escasos de personal y supuestamente se lo debo. Vale, en realidad sí se lo debo, porque me pilló robando botellitas del mini-bar de una de las suites y guardó silencio a cambio de no poder negarme a “favores” como el que, en teoría, voy a realizar hoy de forma voluntaria. Además, creo que todavía me dura la resaca del sábado, como tenga que atender a un mejicano puedo vomitar (por la asociación con el tequila, no porque tenga nada contra ellos, que conste en acta).

Llego al hotel con un capuchino bajo el brazo y otro para Rosa, mi compañera de turno desde hace un par de años. Nos llevamos bastante bien, por lo que tengo la suerte de compartir la mitad de mi vida con una persona que me ayuda a que la jornada laboral sea más llevadera. Rosa es unos años mayor que yo, de hecho, si mis cálculos no fallan, debe tener treinta y cinco, pero desde que la conozco siempre dice que está a punto de cumplir los treinta. Es una especie de clon de Pamela Anderson, con una larga melena de un rubio tan platino que parece blanco, teñido por supuesto y unos ojos azules enormes, que yo juraría que son lentillas, pero nunca me he atrevido a preguntárselo. Es muy exuberante, siempre bronceada y con unos implantes de silicona muy bien puestos que le hacen tener una copa D de sujetador y que por lo menos una vez al mes un ejecutivo japonés le pida matrimonio. Bajo toda esa imagen de *Barbie Malibú* un tanto hortera, se esconde un corazón de oro y una mujer de una inteligencia y una sensibilidad abrumadora.

—Buenos días, guapetona, ¿qué tal tu fin de semana libre?

Le hago una mueca y le paso su café mientras me quito las sandalias y me subo a los tacones.

—¡Uy! Chica, ¿tan mal ha ido? ¿O solo estás así porque es lunes?

Rosa es una de esas extrañas personas que se levantan por las mañanas con una energía que te da que pensar si no colará un *tripi* en su tazón de cereales. Siempre contenta, siempre sonriendo y yo soy todo lo opuesto, cada vez que tengo que madrugar y suena el despertador me dan ganas de llorar y si me hablas antes de una ducha y una buena dosis de cafeína puedes ganarte un guantazo fácilmente.

—El *finde* bien, salí con las chicas y fue un desmadre. El domingo tranquilas, tarde de películas e hidratos de carbono en cantidades alarmantes.

—¿Y algo que contar? ¿Conociste a algún chico guapo?

Es bastante cotilla y hace tanto tiempo que no sale por ahí que le encanta que le cuente lo que sea, para ella hasta que me cayera de la cinta de correr en el gimnasio es toda una aventura.

La historia de Rosa es que tiene un hijo de cinco años, Jonathan, y un exmarido que es un sinvergüenza y que la ayuda en lo mínimo que puede, por lo que se pasa el día trabajando y ejerciendo de mamá el resto del tiempo, acabando casi por completo con su vida social. Así que si yo puedo alegrarle un poquito el día contándole las estupideces que me pasan no puedo negarme.

—Pues la verdad es que sí—abre los ojos como platos y asiente emocionada animándome a seguir—. Conocimos a unos chicos y acabé la noche con uno en mi cama. Bueno, la verdad es que fue una noche movidita, Maite y Sonia también acabaron acompañadas.

—¿Sonia también? ¿En serio? Vaya, me alegro por ella. Y ahora cuéntame detalles interesantes mientras terminas de prepararte.

Termino de colocarme el uniforme y me retoco el maquillaje. Tenemos una pequeña sala donde podemos cambiarnos y refrescarnos o lo que necesitemos durante el día, lo que es genial y me evita tener que salir de casa con la ropa del trabajo, que después de media hora en un metro abarrotado de gente, es más que probable que llegara con alguna mancha o con olor a sudor ajeno.

El uniforme consiste en un traje de americana y falda tubo de color rojo con el membrete dorado del hotel en la solapa de la chaqueta, una camisa blanca entallada y zapatos de tacón negros. Es bonito y elegante, y realza mis curvas. Los chicos visten traje negro con corbata roja.

Le cuento a Rosa mi noche con Mario y ella me acribilla a preguntas que yo contesto pacientemente.

—¡Qué suerte tienes Oli! Guapo, divertido, algo loco como te gustan, bueno en la cama... ¡eres mi heroína!

Me río y ella sigue con expresión soñadora.

—Lo que no entiendo es porque no quieres llamarlo, yo ni me lo pensaría. No todos tienen que ser iguales, como el repeinado con el que salías o como el memo de mi ex, o por lo menos necesito pensar así.

—Rosa, no quiero conocer a nadie, solo necesito divertirme. No quiero falsas esperanzas, ni expectativas tan altas que puedan acabar en decepción, ni tener que dar explicaciones a nadie, ni querer que me las den, ahora no puedo.

Ella se acerca a mí y me abraza. Aunque apenas me saca unos años, a veces me trata como si fuera una niña y yo disfruto de ese instinto maternal que le despierto.

—Ay, mi niña, ese chico te hizo daño. Claro que no necesitamos a nadie, pero no quiero que pierdas la esperanza ni te cierres puertas. El amor existe Oliva, solo hay que tener paciencia y acabará llegando cuando menos te lo esperes.

Yo le devuelvo el abrazo, no pensé que necesitara tanto uno, pero al estar entre sus brazos me relajo y me siento reconfortada.

—Y ahora a trabajar.

Me da un azote en el culo y nos ponemos a ello.

Estamos a finales de julio, así que a pesar de estar en pleno verano, aquí en Madrid, se podría decir que estamos en temporada media, porque aunque sí que es cierto que hay cierto nivel de turismo, es inferior a otros períodos estivales como Navidad o Semana Santa. No obstante, el hotel donde trabajo dispone de un salón de actos y distintas salas de reuniones aptas para conferencias, convenciones y otro tipo de eventos, lo que hace que durante todo el año tengamos una ocupación casi completa, sobre todo de carácter empresarial. No es lo que se dice un hotel ideal para familias, lo que me encanta, porque los niños con el subidón vacacional suelen ser un

verdadero coñazo, aunque bueno, estos días hay un poco de todo.

Un par de horas después de empezar nuestro turno me llama mi madre.

—Hotel Sant Carlos, buenos días, le atiende Oliva, ¿en qué puedo ayudarle?

—Oli, cielo, ¿cómo estás? Llevas tres días sin llamarme.

Suspiro y asiento, aunque no pueda verme. Tenía que haber ido a verlos el fin de semana, pero al final entre unas cosas y otras no lo hice y me siento fatal por ello.

—Hola mami. Lo siento, tienes razón. ¿Qué tal estáis? ¿Ricardo? ¿Y mis chicos?

—Bien, Ricardo trabajando como siempre y tus hermanos un día van a matarme de un disgusto. Juan se ha vuelto a pelear en el campamento porque un niño levantó la falda a su hermana y le han tenido que poner unos puntos.

—¿A Juan?—debería sorprenderme, pero no lo hago, son unos piezas de cuidado.

—¡Sí hombre, a tu hermano! Al otro le han dado puntos. Tu hermano lo empujó y al caer al suelo se dio en la barbilla con un bordillo. Encima no he podido reñirlo como me gustaría, porque ¿tú te crees que el mocoso me suelta que no piensa disculparse por proteger a su hermana, que a su Julia nadie la toca? Y yo me lo como a besos. Mi diablillo, qué tierno es.

Me río y mi madre suspira encantada. Se pasa el día quejándose de mis hermanos, pero se le cae la baba con ellos, no lo puede disimular.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Cómo fue tu noche de chicas?

—Genial mamá, lo dimos todo, como siempre. Incluso jugué a las apuestas, acabé bailando encima de una barra, luego te mando el vídeo.

—¡Ay, Oli cariño! Tienes que dejar de jugar a esas cosas, ya no sois niñas, un día vais a acabar detenidas y no sé si tu padre lo superaría. Acuérdate de que aquella vez ya estuvo al borde del infarto.

Me encanta hablar con mi madre, le cuento prácticamente todo, y aunque piensa que estoy como un cencerro, me acepta tal cual soy y la adoro por ello. Además, me tuvo tan joven que es como hablar con una amiga, nunca ha habido secretos, ni temas tabúes entre nosotras.

—No jugué con las chicas, si no con un chico que conocí. Un poco chalado, casi le parten la cara por estrujar el culo de un tío que era dos veces más grande que él.

—Ay, cariño, ¿ves? Ese juego es peligroso. ¿Era guapo?

Oigo como Rosa habla con un cliente, así que cojo el teléfono y me alejo un poco dándoles la espalda para seguir hablando con mi madre. Se supone que no podemos recibir llamadas personales, pero ya os he dicho que algunas normas nos las pasamos por nuestras partes.

—Guapo a rabiarse mamá, de esos que hacen bizquear, ni te imaginas. Moreno, ojos color chocolate, alto, fuerte... un bombón vamos. Se llama Mario.

—¿Sales con él?—está deseando que siente la cabeza, así que cada vez que hablo de un tío cruza los dedos para que sea algo serio.

—No, una alegría para el cuerpo, nada importante. Además no es de aquí, estaba de viaje, así que no voy a volver a verlo.

—Qué pena, pero así te olvidas del pelele de Alberto. ¡Qué decepción hija! Mira que tu padre decía que no le gustaba para ti, pero parecía buen chico.

Mis padres vieron a Alberto una vez en el año que estuvimos juntos y casi por obligación, porque él decía que era pronto para involucrar a la familia y claro, ya entendí el porqué. Después de la ruptura vi señales como esa que indicaban claramente que él no me veía en su vida a largo plazo. Fue en mi cumpleaños y yo creo que le di tanta lástima que no fue capaz de decirme que no, así que cenó conmigo y mi peculiar familia. Se mostró encantador y se cameló a mi madre, a Natalia y a mi hermana Candela enseguida. Es uno de esos guapos con labia que te atontan y cuando te das cuenta ya estás comiendo de su mano. De hecho creo que mi hermana se medio enamoró. En cambio mi padre y Ricardo se mostraron menos amistosos con él, incluso mi hermano Marcos, que aunque ahora con dieciocho años aún es un crío en lo que a relaciones se refiere, me dijo que tuviera cuidado, que Alberto era el típico que se follaría a la novia de un amigo. En ese momento no lo entendí, pero supongo que estaba más ciega de lo que quería aceptar.

—Oli, creo que...—la dulce voz de Rosa me indica que tengo que colgar, pero le hago una seña con el dedo para que me dé unos segundos más.

—No te preocupes mamá, lo de Alberto ya lo tengo superado, no se merece que malgaste el tiempo pensando en él—y he sonado tan firme que hasta me lo creo—. Ahora tengo que dejarte, te llamo esta semana y vamos a comprar el regalo de cumpleaños de papá, ¿te parece?

—Claro cariño, un besito y otro para las chicas y para Rosa.

—Un besito, chao.

Me doy la vuelta con mi sonrisa de trabajo de nuevo en la cara y antes de que pueda darle a Rosa recuerdos de mi madre, me encuentro con unos ojos castaños que me miran fijamente.

—Joder...

Me quedo pasmada mirando a Mario y él parece tan sorprendido como yo. Tiene que ser una puta broma, entre otras cosas porque está tan guapo con traje que no puede ser real. Y quien me conozca un poco sabe bien lo tonta que me ponen los tíos con traje. Mi imaginación ya empieza a actuar por su cuenta y me imagino agarrando con fuerza su corbata y besándolo hasta quedarme sin aliento. O atándolo con la misma al cabecero de mi cama. No sé cuánto tiempo llevará allí, pero solo de pensar que haya escuchado la conversación con mi madre me entran ganas de quitarme una horquilla del pelo y cortarme las venas con ella. O sacarle un ojo a él para que esté un poco menos guapo.

Ante nuestro silencio y la tensión que se palpa en el ambiente, Rosa interviene echándome una mano.

—Oli, es un cliente, dice que te conoce.

Consigo reaccionar y asiento a Rosa que se aparta enseguida y se pone a revolver unos papeles haciendo como que trabaja, pero sé que va a escucharlo todo y no la culpo, yo también lo haría.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me alojo aquí, mi empresa es uno de vuestros clientes.

Me mira con picardía y vuelvo a disfrutar de esa sonrisa de medio lado que tanto me había gustado.

—¿De qué te ríes?

—Te he oído hablar con tu madre, ha sido... interesante.

Pongo los ojos en blanco y levanto el mentón altiva, para chula yo.

—¿Y qué? Eres guapo sí, tengo un gusto exquisito—se ríe y ese sonido me llega como una caricia—. Bueno, Mario—al decir su nombre Rosa da un respingo y se le cae la grapadora, se acaba de dar cuenta de que él es el protagonista de mi tórrido fin de semana—, ha sido un placer charlar contigo, pero tengo que trabajar. Si necesitas algo más Rosa te atenderá encantada, te deseo una agradable estancia.

Se le borra la sonrisa de un plumazo y yo le dedico la mía de profesional. Acto seguido me pongo a toquetear el ordenador con gesto concentrado, como si estuviera haciendo algo de suma importancia, aunque no hago más que abrir y cerrar el programa de reservas una y otra vez mientras rezo para que se largue. Rosa está contando clips.

Sigue parado delante del mostrador unos segundos, como si dudara sobre qué hacer, hasta que un nuevo cliente aparece y lo saluda con tal efusividad que creo que incluso se ha asustado un poco. Es alemán y me pongo a hablar en su idioma como una loca, mientras siento los ojos de Mario clavados en mí. Instantes después reacciona, se da la vuelta y lo veo alejarse hasta desaparecer.

Cuando me deshago del alemán, que se marcha encantado por la hospitalidad española, tengo que sentarme. No me había dado cuenta hasta ahora de cómo me tiemblan las piernas. Rosa se pone a mi lado y me acaricia con ternura.

—Oli, ¿ese tío era Mario el del sábado?—me mira alucinada, creo que le ha impactado lo bueno que está y que piensa que estoy completamente loca para no querer volver a verlo.

—Sí, he tenido que hacer algo muy malo en otra vida, puto karma, y a es casualidad que se aloje aquí.

—¿No le dijiste dónde trabajabas?

—No, me inventé un montón de chorradas, cuanto menos supiéramos uno del otro mejor. Él tampoco me dijo que se alojaba en un hotel, o sí, estaba borracha, no presté demasiada atención, no sé.

—Madre mía, ¡está como un tren! Definitivamente en la próxima vida me pido ser tú.

Nos reímos las dos y consigue calmarme un poco.

—¿Le hiciste tú el *check-in*?

—No, pero ahora mismo busco su reserva, ven aquí.

Rosa se coloca delante del ordenador y empieza a indagar. Sé que no deberíamos hacer esto, pero mi autocontrol es débil y por otro lado, me puede la curiosidad.

—Aquí está. Está a nombre de su empresa, una empresa de publicidad catalana. Mario Vélez Carboné, fecha de nacimiento 31-03-1984, vive en Barcelona. Treinta años, una edad perfecta, Oliva. Se marcha el miércoles.

—Joder, encima me toca doblar turno. Rosa, la próxima vez que tengamos que atenderlo, si estás conmigo, prométeme que lo harás tú.

Rosa suspira y me mira como si hubiera perdido el juicio.

—De acuerdo. Pero creo que te estás equivocando.

Antes de que se marche Rosa y llegue el compañero del turno de tarde, me escaqueo para comer y descansar un rato. Voy a la cafetería, me siento en la mesa más apartada que encuentro y Carmelo, el encargado, me saca una ensalada de queso y nueces que está divina, que acompaño con un té helado y un trozo de tarta de chocolate que me chifla.

Mando un mensaje a Sonia y a Maite:

El universo es perverso. ¿A que no sabéis quién se aloja en mi hotel? Mario, el vaquero. Podéis reiros de mí, yo lo haría.

Las dos contestan al momento.

Nena, qué mala pata. Sé agradable con él, se portó bien contigo y te conozco, cuando te pones nerviosa puedes ser una tirana.

La buena de Sonia y su consejo me hace sonreír. Cómo me conoce.

Fóllatelo en una sala de juntas, en plan ejecutivo y secretaria cachonda. Seguro que se ha empalmado al verte con ese traje sexi que tenéis como uniforme.

Maite en su línea, como esperaba, aunque confieso que es una imagen que ha pasado por mi cabeza reiteradas veces durante la mañana.

Guardo el móvil en el bolso y disfruto despacio de la tarta, me vuelve loca el chocolate, mi trasero da fe de ello.

Un rato después levanto la vista y casi me atraganto. Otra vez no, joder.

Mario está apoyado en la barra. Se ha quitado la americana gris, que descansa en el respaldo de un taburete y lleva la camisa blanca remangada hasta los codos. Está un poco despeinado y parece cansado. Carmelo le sirve una cerveza que se bebe casi de un trago. Escribe algo en su *BlackBerry* y ojea unos folios que saca de un maletín negro de piel. Disfruto observándolo sin que lo sepa, en plan voyeur, comportándose con naturalidad; ver el modo en que se le ajusta la camisa a la espalda cuando escribe, la forma en que sujeta la cerveza y se mesa el pelo con los dedos... Por Dios, parezco una adolescente, pero ¿qué me pasa?

No sé por qué lo hago, ni en qué momento mi cerebro decide dar la orden a mis piernas y echar a andar, pero lo hago.

—Qué, ¿un día duro?

Cojo un taburete y me siento a su lado. Me mira con sorpresa, pero al instante asiente y dejo escapar la respiración que estaba conteniendo. Por un momento pensé que iba a mandarme a paseo y quizá me lo tendría merecido, porque soy yo la que ha insistido en no volver a hablar con él, pero aquí estoy. La mitad de las veces actúo por impulsos y esta vez no iba a ser diferente.

—Sí, he cerrado un contrato, pero tenemos un problema de presupuesto, mi jefe está cabreado y lo paga conmigo, ya sabes. Encima con este calor llevo todo el día asfixiado metido en el traje.

—Qué mierda.

—Sí.

Mario se quita la corbata, la guarda en el bolsillo del pantalón y se desabrocha un par de botones de la camisa con desgana. Yo no puedo apartar la mirada de él, parece sacado de un catálogo. Del catálogo de los protagonistas de mis sueños más húmedos.

Carmelo carraspea y vuelvo a la realidad. Me sirve un café con un chorrito de leche condensada, porque sabe que me encanta.

—Carmelo puedo ser peligrosa con un subidón de azúcar, ya deberías saberlo—se ríe y sirve a Mario una tostada de jamón ibérico que tiene una pinta para babear—. Además, como deje de caber en el uniforme y tenga que pedir uno nuevo el *caraculo* de Miguel se va a enfadar. Miguel es mi superior—le aclaro a Mario ante su cara de desconcierto.

—Tú a Miguel ni caso, niña—Carmelo me hace sonreír y desaparece dejándonos de nuevo solos.

—¿Sueles comer aquí?

—Qué va, pero hoy me toca doblar turno. Han operado a la mamá de una compañera y había que cubrirla y como suelo portarme mal de vez en cuando, mi jefe, el *caraculo*, me castiga de este modo. Así que tengo una hora de descanso y vuelta a empezar. Es ilegal, pero aunque Miguel sea un imbécil ha hecho la vista gorda conmigo en un par de ocasiones, se puede decir que se lo debo.

—Me da miedo preguntarlo, pero ¿qué es lo que has hecho para estar castigada?

—Bah, lo normal. Llevarme alguna cosita prestada, alguna bromita por teléfono...

—¿A qué te refieres con alguna cosita prestada? Material de oficina ¿o algo por el estilo?

—Sí el vodka del mini-bar está considerado como material de oficina...

Me contagio enseguida de la risa de Mario y acabamos los dos riéndonos como bobos.

—Me gusta que te hayas acercado, odio comer solo.

Me guiña un ojo y no puedo evitar sonrojarme.

—Siento si antes fui un poco borde contigo, no te lo merecías, pero no me esperaba verte aquí.

—No importa, ¿cuántos idiomas hablas? No sé alemán, pero parecía que lo hablabas con mucha soltura.

Agradezco que no dé mayor importancia a la conversación de esta mañana y me relajo.

—Hablo inglés, francés y alemán fluidos, en italiano me defiendo, al ser tan parecido al español resulta fácil, aunque a veces me invento palabras y chapurreo chino, pero solo palabras y expresiones sueltas. Cosas básicas y útiles, como saludar o pedir una copa.

Mario suelta una carcajada y me mira asombrado.

—Vaya, me has dejado sin palabras. Yo solo me defiendo en inglés y me cuesta bastante.

—Siempre se me han dado bien los idiomas, me gustan y me resulta fácil aprenderlos. Además, es parte de mi trabajo, de este, no del de profesora de ballet que ya quedó claro que me lo inventé. Y bueno, ¿tú a qué te dedicas exactamente? Antes de nada, si me lo contaste el sábado lo siento, no lo recuerdo.

—No, tranquila. Soy publicista.

—¿Qué haces exactamente?

—Básicamente, mi trabajo consiste en descubrir la forma en que tú debes ver un producto para que tenerlo se convierta en una necesidad; aunque pueda parecer simple es un proceso largo y a veces tedioso, pero me gusta y dicen que se me da bien.

—Seguro que sí.

—¿Llevas mucho tiempo en el hotel?

—Cuatro años, hice las prácticas y me contrataron, tuve mucha suerte.

—Era evidente que lo de profesora de ballet no iba en serio, pero tampoco te imaginaba en una recepción.

—Ya bueno, yo tampoco. La vida, supongo. ¿Dónde vives Mario?—sí Rosa me escuchara se partiría de risa, disimulo fatal, pero bueno, no me conoce como para saber que yo ya sé la respuesta.

—En Barcelona.

—¿Vives solo? Por favor, si tienes mujer e hijos prefiero no saberlo.

Sacude la cabeza divertido y yo cruzo los dedos rezando para que no sea de esos, porque ya era lo que me faltaba, algo así como de infiel a infiel y tiro porque me toca.

—No, puedes estar tranquila. Comparto piso con mi hermano Fermín.

—¿Tienes más hermanos?

—No, somos solo dos. Él es dos años menor que yo, es profesor de educación física. ¿Y tú tienes hermanos?

—Pues veamos, primero estoy yo, luego Candela que tiene veinte y estudia violín en el conservatorio, luego Marcos el chico más guapo del mundo que acaba de hacer dieciocho y empieza electrónica en septiembre y por último los mellizos Juan y Julia que tienen diez y son futuros asesinos en serie, no te rias, lo digo en serio.

Mario se carcajea y me encanta ese sonido, que me produce una calidez extraña.

—Familia numerosa, como todos sean como tú tus padres deben ser superhéroes.

Le doy un manotazo en el brazo y finge que le ha dolido.

—Es algo más que una familia numerosa.

—Explicate.

—Verás, mis padres me tuvieron a mí a los dieciséis años, suelo decir que fui un polvo en un granero, pero mi padre siempre me riñe cuando me oye, aunque sea verdad. Después cada uno se casó. Mi padre Jesús con Natalia y tuvieron a Cande y Marcos. Mi madre Tatiana con Ricardo y tienen a los mellizos, pero todos somos una familia, es decir, tengo algo así como dos padres y dos madres y formamos una familia peculiar.

—Vaya, es admirable.

—Sí, tengo la mejor familia del mundo mundial.

Charlamos un rato más de cosas triviales hasta que Mario termina de comer y mirando la hora me doy cuenta de que tengo que volver al trabajo, se me ha pasado el

tiempo volando. Aunque siendo sincera, si pudiese me quedaría con él un poco más, estoy cómoda, es como si nos conociéramos hace tiempo. Aun así hemos empezado a hablar de cosas demasiado personales y creo que debería dejarlo aquí.

—Bueno, yo tengo que volver al trabajo. Ya nos veremos.
—Vale. Gracias por haberte acercado.

Me sonrío y me pongo nerviosa de pronto, así que disimulo lanzando un beso a Carmelo y con un adiós que es más bien un susurro, me marcho de allí, aunque puedo sentir su mirada en mi cuerpo sin necesidad de darme la vuelta para comprobarlo.

Comparto el turno de tarde con Rafa. Es simpático, pero serio, lo que me resulta un poco aburrido, aunque parece que él se alegra de verme, dice que soy graciosa, no sé muy bien si tomármelo como un halago o sentirme como una especie de Lina Morgan.

La tarde transcurre como otra cualquiera, sin nada reseñable. Rafa me pone al día de la convivencia con su novia, con la que se ha mudado hace poco, por lo que aún están en período de adaptación. Le he dado un par de consejos (como que no deje los calzoncillos sucios en el suelo, que nunca pregunte cuando la vea comiendo más de la cuenta, o que borre minuciosamente su historial de internet si no quiere que descubra la clase de porno que ve, porque es posible que ella ya haya estado investigando) que espero que le sirvan. Después de quedarse pálido y pensativo durante diez minutos en los que, con total seguridad, ha rememorado sus últimas visitas cochinas en la red, ha recuperado un poco el color de persona normal y lo he obligado a mirar un catálogo de botas por internet conmigo. Me ha aconsejado pacientemente hasta que hemos elegido unas monísimas entre los dos y en un par de días estarán en mis manos.

—Hotel Sant Carlos, le atiende Oliva.
—Cena conmigo esta noche.

Doy tal brinco que se me cae el teléfono de las manos y Rafa me mira estupefacto. Cuando lo recupero oigo de nuevo su voz con un tono de preocupación y me muerdo el labio nerviosa.

—¿Oliva estás ahí? ¿Va todo bien?
—Sí, todo en orden, se me escurrió el teléfono de las manos.

Se ríe con ganas y sonrío como una estúpida.

—Bueno, ¿qué dices? ¿A qué hora sales?
—No deberías llamarme aquí para pedirme una cita, estoy trabajando. Si me pillan me meterás en un problema.
—Si me dieras tu móvil no tendría que hacerlo. Además, esta mañana hablabas con tu madre y a ella no la reñiste como a mí.

Qué listo el bribón, ahí me ha pillado, incluso puedo notar que está sonriendo, pero no pienso darle mi teléfono. Por lo menos todavía no.

—Ja. No cuela, vaquero. ¿No te han enseñado que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?
—No cuando se habla de uno.
—Debería colgarte, si intentas que cene contigo no vas por buen camino, me estás cabreando.

Rafa me mira intrigadísimo, le faltan las palomitas para que parezca que está en el cine.

—Venga, Oliva, solo una cena; ni siquiera tienes por qué verlo como una cita. A mí no me gusta comer solo y tú tienes que alimentarte igual, considéralo una cena entre amigos.

—¿Y tu amigo Raúl? ¿No puede acompañarte?
—Tiene un compromiso.
—Espero que no sea con otra chica, porque...
—Es el cumpleaños de su madre. Me han invitado, pero no me parecía oportuno.

Mantengo el suspense unos segundos, en el fondo mi loco inconsciente ya había dicho que sí desde el principio, pero él no tiene por qué saberlo, que sufra un poquito.

—Mmm, mañana madrugo y estoy muerta, hoy he doblado turno,...
—Preciosa, no me hagas suplicar. Solo me apetece pasar un poco de tiempo contigo, ha sido un día duro y eres como un soplo de aire fresco, dame el gusto.

Madre de Dios. Ahora mismo te doy todos mis ahorros, un riñón e incluso te entregaría a mi primogénito.

—A las diez y cuarto en la puerta del bar que hay al final de la calle, si no estás me voy. Y tengo antojo de comida tailandesa, espero que te guste.

Cuelgo el teléfono antes de que le dé tiempo a contestar y sonrío. No sé qué estoy haciendo, lo único que sé es que no puedo negar que me muero de ganas de volver a verlo, así que por qué no. De todos modos se marcha en dos días y no tendré que preocuparme más del tema.

—¿Me vas a contar de qué iba eso?
—El sábado me tiré a un guaperas y, casualidades de la vida, resulta que se aloja aquí. Hoy me invita a cenar.
—¿Quién es?

Le describo a Mario y resulta que fue él el que le hizo el *check-in*.

—Lo recuerdo, la verdad es que te pega. Fue agradable.

Suspiro y suena de nuevo el teléfono; él contesta y los dos volvemos al trabajo.

A las diez en punto Rafa me clava el codo en las costillas. Yo lo atizo con mi agenda.

—¡Serás burro! ¿Por qué me pegas?
—Cállate chiflada, ahí va tu guaperas.

Me giro y observamos los dos a Mario que pasa por delante de la recepción con dos pasos tranquilos y con un educado *buenas noches*, que yo ni soy capaz de contestar, se marcha. Rafa se ríe por lo bajinis y de repente me pongo de los nervios.

—¿Has visto cómo le quedaba esa camiseta? Está para comérselo.

Rafa pone los ojos en blanco y empieza a recoger sus cosas.

—Pues mira, no me he fijado, resulta que no es mi tipo. Anda vamos, que ya es la hora.

Pienso en la ropa que traía puesta por la mañana y me quiero morir. Vaqueros cortos roídos, chanclas y una camiseta rosa con una mancha de café en una teta, bravo Oliva.

—¿Qué voy a hacer Rafa? Yo estoy hecha un asco.

—Oli, estás buena, como si vas con un saco. Créeme, los tíos somos simples.

Confío en mi compañero y lo obligo a esperar hasta que me cambie para que me dé el visto bueno. Cuando veo la ropa interior que llevo y maldigo por haber elegido un tanga que lleva escrito "*mi ex lo come de pena*", regalo de mis amigas de cuando rompí con Alberto, me reprendo a mí misma por pensar en la posibilidad de que Mario lo vea. Me suelto el pelo y me lo ahueco un poco para que coja forma y me retoco el maquillaje. Un poco de desodorante y unas gotas de colonia. Lista. No hay mucho más que pueda hacer.

Doy una vuelta bastante teatral delante de Rafa y espero su veredicto.

—Genial Oli, te hace buen culo y la camiseta marca teta, con eso lo tienes hecho. Nunca le digas a mi novia que ha existido esta conversación, es bastante celosa.

—Gracias.

—Gracias a ti por el consejo del porno.

Rafa se marcha y yo después de un último vistazo al espejo y de mandar un mensaje a Sonia para avisar de que llegaré tarde, cojo el bolso y salgo también.

Poco tiempo y muchas ganas.

Mario me espera apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. Lleva vaqueros claros y una sencilla camiseta negra que le queda de muerte. Cuando me ve llegar sonrío y me parece tan sexi que me excito como una adolescente con las hormonas alteradas.

—Ey, vaquero.

—Hola, ahora sí que pareces tú, estás preciosa.

Vaya, parece ser que Rafa tenía razón.

—Qué pasa, ¿no te gusta nuestro uniforme sexi?

—Es muy impersonal, ya sé que es el objetivo que tiene, pero no dice nada de ti.

Paseamos hablando de cosas triviales hasta que llegamos al restaurante tailandés que se encuentra a un par de manzanas. Nos dan una mesa en un rincón bastante íntimo y nos sentamos uno al lado del otro. Parece la típica cena romántica y me siento un poco incómoda, pero Mario enseguida hace que me olvide.

Pedimos una copa de vino y una botella de agua y me dice que elija la comida por él, que confiesa que nunca ha probado la comida tailandesa. Aprovecho y le hago una demostración de mis conocimientos culinarios. Al final me decido por cuatro platos a compartir, porque aunque él insiste en que le gusta todo, prefiero que tenga opciones para elegir por si acaso.

—¿De qué conoces a Raúl?

—Nos conocimos en la facultad, él vivió un año en Barcelona y nos hicimos amigos.

—¿También es publicista?

—No, pero estudió un posgrado allí.

—Mmm, el viernes cena con mi amiga Sonia.

Mario se ríe y asiente con la cabeza.

—Y esto es una especie de investigación, muy poco sutil por tu parte, para saber si es de fiar, ¿me equivoco?

—No. Ella es... se merece encontrar a alguien bueno, es confiada y cree en las grandes historias de amor, ya sabes, cree en los príncipes azules.

—Raúl es un buen tipo, no tengo claro si un príncipe azul, pero es de fiar.

—De acuerdo, pero dile de mi parte que por mis amigas mato. Y no es un decir.

Mario se ríe y me ofrece una gamba con el tenedor que yo muerdo gustosa. Podría pensar que es un gesto bastante íntimo, pero le sale natural y creo que él ni siquiera ha sido consciente de que lo ha hecho. Eso me gusta.

—¿Y tú? ¿En qué crees tú Oliva?

—Creo en mi familia y en mis amigos. Con eso me basta.

—Eso está bien, ¿pero no hay nada más?

—No.

—¿Tú no crees en los príncipes azules como Sonia?

—Solo me he topado con ranas, así que ya no espero nada.

Mario me mira fijamente, como si intentase descifrar el significado que esconden mis palabras o lo que guardo detrás de esa actitud tan derrotista. No me gusta el rumbo que ha tomado la conversación, es demasiado íntima para lo poco que nos conocemos, pero tampoco me ha dado nunca miedo decir lo que pienso.

—No te creo, en el fondo esperas algo. Todo el mundo espera algo.

—¿Qué esperas tú Mario?

—No sé, supongo que encontrar a alguien que dé sentido a todo. Como cuando mi padre conoció a mi madre.

Se me seca la boca ante su declaración. No es fácil oír hablar a un hombre del amor con ese aplomo, con esa claridad, sin mostrar vergüenza de dejar al aire sus sentimientos. Resulta sexi y abrumador. La sinceridad de Mario me hace responder de igual modo y confieso.

—Nunca me he enamorado.

Mario me mira con auténtica sorpresa.

—¿En serio?

—A ver, me he colgado como por un millón de tíos, de hecho me encapricho enseguida, pero nunca he sentido por nadie lo que creo que se tiene que sentir cuando es amor de verdad. Quizá tengo unas expectativas demasiado altas y nunca lo encuentre, pero no puedo evitarlo.

—¿No has tenido ninguna relación importante?

—Salí con un chico un año y medio en el instituto, mi primer amor, mi primera vez, fue bonito y muy tierno, pero solo fue eso; ahora él está casado y se podría decir que somos amigos. Y luego está mi historia con Alberto. Lo pillé con otra hace un par de meses, llevábamos un año. Llegué a pensar que lo quería, pero solo estaba enganchada. Tiene algo que me hace comportarme como una imbécil, pero no es amor, no puede serlo, me niego a conformarme con que el amor sea eso. Mi madre dice que cuando lo encuentras simplemente lo sabes.

Mario me observa en silencio. Sus ojos me escrutan con detenimiento y noto que el ambiente está cargado de una intensidad que nunca antes había sentido. Posa su mirada en mis labios y por un instante pienso que me va a besar y deseo con todas mis fuerzas que lo haga, pero antes de que nuestras bocas se acerquen lo suficiente para notar su respiración sobre la mía, Mario me susurra en voz baja.

—Tu madre tiene razón. Te mereces encontrar eso que buscas.

Me ruborizo como una colegiala y me incorporo volviendo a marcar cierta distancia entre nosotros. No sé qué tiene este chico, pero consigue llegar a una parte de mí a la que nunca había conseguido llegar nadie con tanta facilidad y me asusta. Es como si no solo me mirara, sino que me viera de verdad.

—Bueno ¿y tú? ¿A cuántas has roto el corazón?

Su carcajada me calienta por dentro. Me encanta su risa, es profunda, masculina y muy sexi y no sé si es el ambiente de este sitio, el vino, o lo que noto entre nosotros, que no puedo dejar de pensar en que ojalá me hubiese besado.

—He tenido dos novias formales: Sara desde los veinte hasta los veinticuatro años y después María, estuvimos un par de años. De la primera me enamoré muy rápido, pero dejamos de querernos. Con María lo intenté, la quería, pero no estaba enamorado de ella.

—Vaya, así que tú sí que te has enamorado.

—Sí.

Seguimos comiendo en silencio, él pensativo y yo preguntándome por qué al hablarme de otras mujeres me he tensado por dentro y si estará pensando en ellas ahora.

—Oliva, cuéntame algo de ti, qué te gusta hacer en tu tiempo libre, por ejemplo.

—Mmm, veamos. Me gusta hacer deporte, voy al gimnasio o salgo a correr cuando puedo. Me gusta cocinar y se me da bastante bien, sobre todo los postres. Adoro el chocolate, bailar, ir de compras, viajar, disfrutar de los míos... y vendería a cualquiera de ellos a cambio de una noche con Ryan Gosling. Además soy una gran cinéfila—Mario asiente y lo señalo—. Te toca.

—Bueno, pues me gusta nadar, perderme con mi moto, pasear con mi perro, leer, también soy un apasionado del séptimo arte..., no sé, soy bastante corriente supongo.

—No eres corriente. Si lo fueras nunca me hubiera fijado en ti.

—Eso fue porque envidias mis pestañas, no seas mentirosa.

Pestañea con gracia y nos reímos como dos bobos.

—No me creo que hayas estado en Australia, ¡me corroe la envidia!

—Ni yo que tengas antecedentes penales—está alucinado y no lo culpo, pero ¿quién no ha hecho alguna estupidez en su vida?

—No debería haberte contado eso.

Son más de las doce y mañana voy a parecer un zombi, pero no quiero terminar la noche todavía.

—¿Cuánto tiempo viviste en París?

—Un año, fue increíble. Estudié el último curso allí con una beca y me lo pasé en grande. La ciudad es tan hermosa, esconde tantas historias, tantos secretos... amo París. Guardo grandes recuerdos y grandes amigos, espero volver pronto. Es uno de esos lugares que cuando lo conoces sabes que volverás algún día.

—Es bonito, he estado un par de veces. ¿Has viajado mucho?

—Ojalá, pero vivo al día, es complicado. He hecho escapadas cortas a Londres, Berlín, Ámsterdam y recorrí parte de Italia en una semana, pero nunca es tiempo suficiente para todo lo que te gustaría disfrutar.

Hablamos de un montón de cosas, pedimos un postre de chocolate que se supone que compartimos entre risas, aunque prácticamente acabo comiéndomelo entero y Mario me prohíbe pagar la cuenta. Acepto con la condición de invitarlo a una copa antes de despedirnos e irme a casa.

Entramos en el primer local que encontramos abierto y pedimos dos gin-tonics.

Se parte de risa cuando específico al camarero que me ponga un gin-tonic de hombre (o de veterano de guerra como lo llama mi padre) para mí y uno de niña para él. Es decir, el mío ginebra, tónica y rodajita de limón y en vaso ancho, el de Mario algo más parecido a una macedonia de frutos rojos o a un popurrí decorativo y en copa de balón. Diez minutos después ya he caído en la tentación y voy por la tercera frambuesa robada.

Nos sentamos en la barra y yo acerco mi taburete hasta que mis piernas quedan recogidas entre las suyas. Su mano acaricia mi muslo desnudo lentamente poniéndome el vello de punta y la sensual voz de Amy Winehouse con su versión de *The girl from Ipanema* sale por los altavoces.

—Oliva, cuando me marché de tu casa... no pensabas llamarme, ¿verdad?

Trago saliva y me muerdo nerviosa el labio.

—No, lo siento.

Mario me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrío.

—Tranquila, no pasa nada. Lo entiendo.

—Pero me alegro de que nos hayamos encontrado de nuevo, me lo he pasado muy bien.

Sus ojos se posan en mis labios, yo los abro inconscientemente y paso la lengua por el inferior humedeciéndolo. Quiero que lo haga, quiero que me bese, pero si lo hace es posible que le suplique que suba a mi casa.

—Oli... quiero besarte.

Y entonces ya no aguanto más y soy yo la que lo hago. Me levanto quedándome entre sus piernas, coloco las manos en sus mejillas y me lanzo a sus labios, los devoro. Mario abre la boca y su sabor me invade, su lengua baila con la mía, me recorre con ansia y siento que todo mi cuerpo responde a él de una manera que antes de conocerlo desconocía. Mario gime en mi boca y me acerca más a él, sus manos me acarician la espalda por debajo de la camiseta y yo me dejo envolver por su cálido cuerpo. Me encanta cómo besa, como si fuera el último beso que fuese a dar en la vida. Es tierno y salvaje a la vez, podría estar horas dejándome besar así, pero tengo que parar y dejar las cosas claras antes de que sigamos y ya no sea capaz de razonar.

—Mario, necesito decirte algo.

Apoya su frente en la mía y me hace círculos en la espalda con los dedos.

—Dime qué ocurre.

—Deseo pasar la noche contigo, quiero que vuelvas a hacerme el amor, lo de la otra noche estuvo muy bien—se ríe y me acerca más hasta que apenas hay espacio entre los dos—, pero después se acabó. Tú te marcharás el miércoles, volverás a tu vida y yo seguiré con la mía. No quiero nada, ni contigo ni con nadie. No esperes nada de mí.

Mario levanta la cabeza y me mira fijamente. Noto el calor de su mano en la parte baja de mi espalda, me gusta mucho esa sensación, me excita y me calienta el estómago, no es más que un leve roce, pero me resulta íntimo.

—Te diré qué vamos a hacer. Vamos a ir a tu casa y voy a hacerte el amor como llevo imaginando desde que te he visto esta mañana—asiento como un muñequito de esos de los coches y trago saliva—, después tú me darás tu teléfono y cuando me vaya nos despediremos como dos amigos. Yo volveré a mi vida y tú a la tuya, pero no quiero que desaparezcas, eres interesante, me gustas como mujer y como persona. Seremos amigos, no acepto un no por respuesta.

Realmente entré en coma cuando dijo que llevaba todo el día pensando en follarme, así que asiento sin tener demasiado claro lo que ha dicho. Él sonríe complacido y me da un beso en la nariz.

—Ahora señorita vayámonos de aquí, tengo poco tiempo para disfrutar de ti y muchas ganas.

Y sin más me coge de la mano y nos vamos a mi casa.

Debo de hacerlo muy bien.

Cuando llegamos la casa está completamente en silencio. Las chicas ya están en la cama, pero, por si las moscas, decido colgar un sujetador del pomo de la puerta de mi cuarto antes de cerrarla con nosotros dentro y Mario se ríe. No apagamos la luz.

—¿Es vuestra señal de que estáis acompañadas? Muy sutil.

Me abraza. Yo escondo la cabeza en su cuello y aspiro su olor, la mezcla de colonia con el aroma de su piel me vuelve loca. Le muerdo el cuello y entre risas me levanta y me deja sobre la cama. Mario me desnuda en silencio sin dejar de mirarme ni un solo instante. Primero me quita las chanclas con delicadeza, después desabrocha los vaqueros y tira de ellos hacia abajo deslizándolos lentamente por mis caderas. Suelta una carcajada cuando ve mi tanga y yo me tapo los ojos con las manos avergonzada.

—¿Pero qué tenemos aquí? "*Mi ex lo come de pena*", vaya.

—¡Cállate! Cuando me he vestido esta mañana no entraba en mis planes que alguien fuera a verlo. Fue un regalo, obviamente lo eligió Maite.

Me levanta la camiseta y me besa el estómago delicadamente. Tiemblo.

—Cuando pienso que ya no puedes sorprenderme más vuelves a hacerlo, eres una cajita de sorpresas muy sexi.

Se incorpora y se empieza a desnudar. Cuando deja a la vista su cuerpo se me seca la boca, es tan atractivo en todo lo que hace que aún no me creo que esté aquí conmigo. Me quito la camiseta y nos quedamos los dos solo con la ropa interior; yo con el maldito tanga y un sencillo sujetador blanco de algodón, él con un bóxer granate apretadito que marca su gran excitación. Me muerdo el labio con lascivia y pienso en cómo es posible que le quepa todo eso ahí dentro, porque encima está bien dotado. Lo tiene todo el cabrón. Es perfecto. Tiene un cuerpo increíble, delgado, pero fibroso. Se le marcan los abdominales, pero de manera suave, al igual que los músculos de las piernas y los brazos. Es elegante y masculino. Pero no es únicamente eso, es mucho más lo que hace que me excite tanto. Es su forma de mirarme, de tocarme. El sabor de su saliva. El olor de su piel. Se tumba sobre mí y me besa apasionadamente. Abro la boca y me dejo llevar por él. Enseguida el beso se torna salvaje, animal y seguimos devorándonos como locos, cada vez con más desesperación. Noto su erección presionando mi estómago y lo atraigo aún más rodeando su cuerpo con mis piernas. Desciende sin dejar de darme besos húmedos por el camino hasta mis pechos, los agarra con firmeza y hunde su cabeza en mi escote. Aspira con deseo y gimo sorprendida por lo que me consigue excitar sin apenas tocarme, solamente con sus besos. Desabrocha el cierre delantero y me quedo expuesta ante él, me observa con admiración y acaricia los pezones que se izan más ante su contacto.

—Joder, eres perfecta—su voz es más bien un gruñido ronco y se lleva un pecho a la boca.

Juega con mi pezón, lo lame, lo muerde y tira de él, dedicando después las mismas atenciones al otro; yo estoy tan excitada que no puedo evitar alzar las caderas para restregarme contra él. Mario gime con mi pecho en su boca y es un sonido tremendamente excitante.

—Como sigas haciendo eso voy a correrme...

—Mmm, eso suena muy bien.

Mete una mano entre mis piernas y me acaricia por encima de la ropa interior, estoy muy húmeda y jadeo sin ningún pudor. Cierro los ojos y disfruto de lo que me hace, pero no es lo que quiero. Lo quiero a él por completo.

—Mario, por favor, necesito sentirte dentro.

No se hace de rogar y en un instante ya tiene un preservativo puesto y desliza el tanga por mis piernas. Me penetra en un solo movimiento que me hace jadear aún más fuerte, nos movemos acompasados, es tan placentero que no quiero que acabe nunca. Me agarra por las muñecas y las coloca por encima de mi cabeza sin soltarme, mientras sigue entrando y saliendo de mí sin descanso una y otra vez, a un ritmo condenadamente perfecto. Nos compenetramos tan bien que parece que lo hubiéramos hecho miles de veces antes o que hubiéramos nacido para hacerlo. Se le tensa el torso y los brazos con cada acometida y una ligera capa de sudor le cubre entero. Quiero alargarlo todo lo posible, pero creo que voy a explotar de un momento a otro. Cierro los ojos y me concentro en la sensación tan abrumadora que me produce todo él, su calor, su tacto, su sabor, su olor... es demasiado. Es tan perfecto que ojalá durase para siempre.

Cuando los abro de nuevo la visión de Mario entre mis piernas mordiendo el labio inferior es suficiente para mí y un orgasmo demoledor me recorre todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

—Eso es, Oli...

Me embiste aún con más fuerza y yo alzo las caderas ayudándolo a encontrar su liberación, sintiendo todavía los espasmos de la mía. No aparta sus ojos de los míos en ningún momento y cuando se corre violentamente tengo por seguro que esa visión y el sonido que sale de sus labios es lo más erótico que he presenciado en mi vida.

—Joder...—Mario se deja caer sobre mí y suelta mis muñecas, yo aprovecho y le acaricio el pelo, que está algo húmedo por el esfuerzo.

Cuando nuestras respiraciones se normalizan se tumba a mi lado y coloca mi pierna sobre él.

—Ha sido increíble—me mira sonriendo y está tan relajado que me parece más niño que nunca.

—Sí, la verdad es que sí.

—Necesito ir un momento al baño, no haré ruido.

Mario se levanta, se pone los calzoncillos y sale de puntillas por el pasillo. Abro la cama y me meto desnuda bajo las sábanas, todavía con mi cuerpo recuperándose de, sin duda alguna, el mejor orgasmo de mi vida. Cuando vuelve solo necesito acercarme un poco a él para que esté listo de nuevo.

Suena el despertador y lo apago a base de manotazos. No me puedo creer que ya sea la hora de levantarse. Apenas hemos dormido unas tres horas y estoy muerta, aunque si llega a ser por Mario no pegaba ojo en toda la noche. Es insaciable. Maldigo y lloriqueo con la cabeza debajo de la almohada y Mario me abraza. Cuando noto su erección contra mi pierna doy un respingo.

—¡Vaquero, ni lo sueñes! Si piensas ser padre algún día por tu bien no te acerques a mí por las mañanas.

Su risa me cabrea. Me suelto de él de un manotazo y me levanto.

—Buenos días, preciosa.

—No sé qué pueden tener de buenos, la verdad. Me voy a la ducha, ni se te ocurra seguirme.

Lo miro con el ceño fruncido y me enfado más aún, porque ¿cómo es posible estar tan guapo recién despierto y habiendo dormido tan poco? Dan ganas de abofetearlo.

Cuando salgo del baño me cruzo con Mario, que entra en calzoncillos con su ropa en la mano para ducharse. Me sonrío y le hago una peineta, lo que hace que suelte una carcajada.

Me pongo un vestido de algodón rojo con unas sandalias planas de cuero y dejo que el pelo húmedo me caiga por los hombros, ya que con el calor que hace cuando llegue al trabajo ya estará seco. Entro en la cocina y me lo encuentro sentado en la mesa desayunando y charlando amistosamente con Sonia y Maite, que parecen encantadas con su compañía. Lleva el pelo mojado peinado hacia atrás y está tan guapo que tengo que cerrar las piernas inconscientemente.

—Buenos días, reina mora—Maite me saluda canturreando.

—Necesito café.

—Has dormido poco, ¿eh?—da un codazo a Mario, que se ríe y Sonia pone los ojos en blanco.

—Sí, todo es por su culpa—lo señalo y me mira divertido—. Si quieres que seamos amigos regla número uno, si no duermo me convierto en algo espantoso, así que ándate con ojo.

Abre la boca para decir algo, pero Sonia lo interrumpe antes.

—No la hables hasta que se tome el café, después ya vuelve a ser algo parecido a la Oli que conoces.

Cogemos un taxi entre los dos que nos deja a una manzana del hotel para evitar que nos vean juntos, al fin y al cabo no deja de ser un cliente. Mario respeta mi silencio, aunque me coge la mano durante el trayecto y yo no la aparto. Cuando bajamos, antes de que digamos nada, le doy un *post-it* con mi número de teléfono, pero no me atrevo a confesarle que tiré el suyo a la basura, esperaré a que me llame él y así ya lo tendré. En caso de que lo haga claro, que lo dudo. Supongo que se quedará en el recuerdo como una aventura más, como podría ser cualquier otra.

—Bueno, vaquero, siento que hayas tenido que lidiar con la Oliva psicópata.

—De momento hasta esa Oliva me gusta.

Sonrío como una tonta y él me atrae hasta que tengo que apoyarme en su pecho. Estoy tan a gusto entre sus brazos, que la pregunta me sale sola, sin pensar.

—¿Ya no te veo más?—y en cuanto lo digo me arrepiento, porque ha sonado más triste de lo que pretendía y lo que menos quiero es que él pueda interpretarlo como una invitación a algo más. Además, ni siquiera tengo muy claro por qué lo he dicho.

—Vaya, ya me echas de menos y aún estás en mis brazos, sí que lo debo de hacer bien—le doy un guantazo y se ríe divertido, aunque por dentro asiento efusivamente, porque la verdad es que lo hace de vicio—. Hoy trabajo hasta tarde, ceno con Raúl y mañana salgo a las siete hacia el aeropuerto, así que supongo que no.

—Bueno, pues que tengas un buen viaje, ya hablaremos supongo.

Me encojo de hombros e intento sonar indiferente, pero lo cierto es que me entristece que se vaya y eso me cabrea. Por favor, si apenas lo conozco, pero ¿qué me pasa?

—Gracias. Y por supuesto que hablaremos, ahora que he conseguido tu teléfono no vas a librarte de mí tan fácilmente.

Me besa con ternura, es un beso dulce y el más casto de los que nos hemos dado. Es bonito. Le agarro del pelo y vuelvo a besarlo, pero esta vez el beso se vuelve más salvaje, su lengua me invade y disfruto de su sabor por última vez. Le muerdo el labio antes de separarnos, consiguiendo que un gemido ronco se escape de su boca.

—Esto es un beso de despedida en condiciones—susurro.

—Estoy de acuerdo.

Sonrío y me separo de él. No quiero alargarlo más y que esto se convierta en una situación incómoda, no ha sido más que un rollito post-ruptura, así que no debería tener una sensación tan agrídulce.

—Llego tarde, espera un minuto y entra, ¿vale? Ya nos veremos, vaquero.

Le guiño un ojo y corro hacia el hotel. Me parece que ha dicho algo, pero con el ruido de los coches no he podido escucharlo.

Me cambio en un santiamén; Rosa me espera con un café y un bollito de chocolate y yo se lo agradezco con un beso en la mejilla.

—Tienes mala cara, ¿ocurre algo?

La verdad es que tengo una pinta horrible, pero es lo que tiene un maratón sexual después de un día doblando turno, que una no es *Superwoman*.

—He dormido poco, solo es eso.

Debería contarle todo lo que ha pasado con Mario, pero ahora mismo no me apetece, así que no le doy más explicaciones y volvemos a la recepción.

A pesar de que la mañana es movidita, me encuentro buscando a Mario cada vez que se abre la puerta o suena el ascensor, pero o no lo he visto pasar o ha tenido que largarse antes de que yo saliera con el uniforme puesto para empezar mi turno.

Vuelvo a casa agotada. Maite me espera con la comida hecha y la mesa puesta; Sonia come en el trabajo, así que normalmente comemos solas. Ha hecho pasta a la boloñesa y huele de maravilla.

—Solo te daré de comer si me cuentas que te traes entre manos con ese Mario.

Lo sabía, no tengo escapatoria. Suspiro y asiento.

—Nada, me invitó a cenar y una cosa llevo a la otra, ya sabes, me gusta y mi autocontrol es nulo.

—¿Cómo no te va a gustar? Está realmente bueno, Oli.

—Quiere que sigamos en contacto, como amigos. No sé.

—Estás preocupada, ¿qué pasa cariño?

Maite me coge la mano y me observa con ternura, porque soy como un libro abierto para ella, me conoce mejor de lo que me conozco yo misma.

—Es que me produce sentimientos que no comprendo. Ayer, por ejemplo, en la cena hablamos de relaciones serias que habíamos tenido y me molestó pensar en él con otras chicas. Además, nos pusimos más profundos de lo que sería normal en una cita entre desconocidos. No tiene sentido, o al despedirnos, he sentido... tristeza Maite. No lo entiendo, ni siquiera lo conozco. Estoy cabreada.

—Oli, te gusta, eso es lo que pasa.

—Claro que me gusta, ¿tú lo has visto bien?

—No me refiero a eso, ya lo sabes. Es guapo y tiene pinta de follar como un animal, pero no tiene nada que ver con eso.

Pues claro que sé a lo que se refiere. Maite y yo somos muy diferentes, pero en un aspecto de nuestra vida somos idénticas. Nos escudamos bajo una imagen de chicas solteras independientes y algo superficiales, haciendo creer a los demás que solo nos interesan los chicos guapos que sepan hacerte pasar un buen rato, y bueno, también es verdad, ¿a quién no le interesa eso? Pero en realidad no son más que tonterías, es un escudo que nos hemos creado para evitar que nos hagan daño. Me acosté con Mario porque, obviamente, me parece atractivo, pero no fue solo eso y pese a todos mis intentos por ignorarlo supe enseguida que Mario es mucho más que un envoltorio bonito. Me engañé a mí misma con la absurda idea de que solamente iba a ser una aventura de una noche y con la excusa de que él se marcharía, pero sin darme cuenta en apenas un día más él ha conseguido que tuviéramos una cita, volver a pasar una noche increíble juntos y que le diese mi número de teléfono. Joder. No había sido consciente de todo el terreno que le he cedido hasta ahora.

Aun así ya no importa, no debería esperar que me llame. Quizá no vuelva a verlo nunca y solamente pidió mi número por educación, o quizá me llame si vuelve por aquí alguna otra vez. Ahora que lo pienso ¿no tendrá una amante en cada ciudad que visite? Frunzo el ceño y decido que ya es hora de olvidarme del tema y seguir como si no hubiera ocurrido nada, al fin y al cabo no ha sido más que otro rollo de una noche y como tal debería tratarlo.

—Puede ser, pero no importa. No me apetece hablar de ello, ¿ya me das de comer?

Maite me da un beso en la frente y como una buena mamá me sirve la comida.

Viernes loco.

—Oli, cariño, ¿qué te parece esta? También la hay en granate.

Mi madre me enseña una cartera gris de piel. Dentro de dos días es el cumpleaños de mi padre y estoy de compras con mamá, aunque de momento yo ya cargo en mi brazo y en mi conciencia con un vestido divino y un bolso y mi madre con una camisa y aún sin nada para él.

—Me gusta, pero mejor la gris.

—Adjudicada.

Seguimos rebuscando, cogiendo y descartando cosas, mientras charlamos de todo un poco.

—Me ha dicho tu padre que Marcos debe de andar con una chica, pero no suelta prenda el niño.

—Siempre ha sido reservado, ya lo conoces; le dará vergüenza, ya indagaré.

Y antes de que continúe ya sé lo que me va a preguntar.

—Y tú ¿qué tal con ese chico? ¿Cómo se llamaba?

—Mario. Y ya te dije que fue una tontería sin importancia, ayer volvió a Barcelona.

Mi madre asiente y no dice nada más sobre el tema, cosa que agradezco.

Finalmente ella le compra la cartera y yo un libro de micología, la mayor afición de mi padre y un delantal de lunares y volantes en el que se lee " *Me he lavado las manos antes de mear*" que sé que le encantará. A mí me parece tronchante.

Acompaño a mamá a casa y aprovecho para dar un achuchón a mis hermanos que acaban de regresar del campamento. Me reciben como salvajes lanzándose sobre mí y acabamos los tres espatarrados en el suelo. Julia alaba mis zapatos, es demasiado presumida para tener diez años y Juan me cuenta sus últimas aventuras. Me los como a besos cuando me regalan una pulsera de hilos y bolitas de colores que hicieron en un taller y me la pongo orgullosísima al instante. Después de merendar y de jugar con ellos un rato, me marcho de allí agotada. Media hora en su compañía y salgo como si me hubiera asaltado una banda de albanokosovares.

Aprovecho también para ir al gimnasio y cuando llego a casa ya son más de las diez. Me siento con Sonia en el sofá a ver un capítulo de *Anatomía de Grey*, mientras mordisqueo un sándwich de aguacate y queso.

—Es imposible que todos los médicos de ese hospital estén tan buenos, ¿te imaginas? Maite sería capaz de meter un dedo en la batidora para que la atendiese un doctor macizo de esos.

Sonia asiente sin dejar de mirar la pantalla, totalmente concentrada. Está enganchadísima a esta serie, ya hemos visto como 150 temporadas y sigo sin enterarme de nada, porque si te pierdes un episodio ya no sabes quién está con quién. Maite dice que es como una orgía encubierta; ahí folla hasta el apuntador.

Suena mi móvil y contesto sin mirar primero quién es.

—¡Oli al aparato!

—Hola preciosa, ¿cómo estás?

Me atraganto con un trozo de queso y corro a la cocina a por un vaso de agua antes de poder contestar. Así que lo de ser amigos iba en serio.

—¿Mario?

—Oli, ¿estás bien? ¿Siempre te pasan cosas cuando contestas al teléfono o es solo conmigo?

—Me pasan estupideces constantemente, no te lo tengas tan creído.

—¿Qué hacías?

Me voy a mi habitación para hablar tranquilamente y no molestar a Sonia, aunque ella tiene el cerebro absorbido por la televisión y ni se inmuta. Supongo que tanto macizo junto no puede ser bueno para la salud mental, el cerebro acaba colapsándose, o algo por el estilo.

—Viendo *Anatomía de Grey* y comiendo el sándwich con el que casi muero asfíxiada, ¿y tú?

—Pensando en ti, ¿de qué es el sándwich?

Sonríe como una estúpida.

—De queso y aguacate. ¿Qué tal la vuelta a la rutina?

Mario gruñe.

—Pues eso, rutina. Lo único bueno el recibimiento de Pol, lo echaba de menos.

—¿Quién es Pol?

—Mi perro.

—Es verdad, pero no me dijiste su nombre. ¿De qué raza es?

—Un perro de aguas marrón, luego te mando una foto, te caería bien.

—¿Y yo a él?

—Él se enamoraría de ti.

Cierro los ojos y me derrito sobre la cama. Suspiro profundamente y cambio de tema antes de ponerme tontorrón. Más, quiero decir.

—Hoy he estado de compras, levantando la economía del país, ya sabes.

—Una ciudadana ejemplar. ¿Qué te has comprado?

Le cuento todo lo que hemos comprado mi madre y yo y los regalos para mi padre y le prometo probarme el vestido y enviarle una foto. Doy vueltas en la cama y

seguimos hablando de tonterías. Le hablo de mis compañeros de curro y él de los suyos. Me habla de un libro que está leyendo y yo le recomiendo mis títulos favoritos. Discutimos sobre quién es el mejor *James Bond* de la historia del cine y ambos coincidimos en que a día de hoy no hay nada comparable a la trilogía de *El Padrino*. Me cuenta que odia el brócoli y yo que soy alérgica al kiwi. No sé por qué la conversación acaba con mi confesión de que no sé patinar, porque de pequeña me rompí la muñeca intentando aprender y Mario decide que es algo imperdonable y que en un futuro se encargará de enseñarme. Yo acepto aun sabiendo que eso no es probable que ocurra. De todo y de nada y yo me relajo y disfruto. Mario es un gran conversador, además sabe escuchar y es divertido, así que sin darnos cuenta llevamos una hora hablando.

—Oli ¿sigues ahí?

—Ajá. Lo siento estoy tan cansada que cerré un momento los ojos, ¿qué decías?

—Joder, Oli, lo siento yo. Llevamos hablando casi una hora, tienes que descansar. Contigo se pasa el tiempo volando.

Sonrí y me estiro en la cama.

—Buenas noches Mario, me ha gustado hablar contigo.

—Buenas noches preciosa, que descanses.

Cuando me despierto miro el teléfono y tengo un mensaje con una foto de Mario y Pol en la playa, sonrío y por primera vez en mucho tiempo me levanto más contenta de lo normal. Me pongo el vestido nuevo, que es verde de tirantes con la falda con mucho vuelo y me hago una trenza. Sonrí a la cámara y le envío la foto con un: *¡que tengas un buen día vaquero!*

Me contesta enseguida: *¡después de verte así de guapa el día mejora sin duda!*

Es viernes y Sonia sale a cenar con Raúl. Está nerviosa, hace años que no tiene una primera cita y le aterran los silencios incómodos. Maite le está haciendo un recogido y mientras le da consejos, aunque la mayoría son bastante estúpidos. Yo las miro tirada en el sofá zampando una bolsa de patatas.

—Maite, no piensa hacer eso, ¿lo sabes, verdad?—me parto de risa ante la insistencia de Maite de tocarle el paquete con el pie por debajo de la mesa en caso de que la situación no vaya como debiera. Según ella siempre funciona.

—Tú, cerda, ¿quieres dejar de tocar las pelotas? Además, no eres precisamente una experta en citas, más bien eres el claro ejemplo de lo que no se debe hacer en una cita. ¿O quieres que hagamos un recorrido por tu lamentable vida amorosa?

Le tiro una patata a Maite que acaba cayendo al lado de su pie. Ella se agacha a cogerla y se la come como si nada.

—Ya nos hemos acostado, así que lo más difícil ya está hecho, ¿no?

—Podría decirse que empezáis con esa ventaja, no tienes que dudar en si besarlo o no al despedirse y cosas por el estilo.

—Ni te vas a encontrar con nada extraño, ya sabes como es lo que tiene entre las piernas—Sonia pone los ojos en blanco ante las palabras de Maite y después de mirarse en el espejo por enésima vez, corre a su cuarto a terminar de arreglarse.

—Vamos moscorroño, arréglate y vente a tomar una copa conmigo.

—Ni de coña, mañana madrugó y después es el cumple de mi padre, ¿con quién sales? Ese vestido es increíble.

Está guapísima, lleva un vestido azul eléctrico de seda que la queda como un guante y su larga melena negra suelta sobre los hombros. Por supuesto completa el look con unos taconazos de infarto.

—He quedado con unos compañeros del curro. Ha llegado un chico nuevo monísimo y es la excusa perfecta para organizar una quedada, ya sabes, comité de bienvenida.

Maite odia su trabajo, pero tiene la suerte de formar parte de una plantilla bastante joven con la que se entiende de maravilla y con la que sale a menudo con cualquier excusa. Supongo que una de las razones es que el 80% son tíos, la tratan como una reina y ella se deja querer.

—Yo me prepararé algo de comida basura y me pondré una película. Quizá incluso abra una botella de vino, a lo *Bridget Jones*.

—Utiliza el vibrador que te regalé por Navidad, es estupendo.

Hago una mueca para que se deje de chorradas, aunque por dentro no lo descarto como opción.

Después de dar un montón de besitos de apoyo a Sonia antes de que se vaya, que está guapísima con una falda negra y camisa blanca sin mangas con cuello de bebé, Maite también se despide de mí y me siento en el sofá con una pizza cuatro quesos y una cerveza. Entre el pijama descolorido, los pelos de loca y el menú grasiento, doy bastante lástima, pero estoy encantada. Pongo *Crazy stupid love* en el DVD y disfruto de un Ryan Gosling en todo su esplendor. Lo de ese hombre no es normal, juro que entregaría a Maite a una secta satánica en sagrada ofrenda a cambio de poder lamer chocolate en esos abdominales.

Cojo el teléfono y marco su número sin pensar.

—Ey, preciosa.

—Hola vaquero. ¿Te pillo en buen momento?

—Claro, estoy viendo una película con mi hermano.

—¿Qué película?

—*El amanecer de los muertos*, una de zombis.

—Menudo planazo de viernes, ¿no?

—Sí, la juerga padre, ¿y tú?

—Lo mío es más triste, sola en casa, pijama horrible, moño indescriptible, una pizza mediana que pienso acabarme y una cerveza. Lo único bueno es que estoy viendo a Ryan Gosling sin camiseta.

—Ojalá pudiera acompañarte.

—¿Te gusta Ryan? No te juzgo, es entendible, a mí me chifla.

Siento su risa como una caricia entre las piernas y me muerdo el labio nerviosa.

—No, estúpida, pero dime que sus abdominales te recordaron a los míos y por eso me llamaste.

Mi silencio responde por mí, resulto patética, pero la verdad es que es justamente lo que ha pasado. De hecho la imagen de Mario sin ropa me ha estado acechando sin control desde que se marchó. Suelta una fuerte carcajada y me tapo la cara avergonzada a pesar de que es obvio que no puede verme.

—Te voy a convertir en un verdadero creído, pero ¿qué me pasa?

—Tranquila yo también pienso en tus tetas a menudo.

—Pajillero.

Nos reímos con ganas y desearía que estuviera aquí conmigo para verle la cara.

De repente me embarga una sensación extraña, no sé por qué he llamado, lo he visto dos veces y desde que se marchó hace tres días ya hemos hablado dos. No tengo ni idea de qué es lo que me ocurre con Mario, pero me relajo solo con escuchar su voz. Es increíble lo cómoda que me siento con él y no entiendo cómo puedo sentir que compartimos una cierta intimidad si apenas nos conocemos.

—Mario, ¿por qué me llamaste ayer? Dime la verdad, por favor.

—Ya te lo dije, pensaba en ti y simplemente lo hice.

—Entonces, ¿lo de ser amigos iba en serio? Porque lo siento, pero cuando nos despedimos no esperaba que me llamaras.

Mario carraspea y empiezo a arrepentirme de haberme puesto tan seria y sacar esta conversación.

—Entiendo que dudarás, Oli, pero lo dije totalmente en serio. ¿Por qué me has llamado tú hoy?

Vale, no me esperaba que la pregunta se volviese contra mí. Lo cierto es que no tengo ni pajolera idea de por qué lo he hecho, la mayor parte del tiempo funciono de esta manera, por impulsos de este tipo y así me va por otra parte.

—Mmm, podría mentirte, pero no es lo mío. Lo he hecho porque ayer me gustó que lo hicieras, me sorprendiste, vaquero, y supongo que si de verdad vamos a ser amigos, ya era hora de que yo pusiera algo de mi parte, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto.

Nos quedamos los dos envueltos en un silencio extraño, no incómodo, pero uno que no consigo entender demasiado bien, así que antes de que empiece de nuevo con mis dudas me despido de él, no sin antes desear con todas mis fuerzas que me llame pronto de nuevo.

—Me voy a la cama, mañana es un día duro, trabajar en verano es un asco. Disfruta de tu viernes loco.

—Que duermas bien, Oli.

Agosto.

—¿Qué elegirías, ir a una reunión seria, de esas de trajeados a las que vas tú, con las cejas completamente depiladas o con las uñas pintadas de rosa?

—Mmm, a riesgo de que esta respuesta me persiga hasta el fin de mis días, con las uñas rosas. Sí, sin duda.

—¿En serio? Ja, ja, ja. ¿Por qué?

—No lo sé, pero lo de las uñas solo supondría un mal rato y alguna explicación que seguramente nadie creería, en cambio las cejas tardan en crecer e imaginarme sin cejas... me aterroriza, me costaría hasta mirarme en el espejo.

—Siempre podrías pintártelas con lápiz de ojos.

—Joder Oli, me dan escalofríos solamente con imaginarlo.

—¿Sabes? Tiene sentido. Yo hubiera elegido las cejas si fuera tú, así me va...

—Me lo imaginaba.

...

—Oli, ya me he terminado el libro.

—¿Y?

—Pss... No está mal.

—¿Que no está mal dices?! ¿Te estás quedando conmigo? Ese tipo es un genio, a ti nunca se te hubiera ocurrido robar la lanza azul para acabar con los guardianes de la cripta.

—Es que no tiene sentido. No entiendo qué pinta Marcus en el submundo cuando todas las piezas estaban en la realidad alternativa, nunca hubiera podido completar el mapa.

—¡Venga ya! Para eso tenía el ojo de *Minya*, sino la llave que le regaló su madre antes de morir no le hubiese servido para nada.

—No sé Oli, es que no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Es un libro juvenil, ¿lo sabías? Mi hermano Marcos lo leyó con doce años y lo entendió.

—Creo que ese es el problema, que no lo he leído con doce años y me hace cuestionarme más cosas. A ver, ¿cómo es posible que escape del laberinto con esas bestias y que luego necesite el poder superior para cruzar un riachuelo de nada...? ¿O que Elisa y él no se encuentren en el bosque teniendo el poder telepático? En serio, no tiene sentido.

—Es ciencia ficción Mario, ¿¿¿vale??? Tu adorado *Superman* puede volar y yo no te lo cuestiono y me parece de lo más ridículo. Lleva la ropa interior por fuera, ¡por favor! ¿¿¿Qué clase de superhéroe es un tío con slíps rojos por encima de los pantalones???

...

—Háblame de tu padre.

—Era gerente de unos grandes almacenes. Odiaba su trabajo, todos lo sabíamos, pero no le oímos quejarse ni una sola vez. Era divertido, aunque más tranquilo y callado que mi madre. Siempre sabía lo que decir en el momento apropiado, como si el resto del tiempo no hablara porque no tenía nada importante que decir. Mi madre hacía lo que quería con él, pero no porque fuera de esa clase de hombre sin carácter alguno, si no porque seguía enamorado de ella como el primer día y yo lo respetaba muchísimo por ello y porque además no lo escondía.

—Qué bonito Mario. Suena a tópico, pero es cierto, esté donde esté seguro que se le hincha el pecho de orgullo al ver el hombre en el que te has convertido.

—Ojalá sea cierto.

...

—Siempre quise tatuarme, pero al final por unas cosas o por otras aún no lo he hecho.

—Yo tengo uno.

—¿En serio? ¿Dónde? Porque creo haber examinado tu cuerpo a conciencia y no lo he visto.

—Bueno, es que no es un tatuaje exactamente, se podría decir que “casi” fue un tatuaje.

—Cuéntamelo Oli, ahora me pica la curiosidad.

—Es que... me da vergüenza, te vas a reír.

—No me reiré.

—No seas mentiroso.

—Bueno, al menos lo intentaré. Por favor, dime qué es, ahora necesito saberlo.

—De acuerdo... Maite y yo decidimos hacernos un tatuaje igual, no fuimos capaces de convencer a Sonia, así que seguimos las dos solas emocionadas con la idea. El caso es que no sé si fue por el sonido que hacía la máquina, por un miedo hasta entonces desconocido a las agujas, o porque toda la situación me recordó demasiado a mi fobia al dentista, que el ataque de pánico fue bestial.

—¿Tienes fobia al dentista? ¿De verdad?

—Sí y por extensión a Benito, un amigo de la familia que es el que nos trata, pero me estoy desviando del tema. Total, que cuando el tío empezó a taladrarme con esa aguja infernal, pegué un brinco y salí corriendo como una imbécil con Maite detrás de mí echando pestes, porque ella ya se lo había hecho, pero no pudo ir muy lejos porque aún no lo había pagado. Me encontraron media hora después encerrada en el baño del centro comercial.

—No es para tanto, le podría pasar a cualquiera.

—El caso es que estaba tan asustada que a Maite se le pasó el cabreo, pero por mi culpa ahora tiene una aceituna tatuada en el culo.

—¿Una aceituna? Estás de coña.

—Por desgracia no. Teníamos dieciocho años, nos pareció gracioso que ella se hiciera una aceituna en mi honor y yo un pez, porque en esa época ella decía que era mi anchoa, ¿comprendes? Pero en vez de eso tengo una pequeña mancha de tinta en el trasero que parece un lunar deforme.

—Y ella una aceituna...

—Exacto.

—¿Ya puedo reírme?

—Adelante...

...

—¡Hoy la pregunta del millón! ¿Qué tres cosas se llevaría Mario el aventurero a una isla desierta?

—¿Valen personas y animales?

—De momento no, he dicho cosas.

—Mmm, déjame pensar, es complicado.

—No pienses, lo que te venga a la cabeza, ¡a lo loco!

—De acuerdo, papel, lápiz y una almohada. Ahora tú.

—Uno de mis libros favoritos, una foto de mi familia y amigos y un peine.

—Un peine... ¿estás segura?

—Tú también lo estarías si me vieras un par de días sin peinar. Cuando me rescataran podrían encontrar una familia de topos habitando en mi cabeza si no tuviera un peine, créeme es necesario. Además, ¿por qué una almohada?

—Ya que estás jodido al menos dormir bien, ¿no crees? Ya te imagino a ti intentando dormir con la cabeza sobre tu libro y abrazada a tu peine...

—Puf, ¡habló aquí, el del lápiz! Apuesto mi peine a que a la primera que tengas que afilarlo te lo cargás.

—Si pudiera elegir personas y animales os elegiría a Pol y a ti, aunque quiero que sepas que no te dejaría mi lápiz.

—Tendrías que elegir solo una cosa a mayores y no creo que eligieras el lápiz sin el papel, ¿no cerebritito?

—Es cierto, elegiría la almohada, pero tranquila que eso sí que lo compartiría.

—Vaya, gracias, qué caballero.

—Solo porque sería una forma de poder meterte mano mientras duermes.

—Ja, ja, ja. Eres un cerdo.

...

—Estoy convencido de que todas las tías en el fondo soñáis con una boda de cuento.

—¡No me seas antiguo! Aunque bien es cierto que la mayoría de las chicas que conozco quieren casarse, también hay otras que no. Fíjate en Maite, dice que lo único sensato del matrimonio es la despedida de soltera y la barra libre. O en mí.

—¿No crees en el matrimonio? O no quieres casarte.

—Sí que creo en que un matrimonio pueda salir bien, pero en realidad me es indiferente, nunca lo he visto como un objetivo, quizá porque no he encontrado a la persona que me dé una razón para hacerlo.

—Aun así seguro que de niña te imaginaste alguna vez cómo sería.

—Sí, con un pirata. Me raptaría en su barco y nos casaríamos en alta mar, tuve una obsesión enfermiza con los piratas. Ahora que lo pienso, quizá por eso me gusta tanto el ron...

—Ja, ja, ja, venga en serio Oli, ¿cómo sería tu ideal de una boda perfecta?

—Vaaaale, pero no te rías.

—Te lo prometo.

—Una boda íntima, solo con las personas que de verdad me importan, sin compromisos absurdos. En una playa al atardecer, cualquier playa de Formentera sería el escenario perfecto. Todos de blanco, sin grandes lujos, descalzos y las chicas con una flor en el pelo. De fondo el sonido del mar y mi hermana Candela tocando el violín. Solamente un intercambio de palabras entre los dos y después a celebrarlo comiendo y bailando hasta el amanecer.

—Nena, es muy bonito, pero para no tenerlo pensado...

—Cállate imbécil, a ver ¿y tú, princesita? ¿Cómo sería tu boda soñada?

—Me da igual la boda, como si es una noche loca en las Vegas o en el ayuntamiento de mi pueblo.

—¿Pero te gustaría casarte? Por ti mismo, quiero decir, no por hacer feliz a tu pareja.

—Sí es la persona indicada por supuesto.

...

—¡Mario te cuento un chiste! Me lo ha contado mi hermano Juan: Doctor, doctor, ¿qué me recomienda para los dientes amarillos? Una corbata marrón.

—Puf, Oli, es muy malo incluso para ti.

—¿Pero qué dices? Es tronchante. ¡Ah! Se me olvidaba que tú eres de los que defienden el humor inteligente...

—Si esto te parece inteligente... ahí va, pero te aviso que lo cuento fatal. Papá, ¿puedo coger el coche? No sin mi supervisión. Perdona por no tener superpoderes como tú...

...

—¿Oli? ¿Estás ahí?

—Ja, ja, ja, no lo había cogido, ¡es muy bueno, Mario! Te perdono por no reírte antes. Ja, ja, ja, te dejo, voy a llamar a mi hermano para contárselo, le va a encantar.

...

—¿Nunca has sentido que se te escapa el tiempo entre los dedos? Pasan los días, las semanas y ni te enteras.

—Claro, la última década se me ha pasado en un suspiro. Ya tengo treinta años, a veces me acuerdo cuando todavía estaba en la universidad o incluso en el instituto y pensaba en la cantidad de cosas que habría conseguido al cumplir los treinta.

—¿Y se ha cumplido algo de lo que imaginaste?

—A nivel laboral podría decirse, pero ni he viajado todo lo que quería, ni me tomé un año sabático para recorrer Europa en moto, ni tengo una relación estable, no sé. La vida nunca es como la imaginábamos.

—A veces es mejor.

—Tú no estabas en mis planes, así que sí. Has sido una sorpresa que compensa de sobra todo lo que no he conseguido.

—Eso es muy bonito, Mario.

—Tú sí que eres bonita...

...

—¿Hablaste con Raúl?

—Sí, puedes estar tranquila.

—Desembucha, Mario.

—Está colado por Sonia, ¿vale? Pero como se entere de que te lo he contado me corta las pelotas, por favor, Oli, mantén la boca cerrada.

—Sí, no te preocupes, tus pelotas están a salvo, pero por tú bien que sea verdad o seré yo la que te las corte, ¿capici?

—Joder, no sé quién me manda meterme en estas historias.

—Si lo suyo sale bien te dejo que me digas cien veces eso de “te lo dije”, ¿te parece bien?

—Menos es nada...

...

—Pol te encantaría.

—Nunca he tenido un perro. Me pedí cinco años seguidos uno a los Reyes Magos, pero debí de portarme fatal, porque me trajeron un pez rojo feísimo con los ojos como ciruelas.

—¿Qué fue de él?

—Se llamaba Mister Pulgas, me duró una semana, le di demasiada comida. Mi madre lo tiró por el retrete, fue espantoso, no veas la llorera que me cogí.

—¿Mister pulgas? ¿Qué nombre es ese para un pez?

—Ya te he dicho que yo quería un perro, así que respetamos el nombre que había pensado para él. Ahora podría tenerlo, pero a Maite le dan pánico, así que...

—Entiendo. Te prometo que la próxima vez que te pidas un perro a los Reyes Magos me encargaré personalmente de que cumplan tu deseo.

—Gracias, Mario...

...

—Nena, al final opté por la camisa azul.

—¿Azul cómo?

—Azul... pues azul.

—Mario, hay muchas clases de azules. Inténtalo.

—¿Azul oscuro?

—Mmm... Azul marino, azul Klein, azul cobalto...

—¿Te estás quedando conmigo? ¡Ya lo tengo! Como el vestido que te compraste el otro día.

—Eso es azul Klein, ¡buena elección, vaquero! ¿Y encontraste la corbata?

—¿La morada? Sí, me la regaló mi madre.

—¿Cómo es?

—Ya estamos, pues morada. Yo qué sé.

—¿Violeta? ¿Amatista? ¿O más oscura tirando a púrpura?

—¿Hiciste un máster en colores? Pues... joder, no sé... del color de las flores que hay en el parque de enfrente de mi casa, ¡eso es! ¡Lavanda!

—Eso ha sido un poco gay, Mario.

...

—Menudo día he tenido, estoy agotado.

—Si quieres hablamos mañana, ¿te parece?

—No, necesitaba oír tu voz.

—Ah.

—He trabajado diez horas seguidas porque mi jefe me explota, cuando he sacado a Pol a pasear se ha revolcado en un charco y me ha tocado bañarlo al subir con lo que eso conlleva, después he limpiado el estropicio que hemos montado en el cuarto de baño y por fin me acabo de sentar, así que cuéntame algo que me distraiga, preciosa. Haz que me olvide de este día de mierda.

—Mmm, vale. ¿Te he contado alguna vez que gané mil euros por la radio?

—No. Cuéntamelo.

—Pues era un concurso en el que había que reconocer la melodía de una canción y tienes que llamar y al que lo haga primero le pasan en directo y tiene que cantarla.

Total, que estaba tirada en la cama y enseguida la reconocí. Era *These boots are made for walkin'* de Nancy Sinatra. Ya sé que la canción es muy fácil, pero el concurso era muy difícil, apenas dejaban unos segundos. Llamé y cuando me quise dar cuenta ya estaba cantando a grito pelado y ya sabes que cantar no es lo mío... el caso es que con los mil euros me llevé a Maite y a Sonia un fin de semana a Ibiza, ¡fue la bomba!

—Vaya, qué generosa. Solo tú te lo gastarías en tus amigas.

—Bah, no es para tanto. Tuve una época de vacas flacas y ellas también me ayudaron, así que era lo menos que podía hacer.

—Qué peligro en la isla que nunca duerme...

—No te creas, disfrutamos de las playas y también del chiringuito, no te voy a engañar, pero nada de discotecas. Mario, ¡¡¡acabo de tener una idea genial!!!

Prométeme que tú y yo nos escaparemos juntos a Ibiza, me encantaría vivir la isla contigo.

—Te lo prometo.

—Sería increíble, ¿te lo imaginas? Tú y yo perdidos en una cala de aguas transparentes, paseando por la orilla, cenando en una terraza con el mar de fondo, mmm.

—Nena, escúchame. Te llevaré algún día y haremos todo lo que tú quieras.

—¿De verdad?

—Claro.

—Genial...

—Oli... ¿tú haces topless?

...

—¿Qué es lo que nunca perdonarías Mario?

—No lo sé, supongo que depende de la situación, no todo es blanco o negro.

—Pues dí algo que odies por encima de todo.

—El egoísmo. Nunca podría compartir mi vida con alguien cuyo ombligo fuese siempre lo primero.

—Eso está bien.

—¿Y tú?

—Las mentiras, no soporto que me mientan. Más bien me aterra, me han mentido tantas veces que es algo intolerable para mí, no quiero volver a pasar por eso.

—Lo entiendo, es duro lo que viviste con ese tipo, pero tienes que empezar a confiar de nuevo, Oli.

—Mario, no me mientas nunca, por favor.

...

Septiembre.

Oigo que el móvil no para de sonar e intento cogerlo a través de la cortina de la ducha, pero tengo el pelo lleno de champú y lo único que consigo es que me entre en el ojo una cantidad considerable y, por poco, no romperme el cráneo contra el suelo de la bañera. Sería una muerte tan ridícula que ni siquiera me enfadaría con mis amigas por reirse de mí antes de recoger mis pedazos y llorar mi pérdida.

Maite entra en el baño como un tornado y contesta al teléfono sentada en la taza del váter sin pedirme permiso para hacerlo.

—Confiesa tus pecados, hijo mío.

—...

—¡Hola Mario! Sí, soy Maite. Está en la ducha, ahora mismo la tengo delante de mí completamente desnuda.

Abro los ojos y veo a Maite, que ha corrido la cortina y me observa divertida. Antes de que mi cerebro reaccione y dé la orden a mi mano de volver a correrla para recuperar algo de intimidad, me doy cuenta de que ha dejado la puerta del baño abierta de par en par y mis ojos se cruzan unos segundos con los de un Raúl con la cara desencajada y los ojos como platos, que todo hay que decirlo, es capaz de desviar la mirada antes que yo y que desaparece a la velocidad de la luz al grito de “*Tranquila Oli, yo no he visto nada*”. Ya claro.

Sonia aparece detrás de él, está tan avergonzada que nos vuelve a encerrar a las dos en el baño sin abrir la boca y corre tras su novio roja como un tomate.

—Joder, Maite.

La miro horrorizada mientras ella se parte de risa y le cuenta a Mario lo que acaba de ocurrir en apenas un minuto. Cierro el grifo y empiezo a secarme lo más rápido posible para arrancarle el teléfono de las manos, antes de que mis ganas de matarla se intensifiquen hasta niveles nunca vistos.

—En serio, como su madre la trajo al mundo, ¡ha sido genial!

—...

—Parece enfadada, pero, chico, tiene un cuerpo estupendo, tú lo sabes bien. Debería enseñarlo más a menudo, ¿no te parece?

—...

Salgo de la ducha y le quito el móvil bruscamente. Ella me saca la lengua y sale del cuarto de baño dejándome de nuevo sola con las carcajadas de Mario taladrándome la oreja.

—Si te sigues riendo de mí te cuelgo.

—Venga, Oli, tú hubieras hecho lo mismo.

Suspiro resignada y me río bajito, porque es cierto, yo me hubiese reído más que él. En momentos como este es cuando dejamos al descubierto la panda de inmaduros que aún somos.

—Dejando mi desnudo integral aparte, ¿qué te cuentas? Porque me imagino que tu insistencia quiere decir que es algo importante. ¿O me vas a confesar que era un suplicio estar tantas horas sin hablar conmigo? ¿Sin oír mi dulce voz de caramelo? ¿Te mueres por mis huesitos, vaquero?

—Sí, te juro amor eterno nena, pero no es eso. Tengo buenas noticias.

Me sonrojo como una estúpida ante su falsa declaración, como si mi cuerpo deseara por un instante que fuera de verdad y pienso lo que sería que Mario me dijera algún día algo parecido. Sacudo la cabeza y lo animo a que me cuente lo que sea que para él es tan importante mientras me doy crema en las piernas.

—Me han dado la oportunidad de preparar una propuesta para una campaña. Sería mi propio proyecto, no como hasta ahora que dependo de otros, si no que tendría mi propio equipo y llevaría mi firma.

—Mario, ¡eso es genial!

—Sí, claro que solo me han dado la oportunidad de ser un candidato, después que lo consiga o no ya es otra historia, pero ya es un paso.

—Estoy convencida de que lo conseguirás, y lo verás.

—Te agradezco la confianza, pero no te hagas ilusiones, no quiero decepcionar a nadie.

—Mario Vélez Carboné, retira ahora mismo esas palabras. Lo vas a conseguir y si, por la circunstancia que sea, al final esa campaña no es tuya, me comprometo a rajarle las ruedas del coche a tu jefe como venganza o a depilarle las cejas mientras duerme, en plan ninja. Puedo ser muy silenciosa cuando me lo propongo.

Mario se carcajea y me crezco un poco por dentro por ser yo la que consiga hacerle reír así.

—Gracias Oli, tu confianza es muy importante.

—Creo en ti Mario, ahora tienes que hacerlo tú.

—Lo intentaré, aunque solo sea para evitar que acabes detenida de nuevo.

—Aunque solo sea por eso.

...

—Mi madre me ha vuelto a preguntar por ti.

—¿Y qué te ha dicho?

—Quiere conocerte. Yo insisto en que solo somos amigos, pero no sé por qué sigue sin creerme. Vas a tener que decírselo tú.

—Ya...

Mi familia y amigos conocen mi relación con Mario. Su gente también. Es extraño. Nadie se fía de que seamos simplemente amigos. Es como si todos supieran un secreto que nosotros aún no hemos descubierto. A veces cuando, por ejemplo, Sonia me pilla sonriendo como una tonta tumbada en la cama mientras Mario me cuenta tonterías antes de acostarme y veo su sonrisa de suficiencia, dudo. O cuando me encuentro mordiéndome las uñas y mirando el teléfono cada treinta segundos si sé que Mario está a punto de llamarme. O cuando me dice algo bonito y siento un hormigueo en la boca del estómago. O cuando sueño que me lo hace de todas las posturas posibles que se me ocurren y me despierto empapada en mitad de un orgasmo. Se me pasan por la cabeza un millón de preguntas sin respuesta, como si no me estaré equivocando al interpretar mis sentimientos por él o si es normal sentir deseo por alguien que solo es tu amigo. Al final siempre opto por ignorarlas y disfrutar de lo que tenemos, porque aunque en ocasiones me entre miedo al sentir un revoloteo extraño que desconocía, lo que he creado con Mario es increíble y no pienso perdermelo por nada del mundo, pese a que corra el riesgo de que se convierta en mi mayor debilidad.

Adoro a mis amigas con todo mi corazón. Sonia es mi brújula, me guía y me mantiene serena y en pie, es esa mano delicada, pero firme, que me ayuda a levantarme

cuando me caigo. Maite es el viento, me hace seguir siempre hacia adelante, con fuerza, con ganas, con valentía, pero Mario... con él es diferente, es una conexión total, como si hubiera activado una parte de mí misma que no conocía y que hasta su llegada había permanecido dormida. No soy capaz de explicarlo mejor, solo puedo vivirlo, como ocurre con las cosas que realmente merecen la pena.

...

—¿Alguna vez has hecho un trío?

—No, aunque ha sido una fantasía recurrente.

—Eres un guarro. ¿Y en qué consiste tu fantasía? ¿Dos chicas o tú y otro tío?

—Siempre con dos chicas. No me hagas explicártelo, morbosa. ¿Tú?

—Pues me excitan las dos posibilidades, pero creo que elegiría con otra mujer, con dos tíos me daría pavor acabar atravesada como un pinchito moruno.

—¿Pero has hecho algo que se le acerque alguna vez? Dime que no, Oli, o la imagen me perseguirá para siempre.

—No, lo más cerca ha sido que Maite me metiera la lengua en la garganta en una de sus muestras de amor incondicional con algún mirón delante. Es una idea excitante, pero soy muy celosa, no podría hacerlo con alguien por el que albergara algún tipo de sentimiento y con desconocidos... me pondría muy nerviosa y diría alguna chorrada, me conozco. No saldría bien, me entraría la risa histérica y acabaría haciendo o diciendo cualquier estupidez.

—Me alegro.

—¿De qué te alegras?

—De que no lo hayas hecho.

—¿Y eso por qué?

—Déjalo, no se por qué he dicho eso.

—¿Mario?

—No lo sé, ¿vale? Me resulta raro imaginarte con otros, eso es todo.

—Ah,...vale.

...

—Me ha vuelto a tirar los trastos el chico del kiosco. Siempre me regala una piruleta con forma de corazón con las revistas, pero que sepas que no me aprovecho, le he dejado claro que por mucho soborno en forma de dulce delicioso no pienso salir con él.

—Me parece bien que no salgas con él, Oli, entre otras cosas porque aún no tiene dieciocho años, pero... no te ofendas preciosa, ¿por qué estás tan reacia a conocer a alguien?

—No tengo ganas de perder el tiempo, eso es todo. No te ofendas tú, Mario, pero los tíos... no sé, iba a decir que sois todos iguales, pero sé que eso es una chorrada. El caso es que ahora mismo no estoy preparada para volver a pasar por lo que pasé con el imbécil de mi ex.

—Ese tío te hizo daño, pero como tú misma has dicho no todos somos iguales. Oli, tuviste mala suerte eso es todo, no por ello debes renunciar a encontrar eso que buscas. Tienes demasiado miedo y por...

—Déjalo Mario, no me apetece seguir hablando de esto.

—De acuerdo, lo siento.

—Yo también, simplemente no es el momento para empezar nada, ahora no puedo.

—¿Sigues sintiendo algo por él?

—No, no... De verdad, no es eso. Estoy bien así, además te tengo a ti y un vibrador estupendo, ¿qué más puedo necesitar?

—¿Tienes un vibrador? Mmm...

—Mario, ¿en qué estás pensando?... ¿¿¿Mario???

—Lo siento, creo que a veces te olvidas de que soy un tío, ¿qué decías?

...

—Tienes que elegir entre las dos opciones que yo te diga, ¿de acuerdo?

—Muy bien. ¿Esto para qué sirve exactamente?

—Es un test de una revista para ver si somos compatibles.

—Somos compatibles ya te lo digo yo, no necesitas una de esas revistas de chicas para saberlo.

—Tú calla y obedece. ¿Café o té?

—Café.

—¿Playa o montaña?

—Playa.

—¿Cena con amigos o cine en pareja?

—Cena con amigos. En serio Oli, ¿de verdad la gente hace estos test?

—Me estás ofendiendo, vaquero, ¿tú arriba o abajo?

—Abajo. Y arriba. Y de lado... ya me va pareciendo más interesante.

—Solo vale una opción, pervertido.

—De acuerdo, pues abajo entonces.

—¿Olivia Martín o Megan Fox?

—Mmm, Oli, ¿el test es una invención tuya?

—Ja, ja, ja. Sí, pero eres un capullo, tenías que contestar mi nombre sin dudar, aunque sea mentira.

—¿Y para qué quieres que te elija a tí?

—Eh... olvídalo, ha sido una tontería.

—La pregunta no especifica si es como amiga o para un asalto sexual, de hecho después de la pregunta sobre las posturas parece más la segunda opción..., ¿te gustaría que te considerase de esa manera?

—Te he dicho que lo dejes, ¿vale?

—¿Quieres decirme algo con todo esto, nena?

...

—¿Oli? ¿Me has colgado?

...

—Me encantan los niños, de hecho si hubiera encontrado a la persona perfecta para tenerlos quizá ya tendría uno.

—¿¿¿Me tomas el pelo, Mario???

—No. ¿Tú no quieres tener hijos? No digo ahora, si no algún día, cuando estés preparada.

—No. Sí. No sé. Quizá en algún futuro lejano lo considere como una posibilidad, pero... solo de pensarlo me sudan las manos. ¿¿¿Te imaginas lo que tiene que ser que te salga un bebé del tamaño de un melón por ahí???

—Eso luego se olvida, Oli, cuando vieras su carita ya no pensarías en nada más.

—¿Qué coño estás diciendo? Métete un balón de rugby por el culo e intenta expulsarlo, luego me dices si se olvida o no.

—Serías una buena madre, por lo menos contigo tendrían diversión asegurada.

—¿De verdad lo crees?

Llueve a mares. Es un día gris de esos que solamente con asomarte a la ventana hacen que arrugues la cara, pero a mí siempre me ha gustado la lluvia. Mi madre dice que es porque el día que yo nací no dejo de llover ni un segundo y que por eso me siento cómoda en días como hoy. Es una tontería, pero de pequeña me hacía sonreír y aún con mis años también.

Sonia y Raúl siguen saliendo juntos. Me gusta Raúl, no para mí obviamente, sino para ella. Mario tenía razón, solo con fijarse un poco en la forma en la que la miras te das cuenta de que está loco por ella, a pesar de que sorprende el poco tiempo que hace que se conocen. Ojalá alguien me mirase a mí de ese modo, con esa seguridad y ese aplomo, como si quererla fuese lo más natural del mundo. Eso es exactamente lo que veo en ellos, la calma, el modo de complementarse uno al otro, sin forzar nada, sino que sucede sin más. Parece que llevan toda la vida haciéndolo.

Una vez me quisieron de verdad, lo sé. Andrés, mi primer novio, me quiso y lo demostró, pero yo no pude corresponderlo. Me hubiera encantado poder devolverle todo lo que me dio, que fue mucho, pero lamentablemente eso es algo que no se elige, el corazón se mueve por sus propias normas.

No hemos vuelto a mencionar el episodio de la ducha, ni falta que hace por otra parte, no obstante noto a Raúl a veces incómodo conmigo y como no sea por ese motivo no se me ocurre por qué puede ser. Sé que él habla a menudo con Mario, pero es que no me puedo imaginar qué le ha podido contar Mario sobre mí para tener esa sensación cada vez que estamos cerca.

Llego a casa empapada por la tormenta, porque, como es costumbre en mí, se me olvidó coger el paraguas al salir por la mañana. Al llegar al salón me encuentro a Raúl sentado frente a la tele y por el sonido de la caldera deduzco que Sonia está en la ducha. Nos saludamos con el *¡hola!* más soso del mundo y ya, ahí acaba nuestro encuentro. Voy a mi cuarto y me quito las botas de lluvia de una patada. Antes de que me dé tiempo a reflexionar sobre la situación como una persona racional, que ya ha quedado claro que no soy, salgo como un vendaval y me planto delante de él, que levanta la mirada sorprendido. Noto que se tensa y traga saliva, parece inquieto, lo que solamente me confirma que no son imaginaciones mías.

—Raúl, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, ¿te pasa algo?

—Eso es lo que quiero preguntarte yo a ti, ¿tienes algún problema conmigo?

Él aparta sus ojos de los míos con nerviosismo y carraspea antes de contestar.

—No, ¿por qué dices eso?

Pongo los ojos en blanco y empiezo a gesticular como una loca, lo que siempre me pasa cuando estoy confundida o nerviosa, o como en este caso, ambas cosas.

—No mientas nunca a Sonia, lo haces fatal. ¿Es por lo del día de la ducha? Mira, es obvio que me viste, pero en serio, ¡no pasa nada! Somos adultos y yo para eso soy muy liberal, ¿sabes? Incluso he hecho nudismo, así que si un montón de personas que no conozco de nada han visto mis vergüenzas al aire, no va a importarme que las veas tú. Bueno, no es exactamente lo que quería decir, realmente no quiero que me veas desnuda..., creo que me estoy liando, el caso es que...

—Oli, no es por eso.

Menos mal que él reacciona y hace que cierre la boca de una vez, porque ya me veía yo divagando durante una hora sobre el nudismo y vete tú a saber dónde hubiera acabado esa conversación. Quizá conmigo haciendo una presentación en *PowerPoint* acerca de los beneficios demostrados del naturismo.

—¿Entonces? ¿Por qué no me tratas igual que a Maite?—abro la boca y suelto un gemido lastimero acompañado de un puchero bastante infantil cuando me doy cuenta de la realidad de todo este asunto. Me siento como una niña pequeña con la que no quiere jugar en el recreo, pero no me importa, necesito saberlo—. ¿Te caigo mal?

Raúl suelta una carcajada y niega con la cabeza. Al principio me siento un poco ofendida por reírse en mi cara, pero después el alivio se apodera de mí. No es que sea de esas personas que sufren si no le caen bien a todo el mundo, porque es obvio que el hecho de no ser capaz de controlar mis impulsos no ha sido una buena manera de conseguirlo, pero la idea de caer mal a alguien tan importante para Sonia me entristece.

—Oli, no me caes mal, si te soy sincero me pareces una tía genial. No sé cómo decirte esto sin parecer un idiota.

—Tú dilo y prometo no insultarte. Seré buena, palabrita.

Consigo hacerle reír y me siento a su lado algo más relajada.

—Mira, Oli, me gusta Sonia, mucho y no quiero que lo nuestro pueda estropearse.

—Lo entiendo, pero ¿qué tengo que ver yo en eso?—abro los ojos como platos, lanzo un grito agudo y empiezo a gesticular de nuevo haciendo aspavientos con las manos. Él me observa como si fuese un espécimen digno de estudio—. No pensarás que me gustas, ¿no? ¡Ay, Dios mío! Eres muy mono y eres buen chico, pero te juro por mi vida que no me atraes en absoluto y aunque lo hicieras y mi mente no pudiera controlar la imagen de tenerte con la cabeza entre mis piernas, nunca...

Raúl se atraganta y se ruboriza levemente. Y es que he vuelto a hablar de más, ¿verdad?

—Oli, frena. Mario tiene razón, eres como un volcán. El caso es que él es lo que me da miedo.

Ahora sí que me he perdido. No sé que tenemos que ver Mario y yo en la relación que tiene con mi amiga, a no ser que...

—Crees que si Mario y yo algún día tenemos problemas os veréis perjudicados.

Raúl asiente y entonces me pongo seria, porque esto es importante y quiero que no haya dudas nunca más al respecto. Mis amigas están por encima de todo, le pese a quien le pese.

—Me confunde y me ofende que pienses algo así, pero te lo quiero dejar claro ahora, aunque no tendría por qué hacerlo, ya que Mario y yo solo somos buenos amigos y además mi relación con él no te incumbe en absoluto.

—Lo sé.

—Nunca permitiría que mis amigas sufrieran por mi relación con otro chico, sea amigo, novio o un simple rollo. Incluso si yo acabara enamorada hasta las trancas de él te juro que nunca, NUNCA, os veríais envueltos en ello. Ellas y mi familia están por encima de todo.

—Entendido.

—Espero que te quede claro y que olvidemos que esta conversación ha existido.

No es habitual verme de este modo, incluso creo que mi versión sería y tajante le ha asustado, pero es que para mí es algo sagrado y ni Mario, ni él, ni Ryan Gosling podrían hacer que yo dañara a mis amigas de esa manera si se diese el caso. No hay tío que lo valga. Bueno, con Ryan dudaría, pero ellas lo perdonarían.

—Lo siento, de verdad, lamento todo esto, pero estoy loco por ella y sigo sin entender del todo tu relación con Mario.

Iba a soltarle una fresca del tipo "*pues únete al club de no entendemos el binomio Mario—Oliva, Maite es la encargada de hacer los carnets de socio*", pero me ha parecido tan mono diciendo eso de nuestro Pequeño pony, que me contengo para no estropear el momento.

—No debería, porque me has hecho sufrir últimamente con tu actitud, pero voy a echarte un cable. Conozco a Sonia desde hace veinte años y nunca la he visto tan ella misma como cuando está contigo. No lo estropees.

Me levanto de un salto y Raúl se queda mirando a la nada con una cara de tonto enamorado un poco lamentable, pero tan tierna que estoy a punto de asomar el móvil y hacerle una foto para luego enseñársela a Sonia. Decido que es mejor no hacerlo, porque seguro que Maite se partiría de risa y acabaría el asunto en bronca.

Ya me siento mejor, la incertidumbre de no saber lo que pensaba Raúl me estaba matando, aunque si me paro a pensar, esas dudas se convierten en otras que me hacen fruncir el ceño. ¿Por qué todo el mundo duda que Mario y yo podamos tener una amistad? ¿Qué problema hay? ¿O es que Raúl sabe algo que yo desconozco? ¿Puedo llegar a ser tan ingenua que he creado una ilusión de todo esto en la que no cree nadie más que yo? Mario también cree, estoy segura de ello y, al fin y al cabo, es lo único que me importa.

...

—Hoy he ido al dentista.

—¿Te pusieron el empaste? ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero ¡me da tanto miedo, Mario! Con todos esos cachivaches encima de la mesa y ese foco con una luz tan terrorífica que parece una película de miedo. Si no fuera porque es amigo de mi padre y lo conozco desde cría, pensaría que Benito iba a descuartizarme en cualquier momento y vender mis órganos en el mercado negro.

—¿Te acompañó tu padre?

—Por supuesto. Nunca me acerco a Benito si no es con él.

—Pobre Benito.

—¿¿¿Cómo que pobre Benito??? ¡Pobre de mí! Ojalá estuvieses aquí para mimarme, me encuentro fatal.

—Solo es un empaste nena, pero te mimaría de todos modos.

...

—¿Qué es lo que físicamente más te gusta de ti y lo que menos, Oli?

—Mmm, no sé. Sin duda lo que menos mi nariz y lo que más... mis pies.

—Tienes una nariz preciosa y ¿por qué los pies? Tienes unos ojos increíbles, o tus piernas, o tus tetas, joder son perfectas, ¿¿¿y tú dices los pies???

—Ignoraré tu tono lascivo al nombrar mis tetas. ¿Tú sabes lo difícil que es encontrar unos pies bonitos? Los pies generalmente son horribles, pero los míos no y me gusta.

—Prometo prestarles atención la próxima vez que te vea.

—No te arrepentirás ¿y tú? Aunque teniendo en cuenta tu ego, que además está inflado últimamente por mí, ya me imagino tu respuesta. ¿Hay algo que no te guste de ese cuerpazo de escándalo?

—Tienes razón, en general me gusta. Quizá las orejas, de pequeño las tenía un poco de soplillo, pero ahora apenas se nota.

—Bueno...

—¿Se nota?

—Quizá...

—¿En serio?

—Ajá.

—Vaya.

—Mario, me estaba quedando contigo. Hasta tus orejas son bonitas, maldito cabrón.

...

—Vaquero, tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

—¿No te cansas de mí? Llevamos tres meses hablando a diario, algún día se nos acabarán los temas de conversación y ¿¿¿entonces qué???

—¿De verdad crees que tú podrías quedarte sin tener nada que decir? Oli, tienes conversaciones para cien vidas.

—Eres un capullo, pero no estoy bromeando, Mario.

—Eso no va a pasar nunca, pero si pasara ya se nos ocurriría algo.

—¿Y qué pasa si te echas una novia? No podríamos seguir igual que ahora.

—No me voy a echar novia.

—Eso no lo sabes, quizá mañana conozcas a la mujer de tu vida y tendrás que centrarte en ella. Una nueva compañera en el trabajo, una rubia de pechos enormes en la barra de un bar, o un reencuentro con una ex, lo que sea. ¿Entonces qué ocurrirá con nosotros?

—Entonces nada. Somos adultos, tendría que entender que un hombre y una mujer pueden ser buenos amigos.

—Sí, tienes razón, pero de la teoría a la práctica hay un abismo. Yo por ejemplo, no podría estar con nadie que tuviera una relación tan estrecha como la que tenemos tú y yo, soy demasiado celosa, lo llevaría fatal.

—Si confías en la otra persona y de verdad la relación es solamente de amistad... no entiendo el problema.

—Mmm, ya. Aun así, si te echas novia dime que no te desharás de mí como de un calcetín viejo.

—Si eso ocurriera, que desde aquí te digo que no, tendría que aceptarte como parte del lote. Ahora somos un pack, nena.

...

Los preliminares más largos del mundo.

Siguen pasando las semanas y hablar con Mario se convierte en una parte imprescindible de mi rutina diaria, hemos llegado a conocernos más en este tiempo que muchas personas en años. Se ha convertido en mi momento favorito del día y en el suyo también.

- Corbata roja o azul, llevo el traje gris.
- ¡Buenos días alto ejecutivo! Sin duda la roja.
- Gracias, preciosa. Deséame suerte.
- ¡Mucha mierda! Aunque no la necesitas, vas a bordar la reunión, ¡tu jefe va a flipar!
- Gracias, necesitaba oírte decir de nuevo.

Hoy por fin ha llegado el día, Mario tiene aquella reunión tan importante. Su jefe le ha dado la oportunidad de optar a un proyecto para una gran marca de cosmética y hoy presenta su propuesta ante sus superiores. Está de los nervios y llevo toda la semana preguntándole la lección, creo que ahora mismo hasta yo podría hacer la presentación.

Me parece muy mono cuando está nervioso y no he querido decirselo, pero yo también estoy histérica, de hecho apenas he dormido pensando en todas las cosas estúpidas que le podrían ocurrir y que le impedirían llegar a tiempo. Como quedarse encerrado en el ascensor con una vecina embarazada y que acabara como comadrona improvisada de un bebé rollizo al que bautizarían con su nombre como agradecimiento, o que lo confundieran con un atractivo asesino de la mafia siciliana que lleva en busca y captura desde el 2009 y acabara en una cárcel de máxima seguridad hasta el fin de sus días, yo qué sé. Cuando empiezo a divagar no hay quien me pare.

Recuerdo el día que lo vi con traje y tengo que cerrar las piernas, madre de Dios, cómo le sientan. He intentado meterle en la cabeza que ha nacido para llevar traje, pero no hay manera; Mario los odia, de hecho solo tiene dos, pero dice que con una docena de camisas y corbatas hace maravillas para disimular que siempre se pone los mismos. La verdad es que no le pega nada y reconozco que está divino en vaqueros y camiseta, pero en mis fantasías más calenturientas me tumba sobre una mesa de oficina y me hace de todo vistiendo uno de esos trajes que me vuelven loca. Porque sí, lo confieso, he tenido más de un sueño con Mario en el papel principal. No puedo evitarlo, tengo claro que solo somos amigos, pero de vez en cuando revivo las dos noches que pasamos juntos, que fueron increíbles y mi enferma imaginación hace el resto.

Todavía me cuesta creer el vínculo que se ha creado entre nosotros y de una manera tan rápida, con lo reacia que estaba yo al principio a continuar conociéndonos, pero es que nunca pensé que de verdad pudiésemos ser solo amigos y algunos días incluso se asoma el pensamiento de poder ser algo más, pero enseguida lo vuelvo a guardar. Se ha convertido en alguien tan importante para mí que me niego a estropearlo, porque de este modo la relación es absolutamente perfecta.

Según Maite lo nuestro son los preliminares más largos de la historia, porque es de las que dudan de la existencia de amistad real entre hombres y mujeres. Su teoría es que detrás de todos los tíos heterosexuales que buscan una relación de amistad con una mujer, hay interés sexual. Sin excepción. Simplemente es un medio para un fin sucio y pervertido. Y no la sacas de ahí. La verdad es que sus experiencias pasadas corroboran sus palabras, pero es obvio que no es así. Sonia y yo tenemos amigos del sexo opuesto, no llegan al nivel de complicidad que hemos conseguido nosotras, y también es cierto que con algunos he tenido mi historia, pero no hay duda de que hay amistad sincera.

—Oli, o es gay, y ya dejó claro que no, o está colado por ti, no hay más, es lo que hay. Así que ándate con ojo, que ese en cuanto pueda viene a Madrid y te la enchufa.

Sonia en cambio está encantada con nuestra relación. Dice que es muy bonito encontrar a un hombre que te valore tanto como amiga y con el que puedas ser tú sin más, sin máscaras ni disfraces, porque piensa que en cuanto los sentimientos entran en juego tendemos a mostrarnos al otro de una forma que en realidad no corresponde con lo que somos, si no más bien con el ideal de nosotros mismos que tenemos, con la intención de reflejar una imagen perfecta de nuestro ser imperfecto. Al menos al principio, porque cuando la relación profundiza, esas imperfecciones que antes ocultábamos son las que hacen que la otra persona resulte perfecta. A veces me da la sensación de que en vez de hablar con mi amiga lo hago con un terapeuta.

En las puertas de los servicios públicos también puedes encontrarte grandes pensadores; una vez leí una frase en los baños de un bar que resume esta idea bastante bien, decía así: *Seducimos valiéndonos de mentiras y pretendemos ser amados por nosotros mismos. Paul Géraldy*. Y es que, aunque quizá parezca algo exagerado, el poeta francés tenía razón en parte, pero no es aplicable en mi caso, porque con Mario no me he sentido así, sino que con él soy más yo misma que nunca. Lo que confirma la teoría de Sonia de que hay amistad sincera.

No obstante, tengo sentimientos contradictorios. A veces me hace sentir cosas tan bonitas que pienso ¿y si Maite tiene razón? Y noto ese cosquilleo en el estómago que me confunde aún más. Tengo la certeza de que Mario es el mejor amigo que he tenido nunca, pero entonces ¿por qué me provoca sensaciones tan confusas? ¿Es normal estremecerse de ese modo cuando susurra mi nombre? ¿O notar un vuelco en el estómago cuando le oigo reír? ¿Es que hay algo más profundo en todo esto? Hay días en los que desearía que fuera así, que me confesara su amor, lanzarme a sus brazos y no soltarlo jamás, porque Mario es absolutamente perfecto, pero otros pienso que solo son tonterías, que es normal que de vez en cuando mis hormonas pongan el grito en el cielo, está buenísimo, hemos catado la mercancía y es buena y no he vuelto a tener sexo desde entonces, estaría muerta si no sintiera nada.

Tres horas después, cuando ya estoy a punto de llamar yo misma a su empresa haciéndome pasar por su madre inventándome una urgencia doméstica para que contacten con él y que me diga qué tal va todo, por fin recibo la llamada.

—¡Mario! Ya era hora, ¿¿¿por qué has tardado tanto??? ¿Cómo ha ido? Dime que bien por favor, ¿por qué no dices nada?

Estoy histérica y el capullo de él se echa a reír. Yo estoy a punto de hiperventilar y él se descojona.

—Nena, la campaña es mía.

Doy tal brinco que me caigo de la cama y el teléfono sale volando hasta acabar en la otra punta de la habitación; lo recupero lo más rápido que puedo y grito como una loca.

- ¿En serio?
- Oli, ¿estás bien?—está preocupado, pero se ríe por los bajinis, ya me conoce de sobra.
- Sí, me he caído de la cama, pero estoy bien. ¡Felicidades vaquero, estoy muy orgullosa de ti!
- Gracias, te he llamado nada más salir.

Sonrío como una tonta y un segundo después me enfado.

—¿¿No has llamado a tu madre?? Eres un hijo espantoso, deberías haberla llamado a ella primero, si yo estaba a punto del infarto no me imagino cómo estará ella...
—Mario me interrumpe en mi regañina.

—Joder, me muero por abrazarte ahora mismo.

Ains. Y yo también Mario, yo también. No quiero ponerme tonta, a esto es a lo que me refiero. Cuando me dice cosas como esta me dan ganas de hacer la maleta y marcharme con él al fin del mundo. O a una isla desierta y repoblarla con él hasta que me muera.

—Anda, no me seas moñas. Llama a tu madre y luego a celebrarlo como se merece, te lo has ganado, campeón.

Hoy he quedado con mi padre; además del color de ojos y la tozudez heredé de él la pasión por el cine, así que de vez en cuando nos escapamos para disfrutar de una sesión en versión original. Este tarde toca un film pakistaní, subtítulo claro (solo me faltaba a mí saber pakistaní), que tiene unas críticas excelentes, así que ahí estamos los dos en la cola de las palomitas comprando un montón de guarrerías.

—También regalices rojos, papá—asiente y le pide al chico una bolsa de regalices para mí, yo sonrío encantada—. ¿Qué tal la semana?

—Bien, los chicos están de exámenes y parece que les está yendo bien, Natalia estupenda como siempre. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—Bien, bueno, Mario ha conseguido esa campaña de publicidad tan importante, estoy muy feliz por él.

—¿Cuándo vamos a conocerlo?

—No sé cuándo vendrá, papá. Además, es mi amigo, no mi novio. No creo que tenga que hacer una presentación oficial.

Mi padre me mira pensativo, no sé qué estará pasando por su cabeza, pero odio esa cara. Es la misma que puso cuando sabía que fumaba a escondidas o cuando estuve robando chatarra de la cartera durante meses y se calló hasta que yo confesé, entre lloros, que era la ladrona de guante blanco.

—Bueno, pero cuando venga quiero conocerlo.

Me encojo de hombros y acepto.

—De acuerdo.

Al salir de la película veo que tengo un mensaje de Mario. Es una foto brindando con una jarra enorme de cerveza y leo:

Solo faltas tú para que fuera la celebración perfecta.

Se le ve eufórico y no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué pasa? Enséñame qué te hace tanta gracia.

—Mira papá, este es Mario.

Mi padre sonrío y acabamos haciéndonos una foto juntos para enviársela. Posamos sonrientes y se la envió con este mensaje:

Mi padre te felicita, ¡así me gusta, celebrando tus éxitos! ¿Ves lo bien que salen las cosas cuando uno confía en sí mismo? Estoy muy orgullosa de ti, disfruta vaquero.

—Es atractivo—mi padre me observa de reojo, intenta disimular, pero como a mí se le da de pena. Parece ser que eso también lo he heredado de él.

—Y no lo has visto desnudo.

—Oliva ¿¿¿y tú sí???

Mierda, mi filtro inutilizado de nuevo.

Tengo una relación muy estrecha y moderna con mis padres, pero no deja de ser mi padre y aunque les cuento prácticamente todo, el tema de los chicos siempre lo ha dejado en manos de mi madre. Sé que acaban de pasar por su cabeza imágenes de su niña retozando con un tío y a saber qué más escenas indecorosas. De hecho la vena que se le marca siempre en la frente se está hinchando tanto, que temo que le esté dando una embolia.

Chasqueo la lengua y le agarro del brazo.

—Vamos a ver papá, tengo veintiséis años, diez más de los que teníais mamá y tú cuando me tuvisteis, razona. Soy una mujer adulta y sí, practico sexo siempre que quiero y puedo, así que relájate.

Noto cómo su brazo se va destensando poco a poco bajo el tacto de mi mano.

—Lo siento cariño, es que siempre serás mi niña y ciertas cosas cuestan—qué tierno mi papá, si es que es para comérselo—. Ahora sé sincera, ¿qué pasa con ese chico? Te pasas el día hablando de él y ni siquiera sé cómo lo conociste.

Creo que se lo debo, solo por haberle hecho envejecer un par de años más en un momento.

—Verás, lo conocí una noche y una cosa llevo a la otra—él vuelve a fruncir el ceño—, tranquilo que no te daré detalles. Después resultó que se alojaba en mi hotel, me invitó a cenar y acepté. Al día siguiente nos despedimos, él se marchó a Barcelona y desde entonces nos hemos hecho amigos. Hablamos todos los días, pero únicamente como amigos, palabra de *Girl Scout*.

Mi padre asiente y me pasa un brazo por los hombros acercándose a él. Es tan joven que parecemos una pareja de novios en vez de padre e hija, resulta raro, pero me divierte la cara de envidia con la que me miran algunas mujeres al pasar, porque mi padre está cañón, preguntárselo a Maite que le hizo protagonista absoluto de sus fantasías en la adolescencia, aunque preferiría no pensar en ello.

Le hablo de Mario, de su trabajo, de su familia, de lo bien que me escucha, de lo divertido que es y de lo esencial que se ha convertido para mí en tan poco tiempo. Le agradan mis palabras y parece ser que el intento de que se relaje y cambie la expresión de la cara ha funcionado.

—Me recuerda un poco a tu madre y a mí, sin niña de por medio claro. Cuando hablabas de él no me fiaba, supuse que querría algo más de ti, pero según lo que me has contado, puede que ese chico sea un buen amigo. Oliva es muy difícil conseguir una amistad verdadera entre un hombre y una mujer, pero cuando se consigue, como yo con tu madre, es lo mejor que se puede tener.

Y justo en este instante se me para el corazón, un golpe seco que me hace ver de una vez por todas lo que he intentado ignorar con todas mis fuerzas. Una certeza absoluta que me azota de arriba abajo y se clava en lo más hondo de mí, porque acabo de darme cuenta de que no quiero que Mario y yo seamos como mis padres. No quiero ser dama de honor en su boda ni madrina de sus hijos. No quiero verlo con otra que no sea yo, no quiero que se enamore si no es de mí, no quiero que comparta la

intimidad que ha nacido entre nosotros con nadie más.

Hasta este momento, inconscientemente me agarraba a la esperanza de que Maite tuviese razón y de que al final fuera imposible que él solo quisiese ser mi amigo y viniera a buscarme en un gran gesto de amor. A lo Richard Gere en *Pretty Woman*, con una flor en la boca y gritando a los cuatro vientos su amor por mí, mientras yo me seco lágrimas de felicidad desde el balcón y disfruto de la envidia cochina de todas mis vecinas.

Sí, soy imbécil. Lo sé. Pero mis padres son el ejemplo claro de que eso sí puede funcionar y me aterra que sea así.

Duele.

Ayer por la noche Mario por primera vez no me llamó. Cierto es que habíamos hablado cuando salió de la reunión, pero después de que mi padre me dejara en casa aturdida por lo que había descubierto, deseaba escuchar su voz solamente un instante para ver si aclaraba un poco el torbellino de sentimientos que me embargaban, hasta tal punto, que tuve incluso la sensación de no poder respirar. Dudé mucho si hacerlo yo, pero estaba tan asustada que decidí que era más fácil ser cobarde y no enfrentarme a él.

He pasado la noche en vela, pensando en Mario, preguntándome qué estaría haciendo, si él pensaría en mí en algún momento o si alguna vez lo habría hecho de una forma diferente a una simple amiga, dejando a un lado cuando nos conocimos. Me siento estúpida y me cabrea sobremanera sentirme tan vulnerable. Aun así necesito hablar con él, supongo que ayer la liaría parda y que estará en la cama inconsciente, pero me toca trabajar esta tarde y si no lo llamo ahora, hasta la noche no creo que podamos hablar tranquilamente.

Contesta al cuarto tono.

—¿Dígame?—su voz de ultratumba parece más un lamento que un saludo, la celebración tuvo que ser apoteósica.

—Mario, soy yo.

—Hola preciosa, ¿qué hora es?—su tono se dulcifica al instante.

—Casi las tres, ahora entro a currar, solamente quería saber qué tal fue la noche.

—Mmm... No sabría decirte, tengo una laguna de un par de horas. Ya no tengo cuerpo para estas celebraciones.

—¡Eso es que fue brutal!—nos reímos como dos tontos y me muerdo el labio más nerviosa de lo habitual.

De repente oigo una voz femenina y se me corta la respiración.

—Mario, cariño, ¿puedo darme una ducha antes de irme?

Su dulce voz me llega como una bofetada. Me siento en la cama, porque noto las piernas blandas, como si me hubiese convertido de repente en gelatina. Se me llenan los ojos de lágrimas y me muerdo la lengua para evitar que se derramen, pero lo peor es el dolor en el pecho, un dolor crudo, intenso, que nunca antes había sentido.

—Lo siento Mario, no... no quería interrumpir, no podía saber que estabas acompañado, yo...—tartamudeo como una estúpida, pero es que no me lo esperaba y tampoco esperaba reaccionar así.

—Espera Oli, dame un segundo.

Tapa el teléfono e intuyo que hablan, porque oigo una especie de susurros. No sé cómo he sido tan tonta, qué esperaba, ¿que solo por ser mi amigo no iba a seguir con su vida? Joder, ahora mismo me daría un puñetazo en un ojo si pudiera.

—Oli, ¿sigues ahí?

—Sí... tengo que dejarte, aún tengo que arreglarme y...

—¿Ocurre algo?

Sí, que soy rematadamente imbécil y no hay cirugía para eso.

—No, tranquilo. Todo bien, ya hablaremos.

Cuelgo el teléfono sin esperar su respuesta, aunque sabía lo que vendría a continuación, que el móvil comienza a sonar de nuevo, pero ahora mismo no puedo hablar con él. No puedo. Necesito serenarme un poco, porque me conozco bien y en este estado seguramente acabaría diciendo alguna estupidez. Lo silencio y empiezo a vestirme para ir al trabajo.

Nunca me había sentido así antes. Es algo nuevo y tengo que aprender a gestionarlo. Sin duda lo de ayer fue un aviso, pero lo de hoy es la prueba de que estoy irremediablemente enamorada de él. Pensé que lo tenía controlado y que podía funcionar, pero he caído con todo el equipo. Qué ingenua fui al pensar que con ser amigos bastaría, pero una no se cruza todos los días con un chico como Mario. Es imposible no enamorarse de él.

Paso la tarde en el trabajo como una autómatas, menos mal que los sábados estamos a tope, lo que me mantiene ocupada y consigo dejar de darle vueltas durante un tiempo. A media tarde echo un ojo al móvil y veo que tengo tres llamadas perdidas y un mensaje:

Oli, llámame cuando salgas. Te conozco y algo te pasa, sea lo que sea lo arreglaremos.

Ya, claro. Viajaremos en tu máquina del tiempo, yo te confesaré que te quiero y tú no te follarás a esa tía de voz angelical.

Salgo por la puerta del hotel y Maite y Sonia se lanzan a mi cuello. Doy un grito tan espeluznante que sale Diego, el tío de seguridad, porra en mano para salvarme de lo que sea que me haya atacado y después de diez minutos consigo convencerlo de que son mis amigas chifladas y no unas chifladas desconocidas.

El que Maite le pida su número de teléfono también ayuda.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hoy es la noche del mojito en el bar de Itziar, eres la reina del mojito tienes que venir—explica Sonia. Hago una mueca mientras me abrocho los botones del abrigo. Itziar es la prima de Sonia.

—Esa cara no me gusta nada, ¿qué te pasa? Entre tus horarios infernales y ese modo ermitaña que te gastas últimamente estás dejando de molar.

Ni siquiera tengo ganas de defenderme ante las acusaciones de Maite y eso las confunde todavía más. No están acostumbradas a verme en este estado, pero es que me siento un poco sobrepasada por todo lo que he descubierto en un día. Primero mis sentimientos por Mario, después el dolor y sobre todo la incertidumbre que me asalta con un montón de preguntas acerca de cómo van a funcionar las cosas a partir de ahora, si debería sincerarme con él, si eso supondría o no que cambiase nuestra relación, si merece o no la pena arriesgarse, aunque eso conlleve la posibilidad de estropear lo que tenemos y especialmente que si yo puedo sentir esto... ¿no es posible que él pueda sentir lo mismo?

—Chicas, hoy no es mi día, en serio, id vosotras.

Maite me mira con la boca abierta.

—¿Cuándo mi Aceitunita ha dicho que no a la noche del mojito? ¿Estás enferma? ¡Oh, nooooo!—Maite lanza un grito con las manos en la cabeza—¡Estás embarazada! Puto Mario y su rabo...

—No estoy embarazada, ¿pero a ti qué te pasa? Hace meses de la última vez que nos acostamos, ¿no crees que me hubiera dado cuenta antes?—las dos suspiran aliviadas y resoplo con amargura—. Solo es que... estoy triste y cabreada.

Antes de que Sonia pueda preguntarme por qué, mi móvil vuelve a sonar.

Evidentemente es Mario. Me quedo mirando la pantalla pensando qué hacer y al final cuelgo. Las chicas me miran sin saber qué decir, yo les hago un gesto con la mano pidiéndoles que me den un minuto, lo que tardo en enviar un mensaje:

Mario, ahora estoy ocupada y después voy a salir con las chicas, así que es posible que si llamas no me entere, ya te llamaré yo.

Guardo el teléfono en el bolsillo y las sonrío con la cabeza bien alta.

—Vamos, demostremos a esa gentucilla quién es la reina del mojito.

Mis chicas me jalean y agarrándome una de cada brazo salimos con paso firme calle abajo.

Al tercer mojito Maite no puede más. Juro que lo ha intentado, pero si no me pregunta es posible que empiece a hablar en arameo en breve y a hacer el pino por las paredes, en plan niña del exorcista.

—Ya está, se acabó el hablar de gilipolleces, ¿qué te ha hecho el subnormal ese?

Sonia le da una colleja, pero me mira expectante, tiene tantas ganas de saberlo como ella.

—Realmente no me ha hecho nada.

—¿Entonces? ¿Por qué antes no quisiste hablar con él?—Sonia me coge de la mano dándome apoyo moral, sabe que me cuesta mucho desahogarme cuando se trata de sentimientos y su tacto me relaja.

—Es complicado... yo..., no sé, estoy confundida. La verdad es que estoy enfadada conmigo, no con Mario y ahora mismo no me apetece mucho tener que explicárselo a él.

—¿Qué has hecho Oliva?—cuando Maite me llama por mi nombre completo es para temblar.

—Nada, bueno... es que, no sé cómo ha podido ocurrir, el caso es que...

Y entonces me pongo a llorar a moco tendido, como una niña pequeña. No sé cómo ocurre, pero las lágrimas empiezan a brotar y lloro desconsolada entre los brazos de mis amigas, que me miran estupefactas. La verdad es que soy bastante llorona, pero no con este dramatismo de tragicomedia griega, cuando me pongo en este plan saben que es algo importante. La buena de Itziar se acerca corriendo con un paquete de pañuelos y un platillo de frutos secos y gominolas, supongo que para que el mal rato se pase mejor. Lloro un montón mientras Sonia me consuela como buenamente puede y Maite acaba con las recientes provisiones, porque cuando se pone nerviosa le da por comer. Noto que la gente me mira con lástima, pero me da exactamente igual, necesito desahogarme. Cuando por fin consigo tranquilizarme un poco, me sueno los mocos y Sonia me limpia los chorretones de maquillaje como las abuelas, chupando el pañuelo y frotándome la cara. Me bebo la mitad del vaso de un trago y sin más rodeos lo suelto.

—Estoy enamorada de Mario.

Tras un silencio que se me hace eterno, su reacción me deja a cuadros.

—Ya lo sabemos tonta—Maite me sonrío con tanta ternura que tengo que dar más pena de lo que pensaba.

—¿Cómo que ya lo sabéis?—estoy desconcertada—Y si sabíais que iba a pasar, ¿por qué no me avisasteis?

Las cabronas se descojonan en mi cara.

—Oli, nena, desde el principio te negaste a ver lo que nosotras veíamos. Te emperraste en no volver a verlo, después en que solo era un rollito post-ruptura y después en que solo erais amigos, necesitabas darte cuenta tú sola.

La explicación de Sonia me hace asentir lentamente con la cabeza, mientras voy procesando sus palabras.

—Aceitunita, siempre has estado buscando el amor y cuando por fin encuentras a alguien que cumple con lo que tú necesitas, te ha dado tanto miedo que te has intentado convencer de que no era más que un amigo. Te has cagado, hablando en plata.

Qué sabias son mis amigas, caramba.

—Esta mañana lo llamé y aún estaba en la cama—suspiro profundamente antes de continuar—. No estaba solo.

—Menuda mierda.

Doy un respingo. Sonia no suele decir palabrotas, aunque cuando está borracha se le suelta la lengua, pero hoy de momento no ha bebido más que un mojito, así que me sorprende. Mario la ha cabreado. La reacción de Maite es muy diferente, pone los ojos en blanco y explota como una granada.

—No me seáis brujas. El tío se ha portado de puta madre contigo, ha respetado la decisión que tomaste de no tener nada más con él y aun así ha querido ser tu amigo, ¿qué queréis? ¿Pretendéis que viva en la abstinencia? Y luego la chiflada soy yo. Además, ¿le has dicho acaso lo que sientes por él?

—Tienes razón, pero duele.

—Deberíais dejar claras las cosas entre vosotros, si no al final sufrirás.

Saco el móvil y me encuentro con otro mensaje de Mario:

Nena, llámame por favor, solo quiero escucharte decir que todo va bien.

Suspiro, sé que tengo que hacer algo al respecto, pero esta noche no, ahora solo quiero pasármelo bien con mis chicas y eso es lo que pienso hacer.

Una conversación interesante.

A las cinco de la mañana me meto en la cama. Hemos acabado con las reservas de ron del bar de Itziar, pero ha merecido la pena. Después de sincerarme con el tema Mario nos hemos divertido muchísimo, ha sido uno de esos días para nosotras. Hemos bailado, nos hemos reído recordando viejos tiempos y hemos acabado con todas las patatas de una tienda de 24 horas dándonos un atracón en un banco de un parque. Ha sido perfecto.

A pesar de que hoy he encontrado una parte de mí que no conocía, me siento bien ahora que ya estoy más calmada. Supongo que cuando una deja de engañarse y acepta que quiere a alguien, una parte de sí misma se completa, eso que faltaba y que tanto soñaba con vivir, aunque no tenga la seguridad de que sea correspondido. Ahora mismo no me importa, solo deseo dormirme escuchando su voz.

Mario contesta al primer tono, como si a pesar de la hora estuviese esperando mi llamada.

—¿Oli?

—Hola vaquero...—suspira con alivio, sé que estaba preocupado por mí, aunque tampoco pensé que tanto.

—Joder, nena, me estaba volviendo loco. ¿Todo va bien?

Me muerdo el labio, la ternura con la que me habla me transmite lo importante que soy para él y con eso me basta.

—Ahora sí. Un mal día, pero ya está arreglado. Una noche de chicas siempre funciona.

—¿Quieres contármelo?

—No es el momento, estoy un poco borracha. ¿Tú sabías que soy la reina del mojito?

Mario se ríe y su risa ronca es como una caricia entre mis piernas.

—Tú podrías ser la reina de lo que quisieras.

—Y tú qué serías, ¿una especie de esclavo?—me lo imagino con el torso desnudo y un taparrabos, como los de la película *300* que vemos una vez al mes obligadas por Maite y creo que me pongo hasta bizca.

—Yo ya soy tu esclavo.

Madre mía, si lo pillo le hago un destrozo.

—¿Lo ves? No es justo.

—¿Qué es lo que no es justo?

—No deberías decirme cosas tan bonitas cuando estoy sola y borracha en mi cama. Es frustrante.

Doy un golpe en el colchón como si fuera una niña pequeña enrabiada.

—Mmm... ¿Me acabas de decir que estás cachonda, Oli?

—No lo sé... ¿he dicho eso?

Y es cierto que no sé qué es lo que he dicho, pero también es verdad que estoy excitada.

—Yo creo que sí, ¿te gustaría que estuviera ahora allí contigo?—su tono se ha convertido en uno tan sexual que el corazón empieza a latirme desbocado.

—Me encantaría... ¿y a ti?—me tiembla la voz, estoy nerviosa. Creo que acabo de empezar un juego al que no sé si sabré jugar, pero está claro que ni puedo ni quiero parar.

—Uf, preciosa, ni te imaginas.

—¿Y qué harías si pudieras estar aquí conmigo?—mis palabras han salido como un susurro, pero por el gruñido que se escapa de sus labios me ha oído perfectamente.

—Me estás excitando Oli, así que supongo que te haría un montón de cosas sucias, ¿te gustaría que te las hiciera?

Cierro los ojos y un suspiro entrecortado sale de mi boca; la noto seca y no sé cuándo he deslizado una mano entre mis piernas y he empezado a acariciarme. Estoy muy húmeda y me imagino que son sus manos las que me tocan.

—Oli, contesta.

—Sí...—la confesión sale como un silbido que se escapa de mis labios. Mario carraspea y empieza a susurrarme con su voz ronca que me vuelve loca.

—Nena, quiero que te toques.

—Ya lo estaba haciendo, pero solo seguiré si tú también lo haces.

Está claro que ni siquiera pienso lo que digo. En cualquier otra situación me moriría de vergüenza o de la risa, pero estoy tan excitada que mi cerebro ha dejado de funcionar y me centro en sentir, pero quiero que él también lo haga, quiero que sea algo de los dos, porque aunque esté lejos, el placer siempre es mayor si es compartido.

—Joder, Oli...—Mario resopla con fuerza y traga saliva y yo me crezco y me excito todavía más al notar el efecto que mis palabras tienen sobre él.

—Dime, ¿qué me harías?

—Primero te desnudaría muy despacio, para disfrutar de las vistas, eres tan bonita que nunca me cansaría de mirarte. Después te besaría, empezaría por esos labios de pecado que tienes e iría bajando por tu cuello, tus hombros... ¿sigues ahí?

—Continúa, por favor...

—Seguiría por tus pechos, me encantan tus pechos, joder son perfectos, los saborearía, es una gozada notar como se endurecen tus pezones en mi boca...

Suelto un gemido y Mario responde con un suspiro entrecortado. Y me lanzo, deseo hacerle tantas cosas que me dejo llevar.

—Imaginate que son mis manos las que te tocan, me encantaría poder masturbarte despacio, notar como se pone dura por mí, como crece en mis manos...

—Joder, nena... me la pones como una piedra.

—Sentirte en mi boca, tengo curiosidad por saber a qué sabes Mario...

—Sí, nena..., he soñado un par de veces con esa imagen, tú de rodillas y yo mirando como te metes mi polla en la boca.

Solo de imaginar cómo sería verle la cara mientras le hago una mamada me hace perder el control, estoy a punto de correrme y por su forma de jadear sé que él también lo está.

—Estoy cerca, Mario... córrete conmigo.

—Oli... quiero meter la cabeza entre tus piernas y volverte loca con la lengua hasta que me supliques que te folle fuerte, lamerte entera, sabes tan bien...

—Marioooo...—exploto en un orgasmo intenso gritando su nombre y oigo que él maldice y se corre también.

Nos quedamos en silencio, solo se oyen nuestras respiraciones agitadas, estoy sudada, sedienta y un poco avergonzada. Es la primera vez que hago esto en mi vida y ha sido increíble, pero ahora es cuando me vuelvo loca pensando en si esto cambiará algo o todo seguirá igual, si significará algo para él o solo una fantasía cumplida.

—Guau... no tengo palabras para describir lo que acaba de pasar—su voz me devuelve a la realidad.

—Excitante.

—Increíble.

—Una conversación interesante.

Nos reímos como bobos y me relajo; no sé cómo lo hace, pero siempre consigue que me olvide de todo. Hace unas horas estaba confundida y dolida, pero ahora me siento calmada, segura y reconfortada solo por saber que está aquí conmigo, aunque sea a través del teléfono y no es por el orgasmo, sino simplemente por él. Seguimos en silencio un poco más, yo dándole vueltas a todo, a lo que Mario ha despertado en mí, a lo que acabamos de hacer como si fuese algo normal entre nosotros, a qué es lo que pasará ahora que hemos dado un paso más, a la imagen de él con otra, que desde la llamada de ayer me produce una punzada en el pecho.

Oigo a Mario respirar profundamente y trastear por su cuarto. Supongo que estará limpiándose o cambiándose de ropa interior y me invade un rubor repentino al imaginarme la escena. Me cubro los ojos con un brazo y me muerdo el labio con fuerza con un montón de preguntas repitiéndose constantemente en mi cabeza, ¿pero cómo hemos llegado a este punto? ¿Cómo es posible que me haya dejado llevar de esta manera? Y la más importante de todas, ¿y ahora qué?

Cuando termina es el primero en dar la cara y poner las cartas sobre la mesa, lo que ya es habitual entre nosotros.

—Oli, ¿esto redefine los límites?—vaya, directo al grano.

—No lo sé, no tengo muy claro qué es lo que acaba de pasar. ¿Tú qué piensas?

Soy una auténtica cobarde, lo sé. Es el momento perfecto para sincerarme y explicarle que mis sentimientos por él van más allá de un episodio sexual entre dos amigos, pero lo repito, soy cobarde y es más fácil dejar que el otro hable primero, así siempre podré callarme como mujer de vida alegre si no me gusta lo que oigo.

—Pues no lo sé. Es complicado—y si empiezas la frase diciendo eso ya te lo digo yo que sí, va a ser complicado—. Creo que deberíamos vernos y aclarar ciertas cosas, no quiero estropear lo que tenemos, es demasiado bueno. Quizá pueda conseguir un par de días en Navidad...

Lo interrumpo antes de que continúe, porque no necesito oír más. No sé qué estará pasando por su cabeza, pero no estoy preparada para que me rompa el corazón tan pronto, cuando acabo de saber que en parte le pertenece, necesito disfrutar de esta sensación un poco más, aunque eso me conlleve aplazar el momento. Además, de repente la voz de esa chica vuelve a mi cabeza, recordándome que él ha seguido con su vida tal y como acordamos y que quizá yo debería hacer lo mismo y dejarlo estar. No quiere estropear nuestra amistad y yo tampoco y eso es en este momento lo más importante de todo. Tiene razón, es demasiado bueno como para poder arriesgarnos a perderlo por algo que no sé si para él habrá significado lo mismo que para mí. O si ni siquiera habrá significado algo.

—Mira Mario, no pasa nada, en serio. Somos adultos, nos atraemos y yo te he llamado borracha y ya sabes que cuando bebo me pongo tontorróna. Son cosas que pasan, no le des más vueltas.

—Pero yo...

—No le des una importancia que no tiene. He tenido un mal día y tú lo has mejorado con creces, eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Menuda estupidez acabo de decir, Oliva, por el bien de tu autoestima cállate ya.

—Supongo, pero...

—Por cierto, por supuesto que vienes en Navidad y te alojas aquí, no acepto un no por respuesta. Puedes traer acompañante, si quieres.

Lo reconozco, aquí es cuando me merezco un sartenazo en la cabeza.

—Vale, de acuerdo—ya no es el Mario dulce y atento el que responde, está molesto y no hace nada por esconderlo—. Puede que lleve a una amiga, ya concretaremos. Buenas noches Oli.

—Buenas noches.

Y ahora es cuando meto la cabeza en el horno y me despido de este mundo cruel.

Buscando una pareja desesperadamente.

Quedan dos días para Navidad y estoy histérica.

—Te lo mereces, ¿sabes?—Maite me mira con el ceño fruncido y me entran unas ganas locas de ahorcarla con el cable de la lámpara.

—Cállate.

—Es que más tonta y no naces.

Le tiro un cojín, porque pese a mis ganas lo del asesinato me parece excesivo y ella me la devuelve tirándome una zapatilla de estar por casa que me da en la cabeza.

—Maite déjala en paz, bastante tiene la pobre.

El consuelo de Sonia me enfada más que ayudarme.

Después de mi iniciación en el sexo telefónico, todo siguió como si nada. Al día siguiente Mario me llamó y ambos nos comportamos como si ni siquiera hubiera ocurrido. Yo, entre otras cosas, porque me moría de vergüenza y él... pues no tengo ni idea del motivo. Parece ser que decidió no dar más importancia al asunto y estuvo conmigo tan encantador como siempre. Me contó cómo transcurrió la noche de su celebración, ya que entre mi plan de ignorarlo y el episodio que acabó con un orgasmo glorioso, no lo había hecho y me arranqué al menos tres mechones de pelo para poder soportar la historia, con todo lujo de detalles, de cómo se había ligado a la camarera de un bar, la que por cierto debía de ser un pibón y una experta en técnicas amorosas. Y todo porque eso es lo que supuestamente hacen los amigos. Jodida amistad. Además, si a todo esto añadimos que soy una morbosa y que las preguntas salían de mi boca sin pararme a pensar antes de pronunciarlas, pues el sufrimiento estaba asegurado. Mi parte masoquista se despachó a gusto y lo peor es que parecía que el muy sádico se lo estaba pasando bien. Incluso llegué a pensar que era consciente de lo que yo sufría escuchando cierto tipo de cosas y disfrutaba torturándome. Algún tipo de venganza por lo que habíamos compartido el día anterior y haberme negado a hablar del tema después o yo qué sé. En ese momento deseé cepillarme a un equipo completo de rugby y restregárselo, pero no conozco a ninguno y tampoco creo que tuviera tanta resistencia. De darse el caso posiblemente acabaría muerta en una cuneta. Después lloré desconsoladamente en los brazos de Sonia, mientras Maite no paraba de insultarme y regañarme por ser tan tonta y cuando se me pasó, aguanté un sermón de cuarenta y cinco minutos de Sonia acerca de pensar las cosas antes de decirlas, no sé qué rollos de aprender a controlar los impulsos y sobre lo que aún tengo que madurar, en los brazos de Maite. No podía debatirles nada, la jodí y ahora estaba esperando de los nervios la llamada que podía convertir las Navidades en las mejores de mi vida por pasarlas con él o en una auténtica pesadilla.

Mario ha quedado en llamarme hoy para confirmar de una maldita vez si al final viene él solo o traerá compañía, siguiendo así mi estúpida sugerencia por la que ya me he flagelado bastante las últimas semanas. El muy cabrón se está haciendo de rogar, la verdad sea dicha, lleva desde entonces dándome largas sobre el tema cada vez que ha salido en la conversación y yo estoy a punto de sufrir una crisis histérica.

Y ahí llega la llamada, trago saliva y salgo corriendo a mi habitación ante la mirada reprobatoria de Maite y la sonrisa de apoyo de Sonia.

—¡Hola Mario!—contesto con la mayor naturalidad que puedo, aunque estoy hecha un flan.

—¿Cómo está mi chica favorita?

—Bien, aunque cansada, estos días estamos a tope en el hotel.

—¿Cómo van tus compras navideñas? ¿Ya has acabado con todos tus ahorros?

Me encanta la Navidad, es mi época favorita del año. Pasear por las calles llenas de luces, la ilusión de los niños, el olor a castañas asadas, cenar con mi familia, envolver los regalos e intercambiarlos bajo el árbol, celebrar el fin de año con los amigos... simplemente me encanta. Mario llegará el día de Nochevieja y se marchará el día dos de enero por la mañana. Estoy más que nerviosa, porque cenará conmigo y mi familia y luego iremos a una fiesta de disfraces que celebra Raúl en una casa que tienen sus padres a las afueras de la ciudad. Maite pasará esos días con su familia en la casa de su hermano y su cuñada que viven en Galicia, así que su habitación queda libre y de ahí la explicación por la que le dije a Mario que podía alojarse en casa, incluso acompañado. Para matarme.

—¿Tú qué crees? Pues claro que sí, pero merece la pena solo por ver la cara de la gente cuando abre un regalo, ¡hasta el último céntimo lo vale!

Mario se ríe suavemente.

—Eres increíble. Bueno, ¿irás a buscarme al aeropuerto?

—¡Claro! Seré la del clavel rojo en la solapa—se carcaja y yo respiro hondo antes de soltar la pregunta que me reconcome y que si no digo ya va a acabar por provocarme una úlcera en el estómago—. ¿Vienes tú solo?

—Sí Oli, voy solo—suelto el aire que he estado conteniendo y me pongo a saltar, a bailar la *Macarena* y a hacer aspavientos, todo a la vez, intentando no hacer demasiado ruido para que no note mi euforia—, pero...—vaya, ahí está, el puto *pero* que nunca augura nada bueno—he invitado a alguien a la fiesta.

—¿A quién?—cruzo los dedos y prometo ser buena y comer cinco piezas de fruta al día a lo que sea que rige este mundo de locos, cualquier cosa a cambio de que me diga que se trae a su hermano, a su perro o incluso a su madre.

—Es una antigua compañera de trabajo que ahora vive en Madrid, espero que no te importe.

Maldito patán. Como te la tires espero que te pegue una venérea.

—Claro, ¿por qué iba a importarme?—mi baile de celebración se ha convertido en una lucha encarnizada con la almohada—. De hecho es posible que yo también lleve a alguien.

Me estoy convirtiendo en una excelente actriz cuando se trata de Mario, de aquí a Venezuela a protagonizar el último éxito en culebrones, dadme tiempo.

—¿En serio?

Noto incredulidad en su tono, lo que me cabrea en cuestión de segundos, pero ¿qué se piensa este tío, que mi relación con el sexo masculino empieza y acaba con él? Bueno, ahora mismo básicamente sí, pero porque yo lo quiero así, que conste. O eso quiero creer.

—Sí, ¿te molesta?—rezo para que conteste que sí y montarle un pollo de impresión, confesarlo todo y acabar con este tormento.

—Mmm, no. Supongo que es mejor que seamos parejas, así nadie se sentirá desatendido.

Juro que si llego a tenerlo delante le metía la cabeza en la papelera. Empiezo a arrepentirme de haberlo invitado, me muero por volver a verlo, pero así no.

—De acuerdo, pues todo aclarado. ¿Ya tienes disfraz?

—Sí, ¿qué opinas de *Jack Sparrow*?

Chillo como una groupie adolescente y él se parte de risa.

—¡Me encanta! ¿Lo has elegido por mi confesión de que durante años quise casarme con uno? Tienes que dejar que te pinte los ojos, porfa, porfa, ¿tú sabes lo guapo que tienes que estar?

—Gracias y no sé si me arrepentiré, pero te dejo que me maquilles. ¿Y cuál es el tuyo?

—Ah, no, no—empieza a quejarse y a suplicar, pero lo ignora—, es una sorpresa, pero no tengas miedo, te gustará.

—Mmm, eres peligrosa.

Me río con el puño en alto, en plan maquiavélico y le tiro un beso.

—¡No te imaginas las ganas que tengo de verte!—porque a pesar de todo, no hay nada que desee más que eso.

—Y yo nena, y yo.

Ahora solo me falta encontrar acompañante para la fiesta a poco más de una semana, teniendo en cuenta, que dudo mucho que alguien aún no tenga plan para ese día. Perfecto, todo está saliendo perfecto.

Cuando abro la puerta Sonia y Maite se levantan como un resorte y me miran esperando que les cuente cómo ha ido todo.

—Viene solo.

Suspiran aliviadas y Maite me señala y grita satisfecha.

—¡Te lo dije! Ese te la quiere enchufar. Además, no es tonto y sabe que tenéis la casa para vosotros solos, yo me voy y Sonia fornicará con Raúl en casa de sus suegros—la aludida se tapa los ojos avergonzada y Maite la mira con picardía—, no te escondas y dime que no te quedas a pasar la noche allí con él.

Ella sonríe ruborizada y asiente.

—Es que dicho así suena fatal Maite...—vuelve a centrar la atención en mí y tuerce la boca—, pero Oli, ¿no te alegra? ¿Qué ocurre?

—El muy cretino ha invitado a una amiga a la fiesta y como soy una bocazas voy y suelto que también voy con pareja, para chula yo—me tapo la cara con las manos y hago un puchero bastante exagerado—y ahora tengo que encontrar a algún tío decente que todavía no tenga plan para Nochevieja... Soy un desastre.

La carcajada que suelta Maite me hace dejar de autocompadecerme y mirarla con todo el odio que soy capaz, pero a ella le da igual y sigue partiéndose de risa.

—¿¿¿Quieres dejar de reírte de mí???

Me quito una zapatilla y se la tiro, pero se agacha y la esquiva, lo que me enfurece aún más y a ella reír todavía más fuerte. Sonia nos mira alucinada y cuando ya estoy cogiendo impulso para tirarme en plancha encima de Maite, me coge del brazo y me obliga a mirarla.

—Tranquila Oli, no le hagas caso. Tienes razón, eres un desastre y tengo que decírtelo porque te quiero y alguna vez tendrás que aprender de tus errores, pero todavía tiene arreglo.

—Vale, revisaremos mi agenda, a ver si hay alguno salvable al que aún pueda llamar sin que espere nada a cambio.

Maite se acerca y me abraza, por fin ha conseguido calmarse y es su manera de pedirme perdón. Acepto su abrazo, pero lo acompaño con una colleja y ella me aprieta más contra su cuerpo.

—Lo siento, pero es que eres la mejor, cielo—me encojo de hombros y sonrío resignada—, vamos a por esa agenda. Necesitamos encontrarte un hombre que esté a la altura de las circunstancias.

—Sinceramente me conformo con que sea un hombre...

Las dos horas siguientes las pasamos estudiando las posibilidades. Primero llamo a un par de amigos solteros, que evidentemente son la mejor opción, pero como era de esperar ya tienen plan. Después opto por llamar a David y Fer, dos tíos con los que tuve una relación abierta, de esos a los que llamas cuando te apetece divertirse un rato sin ningún tipo de compromiso. Con ambos he seguido en contacto, aunque ya no de esa manera, pero David se ha echado novia y Fer ya ha aceptado ir a otra fiesta. Le suplico un rato hasta que me veo obligada a contarle mi historia y después de descojonarse en mi cara, me suelta que no puede ser, pero que cuando quiera quedamos y nos tomamos algo para ponernos al día y recordar viejos tiempos. Tal y como me van las cosas no lo descarto. Como última opción llamo a un compañero del hotel que desde hace años me tira los tejos y Maite a su primo, un yogurín de veinte años que está colado por mí y que es bastante mono, pero como no, ya tienen planes y lo peor es que ambos, después de esto, prometen efusivamente que volverán a llamarme en unos días para salir. Tierra trágame. Cuando ya creo que he llegado al fondo del patetismo, Sonia propone llamar a Raúl y que me empareje con alguno de sus amigos. Maite está a punto de pegarla.

—¡Serás cateta! A Raúl ni una palabra, ¿te crees que no hablan entre ellos? Si Mario se entera de que le ha buscado una cita porque él va acompañado resultará patética. Más quiero decir, esto que estamos haciendo ya es lo suficientemente patético incluso para Oli.

—Está bien chicas, lo hemos intentado. Le diré que al final a mi supuesta pareja imaginaria le surgió algo, una gripe aviar o yo qué sé, me estoy haciendo una experta en inventarme cosas cuando se trata de Mario.

Hoy es Nochebuena y ceno con mi familia en casa de mi madre. Me ha tocado trabajar de mañana y el día de Navidad también, lo que nadie sabe es que el día de Navidad libraba, pero he cambiado el turno con Rafa para que me hiciera la tarde de Nochevieja y poder ir a buscar a Mario al aeropuerto y pasar más tiempo juntos. Me siento una traidora, he mentido a mis padres porque me daba una vergüenza horrible reconocer que prefiero llegar a la comida de Navidad casi a las cinco de la tarde, solo por disfrutar unas horas más de su visita.

Mientras trabajaba he recibido un mensaje de mi madre pidiéndome que me pase por el supermercado a comprar un par de cosas que necesita. Todos los años, si el trabajo me lo permite, la ayudo a preparar la cena y me quedo a dormir con mis hermanos pequeños, son nuestras particulares tradiciones que adoro.

Entro en el supermercado, cojo una cesta y me preparo para la aventura. No es que comprar sea nada del otro mundo, pero el día de Nochebuena la gente se vuelve loca y hay que andar con mil ojos, porque como pilles un artículo muy cotizado más de uno intentará robártelo de la cesta y no es una exageración, un año mi madre llegó con un ojo morado porque se peleó con una señora por el último bote de anchoas, pero toda orgullosa, porque ganó ella.

Me encuentro en el pasillo de los lácteos buscando nata para cocinar cuando alguien me da en el costado con un carro. Me doy la vuelta y una señora con el carro hasta los topes me pide disculpas.

—No se preocupe.

La sonrío y ella me devuelve la sonrisa, entonces escucho su voz. Llevaba tanto tiempo sin escucharla que al principio me parece irreal, como un recuerdo lejano, aunque no haya pasado tanto tiempo, pero siento que mi vida ha cambiado de tal modo desde entonces que me parece un siglo.

—Mamá solo queda de naranja, el tío Félix se va a cabrear... ho... hola Oli.

Joder. Y ahí está. Me había volcado tanto en Mario que me había olvidado por completo de esa sensación que siempre me producía su mirada, pero esta vez es diferente. Familiar, pero extraña a partes iguales.

—Alberto, qué casualidad.

—Alber, cariño, ¿conoces a esta preciosidad? Casi la atropello con el carro.

Su madre se ríe divertida y nosotros la acompañamos sin dejar de mirarnos sorprendidos. Ella con disimulo sigue con su compra dejándonos un poco de intimidad.

Desde la ruptura me imaginé cientos de veces cuál sería mi reacción cuando lo viera, pero sin duda esta no estaba entre las posibilidades. Cuando me engañó, estaba tan enfadada que pensé que nunca podría perdonarlo ni tenerlo delante sin querer abofetearlo, pero la realidad es otra muy distinta. No siento absolutamente nada, solo una extraña sensación que se parece sorprendentemente al cariño, como si solamente recordara los buenos momentos, las risas, lo que nos divertimos juntos y nada más. La aparición de Mario en mi vida ha conseguido que todo lo que viví con Alberto carezca de importancia para mí, antes de conocer a Mario estaba perdida y hasta ahora no era consciente, no tenía ni idea de lo que era el amor.

—Oli, yo... lo siento mucho, fui un gilipollas.

Vaya, buena manera de romper el hielo. Me sorprende, porque nunca pude encontrar la valentía entre sus virtudes; Alberto suele ser más de los de evitar situaciones incómodas usando el humor (o en el peor de los casos el sexo) como arma para ello. Se frota los ojos, es uno de sus gestos de nerviosismo que tanto llegué a conocer. Está muy guapo, con su pelo castaño claro algo más largo y con ese look informal despeinado tan bien estudiado, pero ya no me impresiona del modo en que lo hacía antes, solo veo a un chico normal que por primera vez está siendo sincero conmigo. Lo veo en sus ojos negros, esos que antes me dejaban sin aliento y que ahora no me provocan nada.

—Gracias por disculparte. ¿Cómo te va todo?

Abre los ojos sorprendido, supongo que porque él, al igual que yo, nunca pensó que iba a reaccionar así.

—Vaya, no estás enfadada.

—Te confieso que estuve muy enfadada, tremendamente cabreada a decir verdad.

—Es lógico.

—De hecho hace unos meses te hubiera atacado con un brick de leche o te hubiera intentado rociar con una botella de lejía—nos reímos y el sonido de su risa me trae hermosos recuerdos—, pero mi vida ha cambiado, yo he cambiado.

—Estás..., estás genial. De verdad.

Doy una vuelta exagerada haciéndole reír de nuevo.

—Gracias.

—Quise llamarte, pero siempre he sido un cobarde y no fui capaz.

—No pasa nada.

—Sí que pasa.

Lo cierto es que tiene razón, sí que pasa. Lo superé enseguida, pero en realidad necesitaba este momento, tener la posibilidad de decirle que me hizo daño sin merecerlo y oír esa disculpa. Lo necesitaba para dar carpetazo de una vez a esa historia, pero por otro lado, ahora que tengo su perdón, no me importa demasiado.

—Es verdad, fuiste un cobarde. Una sola llamada para pedir disculpas y poder insultarte a gusto me hubiera venido bien, ¿sabes? Pero en realidad ya no me importa.

—Lo siento mucho, sé que es tarde, pero por favor, tienes que creerme. Lamento haberte hecho daño, no te merecías lo que hice.

Ahí está lo que más necesitaba escuchar, que no me lo merecía. Llega tarde, pero llega. Sé que en mi historia con Alberto tuve mi parte de culpa, pero fui culpable de mis actos, de haberme conformado y no haber actuado como soy yo, pero nunca de los suyos y pese a saberlo, llegó un punto en el que incluso me planteé que sus engaños y desplantes también fueron culpa mía. Estaba echa polvo e hice lo peor que podía hacer, justificarlo y asumir sus errores como propios. Menos mal que abrí los ojos y entré en razón, aparté esos demonios que a todos nos persiguen de vez en cuando y dejé de atormentarme con algo que no tenía sentido y que solo me hacía daño. Me di cuenta de que era su tormento, no el mío. Era Alberto el que tenía un problema, fue él el que lo estropeó.

—Más vale tarde que nunca, disculpas aceptadas.

—Oli, si hay algo que pueda hacer por ti... aunque no te lo creas y yo no lo demostrara, fuiste muy importante para mí, pero yo no estaba preparado.

Noto la bombilla que se enciende encima de mi cabeza, aunque también pasa el pensamiento fugaz de que posiblemente me arrepienta de esto que estoy a punto de hacer. Aun así, como viene siendo costumbre en mí, lo ignoro.

—¿Dices en serio eso de que harías algo por mí?

Su cara pasa del asombro a la complicidad en un instante y creo que ya empiezo a arrepentirme.

—Soy todo tuyo.

—Necesitas un disfraz.

Y así, sin más, he encontrado al perfecto acompañante para la fiesta.

Feliz Navidad.

Llego a casa sobre las seis y preparo rápidamente una mochila con lo necesario para pasar la noche en casa de mi madre. Las chicas también se están preparando para cenar con sus familias, pero antes de despedirnos nos juntamos las tres en el salón y nos damos los regalos. Para Sonia un *Ebook*, para Maite unos stiletos rojos con tachuelas por los que estaba loca y para mí una pulsera divina de plata y piedras naturales que me pongo al momento. Chillamos como niñas con nuestros primeros regalos y me acuerdo de que tengo que contarles que ya he encontrado acompañante para Nochevieja.

—Chicas, tengo novedades...—canturreo captando toda su atención al instante.

—¿Has encontrado chico de compañía?

—¡Qué burra eres Maite! Aunque bueno, bien pensado hasta tienes razón—el comentario de Sonia hace que chasquee la lengua y que Maite se ría con ganas—. Venga escupe, ¿quién es el afortunado que ha caído en tus redes?

Aguanto la tensión unos segundos, no por hacerme la interesante, si no porque me entra un miedo repentino al imaginar su reacción; es posible que con Maite incluso llegue a la agresión física, pero las cosas no son como eran hace unos meses. Todo ha cambiado.

—Es... Alberto.

Me muerdo el labio y sus rostros van cambiando de expresión según procesan mis palabras, pasando de la sorpresa a la incredulidad y por último al enfado.

—¿Alberto tu ex? ¿El que se folló a otra en el gimnasio mientras tú te dejabas el culo haciendo spinning apenas a unos metros de distancia?—asiento con la cabeza y Maite sigue con su monólogo alzando cada vez más la voz, mientras Sonia niega con la cabeza en señal de reprobación—. ¿Al que le oíste decir “*más fuerte nena*” a otra cuando, apenas unas semanas antes, le habías presentado a tu familia? En serio, Oli, ¡joder! Lo tuyo empieza a ser preocupante.

—Antes de que sigas con tu regañina, déjame que os lo explique. Me he encontrado con él por casualidad en el supermercado y aunque no os lo creáis, no he sentido absolutamente nada. Bueno, mis bragas lo han saludado efusivamente, pero nada más. Sigue estando igual de bueno, eso no lo puedo evitar—Maite me anima a continuar haciendo un gesto con la mano—. Se ha disculpado y hemos charlado como adultos civilizados; la verdad es que esa conversación me ha venido muy bien para cerrar un ciclo de mi vida completamente, necesitaba que me pidiera perdón.

—Alberto y tú. Como adultos civilizados dices—ignoro el comentario de Maite, porque la conozco y es más malintencionado que otra cosa.

—El caso es que me ha dicho que si podía hacer algo por mí que se lo pidiera, es como si él necesitara redimirse por lo que me hizo, o algo por el estilo.

—Y ahí es cuando le planteas lo de la fiesta—Sonia sonríe divertida. Creo que le empieza a gustar la idea.

—Exacto, él ha aceptado encantado. Le he dejado claro cuáles son las intenciones y el porqué de todo esto y lo ha entendido perfectamente. Está un poco chiflado como yo, así que le ha parecido una idea estupenda. Y según él me lo debe.

Maite me mira en silencio pensativa, después explota en una carcajada tan fuerte que me hace dar un brinco.

—Eres una hija de perra, ¡es perfecto! Llevas a tu ex-novio buenorro, con el que Mario sabe que tuviste una relación importante y le das en todos los morros, ¡se va a morir de celos!

—No sé si se morirá de celos o no, ni siquiera sé si me ve de esa manera, lo que tengo claro es que se va a cabrear y mucho, le conté toda la historia y lo odia a muerte—hago una mueca, porque empiezo a pensar en que quizá no sea tan buena idea como me parecía en un principio.

—Mejor me lo pones. Disfrázalo de rollito moderno, como pareja se os dio de pena, bueno a él, pero en la cama sois una bomba nuclear, así que ahora sois amigos que comparten fluidos de vez en cuando. En plan mujer independiente que lo llama cuando a ella le apetece, me entiendes, ¿no? Y tú a Raúl ni una palabra, juguemos con el factor sorpresa.

Sonia asiente en silencio apoyando las palabras de Maite. Desde que sale con Raúl sé que me oculta algo, pero ella se mantiene al margen y eso me mosquea.

—Sonia, ¿sabes algo que yo no sé?—ella se sorprende y se ruboriza.

—Oli, yo... no sé nada, en serio.

Maite la agarra por la barbilla obligándola a levantar la vista antes de empezar a chillar como una lunática.

—¡Ahhh! Pequeño pony, ¿te has aliado con tu novio? ¡Serás traidora! Eso no me lo esperaba.

—No es eso chicas, Raúl habla con Mario a menudo, pero he sido incapaz de sonsacarle nada. Dice que sabe que te lo contaría a ti y que tenemos que mantenernos al margen, que estas historias acaban salpicando y que no quiere que se estropee lo nuestro.

Maite y yo nos sentamos a su lado, la entendemos perfectamente y Raúl tiene razón. Lo que no entiendo es por qué él sigue insistiendo en la posibilidad de que Mario y yo acabemos a mal, cuando ya tuvimos aquella conversación. Eso solo puede significar que sabe algo en relación con mi historia con Mario que yo desconozco.

—El caso es que el otro día mientras hablaba con él, yo volvía del baño y escuché algo. Raúl le preguntó que si estaba seguro de que era buena idea quedar con Carolina y después de lo que contestara Mario, que creía que se estaba equivocando, pero que era su decisión. Eso es todo, pero me huele a encerrona, Oli. Raúl sabe algo más y se niega a decírmelo, pero no deja de ser su amigo, es normal que le sea leal.

—Blanco es, gallina lo pone, frito se come, huevo se llama—suelta Maite y se queda tan pancha.

Yo la miro como si le hubiese salido un tercer ojo en la frente y a Sonia le entra la risa tonta, no sé si por lo que ha dicho la otra o porque es eso o llorar por haber acabado viviendo con semejante par de taradas.

—¿Qué dices tú de huevos ahora?

—Que es obvio, le gustas Oli. Te lo dije. Eso es lo que sabe Raúl y por eso cree que la cosa se podría poner fea en algún momento, porque cuando se mezclan los sentimientos... la gente hace estupideces y en tu caso, que ya las haces habitualmente... podría producirse el Armagedón.

Ahora sí que estoy cabreada de verdad, sobre todo porque no me entero de nada, pero si todo este rollo con Carolina es una estrategia de Mario para darme celos, todavía no sabe con quién está jugando.

—¿Tú qué opinas Sonia?

—Es posible que sienta algo por ti, pero como no entiendo vuestra manera absurda y retorcida de razonar me es imposible estar segura. Os complicáis tanto la vida

que no soy capaz de seguirus. Ser tú tiene que ser angustiioso.

—Vale, pero ¿y si no es así? ¿Y si no le gusto más que como amiga qué?

Sonia se encoge de hombros y suspira profundamente antes de contestar.

—No lo sabrás si no se lo preguntas. La decisión es tuya, seguir como hasta ahora y guardártelo dentro o arriesgarte y tener la posibilidad de llevarte el premio.

—Déjate de milongas, te toca mover ficha, Aceituna. Cuando venga en Nochevieja consigue que se vuelva loco de celos y ya tendrás la respuesta.

—¿Y si no funciona y hago el ridículo de mi vida?

—Entonces ¡que le folle un pez!

Llego sobre las siete a casa de mi madre y me encierro con ella en la cocina a preparar canapés mientras charlamos con una copa de vino. Mi familia va llegando poco a poco y cuando llega la hora nos sentamos todos a la mesa a disfrutar de los succulentos platos que ha preparado mi madre, más algunos que han traído mi padre y Natalia. Adoro a mi familia y cuando estoy con ellos me olvido de todo y disfruto como una enana. Charlo con mis hermanos de la universidad, con Candela de ropa y chicos y con Marcos de música e incluso consigo sonsacarle un par de palabras sobre su novia. La chica que lo pille se lleva un tesoro, se lo digo y él se sonroja, pero sonrío complacido.

A las doce abrimos los regalos alrededor del árbol. Los mellizos y yo chillamos como locos cada vez que abrimos un paquete y los demás nos miran con ternura y los abren como adultos civilizados. Entre todos me han regalado una cámara de fotos que estreno al momento y un cofre pirata lleno de monedas de chocolate, con el que se me salen los ojos de las órbitas. Mi padre se levanta y sale del salón para volver unos segundos después con un sobre que me tiende.

—Toma Oli, esto llegó a casa hace unos días con la condición de que te lo entregase hoy.

Cojo el sobre sorprendida bajo la atenta mirada de mi padre, que me sonrío divertido.

—Vamos, ábrelo.

Lo hago y me encuentro con un billete de avión abierto a Barcelona y una carta.

El corazón me late tan deprisa que parece que se me vaya a salir del pecho, miro a mi padre y él asiente con la cabeza. Los demás disimulan con sus regalos, aunque los conozco de sobra y todos tienen la atención puesta en mí. De hecho mi madre se muere de curiosidad, pero aguanta la tensión como una profesional. Solamente el tic del ojo de la delata, está haciendo esfuerzos sobrehumanos para no lanzarse sobre mí y arrancarme el sobre de las manos.

Feliz Navidad preciosa.

No sabía qué regalar a alguien tan especial como tú, así que mi regalo es un poco egoísta porque en parte es también para mí.

Ahí tienes un billete para Barcelona, para cuando quieras y puedas venir, quiero compartirte con mi ciudad, con mi familia y con mis amigos.

Hablo tanto de ti que mi madre, como no te conozca pronto, va a empezar a pensar que me lo he inventado todo y a mandarme a un loquero.

Da las gracias a mis cómplices por ayudarme a que el regalo te lo dejara el mismísimo Papá Noel.

Cuento los días para verte.

Te quiero,

Mario.

Mi padre, que me conoce mejor que nadie, me pasa una copa de vino que me bebo de un trago. El bribón de él me ha hecho fotos con mi nueva cámara mientras leía la carta, pero ahora mismo no me importa nada. Sonrío como una tonta repasando su letra con los dedos hasta que mi padre carraspea y levanto la vista ruborizada.

—Creo que necesitas hacer una llamada.

Me levanto y lo abrazo con fuerza.

—Gracias papá.

Cojo el móvil y me encierro en una habitación, aunque antes de cerrar la puerta puedo oír la voz aguda de mi madre.

—Jesús, ¿qué era eso? ¿Qué me he perdido? ¿Con quién habla ahora? ¿Por qué nunca me incluís en vuestros secretitos?

Me río y me apiado de mi pobre padre, la que le ha caído en estos momentos.

Estoy nerviosa, no pienso con claridad. Su regalo me ha encantado, pero lo que más me ha llenado han sido sus palabras. En este instante me da exactamente igual que sienta algo más por mí o no, porque pienso que, aunque no lo haga, esto que tenemos ahora es perfecto. La forma en que me trata, en que me habla, en que me cuida, en que me demuestra, con gestos como este, lo importante que soy para él.

—¡Ey, Oli! ¡Feliz Navidad! Dame un segundo, mi abuelo ha empezado con los villancicos y aquí no hay quién oiga nada—cierro los ojos al oír su voz, porque me doy cuenta de nuevo de cuánto lo necesito. Después oigo que cierra una puerta y el silencio nos rodea—, ya está.

—Feliz Navidad, vaquero.

—¿Qué tal la noche? ¿Papá Noel piensa que te has portado bien?

Suspiro profundamente y las palabras salen solas de mi boca, como si llevara tanto tiempo conteniéndolas que ya no pudieran permanecer encerradas por más tiempo.

—Te quiero, Mario.

Puedo oír como traga saliva y sale el aire a trompicones de sus labios.

—Yo también te quiero, Oli.

Y escucharle pronunciar esas palabras es el mejor regalo que podía hacerme. Nos quedamos en silencio. Un silencio extraño, aunque placentero y cómodo. Como si los dos estuviéramos saboreando esta confesión que tanto necesitábamos escuchar salir de los labios del otro.

—Te conozco desde hace poco más de cinco meses y quiero que sepas que es como si me conocieras de siempre; me alegro mucho de que insistieras en seguir en contacto y no me mandarás a la mierda por ser tan bruja, ¿sabes?

Mario se ríe suavemente y sollozo como una tonta. Me tapo la boca con la mano para evitar que se dé cuenta, pero mi intento es en vano.

—Ey, nena, ¿estás llorando?—mi respuesta es un hipido lastimero—. No llores que me rompo por dentro, en una semana estoy allí contigo, ¿vale? Eres la mejor persona que he conocido, eres mi persona favorita, no llores que voy a pensar que no te ha gustado mi regalo.

—El regalo me ha encantado. Gracias.

Carraspeo y recupero un poco la compostura, no sé qué me ha ocurrido, pero la sensación en el pecho era tan fuerte, tan intensa, que no he podido soportarlo.

—Y tú, ¿has sido bueno?

—Eso parece. Un par de libros, una colonia, una bufanda y un pijama de *Superman*. Te lo enseñaré cuando vaya.

Me parto de risa al imaginármelo con un slip rojo por encima de unos leotardos, aunque dudo mucho que el pijama consista en eso, pero mi imaginación tiene vida propia y ya se ha puesto a hacer de las suyas.

—¿Fiesta de pijamas entonces?

—Pero solo si tú llevas uno de esos camisones minúsculos que tenéis las tías.

—Eres un cerdo.

—Soy un cerdo, pero ¿te lo pondrás por mí?

—Mmm, si te portas bien, quizá.

—Entonces seré un angelito.

—Mario, siento que tengas que esperar para mi regalo.

—Nena, mi regalo cuando llegue serás tú.

Que Dios se apiade de su alma.

Hoy es 31 de diciembre y estoy tan nerviosa que he hecho pis tres veces en una hora, me he quemado la lengua con el café y he metido la pata un par de veces con las reservas y quien dice un par dice media docena.

Acabo de salir de currar y gracias a mi compañero Rafa, que me cambió el turno, tengo toda la tarde y todo el día de mañana libres para estar con Mario. En menos de una hora tengo que ir a recogerlo al aeropuerto y ya me he cambiado dos veces de ropa. No quiero que se noten mis ganas de impresionarlo, pero tampoco quiero que parezca que no me importa que me vea guapa. Al final, después de revolver todo el armario, me rindo y opto por ir lo más natural posible. Unos vaqueros, un jersey negro oversize y mis botas de agua de florecitas, porque llueve a mares, lo justo para que lo primero que vea de mí sea una coliflor por pelo. Me pongo el abrigo, cojo el paraguas, el bolso y salgo corriendo.

Normalmente me muevo en metro o en autobús por la ciudad, pero papá me ha dejado su coche para ir a buscar a Mario, solamente espero que quiera montarse conmigo, porque soy igual de desastre al volante que en mi vida en general.

Aparco y salgo en busca de la terminal pancarta en mano. Tuve la brillante idea de recibirlo con mi uniforme del trabajo y un letrero donde pusiera *Señor Vélez*, en plan azafata sexi y hacerle pasar vergüenza, como si fuese un famoso, pero Sonia consiguió convencerme para no hacerlo. Principalmente, porque si se enteran en el hotel me voy derecha a la cola del paro, así que en vez de eso, ayer estuve toda la tarde con mis hermanos pequeños decorando una cartulina con dibujitos y un montón de purpurina.

Llego con el tiempo justo ya que los pasajeros de su vuelo ya están desembarcando. Y entonces lo veo y me da un vuelco el corazón. Madre mía. Lleva un pantalón negro metido por dentro de unas botas color camel, un jersey de ochos beige y un abrigo de paño negro. Agarra una bolsa de deporte sobre el hombro, lo que hace que se le abra el abrigo y que a mí se me seque la boca. Está tan guapo que estoy a punto de morir por combustión espontánea. Me busca con la mirada entre la gente y yo sonrío con cara de tonta esperando a que me vea. Sujeto un clavel rojo entre los dientes y la pancarta multicolor en las manos en la que se puede leer:

Gracias por empezar el año conmigo.

De repente sus ojos me encuentran y frena en seco. Me mira de arriba abajo sorprendido, deja la mochila en el suelo, pone sus manos en las caderas y me dedica una sonrisa macarra de medio lado que hace que me derrita y que por poco no tenga que venir alguien de la limpieza a recoger mis restos esparcidos por el pavimento. Dejo caer la pancarta, el clavel y mi bolso y corro como una niña sin importarme nada más que la distancia que me separa de sus brazos.

Choco con su pecho y me agarro a él con fuerza, Mario suspira profundamente y me levanta como una muñeca hundiendo su cara en mi cuello. Coloco las piernas alrededor de su cintura y me quedo colgada como un monito, no quiero bajarme de aquí nunca.

—Debo ser la mujer más odiada de todas las presentes, ¿estás guapísimo!

Se le escapa la risa contra mi cuello erizando mi piel.

—Qué bien hueles Oli—me abrazo a él con más fuerza y sonrío feliz—, con esta bienvenida soy yo el más odiado, dejás a los demás a la altura del betún.
—¡No te mereces menos, vaquero!

Nos quedamos así un poco más, disfrutando el uno del tacto, del calor, del olor del otro, hasta que Mario echa a andar conmigo aún colgada de su cuello.

—Oli, me quedaría así todo el día, pero tu bolso sigue tirado ahí en medio, vamos.

Me bajo a regañadientes provocándole una sonrisa y recojo las cosas del suelo.

Mario me quita el clavel y observa la pancarta divertido, que está firmada por los tres. La verdad es que nos ha quedado monísima, aunque es probable que tarde semanas en quitarse toda la purpurina que ya va soltando por su ropa.

—Esto es mío, de recuerdo.

Y me parece un gesto tan mono, que estoy a punto de decirle que soy suya, que lo quiero y que me iría con él al fin del mundo.

Llegamos a casa después de un viaje en coche entre gritos y palabras malsonantes. Resulta que Mario es de esos copilotos insoportables que no dejan de corregir y quejarse por todo lo que haces y yo, lo reconozco, soy una conductora desastrosa, pero no de esas inseguras o miedosas, si no de las que son bastante imprudentes y un poco *fitipaldis*. Combinación pésima, lo que conlleva a que yo entre en casa con un cabreo considerable y Mario con las gónadas en la garganta.

—Oli, no te enfades, pero es que eres un peligro.

Le dedico la mirada más siniestra de mi repertorio, él chasquea la lengua y se acerca a mí con los brazos abiertos.

—Ni se te ocurra acercarte ahora—deja caer los brazos en los costados y suspira—, me has cabreado. Yo seré un peligro, ¡pero tú parecías una abuelita asustada!
¡La próxima vez te va a buscar tu amiguito Raúl al aeropuerto!

Curva los labios y se muerde el inferior conteniendo la risa, yo pongo los brazos en jarras y frunzo el ceño molesta.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Hasta enfadada eres graciosa, Oli—se va acercando aún más a mí y siento que se van derribando mis defensas—, además, te sale una arruga aquí—pasa su dedo por mi frente dibujando una línea lentamente—de lo más bonita.

Maldito cabrón, me tiene donde quiere. Esto es peor de lo que pensaba.

—Vale, te acabas de ganar que te dé tu regalo de Navidad. Espera aquí—voy a mi habitación y vuelvo con el regalo de Mario—. No es tan grande como el tuyo, pero espero que te guste.

Coge la caja nervioso, parece un niño pequeño y siento que lo quiero más todavía por estar tan ilusionado. Rompe el papel a tirones, del mismo modo que me gusta abrir a mí los regalos y se encuentra con una caja de cartón que he forrado con papel de colores. En la tapa hay pegada una nota que lee en silencio mientras yo lo observo a punto de empezar a hiperventilar.

Pensé mucho en qué regalarte. Pedí consejo a todos los hombres de mi familia y a mis amigas, pero nada terminaba de convencerme.

También se me ocurrió comprarte un traje nuevo, de esos que te hacen parecer recién sacado de un catálogo, pero no tenía mucho sentido si tú los odias y yo no iba a poder disfrutar de esa visión.

Entonces me di cuenta de que lo único que quería regalarte eran momentos nuestros y que cuando estés en tu casa tengas algo que al cerrar los ojos te traiga hasta aquí.

Solo espero que signifiquen para ti lo mismo que para mí.

Te quiere, Oliva.

Mario empieza a sacar cosas y yo contengo la respiración.

Una botella de tequila, por los chupitos de la primera noche, que le hace reír.

Un bote pequeño de *Miss Dior*, mi perfume, que Mario abre y aspira con los ojos cerrados.

Un folleto del restaurante tailandés en el que cenamos aquella noche.

Un cd con música que le he grabado, con canciones que me recuerdan a él y que, de un modo u otro, hemos compartido.

Una foto mía enmarcada de aquel primer sábado en el que todo cambió. Salgo subida a la barra guiñándole un ojo con picardía.

Mario la sujeta entre sus manos y la estudia pacientemente. No dice nada. Y me muero de vergüenza, porque empiezo a pensar que me he equivocado y que tenía que haber hecho caso a mi hermano Marcos y regalarle entradas para el fútbol o hacerle un calendario con fotos mías subidas de tono, por supuesto, consejo de Maite. Incluso el consejo de mi madre de comprarle un jersey me parece mejor idea, por lo menos es práctica.

Mario deja la caja en la mesa y me mira con una dulzura que me desarma.

—Nena, me encanta, es... es perfecto.

Me agarra de la mano y tira de ella hasta que quedo sentada sobre su regazo.

—¿De verdad? Es una tontería, pero...

Posa un dedo sobre mis labios haciéndome callar y tengo que contenerme para no abrir la boca y lamerlo con lascivia.

—Es original, como tú. Para la foto ya tengo un sitio reservado.

Me río como una niña y me sonrojo mientras me dedico a enroscar un mechón de pelo entre mis dedos.

—¿Y puedo saber dónde?

—En mi mesilla de noche, quiero que seas lo primero que vea cuando despierte.

La madre que lo parió. Si es que cuando pienso que ya no puede ser más perfecto se supera a sí mismo.

Mario rompe el momento tan tierno que se había creado entre nosotros y me pregunta por la fiesta.

—Sonia me ha dicho que ellos estarán allí a partir de las doce y media, pero en lo que terminamos en casa de mis padres y cogemos un taxi, supongo que llegaremos sobre la una.

—Tengo que llamar a Carolina para avisarla, no quiero que llegue sola y tenga que esperar mucho tiempo sin conocer a nadie.

Me pongo tensa y me levanto como si se me hubiera activado un muelle en las piernas. Evidentemente, Mario lo nota, pero me da igual.

—Como quieras.

Recojo el envoltorio del regalo y voy a la cocina a tirarlo maldiciendo en silencio. No entiendo cómo puede ser tan dulce conmigo y al momento siguiente ponerse a hablar de otra mientras estoy sentada en su regazo, cabrón insensible. Le oigo hablar por teléfono con ella y me pongo a secar los platos (que ya estaban secos) sobre la encimera, eso por no salir cuchillo en mano y hacerle un estropicio en plan ninja.

—Carol, ¿cómo estás?

...

—Sí, ya estoy en Madrid... Sí, yo también. Estaremos sobre la una.

...

—De acuerdo, ya tienes la dirección, un beso.

Se ríe, está tonteando con ella y yo estoy a punto de romper un plato de lo fuerte que lo agarro con los dedos. Es eso o tirárselo a la cabeza.

—... Y yo.

¿Y yo qué? ¿Yo también tengo ganas de verte? ¿Yo también te he echado de menos? ¿Estoy deseando tenerte entre mis piernas? Joder, creo que esta noche va a ser más difícil de lo que pensaba. Y lo peor es que sigo sin saber quién demonios es esa Carol. Sé que trabajaron juntos, pero no sé si tuvieron un tórrido romance o un troteo sin importancia o quizá solo sean amigos, aunque esto último lo dudo. No me atrevo a preguntarle y sé que si no lo hago yo él no me lo va a decir. Estoy que echo humo, así que decido hacer una tontería de las mías. Voy a seguir el consejo de Maite. Voy a mover ficha. Si quiere jugar jugaremos los dos, porque es lo único que se me ocurre, que quiera darme celos. Es eso o pensar que en realidad me he montado la película de mi vida y él es un imbécil con el mismo tacto que un guante de esparto.

Saco el móvil del bolsillo y mando un mensaje a Alberto, después vuelvo al salón con dos cervezas como si nada y me recibe sonriente.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo te va la campaña?

Mario empieza a contarme emocionado su nuevo proyecto. Está muy ilusionado, aunque dice que trabaja más horas que nunca, pero que si todo sale bien, no solo le reportará beneficios económicos, sino que su nombre empezará a sonar y le abrirá puertas con otros clientes. De repente empieza a sonar mi móvil, miro la pantalla y respondo con una sonrisa deslumbrante digna de un anuncio de dentífrico.

—¡Hola, mi niño!

Mario frunce el ceño y me observa con interés, al otro lado de la línea Alberto se parte de risa.

- Eres una bruja. ¿Ya te ha hecho sufrir tanto para necesítarme tan pronto?
- Sí, yo también tengo ganas de verte.
- Guau. Que Dios se apiade de su alma.

Me río coqueta y Mario chasquea la lengua y se pone a toquetear su móvil con una cara de *“me importa una mierda con quién hablas”* que me hace dar saltitos de euforia interiormente, porque lo conozco tan bien que sé que es como yo, disimula de pena, lo que solamente puede significar que en realidad le jode sobremanera. ¿Estará celoso? Ante tal posibilidad me crezco y decido seguir un poco más con el juego, a ver qué pasa.

—No me digas eso, que me pongo nerviosa.

—Chica mala.

—Como a ti te gusta.

—Buf. Tengo que dejarte, estoy ayudando a mi sobrina a vestirse, se le ha antojado cenar vestida de princesa al enterarse que yo iba a disfrazarme y es tan cabezona como tú, así que hemos claudicado.

—¿Luego me ayudarás a mí?

—Oli, me estás poniendo cachondo con esa voz de línea erótica que te gastas y no es el trato, a ti me gustaría más desvestirte, pero eso ya lo sabes.

Suelto una carcajada y Mario se revuelve en el asiento. Si sigue tensando la mandíbula así se va a quedar sin dientes.

—Tardarías poco, mi disfraz es bastante escueto.

—Joder, se me ha puesto dura, al final el tal Mario me va a dar lástima. Luego te veo, sé buena.

—Un beso, hasta luego.

Contigo me siento en casa.

Llegamos a casa de mi padre y Natalia sobre las nueve y media. Después del momento llamada de emergencia hemos seguido hablando como si nada, de hecho me sorprende que aún no me haya preguntado con quién he quedado. Me da la impresión de que Maite tenía razón, el juego ha empezado y si no es por ella ni siquiera me hubiese enterado.

Mario no se ha cambiado de ropa, básicamente porque se lo he prohibido, está perfecto tal cual. Yo en cambio me he puesto un vestido negro de media manga, ajustado y con lentejuelas en negro y dorado en la parte de la falda.

Mientras subimos en el ascensor observo nerviosa que él está tan tranquilo.

—Estás preciosa.

Ignoro su comentario, no porque no me haga ilusión, si no porque está empezando a faltarme el aire.

—¿No estás nervioso?

El espacio es tan pequeño que cuando baja la vista me encuentro demasiado cerca de sus labios como para mirar a otro sitio. Vale, podría mirar la solapa de su abrigo o a la puerta del ascensor, incluso a nuestra imagen proyectada en el espejo y recrearme en lo bien que quedamos juntos, pero es que es superior a mis fuerzas. Él los curva divertido y yo solo puedo pensar en morderlos. Repetidas veces y no me cansaría.

—No. ¿Debería estarlo? ¿Tú lo estás?

—No. Sí. No lo sé... es la primera vez que traigo a alguien en un día tan familiar, aunque solamente seamos amigos no me malinterpretes, pero supongo que es especial para mí.

—¿Tu ex no conoció a tu familia?

—Fue obligado en mi último cumpleaños, pero en realidad ni siquiera a mí me apetecía que fuera, únicamente quería que mi madre dejara de marearme con el tema y como parecía que iba en serio...

Mario me agarra por la cintura y me acerca a él. Su olor lo invade todo y por primera vez en mi vida me parecería un golpe de suerte quedarme encerrada en un ascensor.

—Para mí también es importante, todo lo que tiene que ver contigo lo es.

Me besa en la frente y yo cierro los ojos totalmente fascinada por este hombre. Justo en ese momento se abre el ascensor y Juan y Julia, mis hermanos pequeños, nos reciben entre gritos y risas.

—¡¡¡Ya está aquí Oli con su novio!!!—Juan grita y corre dentro de la casa como alma que lleva el diablo antes de que me dé tiempo a arrearle una colleja.

—¡Que no es mi novio! ¿¿¿Cómo lo tengo que decir???

Mario se descojona hasta que lo miro arqueando una ceja y levanta las manos en señal de inocencia. Le presento a todos y se muestra educado y muy cercano; le entrega a Natalia unas botellas de vino y unos dulces que se ha emperrado en traer y enseguida entabla conversación con mi padre y Ricardo.

Diez segundos después me encuentro encerrada en la cocina. He sido literalmente arrastrada hasta allí por mi hermana Candela y mi madre.

—La madre que te parió, que fui yo, ¿¿¿pero ese es Mario???

—mi madre me mira alucinada, como si no creyera posible que semejante ejemplar anduviese por nuestro salón.

—Oli, ¡es guapísimo!—Candela en cambio, me observa con total admiración.

—Sí, bueno, ya os dije que es muy atractivo.

—¿Cuántos años tiene?—mamá lo estudia de arriba a abajo asomada por una rendija de la puerta de la cocina sin fingir, ni siquiera un poco, lo mucho que le gusta lo que ve.

—Mamaaaaá.

—Tatiiii—Candela y yo la reprendemos a la vez.

—Ay, chicas, solo es curiosidad. No os olvidéis de que aunque tengamos familia numerosa aún soy joven. Y mirar es gratis.

—Tiene treinta años. La verdad es que al lado de papá y Ricardo no se nota mucha diferencia.

—Recuerda que Ricardo tiene treinta y siete y tu padre se conserva estupendamente.

—Oli, ¿a ti te gusta?—mi hermana me mira esperanzada, debería contestar que no para que dejen de imaginarse historias donde no las hay, pero soy incapaz de mentir al verla con esa expresión soñadora en la cara.

—Pues claro que me gusta—me dejo caer en la banqueta de una forma bastante poco elegante y me meto una almendra en la boca—, es perfecto. Es imposible que a alguien no le guste.

—Entonces, ¿el problema es que no le gustas tú?

—Candelita hija, si no le gusta tu hermana es que es rematadamente imbécil.

Mi madre termina la conversación a golpe de cuchara y volvemos a reunirnos con los demás en el salón.

Nos sentamos en la mesa. Yo lo hago entre Candela y Mario, y sorprendentemente, mi hermano Marcos pide sentarse al otro lado de Mario; es muy tímido y por eso no es algo habitual en él. Mi padre también se da cuenta y compartimos una sonrisa cómplice.

Charlamos animados unos con otros, la verdad es que las comidas con mi familia son de esas muy ruidosas en las que es fácil ver volar de vez en cuando una bola de pan, o en el peor de los casos cabezas de langostinos, como en el 2010, que una acabó en la cabeza de mi padre y a Ricardo se le salió vino por la nariz del ataque de risa que le dio.

Mario habla de fútbol con mi hermano Marcos, parece que se entienden de maravilla; yo ni siquiera sabía que le gustara el fútbol. Mi padre me pilla observándolos y me guiña un ojo, le sonrío y vuelvo a centrar la atención en mi plato.

—Oli, ¿a ti no te gusta el fútbol?—Mario se gira hacia mí y mi familia empieza a partirse de risa. Todos ellos son del Atlético de Madrid a muerte y yo ni siquiera sé lo que es un fuera de juego.

—A Oli solo le gustan los deportes en los que van ligeros de ropa.

El comentario de Marcos consigue que estallen en carcajadas y yo le tiro una croqueta al ojo haciéndome la ofendida.

—Sí, es verdad, esos deportes que tú no podrías practicar porque nunca llenarías un slip de esos o como se llamen.

—Uuuuuuh—Ricardo empieza a abuchearnos, es único metiendo baza.

—Perdona, no recordaba que hablaba con una experta en paquetes.

Mario nos mira como si estuviese en un partido de tenis. Está flipando, creo que aún duda si la cosa va en serio y acabaremos atacándonos con un tenedor o solo es una broma entre hermanos. La mesa se queda en silencio y nos retamos con la mirada, en plan duelo del salvaje oeste. Incluso creo haber visto un matojo de los que siempre salen en las películas rodar por el salón a cámara superlenta. Levanto una ceja y le dedico una sonrisa pícaro de medio lado. Solamente con ver mi expresión sabe que hoy ha perdido.

—Y dime Marcos, ¿alguna experta ya ha estudiado el tuyo?

Mi hermano se pone como un tomate y tartamudea antes de volver a atacar su comida. Los demás se ríen a carcajadas y lo jalean. Está muerto de vergüenza, pero cuando mi padre que está sentado a su lado levanta la mano, Marcos le choca los cinco sonriendo. Minutos después me levanto, ante la mirada de un Mario estupefacto y rodeo con los brazos a Marcos desde atrás. Él levanta un brazo y me acaricia el pelo.

—¿Me lo contarás, semental?—le susurro al oído.

Él me manda callar y se ruboriza de nuevo antes de contestar.

—Claro que sí, pero ahora estate quieta.

Le doy un beso que él recibe con agrado y vuelvo a mi sitio.

Adoro a todos mis hermanos, pero Marcos y yo tenemos un vínculo especial.

Candela es una de mis mejores amigas, nos contamos todo y estamos muy unidas. La quiero con locura y a los pequeños también, aunque con ellos la relación es diferente por la diferencia de edad y porque no los veo lo que me gustaría. No obstante con Marcos es diferente, con él todo es fácil, sencillo, calmado, como es él. Tiene dieciocho años, pero la madurez que a mí me falta, una sensibilidad que abruma y sin duda es la persona más inteligente que conozco. Si fuera más mayor y lógicamente si no fuese mi hermano, me moriría por sus huesitos.

Le robo una patata a Mario de su plato y él me da un cachete en la mano con cara de enfadado.

—¡Eh! No seas egoísta, como eres el invitado mi madre te ha echado al que más, no es justo y lo sabes.

—Eso es verdad, no es justo mamá—mi hermano Juan se une a mi causa enseguida.

Julia y él están sentados frente de nosotros y no quitan ojo a Mario, que es la novedad. Ella lo observa con suspicacia; sé que le gusta, pero no termina de fiarse del todo. En general es muy desconfiada con los chicos guapos y obviamente todos los adultos de esta familia están encantados con esa característica tan peculiar. Mi hermano en cambio lo mira con admiración, como si hubiese traído a un superhéroe a cenar con nosotros.

—¿Lo ves? A él tampoco le parece justo y es el justiciero del patio del colegio, nadie sabe de justicia más que él.

Juan me mira agradecido sacando pecho y Julia a su lado le observa con adoración. A veces nos da la impresión de que está colada por él, mi madre incluso los llevó al psicólogo, pero resulta que no, que solo es fascinación absoluta. Mario se incorpora y reparte sus patatas entre los mellizos sin dejar de mirarme a mí, con una sonrisita tonta en los labios.

—¿Así mejor?—mis hermanos asienten y le dan las gracias con una sonrisa de oreja a oreja, mientras yo lo miro con la boca abierta por dejarme fuera de la repartición, pero antes de que crea que se ha salido con la suya Juan se sube a su silla y comparte sus patatas conmigo.

—No, Mario, así está mejor—contesta el niño con un salero que no puede con él y que hace que no pueda sentirme más orgullosa de lo que lo estoy en este momento.

Le guiño un ojo al mocoso de mi hermano, que sabe latín, y vuelvo a mirar a Mario que sacude la cabeza divertido por la lección que le acaba de dar un niño de diez años.

—Touché.

Mario se pone las botas y Natalia y mi madre, que son las cocineras oficiales, están encantadas. No puedo evitar quedarme embobada con él, parece mentira que lo conozca hace tan poco tiempo y que sea el primer día que vea a mi familia, porque da la sensación de que llevara aquí desde siempre. Es como si fuera la pieza del puzle que faltaba en mi vida, encaja tan bien en mi mundo que me aterra.

El modo de coger la copa, la forma disimulada de rozarme el muslo al colocarse la servilleta, la elegancia natural al servir el vino, su risa, el brillo de sus ojos cuando me mira, la seriedad al conversar con mi hermano Marcos, que hoy a su lado se siente más adulto que nunca, la forma sutil de piropear a mi madre y a Natalia sin que parezca un cumplido, mantener la mirada fija a mi padre aun sabiendo que está siendo evaluado continuamente, la dulzura con la que se dirige a la pequeña Julia, su voz susurrando en mi oído que conmigo se siente en casa, guiñarle un ojo a Candela cuando la pilla mirándole embelesada, su olor mezclándose con el de mi hogar.

—Oli, cariño, acompáñame a por las copas de champán—mi padre se levanta y yo lo sigo obediente hasta la cocina.

Cuando entramos cierra la puerta y se vuelve con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Estás enamorada de él.

Mi padre clava sus ojos verdes en los míos. Así, tan serio, me intimida y me parece mucho más alto de lo que es, o quizá soy yo la que se va encogiendo por momentos. Me siento como una niña pequeña, como si tuviera seis años de nuevo y me estuviera riñendo por cortarle el pelo a Candela, un bebé risueño en su cuna con una cresta a lo mohicano como nuevo look. Trago saliva y no puedo hacer más que asentir con la cabeza. No tendría sentido intentar ocultarlo, con mi padre no funcionaría. Suspira profundamente y me preparo para el sermón que viene a continuación, pero su respuesta no es la que esperaba.

—Me gusta. Oliva, cariño, sabes lo que me cuesta hablar de chicos contigo, pero tenía que decírtelo. Para muchas cosas soy un padre moderno, ya lo sabes, pero

para esto me considero algo tradicional. Creo que Mario es bueno para ti.

—Papá, yo... me alegro que te guste, pero...

—¿Me vas a decir que solo sois amigos?—alza las cejas incrédulo.

—Sí, tuvimos algo, pero así estamos bien créeme, de hecho hoy los dos vamos con pareja a la fiesta.

Me mira como si me hubiese vuelto completamente loca y chasquea la lengua con fuerza.

—¿Con quién coño vas a la fiesta?—mueve las manos en el aire y se frota los ojos con nerviosismo—. No me lo digas, prefiero no saberlo. Mira cielo, no sé a qué estáis jugando vosotros dos, pero ahí hay algo importante, solo...

La puerta se abre y la cabeza de Natalia, mi salvadora oficial de esta noche, se asoma.

—Chicos, vengo a por las uvas, es la hora.

Cojo las copas y escapo lo más rápido que puedo, es obvio que conociendo a mi padre la conversación no ha acabado, pero ahora no es el momento. Vuelvo a mi asiento y Mario me coge de la mano y acaricia mis nudillos suavemente, lo que me provoca un cosquilleo delicioso en el estómago y a los mellizos un ataque de risa.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Tranquilo estoy bien.

Aprieto su mano para que se tranquilice y nos preparamos para las campanadas. Mario no me suelta la mano en ningún momento, hasta que me atraganto con la cuarta uva, lo que ya es una tradición establecida en mi casa que hace que todos estallen en carcajadas y que únicamente mi madre acabe con las doce a tiempo.

—¡¡¡Feliz año!!!

Todos nos abrazamos y nos damos besos. Ricardo tumba a mi madre y le da un morreo que la deja fuera de combate, lo que anima a mi padre que hace lo propio con Natalia y lleva a mis hermanos a empezar el año muertos de vergüenza.

Mario me envuelve con sus brazos y sonrío contra mi pelo.

—Feliz año preciosa.

—Feliz año vaquero.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti por estar aquí.

Después de brindar con mi familia Mario y yo nos encerramos cada uno en una habitación a ponernos los disfraces. Me hubiera encantado maquillarlo, pero como tenemos el tiempo justo lo he dejado bajo el cuidado de Natalia y mi madre, a las que les ha maravillado la idea.

Candela y yo nos encerramos en su cuarto, ella y Marcos van a ir a uno de esos cotillones a los que tienes que ir de etiqueta, van a estar guapos a morir. Como quería sorprender a Mario, he elegido un disfraz de vaquera que consiste en una falda de ante marrón que no deja mucho a la imaginación y una camisa de cuadros rojos y azules atada a la cintura que deja el ombligo al aire. El sombrero, las pistoleras y las botas de cowboy con flecos marrones completan el atuendo. Además Candela me ha hecho dos trenzas y me ha maquillado un poco. Cuando termina me miro al espejo entre satisfecha y horrorizada.

—Oli, estás muy sexi, así no se te puede resistir.

—Parezco una furcia.

Me doy la vuelta y me agacho comprobando si se me ve el culo o no y la falda queda al límite.

—No digas chorradas, se va a caer de culo al verte.

Y yo deseo que sea verdad.

Vuelvo al salón y me encuentro a todos entre risas haciéndose fotos con un *Jack Sparrow* bastante logrado, de hecho la que casi me caigo de culo soy yo. Madre mía, está guapísimo. La obsesión enfermiza que tuve de pequeña con los piratas vuelve a recobrar fuerza de manera automática. Aprovecho para observarlo. Él está pendiente de mi hermano Juan, que lo ha retado con una espada imaginaria y luchan por la princesa Julia, que salta emocionada subida al sofá. Me acerco andando despacio, Mario aún no me ha visto, así que me dirijo a él traviesa.

—¿Qué te parece, vaquero?—se gira y me mira de arriba a abajo boquiabierto y yo lo saludo quitándome el sombrero con gracia y haciendo una reverencia.

—¡Qué guapa, Oli!—Julia se tira a mi cuello.

—¿Esa falda no es muy corta?—saco la lengua a mi padre, que niega con la cabeza resignado.

—Estás increíble, venid que os hago una foto.

—Gracias, Natalia.

Ella me planta al lado de Mario que sigue ensimismado y se coloca delante cámara en mano. Por fin parece reaccionar y me agarra por la cintura acercándose a él.

—Nena, no tengo palabras, estás impresionante.

—Todo es poco para mi vaquero, ¿te he sorprendido?

—Siempre consigues sorprenderme.

Nos hacemos un montón de fotos más y despidiéndonos de todos nos vamos a la fiesta.

Loco por ti.

El transcurso del viaje lo pasamos entre risas y confidencias, pero a pesar de ello comienzo a notar una tirantez en las tripas, un presentimiento de que esto no va a salir bien y de que ha sido una idea pésima invitar a Alberto a la fiesta.

Mario me cuenta que mi familia lo ha impresionado y le confieso que él a ellos también. Alaba continuamente mi disfraz, aunque duda que sea legal salir de casa tan desnuda y se pasa todo el camino tirando del bajo de mi falda ante la insistencia del taxista de mirarme por el retrovisor sin disimulo alguno.

En cuanto bajamos esa sensación empieza a hacerse real; el ambiente cambia entre nosotros, desaparece la complicidad y empieza a instaurarse una sensación de incomodidad a la que no estoy acostumbrada con Mario. Me cabreo porque estoy confusa, porque no quiero compartirlo con nadie y porque a pesar de todas mis dudas y de que hay alguien esperando por él esta noche, cada vez que lo miro me entran unas ganas locas de besarlo hasta quedarme sin aliento.

Él camina un par de pasos por delante de mí en silencio, como si estuviese ausente. Lo siento lejos, distante y no me gusta.

Sonia nos abre la puerta vestida de Cleopatra y Raúl se acerca enseguida para felicitarnos el año, disfrazado de Julio Cesar. Mario y él se saludan con un abrazo de esos de tíos, con palmaditas en la espalda y Sonia y yo compartimos impresiones de los disfraces.

De repente veo acercarse insinuante a una *Catwoman* que se come con los ojos a mi pirata y cuando capto el reconocimiento en los ojos de Mario se me cae el mundo a los pies. Es guapísima, con unos enormes ojos azules enmarcados por unas pestañas kilométricas, que aunque con toda seguridad sean postizas, parecen tan naturales que le quedan de muerte. A pesar de la máscara, es evidente que es un pibón y el traje de cuero ajustado marca sus curvas de una forma espectacular. La odio en el acto. Sé que ella no tiene culpa de nada, pero es instintivo. La odio porque ha compartido algo con Mario que encima desconozco, porque es muy guapa y porque no es posible que le queden tan bien los pantalones de cuero. Creo que en mi lista de cosas que borraría de la faz de la Tierra estos últimos han escalado un puesto.

—Hola, preciosa.

Me quedo helada en el sitio. Oír esa palabra que siempre es para mí dedicada a otra me asquea y me duele tanto que tengo que cerrar los ojos unos segundos para evitar ponerme a llorar o abrirle la cabeza con el paraguero de la entrada.

Ella lo abraza con confianza y le da un beso en la mejilla. No oigo lo que dicen, pero a Mario se le ve encantado y a mí me entran unas ganas locas de marcharme a casa, meterme en la cama y no levantarme hasta mayo. Sonia intuye enseguida lo que pasa por mi cabeza, así que me agarra por la muñeca y tira de mí hacia la cocina.

—Necesitas una copa.

Un minuto después mi amiga me planta un ron con naranja delante de las narices, que yo acepto encantada.

—¿Tú la has visto, Sonia? Joder, ¿cómo voy a competir contra eso?

Me coge de la mano muy seria y me sienta en una banqueta.

—Punto número uno—me planta un dedo tan cerca de los ojos que me cuesta enfocar la vista—, ¡no digas chorradas! Eres igual o más atractiva que ella, la diferencia es que ella sabe que lo es y lo aprovecha y tú la mitad de las veces no ves lo que los demás ven en ti. Punto número dos, ahora mismo vas a salir ahí y vas a ser la amiga divertida e interesante que todos conocemos y la vas a eclipsar. Y punto número tres, en cuanto llegue Alberto vas a hacerle saber a ese imbécil que contigo no se juega, estoy harta de tanta tontería, parece que seguís en primaria ¡por el amor de Dios!

Asiento como una niña obediente al espíritu de Cleopatra que ha ocupado el cuerpo de mi amiga y me siento tan llena de energía, que estoy a punto de subirme a la mesa y lanzar un grito de guerra, pero me conformo con darle un abrazo y un besazo sonoro y salgo de la cocina con una seguridad en mí misma que ya quisiera la mismísima faraona egipcia.

Me acerco a ellos y le rozo el brazo a Mario con complicidad.

—Ey, Mario, cielo, ¿no nos vas a presentar?

Tanto Raúl como él me miran sorprendidos, como si no esperasen mi comportamiento y empiezo a pensar, cada vez más convencida de ello, que todo esto no es más que un juego en el que me he visto envuelta sin saberlo. Aun así vuelvo a sentir miedo, porque es posible que él también sienta algo por mí y quiera darme celos, pero ¿y si me equivoco? ¿Y si me estoy haciendo ilusiones y acabo estropeando lo que tenemos? Estoy tan acostumbrada a hacer estupideces que me da pánico hacer una en relación a esto, porque Mario no es cualquiera, él me importa demasiado.

De reojo veo a Sonia que me sonríe con orgullo por la manera en que he afrontado la incómoda situación y solo con ese gesto por su parte me relajo y siento de nuevo que tengo el control, al menos en parte.

—Sí... claro, ella es Carolina, trabajamos juntos hace unos años y ella es Oliva, mi mejor amiga.

Trago el nudo que tengo en la garganta y utilizo mi sonrisa de trabajo para saludarla, que obviamente no podría ser más falsa, pero que la tengo tan ensayada que nadie, excepto Sonia, lo nota.

—Bueno Mario, hicimos algo más que trabajar, ¿o lo has olvidado?

La mato. Juro que la mato. Y por la cara de Mario creo que él también está pensando lo mismo.

Carolina se ríe coqueta sin apartar los ojos de los suyos, pero él no parece muy dispuesto a seguirle el tonto, se muestra incómodo y por un momento me alegro, porque él se lo ha buscado. Finjo toda la indiferencia que soy capaz antes de contestar, porque no quiero ponerme en evidencia y que salga a la luz mi lado macarra, que lo tengo y a mucha honra. Cuento hasta diez respirando profundamente y cuando me relajo lo suficiente entro al trapo, si quiere marcar territorio que lo haga, pero a mí no me pisa nadie.

—Sí, sé a lo que te refieres, ¿verdad Mario?

Le lanzo una mirada cómplice a un Mario boquiabierto y me aplaudo a mí misma interiormente. A Carolina le cambia la expresión y lo mira con el ceño fruncido. La verdad es que la tensión se puede cortar con un cuchillo, así que no puedo alegrarme más cuando veo que llega mi salvador. Alberto se acerca sonriente hacia nosotros vestido de Danny Zuko, el protagonista de la película *Grease*, está increíble. Se acerca andando como si viniera peinándose el tupé y yo me parto de risa. Cuando se encuentra a un metro de nosotros se deja caer de rodillas frente a mí, igual que en el baile del final de la película y le planto la bota en el pecho con gracia. Sonia y Raúl y otros más que nos miran se rien divertidos, porque Alberto será muchas cosas malas, pero a payaso no le gana nadie, por eso nos divertíamos tanto juntos.

—Anda levántate, tarado.

Obedece y me da un abrazo sincero.

—Madre mía, Oli estás para comerte enterita.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

—¿Estás coqueteando conmigo? Sabes que soy presa fácil.

Nos reímos y me acerca a él para susurrarme algo al oído y que no nos oiga nadie.

—Disimula, que parezca que te estoy diciendo alguna guarrada—le doy un manotazo y me río coqueta—, así buena chica. Ya he localizado a Mario, es el único que me mira con cara de psicópata, aunque hay otro par que lo hacen con admiración, estás que rompes—pongo los ojos en blanco, Alberto y sus expresiones ochenteras—. Ese tío está colado por ti, confía en mí y confía en ti misma, creo que no eres consciente de lo especial que eres y en parte es culpa mía.

Giro la cara y me encuentro con sus ojos negros, tan bonitos, que tantas veces estudié. Nos sonreímos con dulzura y por primera vez solo veo eso en él, cariño, complicidad y lo abrazo agradecida.

—Gracias.

—De nada, gracias a ti por querer ser mi amiga después de todo. No me merezco ni que me dirijas la palabra.

Nos acercamos de la mano a los demás. Alberto saluda a Sonia y esta le presenta a Raúl. Después vuelve a cogerme de la mano y le presento a Carolina, que le devuelve el saludo con una efusividad que me sorprende y parece que a Mario también. Lagartona.

—Alberto, este es Mario, mi mejor amigo.

—Encantado, he oído hablar mucho de ti—Alberto se muestra amigable, como si fuera lo más normal del mundo que yo hablara con él de Mario.

—Lo siento, pero no puedo decir lo mismo.

Miro a Mario boquiabierto y la mirada de odio que le dedica a Alberto consigue que me hierva la sangre, pero ¿¿este tío de qué va?? Se está comportando como un auténtico capullo, cuando yo podía haber hecho lo mismo y he sido capaz de contenerme y todo el mundo sabe lo que supone eso para mí.

—Sí, hombre—Alberto le da una palmada en el brazo y por un momento parece que el otro le fuera a dar un puñetazo—, soy el ex, el cabrón infiel, seguro que has oído hablar de mí.

Joder. No sé quién está más tarado de los dos. Si yo por meterme en estas situaciones o él por aceptar participar y estar a punto de que le rompan los dientes.

—¿El del gimnasio? ¿Alberto su ex-novio?—la cara de Mario es un poema. Me mira como si estuviera loca, cosa que es cierta por otra parte, a estas alturas ya no tengo que disimular—. No te voy a decir que no me sorprenda verte.

Alberto me guiña un ojo y le contesta sin soltarme la mano en ningún momento.

—Oli y yo hemos decidido retomar nuestra amistad, o lo que surja.

Me sale una risita nerviosa bastante lamentable, porque no se me ocurre qué otra cosa puedo hacer. También pasa por mi cabeza el darle una patada en las pelotas a Alberto por ese último comentario, pero me quedo tan bloqueada que solo me salen ruiditos agudos, más parecidos a los de una rata que a una risa de persona normal. Mario asiente con la cabeza y se marcha a por una copa sin decir nada más, aunque por la expresión de su cara es fácil imaginar que lleva un cabreo considerable.

—¿Por qué coño has dicho eso?

—Tranquila Oli, sé lo que me hago. Vamos, quiero una copa.

Las horas transcurren entre risas, bailes y alcohol en cantidades alarmantes.

Mario se muestra indiferente conmigo; Carolina no se separa de él y aprovecha cualquier excusa para tocarlo, él no da el primer paso, pero tampoco se resiste a su contacto, más bien se deja hacer. Yo disfruto con Sonia, Raúl y Alberto, que se está comportando como un buen amigo, ha estado pendiente de mí en todo momento, pero no me encuentro bien. En realidad es mentira, no disfruto en absoluto. Debería estar bailando y saltando en los brazos de Mario, riéndonos y aprovechando todo el tiempo posible para estar juntos y en vez de eso estamos cada uno en un lado opuesto del salón. Estoy cabreada y celosa, pero por encima de todo me siento triste y cansada de toda esta situación a la que no entiendo cómo hemos llegado y a la que no le encuentro ningún sentido.

Todos hemos bebido bastante. Sonia, con la peluca torcida, baila colgada del cuello de Raúl que la mira embelesado. Sonríe al verlos, llevan saliendo poco tiempo, de hecho justo el tiempo que hace que conozco a Mario, pero no hay duda de que están locos el uno por el otro y me siento muy feliz por mi amiga.

Sigo observando a todos los que me rodean, parecen felices y se divierten, hasta que me encuentro con Mario. Y entonces me quiero morir.

Está apoyado en la pared con una copa de la mano, ha bebido sin parar y puedo notar desde aquí que está borracho. Carolina se acerca sensualmente y le acaricia el pecho, los ojos de Mario están fijos en sus labios, no quiero verlo, pero estoy paralizada y no puedo dejar de mirar. Ella posa su boca en la de él y un suave gemido sale de mis labios. Giro la cara, porque ya he visto suficiente y no soy tan masoquista como para seguir torturándome con la imagen de Mario con otra. O quizá sí, pero hoy ya he tenido bastante.

Se acabó. Noto de nuevo ese dolor seco en el pecho, como si se me hubiera parado un instante el corazón y siento una irrefrenable necesidad de salir de aquí.

Alberto está entregado a un juego de beber chupitos con unos amigos de Raúl, entre los que se encuentra Pablo, el rollito de Maite, con el que parece que ha hecho buenas migas.

—Venga Oli, animate, déjalos a todos con la boca abierta.

—No me apetece, voy a tomar un poco el aire.

Me mira preocupado y se levanta.

—¿Estás bien? Te acompaño.

No me opongo, porque la verdad es que no quiero estar sola, así que Alberto coge nuestros abrigos y nos sentamos en las escaleras de la entrada de la casa.

Hace frío, pero no me importa. Aquí al menos no experimento constantemente la sensación de que me falta el aire. Me siento un escalón más abajo quedando entre sus piernas y él pasa un brazo alrededor de mi cuello, abrazándome. Su calor y su tacto me reconfortan. Espera en silencio, supongo que porque no está acostumbrado a estas situaciones, seguramente le viene grande, pero yo agradezco que no diga nada y que simplemente esté conmigo.

—No puedo con esto. Es demasiado.

Empiezan a caerme las lágrimas que he estado conteniendo y me las seco con la manga del abrigo.

—No llores, sé que no soy el más indicado para decir esto, pero ningún hombre se merece hacerte llorar.

Alberto me acaricia suavemente el pelo y yo me dejo caer sobre él.

—No sé cómo hemos llegado a esto, pero no estoy hecha para estos juegos. Me rindo. Volveré al papel de amiga y me olvidaré de lo que siento. Funcionaba bien, no sé por qué se me ha pasado por la cabeza que deberíamos cambiarlo.

Él suspira y su aliento en mi cuello me hace cosquillas.

—Oli, no creo que sea la solución. A ese tío le gustas y me atrevería a decir que mucho, pero no entiendo muy bien qué es lo que estáis haciendo.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué no se lo preguntas y sales de dudas de una vez?

—Acabo de ver como se besaba con ella.

—Ah.

—Sí.

—Entonces es que es igual de gilipollas que yo.

Me río y doy un trago a la copa que me ofrece.

—Menudo ojo que tengo, ¿eh?

—No sé Oli, de todos modos creo que deberías hablar con él.

—¿Sabes? Eres mucho mejor amigo que novio. Como novio fuiste pésimo, pero como amigo puede que cumplas las expectativas. Por lo menos lo estás intentando.

Me abraza más fuerte y noto su sonrisa contra mi hombro. Es muy agradable, porque me siento cómoda entre sus brazos y de un modo que cuando estuvimos juntos nunca sentí. Me siento escuchada, comprendida, ¿querida? Sensaciones que nunca asocié con Alberto.

—Oli, yo te quise.

—Eso es mentira.

—Te quise mal, pero te quise. Has sido la única chica a la que he querido como algo más que un buen polvo. Necesitaba decírtelo.

—Yo también te quise, pero no estaba enamorada de ti. Conocer a Mario acabó con cualquier atisbo de duda que pudiera tener al respecto.

—Lo sé. En cuanto te vi en el supermercado supe que ya eras inalcanzable y solo con ver tus ojos cuando lo miras... A mí nunca me miraste de ese modo.

—A ti solo quería arrancarte la ropa.

Suelta una carcajada y asiente.

—Sí, eso lo recuerdo bien, éramos brutales. En ese sentido siempre nos entendimos.

—Sí, ¿te acuerdas del fin de semana en la playa? Nunca lo había hecho en el mar y a ti te emocionaba la idea de que lo probara contigo.

—Mmmm.

—¿Y qué me dices de nuestra primera vez? Sobre aquel coche, estábamos locos. ¿Sabes que es ver un Audi A3 y ponerme cachonda?

—Mmmm.

Pongo los ojos en blanco y me incorporo al notar un bulto sospechoso presionando mi espalda.

—Se te ha puesto dura, eres un cerdo.

—Joder lo siento, me han venido imágenes de lo más explícitas. Lo de ese coche fue único. Dame un minuto, voy a por otra copa.

Se levanta y yo me quedo sentada con los brazos sobre los muslos intentando calentarme un poco.

Me vienen a la cabeza recuerdos de los momentos compartidos, las miradas cruzadas en el gimnasio, las noches de karaoke en las que nos retábamos a ver quién hacía más el ridículo, salir a correr juntos por el parque después de una noche de pasión, colarme con él en la ducha y acabar follando en el suelo del baño entre risas, robar condones y salir corriendo como adolescentes con el de seguridad detrás, pero también las mentiras, las peleas, sus negativas a darme explicaciones cuando me ocultaba donde había pasado la noche, sus gemidos mientras se follaba a otra.

Vuelvo a notar su presencia detrás y se sienta de nuevo agarrándome de los hombros e invitándome a dejarme caer sobre su pecho. La diferencia es que no es él. Reconocería ese olor en cualquier sitio.

Cierro los ojos y me concentro para no empezar a llorar de nuevo.

—Ey, preciosa, te he estado buscando.

En cuanto oigo ese apelativo me incorporo separándome de Mario y marcando distancia entre nosotros.

—No vuelvas a llamarme así en tu vida. No me trates como a cualquier otra.

Suspira avergonzado, porque ha entendido perfectamente el porqué de mi reproche. Está borracho, huele a ginebra y ha arrastrado un poco las palabras al hablar.

—Perdóname, Oli yo... no sé qué estamos haciendo.

—Yo estaba charlando tranquilamente con un amigo, porque antes de que digas nada, sí, Alberto y yo somos amigos de nuevo, lo he perdonado. Y tú estabas ahí dentro besando a la *Catwoman* esa de pacotilla. Te ha quedado claro, ¿o te hago un dibujo?

Chasquea la lengua y se mueve nervioso aún sentado detrás de mí.

—¿Follas con él?

Me levanto de un salto y me encaro con Mario. En cuanto me ve la cara su expresión se vuelve más dulce y yo maldigo en mi interior, se acaba de enterar que he estado llorando y me cabrea, porque es obvio que es por él y no me gusta mostrarme tan vulnerable.

—¿¿¿Y a ti qué más te da??? ¿No se supone que solo somos amigos?—estoy gritando, pero ya me da igual, ha despertado a la bestia y cuando entro en este estado ya no hay quien me pare—. Tú eres el que te follaste a la camarera esa hace unas semanas y el que estaba ahí dentro con una lengua metida en la boca y ¿¿tienes los santos cojones de preguntarme si me acuesto con él?—Mario también se ha levantado y anda de un lado a otro por el porche de la casa—. Pues mira no, pero quizá lo haga.

Para chula yo, no te jode. No le ha gustado ni un poco mi respuesta, pero me da igual, no está siendo justo.

Bajo las escaleras y él me sigue. La casa tiene un pequeño jardín a la izquierda que nos da un poco más de intimidad y evita que nos puedan ver por la ventana, aunque realmente me da exactamente igual si me ven o no, pero ya se han asomado un par de curiosos y no quiero montar un espectáculo y estropear la fiesta a mis amigos. Mario sigue observándome con la mandíbula tensa y los brazos en jarras y me dan ganas de darle un puñetazo, porque hasta tan cabreada con él como estoy, no puedo evitar pensar en lo guapo que es y en lo bien que le queda el disfraz. Y en que lo quiero.

—¿Por qué lo hiciste? Vienes a pasar dos días conmigo y quedas con otra. Yo contaba los minutos para verte, ¿sabes? Te he incluido de una forma en mi vida que me asusta, pero no puedo evitarlo. Conoces a mis amigos, te he presentado a mi familia y tú pasas la noche con otra. Sé que no puedo pedirte nada, porque no soy tu novia ni nada por el estilo, pero te quería para mí estos días, creo que me lo merecía. Soy patética—gesticulo con los brazos como una loca y él sigue imperturbable—, pero ya me da igual todo, estoy harta. Harta de fingir que no me importa, harta de seguir un juego para el que no sirvo y al que me he visto obligada a participar.

—Se supone que solo somos amigos porque tú quisiste, al igual que fuiste tú la que me propuso venir con alguien, si no recuerdo mal.

La rabia que veo en sus ojos me intimida, pero no puedo venirme abajo ahora, necesito aclarar las cosas o me volveré loca.

—Vale, fue una estupidez, lo asumo, pero no esperaba que lo hicieras. Estaba confundida y me sentía vulnerable, acabábamos de cruzar el límite y tenía miedo, ¿vale? Sigues sin contestarme, ¿por qué lo hiciste?

—Quería ponerte a prueba.

Lo miro boquiabierto y me río desconcertada.

—Qué soy, ¿una especie de experimento, o algo así? ¿De qué coño vas?

Mario chasquea la lengua y se quita la peluca con rabia y la tira al suelo; se ha estado conteniendo hasta este momento, pero está a punto de explotar y a este Mario no lo conozco, no sé a qué atenerme.

—Oli, siento lo de Carolina, de verdad, sé que no tenía que haberla invitado, pero...—sopesa lo que decir y entonces estalla—es que... sinceramente no sé a qué estamos jugando. Llevamos meses así, me estás volviendo loco, eres totalmente impredecible. Dices que no quieres nada conmigo, pero luego te encanta que me comporte contigo como si fuese tu novio y que te diga cosas bonitas, después tenemos sexo telefónico y al minuto siguiente me pides que lleve a otra chica a tu casa, como si no hubiera significado nada para ti, decido quedar con alguien y te pones celosa—voy a replicar, pero me señala con furia y sigue—, no lo niegues y ni siquiera sé por qué, si porque sientes algo por mí o porque simplemente te gusta ser el centro de atención. Fuiste tú la que marcó los límites de esto—nos señala a los dos—, no lo olvides y me haces sentir como si te hubiese traicionado. Me acosté con aquella camarera, es cierto, pero tú me dejaste bien claro que continuara con mi vida y eso fue lo que hice, o al menos lo intenté, porque incluso estando con ella no te sacaba de la puta cabeza. No sé qué quieres de mí—levanta los brazos y los deja caer contra los costados con fuerza—y siento que haga lo que haga o diga lo que diga voy a acabar estropeando lo que tenemos, sea lo que sea, porque ni sería capaz de definirlo en estos momentos.

—Somos amigos Mario...—ni siquiera me deja terminar la frase, se ríe, pero con un deje de amargura en la voz.

—Por supuesto que somos amigos, pero también somos algo más que eso, lo quieras o no.

Nos retamos unos segundos con los ojos, hasta que yo bajo la vista a mis pies y confieso, porque ya no importa, ha llegado el momento de poner nombre a lo que sea que esté pasando entre nosotros.

—Solo invité a Alberto cuando supe que habías quedado con Carolina. Él ha estado fingiendo, se lo pedí y aceptó. Necesitaba decírtelo.

—Yo la invité para ver si reaccionabas de una puta vez, sé que actúe mal, pero no entiendo cómo lo haces que contigo me comporto como un jodido adolescente. Me cabreó mucho que te comportaras así después de lo que hicimos por teléfono, esperaba otra respuesta por tu parte y decidí devolvértela. Lo que te digo, me haces parecer un crío y no me gusta.

—Ya, a mí tampoco me gusta especialmente la parte de Oliva que despiertas. Pero aún no sé por qué la has besado ahí dentro.

—Ella me ha besado y yo la he rechazado. De hecho está bastante cabreada, parece ser que esperaba algo de esta noche y no la culpo, pero la he dejado en manos de Alberto y parece que se ha quedado encantada con el cambio.

Sonríe al pensar en Alberto, con la labia que tiene seguro que ya están enredados en algún rincón.

—Ya habrá caído en sus redes, te lo aseguro.

—Le debo una disculpa, fue un cabrón contigo, pero reconozco que hoy se ha portado bien. Incluso me ha amenazado antes de salir a buscarte—Mario hace una mueca y me mira divertido—. Me ha dicho que si te hago sufrir me retará a un duelo a muerte, que con un gilipollas en tu vida ya tuviste bastante. Es un payaso.

Suelto una carcajada y él me sonrío de medio lado. Se ha ido acercando a mí y me mira con sus ojos brillantes que ahora transmiten tanta dulzura que siento un burbujeo delicioso por dentro.

—Me encanta oírte reír. Aunque el que te haga reír sea otro.

—Mario, ¿qué significa esto?

—La pregunta es qué quieres tú Oli, yo... creo que ya lo he dejado bastante claro. A estas alturas podrías hacer conmigo lo que quisieras.

Y se me ocurren tantas cosas...

—Quiero decir, que yo... estoy confusa. Ya no puedo negar que siento algo por ti, pero...

Mario pone los dedos sobre mi boca haciéndome callar y se acerca hasta que nuestras narices se rozan.

—Nena, significa que estoy loco por ti.

Sus labios ocupan el sitio de sus dedos y mi mundo se detiene. Aquí está.

Por fin es ese beso de película que he estado esperando toda la vida, ese que te confirma que ahora sí lo has encontrado.

Mi madre tenía razón. Cuando es amor, sin duda lo sabes.

Mario me besa como si fuera el primer beso que nos diéramos. Con deseo, ternura, desesperación. Es un beso familiar, pero diferente a los que nos hemos dado otras veces, porque en él caben muchas cosas que antes no existían o que desconocíamos. Disfruto del calor que van dejando sus manos en su recorrido por mi cuerpo, de su sabor, del placer de sentir su lengua recorriendo mi boca. No quiero que acabe nunca, quiero seguir besándolo hasta que me muera. Y pienso que, no solo es como si nos besáramos por primera vez, si no que más bien es como si fuera el primer beso de verdad que me hubieran dado en la vida.

Rodeo su cuello con los brazos y fundiendo mis dedos con su pelo me dejo llevar. Sus manos me agarran por debajo de la falda y cuando llegan al borde de mis braguitas me río en el interior de su boca. Mario se ríe también y me besa los párpados, la nariz, la barbilla. Recorre mi rostro y mi cuello con dulces besos hasta que acaba de nuevo en mis labios y me aprieta a su cuerpo con fuerza.

Ahora mismo lo único que deseo es que esté dentro de mí, lo demás ya no importa.

Lo necesito tanto que me da miedo, pero ya no hay vuelta atrás. Estoy tan enamorada de Mario que sé que daría lo que fuera con tal de que siga siendo parte de mi vida, que aceptaría lo que él quisiera ofrecerme y haría cualquier cosa que me pidiera.

Ojalá no terminara.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Nos podíamos haber ahorrado todo esto.

—Necesitaba que tú dieras el paso, Oli. Desde el principio he sido el que ha tirado de lo nuestro, piénsalo. Siempre creí que tú también sentías algo más, pero eres la persona más tozuda que he conocido en mi vida y tenía miedo de que si te decía que te deseaba tú echarías a correr.

Estoy tumbada sobre el pecho de Mario. Estamos desnudos con las piernas enredadas y él me acaricia el pelo con una mano y con la otra dibuja círculos en mi muslo. No se me ocurre un modo más perfecto de empezar el año.

Tiene razón, en todo. Él fue el que me invitó a cenar, él respetó mi decisión de no ser más que amigos, él llamó primero, si no yo nunca lo hubiera hecho. Fui yo la que me negué desde el principio a intentar algo más y a abrir los ojos y aceptar que entre nosotros había algo diferente. Y seguramente habría echado a correr si no hubiese transcurrido el tiempo suficiente para darme cuenta por mí misma de mis sentimientos por Mario.

Ahora entiendo muchas cosas. El miedo de Raúl a que lo nuestro salga mal y les salpique a ellos de alguna forma, las sospechas de Sonia sobre que había algo más que nos estaban ocultando, los intentos de Mario de darme celos o provocarme en nuestras largas conversaciones telefónicas, algunos comentarios suyos que no comprendía, sus intentos de presionarme cuando mostraba dudas, o dejaba ver de algún modo que había algo más que me empeñaba en ignorar.

Hemos pasado lo que quedaba de noche sin dormir, básicamente besándonos, tocándonos y haciendo el amor, aunque también hemos hablado muy mucho de todo lo que ha pasado desde que nos conocimos.

—Me obcequé, me gustabas y me dio miedo. Pensé que sería más fácil no volver a verte, pero tú no me ayudaste mucho, fuiste muy insistente.

—Cuando quiero algo no lo dejo escapar así como así.

Me estremezco y le beso el pecho con ternura. Nos hemos sincerado, hemos recordado conversaciones, detalles que dejaban entrever que entre nosotros se estaba haciendo algo importante, pero en mi caso tampoco del todo. Le he dicho que me gusta muchísimo, pero aún no estoy preparada para confesarle que mis sentimientos van más allá y en su caso intuyo que más o menos igual. Mario dice que está loco por mí, pero tampoco se ha abierto conmigo mucho más. Es como si tuviéramos miedo de asustar al otro con palabras que aún no estamos listos para pronunciar u oír, de forzar las cosas o de estropear lo que estamos viviendo hoy.

—Si hubieras llegado a acostarte con ella te hubiese sacado los ojos.

La carcajada de Mario me mueve sobre su pecho. Solo de pensar que esa arpia lo haya besado esta misma noche me hace apretar los puños y me hierve la sangre, aunque no la culpo, y en su caso me hubiera lanzado a su boca mucho antes.

Aunque al final Carolina ha tenido su premio, ya que antes de irnos fui a despedirme de Alberto y me contó, muy satisfecho consigo mismo, que habían echado un polvo en una habitación del piso de arriba.

—Estuve a punto de partírle la cara a Alberto en un par de ocasiones, no paraba de sobarte, aunque intento entender que ahora queráis ser amigos no deja de ser un tío y ha aprovechado la ocasión. Además, te ha visto desnuda y es lo que ve cuando te mira.

Le doy un manotazo y pongo los ojos en blanco; me encanta comprobar que está celoso, pero de repente me doy cuenta de lo que supone lo que ha dicho y le doy un puñetazo mucho más fuerte. Él se queja y me agarra la mano sorprendido por mi cambio de humor.

—¿¿Eso quiere decir que tú te imaginabas a Carolina desnuda todo el tiempo?? Porque no intentes engañarme, ya dejó ella muy claro que os habíais acostado.

—Vale, retiro lo dicho.

—Buen chico.

Llamo a mi padre, no me siento bien por lo que voy a hacer, pero necesito pasar el día con Mario. Un día entero los dos solos, sin nada que hacer, solo estar juntos y disfrutar todo lo que esté en mi mano de esto que todavía no me creo que haya empezado.

—Papá, buenos días.

—¡Buenos días, Oli! ¿Qué tal la fiesta?

—Bien papá.

—¿Va todo bien, cielo?

—Sí, demasiado bien de hecho.

Mi padre se ríe, lo ha entendido todo perfectamente sin necesidad de explicarle nada. La verdad es que si hiciese caso más a menudo de las cosas que me dice sin duda me iría mejor, pero ya se sabe...

—Me alegro pequeña, entonces qué, ¿estáis juntos?

—Supongo que sí, hemos hablado mucho y bueno...

—Aprovecha el tiempo Oliva, hablamos mañana, ¿te parece?

—¿De verdad que no te importa que no vayamos a comer? Me siento fatal, pero...

—No seas tonta, necesitáis intimidad, pero llama a tu madre o me volverá loco.

Me río porque sé que es verdad, mi padre la adora pero puede ser inaguantable si le ocultamos algo.

—Gracias papá, te quiero mucho.

—Yo también te quiero.

Pedimos comida china y después de darnos una ducha nos sentamos en el suelo apoyando la espalda en el sofá y comemos directamente de la caja. Mario se ha puesto su pijama nuevo de *Superman*, regalo de Papá Noel. Está muy gracioso con él, parece un niño pequeño gigante y cuando ha salido de mi cuarto con él puesto por poco me muero de risa. Yo le he dado el gusto y me he puesto un camisón negro de seda con ribetes rojos y un lacito en cada tirante. Es tan corto que es imposible sentarse con él sin que se me vea el culo, lo que a Mario le parece perfecto.

—¿Qué te parece el menú de año nuevo?

—Los tallarines están de muerte.

Mario sigue comiendo con los palillos, pero su mirada está concentrada en mi pecho.

—¿Quieres dejar de mirarme las tetas?

—¿Por qué? Me encantan. Con ese camisón ¿qué esperas? Qué pasa, ¿te pongo nerviosa?

Sus labios se convierten rápidamente en esa sonrisa de macarra que me vuelve loca y deja la caja de comida en la mesa. Trago saliva y sigo comiendo y mirando la tele como si no me hubiese dado cuenta de sus intenciones, aunque la realidad sea que ya he empezado a notar un hormigueo entre las piernas. Me retira el pelo de los hombros y desliza un tirante hacia abajo lo que hace que se me acelere la respiración y se me seque la boca. Me besa el hombro y lame mi clavícula lentamente a la vez que roza mi pezón con los dedos por encima del camisón y mi sexo responde al instante humedeciéndose. Mario me quita la comida de las manos y me baja la tela dejando un pecho al descubierto, yo me dejo hacer como si fuera una muñeca, entre otras cosas porque ya soy incapaz de razonar. Acerca su boca a él y sopla con delicadeza consiguiendo que jadee.

—Nena, no te imaginas lo que te deseo.

Posa sus labios en mi pecho y lo lame, lo succiona, lo muerde, yo hundo mis dedos en su pelo y disfruto del placer que me provoca. Acaricia mis piernas con una mano y va subiéndola hasta que llega a mi vértice y yo las separo deseosa de recibir su tacto. Mario pellizca mi sexo y yo gimo. Introduce dos dedos por debajo de mi ropa interior y me acaricia suavemente, sin prisas, con una lentitud que me resulta tremendamente excitante. Yo le levanto la cabeza tirando de su pelo hasta que su boca queda a la altura de la mía y lo beso profundamente. Cuando nuestras bocas se juntan pierdo el control y lo devoro con ansia, con una necesidad apabullante, estoy tan excitada que le muerdo el labio fuertemente y Mario con un gruñido ronco introduce un dedo dentro de mí. Jadeo en su boca y continúa metiendo y sacando el dedo en mi sexo mientras que con otro me presiona el clítoris con destreza.

—Oliva, cariño—me habla con la respiración entrecortada, con nuestros labios rozándose, lo que hace que su aliento se mezcle con el mío—, ahora vas a correrme y después voy a follarte desde atrás muy fuerte, ¿vale?

Sus palabras me llevan al límite y en cuanto atrapa de nuevo mi pezón entre sus dientes exploto en un orgasmo brutal gritando su nombre.

Sin perder tiempo Mario va a por un preservativo a mi habitación arrancándose la ropa por el camino. Cuando vuelve está desnudo y solo de verlo en todo su esplendor hace que esté de nuevo excitada. Me quito el tanga de un tirón y obediente me coloco de espaldas con las manos apoyadas en el sofá. Mario apoya las rodillas en el suelo detrás de mí y me sube las caderas quedándome casi tumbada y totalmente expuesta a él. Me acaricia las nalgas suavemente y deja un reguero de besos húmedos por mi espalda. Aún llevo el camisón, pero lo va subiendo a su paso hasta que me incorporo, subo los brazos y me ayuda a quitármelo.

—Desnuda mucho mejor...

Mario se aprieta contra mí y noto su sexo presionando mis nalgas, mi cuerpo responde al instante y me restriego contra él con movimientos provocadores que hacen que resople con fuerza y suelte una palabrota entre dientes.

—Te necesito dentro ya...

Mi súplica lo acelera aún más y me penetra de un solo embiste que me hace gritar. Entra y sale de mi cuerpo con fuerza, de forma brusca, casi violenta y me encanta, porque su descontrol me excita y me hace sentir deseada a unos niveles que nunca antes me había sentido. Se agarra a mis pechos que bambolean por sus acometidas y los pellizca, consiguiendo que le suplique fuera de mí que lo haga aún más fuerte. Mario obedece entre gruñidos y yo me dejo hacer, en esta postura lo noto tan dentro que me duele, pero es un dolor placentero y deseo que no acabe nunca. El olor a sexo mezclado con su propio olor, el ruido de nuestra piel chocando, sus gemidos roncós, el tacto de sus manos, todo es tan intenso que vuelvo a notar el comienzo del orgasmo, una corriente eléctrica que empieza a recorrer mi cuerpo y que me corta la respiración. Me corro, esta vez con un jadeo suave, pero porque no me sale la voz y Mario tras un par de movimientos más pierde el control y se deja caer agotado sobre mí.

—Oli, ¿estás bien?—se ríe besándome la espalda y cuando sale de mí y o me quejo, lo que le hace reír aún más fuerte.

—Eso ha estado bien, muy bien de hecho, pero creo que no puedo moverme.

Me ayuda a incorporarme y me tumba en el sofá con su cuerpo debajo. Estamos desnudos y sudados, pero ahora mismo me da igual, estoy en trance, agotada y encantada de la vida. Me abraza y me besa en la sien, coge la manta en la que estábamos sentados en el suelo y nos tapa con ella.

—Ojalá el día no terminara nunca—yo pienso exactamente lo mismo y solo de imaginar que en unas horas estaremos despidiéndonos de nuevo, se me forma un nudo en la garganta, pero no quiero que nos pongamos tristes, así que intento hacerle reír.

—Moriríamos de placer. Muerte por sobrecarga sensorial, o algo así. ¿Te imaginas los titulares? “*Dos jóvenes aparecen muertos en postura sexual inverosímil, ni siquiera para el funeral consiguieron bajarle la erección*”, lo llamarían muerte por *kiki*, como en aquel capítulo de *Futurama*.

—No se me ocurre una mejor manera de morir que haciendo el amor contigo.

Y entonces sí que muero de placer, pero de uno diferente; del placer de escucharle decir que me hace el amor, porque para mí esto no es sexo aunque sea sucio y salvaje, es algo más y quiero pensar que él siente lo mismo.

La vie en rose.

Cuando abro los ojos y consigo enfocar la vista veo a Maite descojonándose delante del sofá. Nos hemos quedado dormidos, apenas lo habíamos hecho una hora así que estábamos agotados.

—Te veo una teta.

Joder. Reacciono y me doy cuenta de que estamos desnudos y entrelazados en el sofá. Tierra trágame. Lo primero que hago es escrutar la mesa desesperada deseando con todas mis fuerzas que las pruebas del crimen no estén a la vista, porque la situación ya es bastante vergonzosa, pero no. Mario debió tirar el condón usado en la bolsa donde nos trajeron la comida con los demás desperdicios y suspiro aliviada. Me incorporo y me tapo con la manta como puedo para no destapar a Mario, que duerme plácidamente con la boca entreabierta detrás de mí. Está monísimo.

—Maite, lo siento, nos quedamos dormidos.

—Te perdono si lo destapas a él, una miradita rápida, lo prometo.

Arqueo una ceja y estallo en carcajadas. Ella se contagia y se ríe también, pero nuestro alboroto despierta a Mario que se revuelve a mis espaldas.

—¡Hostias!

—Feliz año, semental.

Vuelvo a reírme y echo un vistazo a Mario, que sonríe a Maite divertido después de la sorpresa inicial.

—Feliz año, Maite.

—No tan feliz como vosotros me temo, una tarde jugando al dominó con mi familia no es comparable a un maratón sexual, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas—Mario me agarra por detrás y apoya la barbilla en mi hombro con dulzura.

—¡Qué envidia me dais! Os dejo para que aprovechéis la erección matutina o lo que queráis, pero en el sofá no, por favor.

Nos reímos, Maite es única. Nos guiña un ojo y desaparece por el pasillo.

Recogemos todo y volvemos a mi habitación. Son casi las ocho de la tarde, así que hemos dormido unas tres horas.

—Menos mal que la que ha llegado ha sido Maite, si llega a ser Sonia hubiera quemado el sofá.

—No la hubiese dejado, me lo llevaría a Barcelona de recuerdo.

—O me hubiera echado a mí de casa.

—Mejor aún, te llevaría a ti en lugar del sofá.

Le tiro la almohada, él se lanza a por mí y acabamos rodando en la cama entre risas y besos.

Mario se pone unos bóxer negros que me hacen salivar y yo unas braguitas y una camiseta suya de manga corta que he decidido quedarme, con toda probabilidad para olerla por las noches metida en mi cama como una lunática cuando él regrese a su casa. Tiene que estar en el aeropuerto a las siete de la mañana, así que lo acompañaré y después iré a trabajar directamente desde allí.

Pongo música y volvemos a tumbarnos en la cama. Mario no deja de tocarme en ningún momento, es como si no pudiera estar en el mismo sitio que yo sin ponerme las manos encima y me encanta, porque a mí me ocurre lo mismo.

—¿Cuándo vas a usar mi regalo? Quiero tenerte en mi casa.

—No lo sé, no tengo vacaciones hasta marzo.

Mario me mira boquiabierto.

—Eso son tres meses. No puedo estar sin verte tanto tiempo.

—Intentaré cogerte unos días antes, pero no puedo prometer nada. Además, es poco más de dos meses, no seas exagerado.

—Sigue siendo demasiado.

—Ya lo sé.

Por supuesto que es demasiado tiempo, es una puta eternidad, pero prefiero no pensar en ello, porque soy capaz de hacer las maletas y largarme con él. Así que nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. En realidad deberíamos hablar sobre qué es lo que va a pasar a partir de ahora, de cómo vamos a hacer que funcione sea lo que sea lo que acaba de empezar cuando vamos a estar a quinientos kilómetros uno del otro, pero nos queda tan poco tiempo juntos que prefiero disfrutar y no pensar en lo que está por venir.

Mario me atrae hacia él y me rodea la cintura con su brazo. Yo apoyo la cabeza en su torso y juego con el ligero vello que lo cubre. Apenas tiene pelo, lo justo para que sea sexi y que desciende en una fina línea hasta su sexo.

Empieza a sonar *La vie en rose* versionada por Zaz y canto bajito, con la boca pegada a su piel.

Des yeux qui font baisser les miens

Un rire qui se perd sur sa bouche

Voilà le portrait sans retouche

De l'homme auquel j'appartiens

Quand il me prend dans ses bras

Il me parle tout bas

Je vois la vie en rose

Il me dit des mots d'amour

Des mots de tous les jours

Et ça me fait quelque chose...

*Il est entré dans mon coeur
Une part de bonheur
Dant je connais la cause*

*C'est lui pour moi
Moi pour lui dans la vie
Il me l'a dit, l'a juré
Pour la vie.*

Mario me escucha en silencio y noto su bonita sonrisa contra mi pelo. La verdad es que canto fatal, pero es más un susurro que otra cosa y además, estoy tan cómoda con él, que no me avergüenza y me dejo llevar.

—Vaya, eso ha sido muy sexi.

—¿El qué?

—Tú cantando en francés, suena muy dulce, ha sido tremendamente erótico.

—Si quieres luego te seduzco en francés, *que pensez-vous?*

—Mmm, me parece una idea excelente—se ríe suavemente y me aprieta fuerte contra su cuerpo—. ¿Qué dice la letra? Nunca me he parado a pensarlo y ya sabes que mi francés es nulo.

—Habla del hombre del que sea enamorado y de las sensaciones que le produce cuando la abraza y cuando le susurra palabras de amor. Y de lo feliz que se siente cuando está con él. Como yo.

—¿Cómo tú?

—Sí. Supongo que por eso siempre me ha gustado tanto, siempre quise vivir algo así y escucharla me hacía creer en que era posible.

—Es posible.

—Sí, ahora ya lo sé.

Mario me levanta el rostro sujetándome la barbilla y me besa en los labios con los suyos apretados. Es un beso delicado, casto, pero muy sentido, muy intenso a su modo. Creo que es su manera de expresar lo que no se atreve a decirme con palabras aún.

En Navidad nos dijimos *te quiero*, de acuerdo, pero la situación ha cambiado por completo. En ese momento, daba igual que mi *te quiero* fuera como amigo o como algo más, porque eso solo lo sabría yo, pero ahora implicaría más y todo está pasando demasiado deprisa como para precipitarnos y asustar al otro u obligarlo a mostrar más de lo que esté preparado. Aunque supongo que mi explicación de la canción ya me ha dejado más desnuda frente a él de lo que pretendía.

Me separo de su boca y lo miro fijamente a los ojos. Nunca pensé que el amor fuera esto, pensé que todo sería perfecto y maravilloso y a su modo lo es, pero no me imaginaba que fuera acompañado de este miedo atroz que me ahoga y que me hace estar aterrorizada solamente por pensar en la posibilidad de perderlo. Miedo al darme cuenta del poder que le cedo al quererlo de este modo, el poder de destrozarme si quisiera.

—Mario...

—¿Qué pasa, nena?—acaricia mi mejilla con su mano y yo cierro los ojos disfrutando de ese cálido contacto.

—No me hagas daño...—las palabras salen de mi boca como una súplica.

Mario me abraza y me susurra al oído con esa voz ronca, profunda, que me gusta pensar que guarda para mí.

—Nunca, te lo prometo.

Y aunque sé que en el fondo es una promesa que no se puede hacer, porque no depende únicamente de él, confío tanto en Mario que lo creo y con eso de momento me basta.

La chica del vestido rojo.

Suena el despertador y quiero llorar, pero no por madrugar como es habitual, de hecho llevamos un par de horas despiertos comiéndonos a besos, si no porque es hora de ir al aeropuerto y despedirme de Mario hasta vete a saber cuándo. Me tumbo encima de él y me agarro como un monito, Mario me acaricia la espalda con delicadeza y se me pasa por la cabeza la idea de esposarlo a la cama y quedármelo para mí.

—Oli, nena. Tenemos que levantarnos o perderé el avión.

—Estoy pensando en el secuestro, podría funcionar.

Mario se ríe y me da un cachete en el culo, que me gusta, para qué negarlo.

—A ver, cuéntame qué está maquinando esa cabecita loca que tienes.

Levanto la cabeza y apoyo las manos en su pecho para así poder mirarle la cara. Está despeinado y tiene una barba de tres días que le da un aspecto más rudo, imagino su roce entre mis muslos y me excito, no sé qué tiene Mario que me vuelve loca. En realidad sí que lo sé, lo tiene absolutamente todo.

Consigno volver a centrarme y empiezo a explicarme ante su mirada divertida.

—Yo te ato a la cama y decimos que te fuiste con la arpía de Carolina y que no sé nada de ti. Después te alimentaría tres veces al día, te lavaría, te miraría cuando quisiera, te tocaría por supuesto, te recorrería todo el cuerpo con mi lengua, serías algo así como mi esclavo, ¿no me dijiste una vez que ya eras mi esclavo?—Mario suelta una carcajada y asiente—. Te tendría para mi uso y disfrute.

—Suena perfecto.

—¿Verdad? A mí me lo parece.

—¿Me sacarías a pasear de vez en cuando?

Me imagino a Mario con una correa al cuello y me descojono, aunque debo de estar bastante enferma porque la idea me resulta excitante, bueno, todo lo relacionado con él me excita.

—Claro, ¿si no cómo iba a presumir de ti?

—Tu plan tiene algunos fallos—Mario me retira el pelo de la cara y sujeta un mechón enrollándolo entre sus dedos—, si me sacas de paseo es muy posible que te descubran y te arresten, no eres muy discreta que digamos, podrías ir a la cárcel, cielo.

Miro al techo pensativa y empiezo a ver todos los fallos de mis estúpidos razonamientos, porque aunque parezcan de coña, la mayoría de las veces son cosas que en realidad me planteo.

—Además, con mis antecedentes no tendría reducción de condena, ¿en qué momento se me ocurriría a mí colarme en aquella casa?—esto último lo digo más para mí misma que para él. Sacudo la cabeza y él no deja de reírse.

—Algún día tienes que contarme bien en qué consisten exactamente tus problemas con la ley y por qué estás tan puesta en el tema, pero ahora venga, a la ducha.

Le hago un puchero y se incorpora conmigo aún agarrada a su cuerpo.

—Vale, pero con una condición, nos duchamos juntos.

—Eso ya lo daba por hecho.

Me dedica una media sonrisa de esas que deberían llevar dos rombos y yo respondo con un beso húmedo que nos hace estar enredados en la ducha en un tiempo récord. Nos besamos como locos, con más lengua que otra cosa y nos arrancamos la ropa uno al otro con desesperación. Mario me apoya sobre los azulejos de la ducha y empieza a lamerme entera mientras el agua templada se desliza por mi cuerpo. Toda mi piel responde a su tacto de una forma tan brutal que es como si nunca nadie me hubiera tocado antes. Me besa el cuello y se va deslizando sin dejar de lamer por mis pechos, mi estómago, hasta llegar a mi sexo. Su lengua va despertando todas mis terminaciones nerviosas a su paso, como si fuera una descarga eléctrica que arrasa con todo. Me abre las piernas y me devora, su lengua es implacable, le oigo gemir y creo que es imposible sentir más placer que el que me provoca. Recorre mi sexo sin descanso, golpea mi clítoris con fuerza una y otra vez y yo jadeo y me agarro a su pelo con fuerza.

—Córrete, nena.

Y mi cuerpo le hace caso gustoso. Me corro con una intensidad increíble teniendo en cuenta que lo he hecho incontables veces en las últimas horas y él aprieta su boca contra mi sexo, sintiendo los espasmos que me produce, saboreándose como si quisiera saciarse antes de irse. Le tiro del pelo para que levante la cara y la visión de su cuerpo arrodillado frente a mí, desnudo, tan excitado, con el agua cayendo sobre su cara, es... demasiado.

Mario es demasiado en todos los sentidos.

Se levanta y ahora soy yo la que tiro de él y lo beso con fuerza, sabe a él y a mí y bajo mi mano hasta encontrar su erección. Cuando nota mi tacto gruñe contra mi boca y me muerde el labio hasta sentir dolor, pero no me importa. Me aparto y me arrodillo delante de él que respira entrecortadamente, tanto por la excitación como por la anticipación de lo que está por venir. Necesito sentirlo en mi boca, sentir su sabor. Me he imaginado este momento muchas veces, pero es la primera vez que voy a hacerlo. Siempre he necesitado cierto grado de intimidad para el sexo oral, por eso cuando nos conocimos ni me lo planteé, pero ahora soy yo la que me muero de ganas de tenerlo, de probarlo y hacerle disfrutar tanto como lo he hecho yo en cada ocasión que me ha regalado.

Beso suavemente la punta del pene y deslizo mi lengua hasta la base, Mario maldice y me agarra con fuerza del pelo, lo que me hace sonreír y sentirme poderosa. Me lo meto en la boca y deslizo mis labios arriba y abajo lentamente, él sigue el movimiento arqueando la cadera y me anima a hacerlo cada vez más rápido empujando mi cabeza con la mano. Noto su sabor salado y vuelvo a sentirme excitada; succiono con fuerza y juego con mi lengua, es adictivo. No paro de lamer y acariciarlo a la vez hasta que Mario llega al límite.

—Joder Oli, no puedo más, voy a correrme...

Aprieto aún más su polla con los labios y en un par de movimientos más se corre violentamente en mi boca. Intenta apartarme con las manos, pero me niego. Su sabor explota en mi paladar y me lo trago sin pensar. Es la primera vez que hago esto, o al menos de forma voluntaria, siempre me había dado asco, pero con Mario me gusta todo, quiero probarlo todo con él, quiero dárselo todo. Me coge por las axilas para levantarme y me abraza con fuerza bajo el chorro de agua. No decimos nada, no hace falta.

Cuando su respiración se normaliza me agarra con fuerza por las mejillas y me besa con pasión. Un beso rápido, pero que casi me hace perder el sentido y en un par de minutos me enjabona primero a mí, luego a él y nos aclaramos juntos entre risas debajo de la ducha.

Diez minutos después ya estamos montados en el coche camino al aeropuerto. Con las prisas no sé ni cómo me he vestido y ni siquiera me he peinado, pero me da igual. Siento la mano de Mario sobre mi muslo y eso es lo único en lo que puedo pensar en todo el camino.

Bajamos del coche discutiendo, parece mentira que hace unos momentos éramos todo sonrisas y besos para con el otro.

—Joder, ¿a ti dónde te han dado el carnet? ¿¿¿En una feria???

—¡Vete a la mierda, imbécil! ¿A ti qué te dieron, descuento de jubilado? Por favor Mario, que no he pasado de cien y es una autovía—pongo los ojos en blanco y él intenta agarrarme con fuerza de la mano, pero le doy un manotazo y me aparto enfurruñada—. Ahora no me vengas con esas, ¡no me toques!

Chasquea la lengua y se revuelve el pelo con rabia.

—Encima te enfadas, ¡no me fastidies, Oli! Menuda forma de hacer un stop, no sé cómo tu padre te deja coger el coche.

Lo señalo furiosa, la verdad es que mi padre solo me ha dejado el coche como una excepción, opina exactamente igual que él y por eso tomé la decisión hace tiempo de moverme con el transporte público siempre que sea posible, para evitar que mi padre muera de un infarto, pero eso Mario tampoco tiene por qué saberlo.

—¡A mi padre tú ni lo nombres! Eres tú el que tiene un problema, que no confías en mí.

Bravo Oliva, menudo modo más sutil de dar la vuelta a la tortilla. Mario frena en seco con la mandíbula tensa, claramente mi intento de manipulación no ha funcionado.

—No me toques los cojones, Oli. Eso es una chorrada, no es cuestión de confianza. Reconoce que conduces como una kamikaze.

—No.

Me miro las uñas y las soplo orgullosa de la manicura que me hizo Sonia para Nochevieja, que todavía está impecable.

—Me estás cabreando, eres una maldita cabezota.

—¡¡¡Y tú eres un bruto!!! Ya sé que soy una zumbada con el coche, joder, pero podías tener un poco más de tacto—hemos ido subiendo la voz y prácticamente estoy chillando.

Mario curva los labios y sacude la cabeza, con una expresión entre divertida y exasperada.

—Lo siento nena, pero cuando te veo conducir solo pienso en la posibilidad de que un día te pase algo y me pongo como loco.

Vale, no lo había pensado de ese modo. Supongo que si fuera al revés y fuese él el que condujese como si desayunara anfetanas todas las mañanas, yo ni dormiría pensando en la posibilidad de que terminara debajo de un camión o con la cabeza empujada contra un pino.

Me lanzo literalmente a su cuello y me lo como a besos, Mario se deja hacer complacido y mete las manos por debajo de mi jersey poniéndome la piel de gallina.

—Perdóname, vaquero, te prometo que solo cogeré el coche cuando sea estrictamente necesario, no quiero provocarte una úlcera, tienes que durarme muchos años. Puedo poner una foto tuya en el salpicadero que ponga "*No corras, mi amool*".

Mario estalla en carcajadas ante mi pésima imitación del acento cubano y frota su nariz con la mía.

—Ay, nena, ¿qué voy a hacer contigo?

—De momento vas a darme un beso de esos de película en blanco y negro, un poco rollo *Casablanca*, ¿la has visto?

—Sí, pero contigo eso no va a poder ser.

—¿Por qué?—lo miro desconcertada y un poco molesta, porque creo que merezco como la que más un beso así.

—Porque a ti es imposible verte en blanco y negro, tú eres la chica del vestido rojo en la imagen sin color.

Me quedo sin respiración, porque creo que es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida. No lo creo, lo sé. Es lo más bonito que he oído en toda mi jodida existencia. Abro la boca, pero la cierro de nuevo, porque es que no encuentro nada adecuado qué decir ante eso. No puedo dejar de observarlo fascinada y de preguntarme, ¿de dónde has salido, Mario? ¿Dónde has estado escondido todo este tiempo? ¿Por qué no salí antes a buscarte? Él aprovecha mi bloqueo, asiente lentamente sonriendo de medio lado y me besa.

Y Dios, cómo me besa.

Sé que vais a tacharme de cursi y moñas, pero no puedo evitarlo. Juro que el mundo deja de girar por un momento y que de repente nos quedamos solos en mitad del aeropuerto, no oigo nada más que nuestra respiración y mis latidos, que están a un paso de salirse de mi pecho y tocar el suyo. Cierro los ojos y me empapo de él, quiero memorizarlo todo, el calor de sus labios, su sabor, su olor, el tacto de sus manos cuando me recorren el cuerpo sin dejar ni un centímetro de piel por explorar, como siempre es con Mario.

La voz de una señorita muy eficiente nos indica a nuestra espalda que es el último minuto para poder embarcar. Nos separamos a regañadientes y me agarra por las mejillas acercando de nuevo su cara a la mía. No quiero estar triste, porque por fin estamos juntos, pero es que tengo una sensación extraña, como si ahora que lo he conseguido me lo arrebataran de nuevo sin que me haya dado tiempo siquiera a asimilarlo, como si fuese a despertarme sobresaltada en mi cama de un momento a otro y al abrir los ojos darme cuenta de que todo no ha sido más que un sueño.

—Oli, te llamo esta noche, ¿de acuerdo?

Asiento como una automática.

—Mario, ¿y ahora qué?

—Haremos que funcione, te lo prometo.

Parece que me ha leído la mente y aunque su seguridad me tranquiliza, no puedo evitar sentir un nudo en las tripas. Tengo miedo, soy una persona con un nudo sentido del peligro, pero por primera vez estoy aterrizada. Se ha convertido en alguien indispensable en mi vida, en una necesidad tan visceral como respirar y sé que tengo que aprender a gestionar todo esto que es tan nuevo para mí. Me siento desbordada, como si de un momento a otro fuese a explotar y a desaparecer; a mezclarme

con el aire en minúsculas partículas de polvo; a convertirme en una supernova para, finalmente, fundirme con el universo. Eso es lo que me provoca. Es tan grande que asusta.

Presiona su boca sobre la mía y me da un beso dulce y este sí que me sabe al último. Me guiña un ojo y se aleja sonriendo.

La azafata coge su billete y le mete un repaso a Mario que me hace fruncir el ceño, ella me mira y noto comprensión en sus ojos. Solo con verlo entiendo que no quiera separarme de él, es que es guapo para morirse, pero solo la gente afortunada como yo, que lo conoce de verdad, sabe que Mario es mucho más que eso.

—Nena—vuelvo a centrar la atención en Mario que me observa sin perder la sonrisa, aunque veo preocupación en sus ojos. Lo conozco y sé que es igual de duro para él, pero está intentando ponérmelo fácil—, quiero que tu sonrisa sea lo último que vea antes de subir a ese avión, dame el gusto.

Me hace un puchero y yo me echo a reír. Le dedico la mejor de mis sonrisas y le lanzo besos dando saltitos, contagiándolo enseguida. Creo que al verle sonreír tan abiertamente la azafata ha estado a punto de sufrir un desmayo y no la juzgo, a mí también me tiemblan las piernas sin remedio.

—Eso está mejor.

Con esas últimas palabras Mario desaparece de mi vista.

Salgo del aeropuerto y cuando estoy metiéndome de nuevo en el coche recibo un mensaje:

Nena acabo de subir a este trasto y ya te echo de menos y recuerda, no corras mi amooool.

Me echo a reír y me dirijo con calma al trabajo, pensando en que a pesar del miedo y de lo que me queda por aprender, ese beso no ha sido una despedida, si no el comienzo de eso que he estado buscando toda mi vida.

Como animales.

—¿Qué os parece este?

Sonia nos enseña un conjunto de ropa interior rosa con lunares blancos. Es muy mono, muy dulce y muy de niña buena, como ella, así que la respuesta de Maite no se hace esperar.

—Si le ponen las quinceañeras es ideal, bueno las de la década de los 90, porque las de ahora te dan mil vueltas, Pequeño pony.

Pongo los ojos en blanco y Sonia sigue buscando rumiando por lo bajo, seguramente cagándose en sus antepasados y no la culpo, porque la sensibilidad no es precisamente una de las virtudes de Maite.

—¿Qué tal este? Es muy elegante, pero sexi. Le encantará, tienes que probártelo.

Se lo lanzo y Sonia lo coge al vuelo. Raúl le regaló por Navidad un fin de semana romántico en una casita rural en Asturias y se marchan mañana. Ella ha decidido darle una sorpresa y por eso estamos en nuestra tienda de lencería favorita, en la que solamente una vez, cuando aún dominaban los dinosaurios, me compré un tanga ya que sus precios son astronómicos, pero en la que Maite parece ser que tiene acciones y si no deberían regalárselas. No obstante siempre que la acompaño me pruebo algo, solo por placer. Por el placer masoquista de verme divina de la muerte para después lloriquear estupideces varias, como por ejemplo, que soy pobre como una rata.

—Toma rubia, este también.

Maite le pasa un picardías negro con detalles dorados y con aberturas por todos los lados, es demasiado incluso para mí.

—Por Dios, Maite. Parece que está roto.

La carcajada de Maite retumba en toda la tienda.

—Son agujeros estratégicos, no veas tú el morbo que les da, trae pánfila.

Y de un manotazo se lo quita y se mete conmigo en el probador. Sonia se encierra ella sola en uno, es bastante pudorosa, aunque eso no significa que se vaya a librar de enseñarnos cada uno de los modelitos que se va a probar.

—Joder, Aceituna, estás para empotrarte.

Llevo un corsé de encaje negro con el forro berenjena y enganchado a un tanga del color del forro por un ligero negro. La verdad es que es brutal. Es muy sexi, pero sin ser vulgar, me encanta.

—Pareces una furcia del *Moulin Rouge*, mándale una foto a Mario y verás como mañana empieza a preparar la mudanza.

—Es precioso, pero es muy caro, Maite.

—Está rebajado, en realidad es una ganga.

—Siguen siendo tres cifras.

—Tú pagas el corsé, yo el tanga y el ligero. No puedes decir que no. Considéralo mi aportación a esa ridícula relación basada en sexo telefónico que te gastas.

Llevo veintisiete días sin ver a Mario. Es como una puta condena. Me paso el día sobornando a mis compañeros con el calendario en mano para ver si, cambiando un millón de turnos, consigo juntar algunos días para ir a verlo, pero claro, no es tan fácil, porque además tiene que coincidir que él no tengo el día plagado de reuniones, o qué se yo, un viaje de negocios. Hablamos todos los días al menos una vez y nos acribillamos a mensajes, pero no es suficiente.

Y luego está el sexo, claro.

Parezco una adolescente con las hormonas por las nubes. No sé cómo lo hace, pero antes de darme cuenta ya ha conseguido que meta una mano entre mis piernas y me esté acariciando y soltando guarradas como si no hubiese un mañana. Y llego a ponerme de lo más creativa, si un día me quedo sin trabajo podría labrarme un futuro en una línea erótica o en el doblaje del mundo del porno. Mario está encantado con esta faceta mía recién descubierta, porque a todo esto, él es peor que yo, lo que hace que de vez en cuando me entre un ataque de desconfianza, porque no puedo dejar de pensar, ¿y si no aguanta sin meterla en caliente tanto tiempo? ¿Y si todo esto no es más que un encaprichamiento tonto, que al final se le pasará y acabará conmigo destrozada y teniendo que escuchar los relatos de sus nuevas conquistas como una buena amiga, mientras yo acabo casada con mi consolador porque habré perdido definitivamente la fe en el género masculino? ¿Y si un día sale por ahí y acaba follando a una golfa en el baño de un bar? Lo de golfa está de más, lo sé. Soy consciente de que en ese hipotético caso el golfo sería él, pero no puedo evitar odiar a esa morena imaginaria de tetas descomunales y culito respingón que aparece de vez en cuando por mi cabeza gritando de placer, mientras Mario embiste entre sus piernas como un animal en celo.

Él siempre acaba tranquilizándome, me dice que solo se excita así porque se trata de mí y un montón de cosas bonitas, pero no puedo evitarlo. Siempre he sido muy celosa y con él es diferente, con él mi nivel de locura se dispara de una forma alarmante. Aterrada, enamorada y un poco chalada, una combinación explosiva.

Desde el día de Nochevieja nuestra relación ha cambiado solo en dos aspectos: nos masturbamos como animales y discutimos como animales.

La verdad es que no entiendo el porqué, de discutir quiero decir, de masturbarnos compulsivamente creo que es bastante obvio. Supongo que somos los dos tan impulsivos, tan viscerales, que el no tenernos cerca y ver las reacciones del otro, poder tocarnos, soltar toda la necesidad contenida, nos está matando.

Maite está preocupada, dice que mis trastornos no tratados en la infancia están empezando a manifestarse de forma grave y que si estoy así cuando solo ha pasado un mes, que cuando llevemos tres tendremos que poner barricadas en el salón. Está chiflada, pero tiene razón, no sé si estoy hecha para una relación de este tipo. Sonia intenta tranquilizarme, según Raúl, Mario está igual que yo o peor, aunque no es que eso me consuele mucho.

—¿Cuál te gusta más, el negro o el rojo?

Maite se contonea delante del espejo con el minúsculo camisón lleno de agujeros estratégicos, como ella los llama. Al menos me ha hecho caso y se ha dejado puesto el tanga que traía, porque si no ahora me estaría obsequiando con un primer plano bastante cercano de su depilación brasileña. Sorprendentemente, es incluso elegante, aunque bueno, cualquier prenda de este tipo en ella lo es. No sé cómo lo hace. Maite tiene un cuerpo espectacular, pero no es solamente eso. Envidio la seguridad en sí misma que irradia y que es la base fundamental de lo atractiva e interesante que resulta.

—Sin duda el negro, ¿con quién lo vas a estrenar?

Su cara se transforma en una bastante ardiente que me excita hasta a mí, así de enferma estoy últimamente.

—¿Te acuerdas de Germán?

Abro los ojos como platos. Germán fue un rollete de Maite de hace un par de años, estuvieron viéndose unos meses y por un momento incluso pensé que lo suyo podría funcionar, aunque ni a Sonia ni a mí nos terminaba de convencer. El caso es que un día ella se lo encontró por la calle de la mano con una chica monísima que resultó ser su novia y Maite no volvió a llamarlo. Una de sus normas inquebrantables es que no se acuesta con tíos con pareja, dice que bastantes hay en el mundo como para verse involucrada en un lío de faldas por un revolcón. En mi humilde opinión, esta decisión se basa en que ya aprendió en su día que tíos así mejor lejos que cerca. Pese a ello no ha podido evitar que la mientan en muchas ocasiones y lógicamente los ha mandado a paseo, eso sí, con la conciencia tranquila.

—Claro, ¿lo dejó con su novia?

—Mejor aún, se casaron el año pasado y ya se han divorciado. Parece ser que ella llegó un día a casa y se lo encontró con la cabeza entre los muslos de otra.

—Ya era hora, se lo merecía, pero ¿vas a volver a verlo? Maite, ese tío lleva la palabra *problemas* escrita en la frente.

Ella niega con la cabeza y sonrío traviesa.

—Me subestimas, con el que he quedado es con su hermano.

La madre que la parió.

Germán tenía un hermano muy mono que bebía los vientos por Maite, pero al que ella ignoraba, porque decía que aún era un yogurín y bueno, técnicamente lo era, porque le sacamos cuatro o cinco años, así que por aquel entonces él no habría cumplido los veinte. Ella siempre le decía cosas como "*llámame cuando estés listo para pasar una noche con una mujer como yo*" y chorradas por el estilo.

Vaya, parece ser que ya estaba preparado.

Atacamos a Sonia y la obligamos a desfilarse delante nuestro hasta que decidimos entre las tres el conjunto ganador, un sujetador negro con raya diplomática en blanco y encaje blanco en el borde del pecho y con una braguita de cadera baja a juego. Está preciosa y nosotras la aplaudimos consiguiendo que se ponga como un tomate y que nos eche del probador entre risas.

En cuanto entro en mi habitación y me dejo caer en la cama empieza a sonar mi móvil. Sonrío, porque por la melodía de *Ghostbusters* sé que es Mario. Elegí esa para él cuando me confesó que mantuvo la creencia hasta los quince años de que se convertiría en uno de ellos cuando fuera mayor. Me pongo a buscar como una loca en el bolso, pero encuentro de todo menos el maldito teléfono. Al final desisto y vacío todo el contenido sobre la cama hasta dar con él.

—¡Mario!

—Hola nena, estaba a punto de colgar, ¿te pilló en mal momento?

—Nunca—se ríe ante mi respuesta—. Acabo de llegar a casa, pero no encontraba el teléfono en el bolso, me tocó vaciarlo encima de la cama. Si vieras mi habitación en este instante... parece que sufro el síndrome de Diógenes.

Mario se carcajea, pero no es broma. Acabo de encontrar un calcetín cuya pareja llevaba meses desemparejada en un cajón y no me explico cómo ha llegado ahí, además de envoltorios de chicles, pañuelos usados, folletos de publicidad, facturas, un par de multas de tráfico, tampones, tickets de compra de hace mil años, un peine roto, perfume, una pinza de pelo y un montón de cosas más que necesitan un análisis en profundidad para descubrir su naturaleza. Si habéis perdido algo en el último año está en mi bolso, sin duda.

—¿Qué tal fue tu tarde de compras?

—Mmm, ¡genial! Compré algo para ti...

—¿En serio? ¿Y no voy a saber lo que es hasta que nos veamos?

—No soy tan mala, podría mandarte una foto, pero tienes que darme unos minutos.

—Buena chica, espero impaciente.

Nos reímos como bobos y cuelgo el teléfono.

En menos de un minuto estoy medio desnuda y Maite está preparando el escenario apropiado para la foto. Se ha metido tanto en el papel que está dando órdenes a Sonia muy seria, que se parte de risa cuando la ve con los dedos frente a su cara como si estuviera encuadrando la imagen. Sonia ha vuelto a guardar toda la mierda en mi bolso (incluido el calcetín), ha cubierto mi lamparita con un fular y ha revuelto las sábanas de mi cama, todo esto bajo la atenta mirada de Maite y su batuta de mando.

Me peino un poco con los dedos para dar volumen al pelo y me subo a la cama.

Maite me observa, móvil en mano y me va indicando cómo tengo que ponerme; detrás de ella Sonia se ríe entre horrorizada y divertida.

—Venga Oli, dámelo todo... así muy bien, cruza los brazos, que se ven las tetas más grandes.

—¿Más grandes todavía? Ese corsé hace un trabajo alucinante...—Sonia nos observa boquiabierta. La verdad es que creo que la mitad del tiempo se cuestiona por qué acabamos siendo amigas, sobre todo cuando la obligamos a participar en cosas como esta, aunque sé que en el fondo le encanta—. Espera Oli, pon ese brazo hacia atrás, bien y abre un poco las piernas.

¿Veis? Lo que yo decía, ya está entregada a la causa.

Diez minutos después Maite está muerta de envidia al ver el resultado de mi sesión fotográfica improvisada y corre a su cuarto a estrenar su picardías y que le hagamos a ella unas fotos. Esta vez, para nuestro desconsuelo, sin tanga.

Intentamos convencer a Sonia para que haga lo mismo, pero dice que con aguantarnos a nosotras ya tiene bastante y se niega en redondo.

Me pongo un pijama anti-morbo y veo que tengo un mensaje de Mario, lógicamente entre unas cosas y otras ha pasado casi una hora y debe pensar que o me he olvidado de él, o que me ha pasado cualquier estupidez de las mías.

¿Todo bien por ahí? ¿Debería preocuparme?

Por aquí todo muy bien, júzgalo tú mismo...—y lo acompaño con unas cuantas fotos a cual más subida de tono.

Al minuto el móvil empieza a sonar de nuevo, pongo voz de línea erótica y contesto melosa.

—Sala de variedades, le atiende Jenny, ¿qué puedo hacer por usted?

—Joder nena, eso vale como regalo de cumpleaños, aniversario y Navidad juntos.

Me río traviesa, tiene la voz más ronca que de costumbre y oigo como traga saliva con fuerza.

—¿Te ha gustado? Si no lo puedo devolver...

—¡No!—suelto una carcajada; vaya, pues sí que le ha gustado, va a resultar que su precio es merecido—. Me encanta, pero ¿cuándo vas a dármelo? Me muero por desentenderte, nena.

—El regalo es el corsé, puedes hacer lo que quieras con él, aunque creo que no es de tu talla.

—Te equivocas, mi regalo es lo que hay debajo, eso solo es un envoltorio bonito.

Ahora la que traga saliva soy yo, hasta cuando la situación empieza a calentarse es capaz de decir cosas tan románticas como esa.

—Eres un adulator, esas fotos son para que vayas abriendo boca hasta la próxima vez que nos veamos, entonces lo llevaré puesto y espero que me lo quites con los dientes.

—Madre mía, te estás portando muy mal, en vez de un regalo se va a convertir en una tortura.

—Gratificación a largo plazo, vaquero.

—Entonces de momento usaré las fotos como apoyo para mis solitarias noches.

Estallo de risa y me tapo la cara con el brazo, Mario se ríe divertido y me repite que no es ninguna broma.

—Eres un cerdo.

—Y te encanta, reconócelo.

Sonrí como una tonta y suspiro.

—Me encantas todo tú.

—Te echo mucho de menos Oli, me paso el día contando los minutos que me quedan para poder llamarte y oír tu voz—me muerdo el labio y cierro los ojos con fuerza, no sé si para evitar echarme a llorar o para evitar decirle que lo quiero—, aunque bueno, ahora con estas fotos supongo que empezaré a llamarte menos, voy a tener las manos ocupadas.

Abro los ojos como platos, estoy creando un monstruo.

—¡MARIOOOO!—me quejo como una niña escandalizada y él se ríe con ganas.

—¿Qué pasa, nena? No te hagas la tímida, si tú no tienes vergüenza, a mí no me engañas.

Tiene razón, así que dejo de fingir y entre risas le suplico que me mande una foto a mí en paños menores para estar en igualdad de condiciones, él promete hacerlo cuando colguemos y sonrío satisfecha.

—Mañana Sonia y Raúl se van a la casa rural, no le digas nada, pero ella también le va a dar una sorpresa en forma de ropa interior diminuta.

—Vaya, qué afortunado.

Me cabreo en milésimas de segundo.

—¿Por qué? ¿Te gusta Sonia? Es una preciosidad, pero si me dices que...—Mario me ordena callar.

—Chiiiiist. Respira Oli. Es afortunado porque él tiene a la modelo y yo de momento tengo que conformarme con una foto.

Joder, qué difícil es todo esto. No puedo entender cómo hay parejas que mantienen relaciones a distancia durante años. Tendría que estar prohibido por ley. Comienzo a sentir la tristeza que se apodera de mí cada noche y aunque estaría hablando con él hasta el amanecer, necesito una ducha para despejarme y un poco de terapia con mis chicas. Comer helado y ver un maratón de nuestros capítulos favoritos de *Friends*, sí, eso es lo que necesito.

—Mario, mañana volveré a intentar dar lástima a algún compañero para conseguir unos días, ¿de acuerdo? Si es necesario empezaré con los chantajes. Tengo información sustanciosa de algunos de ellos, la guardaba para algo importante y esto sin duda lo es. Como último recurso utilizaré mis contactos con la mafia rusa.

Su carcajada me toca el corazón.

—Adoro tu locura.

—Y yo te adoro por ello.

No me seas abuelo.

Creo que hoy es el día más feliz de mi vida. Los pajaritos cantan, las nubes se levantan y todas esas chorradas. En plan anuncio de compresas, con letreros rosas y corazones por doquier. Todo es tan cuqui que si fuera otra la que estuviera en este estado me daría arcadas, pero como soy yo la que parece que se ha pasado con la medicación hasta alcanzar este estado de felicidad absoluta, pues me parece perfecto.

Después de toda una mañana de negociaciones, chantajes emocionales y acoso a mis compañeros, por fin han claudicado, intuyo que con el propósito de hacerme callar de una vez y perderme de vista unos días, pero ha funcionado. He conseguido juntar tres días este mes para ir a Barcelona a ver a Mario. Llegaría el jueves que viene por la mañana y volvería el sábado por la tarde, de hecho no llega ni a tres días y él trabaja dos de ellos, pero menos es nada.

Solo con poder dormir entre sus brazos ya merece la pena. ¿Veis lo que os decía? Ese comentario bien se merece una arcada.

Mis compañeros, todos ellos unas almas caritativas, lo han hecho a cambio de dos tardes de canguro con el niño de Rosa, unas botas divinas que me costaron un pastón y que echaré de menos para Nadia y una cena para Rafa y su novia.

Si es que son un encanto y dejando de lado el sarcasmo, unos negociadores implacables. El servicio secreto de inteligencia no sabe lo que se pierde en la plantilla del hotel Sant Carlos.

Hoy es sábado y como mañana trabajo por la tarde y no tengo que madrugar, voy a salir con Maite, pero antes de empezar a arreglarme llamo a Mario más feliz que una perdiz. Me muero de ganas de contarle la noticia, pero he decidido presentarme allí por sorpresa, aunque para eso necesito un cómplice, así que hasta el domingo que vuelvan Sonia y Raúl de su casa rural, no podré empezar con mi plan.

Maite dice que me ve incapaz de aguantar hasta el jueves y que en cualquier momento meteré la pata y Mario se enterará, pero voy a sacar toda mi fuerza de voluntad y poner a raya a mi autocontrol para conseguirlo.

—¡Mario! ¿Cómo está mi chico preferido?

—Hola nena, de paseo con Pol, te manda un lengüetazo, se muere por conocerte.

Primera oportunidad para cagarla. He tenido que morderme la lengua para no chillar como una histérica que el jueves podrá hacerlo y que seré yo la que le dé un lengüetazo, no al perro, si no a Mario.

—Yo también. Hoy salgo con Maite, se ha empeñado en llevarme a una fiesta universitaria que organiza su nueva conquista.

—¿Universitario? ¿Cuántos años tiene?

—Pues no estoy muy segura, según mis cálculos veintiuno más o menos. Lo conocimos hace un par de años, Maite se acostaba con su hermano. No preguntes.

Esta mañana Maite me ha puesto al corriente de la noche que ha pasado con Darío, que así se llama el muchacho, según ella se ha convertido en una bestia y ha dejado a su hermano a la altura del betún. Lleva todo el día como si estuviera flotando por la casa, pero el recuerdo que tengo de él no me cuadra con la descripción de Maite, por lo que hasta esta noche no saldré de dudas.

—Si son como las fiestas que organizaban en mis años yo ya no tengo cuerpo, ten cuidado Oli, mañana trabajas.

—Ja. Que tengan cuidado ellos, vaquero, tú no me has visto a mí beber cerveza y ¡no me seas abuelo!

Mario se ríe y suspira resignado, aunque es cierto que como no me controle mañana estaré hecha un trapo en el hotel, pero estoy tan eufórica por el viaje de esta semana que es más que probable que hoy lo dé todo y mañana me arrepienta.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa haciendo sudokus? ¿Fruncir calcetines? ¿Hacerme una bufanda de punto? Si es esto último me gustaría en rojo, por favor.

Suelta una carcajada y lo abucheo gritándole abuelo hasta que consigue callarme.

—Salgo con unos amigos, vienen a cenar a casa y luego a tomar unas copas, nada del otro mundo.

—Mmm, ¿cocinarás tú?

—Bueno si con cocinar te refieres a sacar embutido, empanada de la panadería de abajo de mi casa y cosas así... sí, supongo que cocino yo.

—Eres un jeta. Cuando nos veamos voy a organizar una cena que no vas a querer separarte de mí el resto de tu vida, soy una cocinera excelente.

—Te tomo la palabra, pero solo si tú eres el postre.

Se me escapa una risita nerviosa, porque me han venido un montón de imágenes para mayores de dieciocho años a la cabeza, pero se acaba convirtiendo en un amago de sollozo y, como siempre, Mario me lee la mente.

—Yo también te echo de menos. Pásatelo bien esta noche y si lo necesitas llámame, sea la hora que sea.

—Tú también y no te pongas demasiado guapo, aunque es complicado. No quiero que te pases la noche quitándote lagartas de encima.

Su risa me calienta el estómago, siempre lo hace.

—¿Tú vas a llevar cuello alto para que no te miren los universitarios?

—¡Ni en carnaval! Voy a ponerme un vestido divino, incluso creo que hoy me atrevo con los tacones, luego te mando una foto.

—¿Tú no estás muy contenta hoy?—mi silencio le hace insistir—. ¿Me ocultas algo, Oli?

—No, ¿pero qué dices? Estás paranoico. Será porque me he bebido tres cafés y he acabado yo solita con una tableta de chocolate, estoy con el subidón. Anda venga, vete a abrir empanadas y contar rajadas de chorizo, yo voy a tunearme un poquito.

Mario duda, sé que mi nerviosismo me delata, pero lo deja estar, porque sabe que si me presiona acabaré colgando el teléfono en un repente de esos que me dan.

—De acuerdo, nena. Pásalo bien, si ocultas algo ya te lo sonsacaré cuando me llames hasta arriba de cerveza.

—¡Oye! ¿A que no te llamo?

Se carcajea y nos despedimos entre risas.

—Acuérdate de que quiero ver ese vestido.

—Prometido. ¡Un beso, vaquero!

—Ojalá pudieras dármelo. Otro para ti.

Cuando estoy lista para salir le pido a Maite que me haga una foto.

—¿Ya estáis con las malditas fotos? Sois ridículos.

—Cierra el pico.

Pongo mi pose más sexi y tiro un beso a la cámara. El vestido es una túnica de seda negra con las mangas abiertas y va sujeto por un cinto ancho dorado. Me he puesto unos zapatos de tacón negros con tiras metálicas doradas y Maite me ha recogido el pelo en una coleta baja. Además me he pintado los labios de rojo y el resultado me gusta.

—Esto es para que no se olvide de lo que tiene en casa, bueno en casa no, en Madrid... ¡tú ya me entiendes!

Maite se parte de risa y yo la miro con la mandíbula apretada.

—No te enfades, Oli, pero es que eres de las personas más celosas que conozco, sigo sin entender cómo te has metido tan de cabeza en una relación así, pero tengo que decirte que de momento me sorprendes, pensé que lo ibas a llevar peor.

La sonrío encantada de haberme conocido y con la cabeza bien alta, después de mandar la foto a Mario, voy a por la botella de vino. Su respuesta no tarda en llegar:

Estoy excitado y enfadado. Ahora voy a pasarme toda la noche pensando en quién te estará viendo con ese vestido y en que yo no puedo, por mucho que desee estar allí contigo. Es ridículamente corto, aunque también condenadamente sexi, aunque esto último es por ti, haces que hasta un trapo de cocina en tus manos resulte interesante. ¿Sabes? Acabas de regalarme nuevo material de primera para mis solitarias noches...

Misión cumplida. Alzo la copa que Maite ya se ha encargado de llenar y me aclaro la garganta antes de hablar.

—Brindo por que Sonia vuelva completamente feliz y por que tu yogurín esté a la altura esta noche.

Nos reímos y nos bebemos la copa sin rechistar. Maite empieza a hablar mientras las rellena de nuevo.

—Brindo por que Sonia vuelva de su retiro con el *chichi* dolorido—me río tan fuerte que derramo un poco de vino en la alfombra, porque la palabra *chichi* hace gracia, no lo neguéis—, porque esta noche nos lo pasemos de vicio y porque estés cerca de eso que tanto anhelas encontrar.

Mi Maite, qué linda que es.

Brindo por ello y mientras noto el dulzor del vino descendiendo por mi garganta, cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que sea verdad.

No es el momento.

El sitio elegido para la fiesta es el típico antro para universitarios donde por diez euros puedes salir con un coma etílico y donde si se te cae algo al suelo es mejor que lo des por perdido, porque te arriesgas a pillar una enfermedad, y o qué sé, tropical por lo menos, si lo recoges. A pesar de eso las chicas van de punta en blanco, lo que hace que Maite y yo no desentonemos.

Me agarra de la mano y me guía entre la multitud. Está imponente con unos pitillos rojos, un top de escote palabra de honor en negro y un perfecto de cuero del mismo color. Siempre es ella la que se abre paso hasta la barra, da gusto ver a los tíos apartándose boquiabiertos para dejarla pasar, algo así como Moisés cuando separó las aguas, ¿o era Noé? Bueno mis nociones religiosas son nulas, pero eso no viene al caso.

Se gira un segundo y me indica que ya ha localizado a Darío. Cuando miro en la dirección a la que se dirige ella por poco no salivo. Madre mía. Ver para creer. Darío, el chico mono, se ha convertido en todo un hombre y joder qué hombre. Sigue teniendo la misma cara de niño que tenía entonces, pero se ha dejado perilla y ha ensanchado espalda, incluso lo veo más alto que entonces.

Además irradia seguridad, lo que le aumenta atractivo. Tiene el pelo rubio, pero algo más oscurecido y unos ojos azules que quitan el hipo. La verdad es que es el prototipo total de Maite.

Lo miro boquiabierto y él, después de darle un besazo a Maite que me trastoca más a mí que a ella, me saluda con una alegría sincera.

—Hola Oliva, estás genial, ¿cómo te va todo?

—No tanto como tú...—Maite se descojona y él parpadea sorprendido.

—¿Perdona?

—Darío, déjala unos segundos, su cerebro se colapsa de vez en cuando. Le pasa con los zapatos bonitos, las cosas que brillan, los chicos guapos...

Ellos se ríen y yo empujo a Maite molesta, aunque tiene razón, me he quedado sin palabras.

—No le hagas caso, es que me has sorprendido, estás... estás muy cambiado.

Él se ríe complacido y un poco ruborizado.

—Gracias, vosotras estáis igual de guapas que siempre. Maite me ha dicho que sigues en el hotel.

—Sí, ya sabes, la vida adulta, un asco.

Nos reímos y charlamos un rato. Hablamos de sus estudios, de mi trabajo e incluso le cuento por encima mi relación con Mario.

Darío se disculpa y se marcha a buscarnos unas cervezas, en cuanto se da la vuelta Maite me agarra a la espera del veredicto más emocionada de lo que es habitual

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Has recuperado ya tu capacidad cognitiva? Sabía que te ibas a quedar alucinada.

—Joder Maite, está..., es... es tremendo. Menuda madurez más bien llevaba... además, fuera de coñas, se le ve muy maduro en todos los sentidos, ¿cuántos años tiene?

—Cumple los veintidós en un par de meses, estudia veterinaria, ¿no te parece adorable? Por lo de los bichos y eso.

Maite no es precisamente una entusiasta de los animales. Los respeta y está totalmente en contra de cualquier tipo de maltrato animal, pero no la dejes cerca de uno, le dan un miedo atroz que nunca nos ha sabido explicar. Por eso su comentario me hace, cuando menos, gracia.

—Y su hermano sabe lo de vuestra... ¿lo que sea que tengáis?

—No tienen apenas relación, Germán debe ser igual de bueno como hermano que como novio y marido, así que si se entera no creo que sea por su parte.

Darío vuelve con una jarra enorme de cerveza para cada uno y nos entregamos a la causa.

Un par de horas después ya estoy oficialmente borracha. No han dejado de darnos una jarra detrás de otra que me he ventilado sin rechistar. Empiezo a reconocer los acordes de *Last Nite* de The strokes y me acuerdo de Mario al instante. Sonaban de fondo mientras él me chillaba histérico y yo conducía camino del aeropuerto. Sonríe como una tonta y le enseño a Maite el teléfono para que sepa que voy fuera un momento. Cojo mi abrigo y me alejo un poco del bar buscando intimidad.

—Hola nena, ¿ya estás borracha?

Me enrabeto como una niña pequeña y al grito de “¡gilipollas!” cuelgo sin pensar muy bien qué estoy haciendo. Segundos después el móvil empieza a sonar nuevamente en mis manos.

—¿Qué quieres?—le contesto molesta y noto que está haciendo esfuerzos por contener la risa—. Te he colgado porque ya se me han quitado las ganas de hablar contigo y puedo volver a hacerlo.

—No te enfades, era una broma. ¿Ocurre algo?

—No, solo que... estaba bailando con Maite y sonó una canción, que, bueno... me recordó a ti...y...vale te echo de menos y necesitaba oírte, ¿ya estás contento?

Se ríe con ese sonido ronco que me vuelve loca y que me enciende en cuestión de segundos.

—Mucho, ¿sigues en la fiesta?

—Sí, me he bebido tres jarras de cerveza—pongo un tres con los dedos remarcando mis palabras con un gesto exagerado, pero claro solo lo veo yo y un tío raro que me observa desde la esquina—y he conocido al muchachito de Maite, ¡no te imaginas lo bueno que está! Esta chica sí que sabe.

—Me alegra que te guste lo que ves.

Mario gruñe ante mis palabras, pero como no aprendo y lo de pensar antes de hablar no va conmigo, sigo soltando estupideces por esa boquita que Dios me ha dado.

—Vaquero, no seas tonto, yo solo te necesito a ti, pero oye una no está ciega y parece que aún estoy de buen ver para estos jovencuelos. Fíjate, me han tirado los tejos dos tíos y no estaban nada mal, no te vayas a creer, pero les he dicho que con mi catalán voy servida.

Mario suspira contra el teléfono y sopesa durante unos segundos lo que decir antes de hablar. Yo mientras tanto juego a dar patadas a una botella de plástico que hay en el suelo, otro indicio más de que he bebido demasiado.

—Oli, prefiero que no me cuentes esas cosas.

—¿Por qué? ¿Me vas a decir que tú no miras si pasa una chica guapa? ¿Miras a otras chicas, Mario?

Vale, que sí, que estoy más borracha de lo que pensaba y no digo más que tonterías; él está distante, molesto y enseguida lo deja claro.

—Tengo que colgar, me están esperando para irnos.

Yo sigo en mis trece, ignoro el tono de su voz, que si antes era disimulado, ahora es claramente de enfado y sigo con mis cavilaciones.

—Y la zorra de Maite les ha explicado que mantengo una ridícula relación a distancia basada en conversaciones ñoñas, intercambio de fotos y sexo telefónico, que es verdad, pero a mí no me parece ridícula, ¿a ti te lo parece Mario?

No tengo ni idea de cómo he pasado de solo querer escuchar su voz a acabar cuestionándole lo nuestro, pero es lo que tiene el alcohol. Él suspira con desgana y se queda callado y ese silencio me bloquea, es de apenas unos segundos antes de que conteste, pero se me hacen eternos y ese instante de duda fugaz abre un abismo ante mis ojos que hasta ese momento era imposible que existiera para mí.

—Nena, no es el momento, vuelve a la fiesta y pásatelo bien, mañana hablamos.

—¿Mario? Por qué no..., ¿qué pasa? ¿Te parece ridícula? Contesta ahora mismo Mario. ¿Por qué has dudado?

—Oli, hay seis personas esperándome que no tienen por qué escuchar esta conversación, en serio, no es el momento.

Su tono es duro y carente de la dulzura con la que siempre se dirige a mí. Incluso el *nena* ha sido tosco y frío. Me cierro el abrigo con fuerza, de repente no me encuentro bien y se me humedecen los ojos.

—¿Pasa algo? Yo, no pretendía...

Me interrumpe sin darme tiempo para explicarme, ni para disculparme por ser tan impulsiva y hablar sin pensar primero, ni para despedirme siquiera.

—Adiós Oli, te llamo mañana.

Y sin más Mario me cuelga.

Me siento en un bordillo de un portal y me tapo las piernas con los brazos. No entiendo qué es lo que acaba de pasar y no conocía a este Mario. Analizo la conversación y me doy cuenta de que he podido meter la pata contándole lo bueno que está Darío o lo de esos tíos, si fuese al revés yo estaría muerta de celos, pero han sido comentarios sin maldad y hasta yo, con lo celosa que soy, de vez en cuando razono y veo que no tiene sentido enfadarse por eso y menos hasta el punto de colgarme el teléfono sin darme por lo menos una explicación. Valiente gilipollas. La tristeza e inseguridad que me había invadido hace unos minutos se ha ido convirtiendo en un cabreo considerable.

Cuando vuelvo al bar estoy que echo humo. Maite se acerca a mí, chupito en mano y yo se lo quito y me lo bebo de un trago sin darle tiempo ni a brindar conmigo. El alcohol cae en mi estómago como una losa y abro la boca para coger aire. Es repugnante y me arde todo el cuerpo como si estuviera en llamas.

—¿¿¿Pero tú quieres matarme??? Qué asco, joder.

—¿Qué te pasa Aceituna? Tienes hasta el pelo encrespado de la mala hostia que traes.

—Me ha colgado el teléfono. Yo colgué primero, de acuerdo, pero lo mío fue un repente infantil de esos que me dan, lo suyo ha sido con premeditación, con inquina, con...

Maite me corta y agarrándose del brazo me hace seguirla hasta el baño.

—Vamos, tengo que mear.

Por un milagro divino cuando llegamos hay justo un baño libre, así que corremos como locas y nos encerramos en él, es una ocasión que no ocurre todos los días. Está hecho un asco y huele fatal, pero bueno, eso no es una novedad. Maite se baja los pantalones y hace pis mientras me mira con preocupación.

—Venga, suéltalo.

Empiezo a gesticular y a contarle, a ratos en susurros y a ratos en gritos, mi conversación con Mario. Ella escucha pacientemente y resopla de vez en cuando.

—Ha dudado Maite, el muy patán y después me ha colgado. No podía haberme dicho "*tranquila, nena, no te montes películas, todo va bien, pero es que tengo que irme*"—ella se parte de risa ante mi imitación de Mario—, nooooo, mejor te contesto de mala hostia y ¡jala! Te dejo rayada para el resto de la noche.

—Rayada y enfadada en una fiesta universitaria hasta arriba de veinteañeros cachondos, no es muy inteligente por su parte.

—¿Por qué dices eso? Olvidalo, el caso es que ahora la que está cabreada soy yo, no pienso volver a llamarlo.

—Oli, el problema es que os estáis conociendo de una manera poco habitual y los dos sois demasiado terrenales para poder aguantar así mucho tiempo. Además, no te enfades, y parece mentira que sea yo la que te diga esto, pero juntos no os comportáis como adultos precisamente...

—Parecemos críos de instituto.

—Exactamente. Mira, no sé por qué se le habrán cruzado los cables a él, pero yo me imagino que para Mario también es difícil imaginarte en una fiesta, rodeada de tíos intentando meterse en tus bragas y no poder estar contigo. Necesitáis tocaros, besaros, chillaros a la cara, pegaros si hace falta—abro los ojos y le hago una mueca—, qué sé yo. Lo que sea para poder equilibrar todo eso que tienes dentro y que no explotes un día y nos mates a todos. Aceituna, no estás hecha para contenerte, tú eres pura energía y pasión y sin él cerca tienes que hacerlo.

—A veces eres un auténtico coñazo.

Ella se ríe y me da un abrazo, sabe que es mi modo de decirle que tiene razón, pero no me gusta lo que conlleva eso. Maite no quiere hacerme daño, pero con sus palabras, indirectamente me ha dicho que lo mío con Mario a distancia tiene los días contados y por un momento he pensado en que quizá esté en lo cierto, por mucho que me duela, porque, ¿cuánto tiempo seremos capaces de aguantar así?

Salgo del baño con energías renovadas, no estoy al cien por cien, pero me he propuesto disfrutar de lo que queda de noche, no voy a darle el poder de estropear una noche que también es de Maite.

Bailamos como locas entre la multitud y me lo paso de miedo con Darío y sus amigos, la verdad es que son muy divertidos y nos han integrado en el grupo desde el

primer momento. De vez en cuando miro el teléfono para ver si Mario ha intentado ponerse en contacto conmigo de algún modo, pero cuando ya son las cinco de la mañana y veo que no ha dado señales de vida, decido apagar el móvil y así dejar de torturarme. Me ha quedado claro, vaquero.

Acabamos comiendo un bocadillo de calamares entre risas a eso de las siete de la mañana y después Maite, Darío y yo compartimos un taxi hasta nuestra casa.

Cuando llegamos ellos se encierran en el cuarto de Maite. Juro que han empezado a quitarse la ropa antes de entrar, así que corro hasta mi habitación, no vaya a ser que acabe presenciando una escena tórrida que después me lleve meses conseguir bloquear de mi mente.

En menos de cinco minutos ya estoy metida en la cama con la sábana hasta la barbilla. No enciendo el móvil. Necesito descansar, porque trabajo dentro de unas horas y me niego a encontrarme con su silencio y estar comiéndome la cabeza hasta que suene el despertador. O peor aún, encontrarme algo para lo que no estoy preparada.

Moscorrofos y un pata negra.

La voz de Maite me despierta. Abro los ojos y me la encuentro sonriente de rodillas frente a mí.

—Oli, tienes que levantarte o llegarás tarde al hotel.

—¿Qué hora es?—la miro con los ojos llenos de legañas mientras ella me acaricia el pelo con ternura.

—Son casi las dos, venga que la comida ya está lista. Darío ha preparado pollo con naranja, este chico es un diamante en bruto ¡lo come de vicio y nos da de comer!
¡Casi nada!

La miro sorprendida, para empezar porque no tengo la mente lo suficientemente preparada para comentarios de este tipo recién despierta y en segundo lugar, porque Maite no lo haya despachado antes y se quede con nosotras a comer. Le digo que me den un minuto y cuando sale enciendo mi móvil con desesperación.

Mario.

Solo de pensar en él todo mi cuerpo responde, pero esta vez además estoy furiosa. No sé qué es lo que pasó ayer, pero no me gustó. Me llegan cinco llamadas perdidas tuyas, todas a partir de las nueve de la mañana, con una diferencia de un par de minutos entre ellas, cómo me alegro de haberlo apagado.

—Buenos días, Oliva.

Sonrío a Darío, que sirve la comida en los platos bajo la atenta mirada de una Maite demasiado sonriente para lo que me tiene acostumbrada.

—Buenos días. Estoy horrible, si le cuentas a alguien esto eres hombre muerto.

Llevo puesto un pijama de cuadros viejo y mi pelo parece un nido de pájaros, pero me da igual. Estoy agotada, resacosa y enfadada, lo que menos me apetece es tener que preocuparme por estar presentable delante de nadie en mi propia casa.

—No digas chorradas, tú nunca podrías estar fea.

Maite le pellizca el culo y yo sonrío complacida.

Comemos, yo dando vueltas a lo que pasó ayer y ellos entre risas y confianzas, aunque de vez en cuando noto como me observan con lástima.

El pollo está de muerte y él promete darme la receta.

—¿Has hablado con Mario?

Levanto la cara hacia Maite y Darío se incorpora con disimulo y se marcha con la bandeja a la cocina para dejarnos solas, detalle por el que le sumo otro punto. Este chico va a resultar aun más interesante de lo que pensaba.

—No y no me apetece hablar de ello.

—¿Él te ha llamado?

—Eso parece, apagué el móvil y al encenderlo tenía un montón de llamadas perdidas. O llegó incluso más tarde que nosotros o madrugó de lo lindo para ser domingo y pondría la mano en el fuego porque fue lo primero.

Me levanto y me voy a la ducha dando por zanjada la conversación.

Desde que salgo de casa hasta que empieza mi turno, mi teléfono no deja de sonar. Parece ser que Mario ya se ha levantado y por las horas que ha permanecido en silencio que mi suposición era cierta y que ha estado durmiendo hasta ahora. Pasan por mi cabeza cientos de imágenes de lo que pudo hacer o de con quién pudo acabar hasta las tantas y me hierve la sangre, sé que eso es lo peor que puedo hacer, pero no puedo evitarlo.

Lo ignoro y silencio el móvil, aunque no puedo contenerme y leo los mensajes que llegan de vez en cuando:

Oli, por favor, coge el teléfono.

Nena, necesito hablar contigo, contesta.

Soy gilipollas, lo siento.

Pues sí, eres gilipollas. Estoy a punto de llamarlo solo para confirmárselo, pero no lo hago, quiero que sienta lo que sentí yo anoche y además por primera vez desde que nos conocemos, no me apetece hablar con él.

La tarde se me hace eterna, procuro que no se me note, pero Rosa enseguida sabe que algo no va bien y se ocupa ella de atender a los clientes dejándome a mí el papeleo y otras tareas que no supongan parecer feliz delante de los demás.

Aparece Miguel, mi superior y se planta en la recepción a ojear unos documentos, sin duda el día mejora por momentos.

—Buenas tardes, hotel Sant Carlos, le atiende Oliva.

—Nena no cuelgues.

Abro la boca sorprendida y enseguida vuelvo a poner mi sonrisa profesional, ya que Miguel ha notado mi desconcierto y me está vigilando de reojo. Tenemos prohibidas las llamadas personales y aunque es una norma que ninguno de mis compañeros ni yo cumplimos, ahora mismo tengo a mi superior delante, así que no me queda otra que disimular. Puto Mario, menuda suerte ha tenido, hubiera colgado sin pensármelo dos veces, pero delante del *caraculo* de Miguel como que no.

—Sí, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Oli, lo siento—Mario suspira y yo cierro los ojos un segundo para controlarme, porque si me dejo llevar por lo que me está pidiendo el cuerpo en este momento es posible que me despidan—. Sé que ayer... la jodí.

—Tendría que consultar la disponibilidad para ambas fechas, espere un segundo.

Me acerco al ordenador y tecleo sin sentido, aunque parece que Miguel ya se ha concentrado de nuevo en lo suyo.

—¿Oli? Mmm... Supongo que no te pilla en buen momento, siento haberte llamado al hotel, pero necesitaba oírte o iba a volverme loco...

—Ambos días están disponibles.

—Solo promete hablar conmigo luego, por favor.

—De acuerdo, gracias a usted, que pase un buen día.

—Hasta luego Oli.

Cuelgo y me froto las manos para intentar que me dejen de temblar. Reconozco que me ha gustado oír su voz y su disculpa, pero creo que ahora estoy más cabreada que antes por no haber tenido la oportunidad de elegir si quería hacerlo o no.

En cuanto salgo del hotel cojo el teléfono y marco su número. Veo su cara sonriente en el fondo de pantalla y siento unas ganas inmensas de romper algo. Su cabeza, por ejemplo.

—Nena, por fin.

Noto el alivio que siente, pero antes de darle opción de explicarse estallo como una granada.

—¿¿¿Se puede saber de qué vas??? He tenido que contener mis ganas de mandarte a paseo delante de mi supervisor, ¿sabes lo que supone eso para mí?

—Perdóname, como siempre has podido hablar pensé que...

—¡¿Que pensaste, dices?! Vete a la mierda Mario.

—Necesitaba oírte, eso es todo. Sé que ayer me equivoqué, estaba enfadado...

—Ayer yo necesitaba oírte y tú me colgaste, ¡¿por qué yo no debería hacerlo ahora?!—voy gritando por la calle como una loca, pero me da lo mismo—. Y ni siquiera me diste una explicación, yo sí te la doy, ¡¡¡estoy muy cabreada contigo!!! Ahí la tienes y no me apetece ni lo más mínimo escucharte en estos momentos.

—Oli...—Mario suspira y su tono lastimero hace que baje las defensas un poco—, me bloqueé, me muero de ganas de verte y cuando vi la foto...pensé en ti con ese vestido, tan bonita y tan lejos, rodeada de tíos borrachos y luego tus comentarios sobre ellos, sé que no tiene importancia y que es un arrebato de celos estúpido e infantil, pero me puse furioso y lo pagué contigo.

—¿Confías en mí?

—Más que en nadie, ese no es el problema. La cuestión es que esto es difícil para mí.

—Para mí también.

—Tuve un mal día, quiero tocarte y no puedo, llego a casa y pienso en lo bonito que sería verte esperándome en mi sofá, pero no estás, me despierto y mi cama está vacía... ¿cuánto hace que no nos vemos, un mes?—asiento con un murmullo y él prosigue—. Y ya lo llevo así de mal... necesito acostumbrarme a esto.

—Yo también me estoy adaptando, no sé cómo otras parejas pueden, de verdad.

—Porque tú y yo no somos esas parejas, Oli, necesitamos el contacto, estar cerca.

Me siento en un banco y cierro los ojos. Sigo enfadada, pero con apenas unas palabras me va derritiendo por dentro y ahora solo pienso en que dentro de unos días podré abrazarlo y pegarle una paliza si es necesario por capullo. Sonrío al pensarlo.

A pesar de que ya estoy más calmada, vuelvo a recordar su silencio cuando le pregunté por nuestra relación y frunzo el ceño, pero él, como siempre, parece que sabe lo que pasa por mi cabeza.

—No pienso que nuestra relación sea ridícula, quiero que lo sepas. Solo que es... diferente, pero es lo que tenemos, aunque espero que no para siempre o me volveré loco.

—A mí tampoco me gusta, pero creo que merece la pena pasar por esto si es por ti.

—Nena... yo... lo siento, lo siento mucho.

Por un instante pienso que ese *lo siento* significa mucho más de lo que parece, como si la disculpa abarcara algo más de lo que supone la situación. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y sacudo la cabeza para desprenderme de esa sensación. Me levanto de un salto y respiro hondo. Ya está, tema zanjado, no quiero que sigamos compadeciéndonos en vez de disfrutar de lo único que tenemos, que son estos momentos, estas conversaciones.

—Bueno, vaquero, disculpas aceptadas, ahora cuéntame, ¿cómo fue tu noche?

—Mmm, no estuvo mal supongo, aunque bebí demasiado porque estaba furioso y tengo una resaca espantosa. ¿Y tú? ¿Los adolescentes pudieron contigo?

Chasqueo la lengua y suelto una carcajada.

—No son adolescentes, Mario, es que tú ya estás en la treintena y se nota...—suelta un gruñido y yo contengo la risa, siempre acaba picándose por la edad—, de hecho con alguno me llevo menos años que contigo... pero ni comparación cariño. Me tienes embelesada, todos me parecen moscorrofos a tu lado.

—¿Mosco...qué?—se rie tanto que le salen las palabras a trompicones.

—Moscorrofos, feos, orcos... ya sabes. Has puesto el listón muy alto y ahora mirar los escaparates no tiene gracia.

—Pues bien que miraste ayer al chico de Maite.

Intenta sonar indiferente, pero suena a reproche y me río por dentro.

—¡Bah! Eso es diferente, lo examiné por ella, eso es lo que hacen las amigas ¿sabes? Necesitaba mi visto bueno y, objetivamente, por lo que he podido observar, de momento el chico es un sobresaliente. ¿Qué te crees, que tú no tuviste que pasar por el veredicto del jurado?

De pronto se muestra muy interesado por la conversación, su curiosidad hace que me parezca más crío que nunca y noto un salto en el corazón.

—¿Y? ¿No me vas a contar la opinión de ese implacable jurado?

—¿Acaso importa?

Mario resopla y me muerdo el labio para no reír.

—Supongo que no, ya que estás conmigo de todas maneras... pero tengo curiosidad.

—La curiosidad mató al gato.

Se da cuenta enseguida de que estoy jugando con él y decide participar, anda que no es listo ni nada.

—Ah, entiendo. Eso significa que no quieres saber lo que mis amigos dicen de ti.

Abro los ojos como platos, me ha pillado. Creo que no hay mujer en la faz de la Tierra que no desee saber esa información.

—Tus amigos no me conocen.

—Oh sí. Raúl te conoce, mi familia y mis amigos han visto tus fotos y hablo continuamente de ti, créeme, también opinan de vez en cuando.

—Oh. Y...—antes de continuar Mario ya se está partiendo de risa—¿qué dicen?

—¿Acaso importa?

Cabrón. Malnacido. Si lo tuviera delante le pellizcaría los pezones hasta que llorara como una niña.

Respiro hondo y contesto con toda la indiferencia que soy capaz de fingir.

—Lo cierto es que no.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos en silencio esperando a que el otro hable, hasta que no aguanto más, está claro que la paciencia no es una de mis virtudes.

—¡Como no me lo digas te arranco los ojos y me hago unos pendientes con ellos!

La risa ronca que brota de sus labios me hace estremecer y curvar los míos.

—Nena, ¿qué van a pensar? Que eres preciosa, inteligente, divertida..., un poco loca...—lo interrumpo en el acto.

—¡¿Por qué piensan que estoy un poco loca?! ¿Qué les has contado?

—No te enfades, pero tu vídeo está en *YouTube*.

Me tapo los ojos con la mano, ay Dios. Empiezo a maldecir y a lanzar grititos histéricos hasta que me tranquiliza.

—No te preocupes, mi madre no lo ha visto, pero mis amigos están deseando conocerte, aunque no sé si eso me gusta o no, ese vídeo es muy sexi.

—Bueno, supongo que es verdad, estoy un poco chiflada.

Nos reímos y nos despedimos, porque ya he llegado a casa y después de la noche de ayer estoy agotada.

—Que duermas bien, Oli.

—Y tú, vaquero. Por cierto... según mi implacable jurado eres un pata negra.

—¿Eso es mejor que un sobresaliente?

Pongo los ojos en blanco, ¡hombres!

—Sí, sin duda. Es algo así como una matrícula de honor.

—No te mereces menos, nena.

Y en ese momento me siento tan feliz que pienso... pues claro que no.

Confesiones inesperadas.

Cuando llego a casa Sonia y Maite preparan la cena entre risas. Siendo sincera, Sonia cocina y Maite parlotea a su alrededor mientras come patatas fritas y va dejando todo el suelo perdido de migas, que la otra barre pacientemente. Doy un abrazo a Sonia y veo que está radiante, parece ser que su fin de semana ha sido inmejorable.

Ya en el salón, nos sentamos las tres en el suelo alrededor de la mesa baja del sofá y empezamos a comer, esperando a que ella nos lo cuente absolutamente todo.

—Venga, Pequeño pony, que nos tienes en ascuas.

Sonia se sonroja y suspira con una cara de boba que no puede contener.

—Chicas, ¡ha sido increíble! La casa era preciosa, tenía chimenea y un jacuzzi—se ruboriza, seguramente porque le habrán venido a la mente imágenes de todo lo que habrá hecho en ese jacuzzi y frente a esa chimenea—, apenas hemos salido en todo el fin de semana.

—¿Para qué ibais a salir? Es un retiro sexual—Sonia le da un manotazo a Maite que le saca la lengua como respuesta.

—No digas eso, ha sido de lo más romántico. Raúl es... no tengo palabras. Simplemente es él. Lo he encontrado.

Maite y yo nos quedamos mirándola con los ojos y la boca de par en par, la mía vacía, la de Maite con un trozo de pizza a medio masticar, lo que hace que la imagen sea repugnante.

Sonia cree firmemente en el amor, pero en ese amor puro y bueno, sin celos, envidia, orgullo, mentiras, peleas..., es decir, en un amor de esos de cuento de hadas donde nunca hay dolor. Toda la vida ha esperado encontrar a esa persona que la complementa, que la llene y sinceramente, tanto Maite como yo creíamos que eso era imposible, porque somos de las que pensamos que el amor duele y no por ello es menos bonito, ni menos profundo, pero al escuchar sus palabras y verla tan segura, tan firme y serena como es ella siempre, no hay duda de que es de verdad.

—Sonia, ¿estás segura?—me tiembla la voz, pero es que me he quedado de piedra. Pensaréis que no es para tanto, pero si la conocierais lo entenderíais. Es posible que pasado mañana esté comprando revistas de novias y eso asusta.

—Completamente.

—Cariño—Maite ya ha cerrado la boca y ha tragado, gracias a Dios, y le coge la mano con suavidad—, hace muy poco que lo conoces, no te precipites, no quiero que te haga daño o que te llesves una desilusión por esperar demasiado de él.

Sonia nos mira a las dos. Parece una niña sentada sobre sus piernas con su pijama rosa y su melena rubia recogida en dos trenzas. Tan dulce, tan pequeña, tan vulnerable, aunque sea mentira, porque en el fondo siempre ha sido la más fuerte de las tres.

—Chicas, no es cuestión de tiempo. Con Pedro estuve cinco años intentando encontrar lo que he encontrado en Raúl en apenas seis meses y medio y no lo conseguí. Estoy enamorada de él y él de mí y además es lo que necesito en mi vida, no hace falta más. Me ha pedido que vivamos juntos.

Se encoge de hombros y se mete un trozo de queso en la boca, como si lo que acaba de decir no tuviera mayor importancia. Seguimos en silencio, miro a Maite que mira a Sonia como si fuese una especie de otro planeta y no puedo evitar reirme.

—Me alegro tanto por ti Sonia, de verdad. Te lo mereces.

Ella sonríe complacida y me acaricia la pierna, después mira a Maite esperando su opinión.

—Yo también, solo es que... no me lo esperaba, o sea, a Raúl lo veía bueno para ti, pero no pensé que todo fuera a ir tan rápido. Me lo hubiera esperado de Oli, conocer a un tío y casarse borracha a los dos días o largarse con él a vivir a una chabola en la selva, pero de ti... eso quiere decir que estás muy segura.

—Lo sé, gracias chicas y podéis respirar tranquilas que no os voy a echar del piso.

Nos relajamos al instante, porque ya estaban pasando por mi mente imágenes de la odisea que podría ser buscar un piso con Maite, y Sonia se ríe.

—Aunque estoy totalmente segura de lo que tengo con Raúl le he dicho que no, que primero quiero que conozca a mis padres y después ya veremos. Lo quiero, pero tenéis razón, ha pasado todo muy deprisa así que poco a poco. Le he propuesto como solución, para que no se sintiera rechazado, mantener los dos pisos, al fin y al cabo este está pagado. Aunque durmamos juntos de este modo cada uno tendrá su espacio y yo seguiré con vosotras un poco más, siempre y cuando no os parezca mal que también esta se convierta en su casa cuando esté por aquí.

Las dos negamos efusivamente y Maite sale corriendo a la cocina y vuelve con la botella de sidra que Sonia nos ha traído de Asturias.

—Por noticias así hay que brindar, no digáis que no.

—Empiezo a preocuparme por vuestro alcoholismo.

Maite le hace una mueca. Aunque es una broma, Sonia tiene parte de razón, de hecho aún tengo un poco de resaca y ya tengo una copa de nuevo en la mano. No sé qué va a ser de nosotras cuando Sonia se marche.

—Brindo por ti Sonia, porque ese zagal te haga muy feliz.

Brindamos y después de acabar con la copa nos abrazamos y saltamos como niñas.

—Bueno ponedme al día, ¿qué tal el *finde*?

Maite le cuenta con todo lujo de detalles su fin de semana con Darío y cuando digo con todo detalle es literal, de hecho la pobre Sonia se ha vuelto a rellenar la copa un par de veces para soportarlo. Está encantada, demasiado para lo que nos tiene acostumbradas y cuando acaba su monólogo nos quedamos las dos mirándola con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa?

—¿Te gusta Darío?

—¡No digas tonterías!—pone los ojos en blanco y me tira un trozo de pan—. Claro que me gusta, es una bestia, qué energía, qué aguante, qué...

Sonia la interrumpe antes de que suelte alguna obscenidad de las suyas. Alguna más quiero decir, porque ya se ha quedado bien a gusto con una descripción pormenorizada de la anatomía del mozalbete en cuestión, obviamente haciendo hincapié en aquellas partes que no tenemos intención de conocer.

—Oli no se refiere a eso. Nunca se quedan a comer y si me apuras ni a dormir.

—Es joven, estudiante y por lo tanto pobre. Después de todo el ejercicio tenía que recuperar energías, ¿no ves que aún está creciendo? No quiero que me acusen de maltrato infantil por no alimentarlo.

Me río mientras estoy bebiendo y se me va la sidra por la nariz.

—Maite, no digas chorradas—me seco todo el líquido que me he tirado por la camisa—, Alberto era más inmaduro que él y le saca unos cuantos añitos, por lo que pude ver ayer es incluso más adulto que nosotras dos juntas.

—Pero es que Alberto no es un buen ejemplo, seguro que se metía lapiceros por la nariz de pequeño y se le incrustó uno en el cerebro, como a *Homer Simpson* y tú y yo somos espíritus jóvenes en cuerpos de escándalo, no tenemos ninguna necesidad de madurar.

Sonia se parte de risa con lo del lapicero, porque es una historia que nos contó ella que pasó en su guardería. Tuvieron que llevar a un niño a urgencias porque otro le metió una pintura por la nariz y era tan pequeña que no había manera de sacarla, pero el niño está bien, que quede claro, ni lesiones cerebrales ni traumas.

—Sonia tenías que verlo, no tiene nada que ver con el recuerdo que teníamos de él.

Maite sale corriendo derrapando por el pasillo y vuelve con su móvil. Nos enseña una foto con una sonrisa de oreja a oreja. La verdad es que podía haber escogido una de las mil que nos hicimos por la noche de fiesta, pero no, está claro que la elegida es una mucho más explícita y que a ella le gusta mucho más. Post—coital con total seguridad, para más señas. Sale Darío tumbado en su cama, tapándose sus partes con un trozo de sábana minúscula, está despeinado y sonríe a la cámara con satisfacción. Sonia se sonroja hasta la raíz del pelo y aparta la mirada enseguida, y yo la mantengo un poco más, lo reconozco.

—¿Qué te parece, Sonia?

—Que no deberías enseñar ese tipo de fotos—Maite chasquea la lengua y la sigue mirando esperando el veredicto—. Vale, es muy atractivo, pero Oli no se refería a eso, ¿verdad?

—No, es un encanto. Tiene la cabeza muy bien amueblada, además es divertido, responsable y está loco por ti, Maite.

Me fulmina con la mirada y la muy zorra le dice a Sonia que me pregunte por Mario. Es obvio que no quiere seguir hablando de Darío, la conozco bien y por primera vez en mucho tiempo veo ilusión en sus ojos negros.

Le cuento a Sonia mi pelea y a ambas mi reconciliación con Mario y también le pido consejo para sorprenderlo cuando llegue a Barcelona. Antes de que me dé cuenta tiene el móvil en la oreja y está llamando a Raúl.

—Cuqui, soy yo.

Maite y yo nos miramos y nos partimos de risa. Sonia nos lanza una mirada terrorífica y nos calmamos un instante, pero en cuanto nos volvemos a mirar estallamos en carcajadas de nuevo.

Odiamos por encima de todas las cosas ese tipo de apelativos cariñosos, del rollo cuqui, cari, pichoncín, etc. Sabéis de sobra a lo que me refero. Maite y yo hicimos la promesa de que si una caía en un mote de esos ñoños pegaría una paliza a la otra con puñetazos y todo. Con Sonia no pudimos hacer nada, desde que tuvo su primer novio en primaria dejó claro que para ella era algo inevitable en una relación. Pedro fue Peque desde el primer mes y por lo visto Raúl ya ha sido bautizado como Cuqui. Me muero por contárselo a Mario, seguro que se troncha.

—Escucha, Oli ha conseguido unos días libres y quiere ir a Barcelona a dar una sorpresa a Mario, llegaría el jueves por la mañana.

—...

—Exacto. Tú ni una palabra. Llama a su hermano y que él hable con Oli, ¿te parece?

—...

—Sí, vale, gracias Cuqui.

Antes de que pueda reírme de nuevo, Sonia me mira y doy un codazo a Maite para que se comporte. Está aguantando tanto que creo que ni respira, empieza a mutar a un tono azul preocupante.

—...

—Y yo también. Hasta mañana.

Sonia cuelga el teléfono y nos mira con el ceño fruncido. Cuando se pone así da miedo, en serio. Me recuerda a mi madre cuando me pillaba haciendo una de las mías, parece que nos va sacudir con la zapatilla en cualquier momento. O peor aún, soltar una de esas escalofrantes frases de madre en plan "*no estoy enfadada, estoy decepcionada*".

—Raúl va a llamar al hermano de Mario y mañana él te llamará, así puedes organizarte con él.

—Gracias Sonia.

—De nada. ¿Algo que decir?

Las palabras salen de mi boca sin querer, lo juro, ha sido superior a mis fuerzas, pero es que me lo ha puesto a huevo y si no lo digo reviento.

—No, Cuqui.

La carcajada de Maite no se hace esperar. Sonia resopla e intenta parecer enfadada, pero al vernos retorciéndonos en el sofá curva sus labios y sacude la cabeza hasta que rompe a reír también y se tira encima de nosotras a hacernos cosquillas.

En momentos así me olvido de todo y vuelvo a sentirme como si fuéramos niñas de seis años jugando sin parar, sin pensar en nada más que en hacernos reír las unas a las otras, sin preocupaciones ni responsabilidades, disfrutando del mundo de fantasía que gobernamos entre las tres.

Bienvenido a casa.

Me siento encima de la cama y observo el panorama con angustia. Cualquiera que entrase en mi habitación ahora mismo podría pensar con facilidad que me han robado.

Es miércoles y estoy haciendo la maleta, porque mañana cojo el vuelo que me llevará hasta Mario y estoy de los nervios. He vaciado el armario sobre la cama y ya he pasado por ese momento en el que gritas desesperada que no tienes nada que ponerte entre toneladas de ropa, algunas prendas con etiqueta y todo.

Llevo la mitad del espacio ocupado solo con un montón de ropa interior bonita, que ni de coña me va a dar tiempo a usar en menos de tres días y un neceser del tamaño de una maleta de mano, para que os hagáis una idea. Ahora es cuando tengo que hacer verdadera magia para ser capaz de meter todo lo demás.

Odio hacer la maleta. Creo firmemente en que alguien podría ganarse la vida con facilidad si se dedicara a hacer y deshacer maletas ajenas. Yo misma pagaría dinero por ello, pero como de momento eso no existe y la única que se ha ofrecido a hacerlo es Maite y, evidentemente, nadie en su sano juicio la dejaría ni siquiera si lo hiciese gratis, pues en esas me encuentro.

Un par de vestidos monos por si salimos por la noche, zapatos de tacón negros que me pegan con los dos, unos vaqueros, camisetas básicas, un jersey, las botas de lluvia por si acaso, tres bolsos, un pantalón de vestir y mi blusa favorita por si... por si nada, porque si no sé que llevo un poco de todo me puede dar un infarto. Me siento encima de la maleta y chilló hasta que Sonia corre a ayudarme y entre las dos conseguimos cerrarla. He metido hasta un bikini, ya sé que estamos en febrero, pero nunca se sabe.

Fermín, el hermano de Mario, irá a recogerme al aeropuerto antes de ir a trabajar y me dejará en su casa. No nos conocemos, pero hemos hablado bastante esta semana y es un encanto, cuando lo llamé se entusiasmó con la idea y le ha metido una trola a Mario increíble para que pidiera el viernes el día en el trabajo por asuntos personales y así poder pasarlo juntos. Algo sobre una visita al urólogo a la que se niega a ir solo. Parece ser que a él no le ha sentado muy bien, pero espero que cuando sepa que el motivo es otro mucho más agradable, se alegre de haberlo hecho. Además, se va a quedar a dormir en casa de su madre para dejarnos la casa para nosotros; yo me negué en redondo, pero ha sido imposible convencerlo de lo contrario.

—Oliva, piensa que me haces un favor a mí. Mi hermano está insoportable, necesito que lo dejes seco para que cuando te vayas vivir con él no sea una tortura y para eso prefiero no estar por allí.

Lo dicho, un encanto.

Cuando bajo del avión siento que estoy hecha un asco, entre otras cosas, porque he dormido fatal; me recordaba a esas noches de insomnio que sufría cuando era pequeña el día antes de una excursión con el colegio, o cuando venían los Reyes magos, o cuando iba a ir al cine con algún chico que me gustaba. Lo mismo a pesar de mis años, histérica perdida.

Además, para mejorarlo todo, me ha tocado sentarme al lado de un señor con una opinión muy personal de lo que se supone que es la higiene mínima exigida para subir en un avión en clase turista, así que ha sido imposible relajarme durante el viaje.

Arrastro mi maleta, cámara en mano, por la terminal hasta que veo a Fermín.

Mario me había enviado alguna foto con él, así que no me cuesta nada localizarlo. Sonríe y le devuelvo la sonrisa nerviosa. Antes de que pueda reaccionar le saco una foto para luego enseñársela a Mario. Es guapo, algo más bajito que su hermano, con el pelo un poco más corto y algo más claro. Tiene los mismos ojos marrones y una sonrisa igual de bonita.

—Oli, por fin estás aquí.

Me recibe con los brazos abiertos y nos abrazamos como si nos conociéramos de toda la vida. No me resulta extraño, si no todo lo contrario y él parece tan cómodo como yo. Me mira de arriba a abajo y sonrío de medio lado con picardía.

—Ahora que te veo al natural ya entiendo porque mi hermano está tan susceptible.

Le doy un golpe en el pecho y nos reímos. Madre mía, estos llevan la labia en los genes.

—Qué peligro tienen los hermanos Vélez. Y gracias por el cumplido, pero estoy hecha un desastre.

—No era un cumplido, créeme.

Me sonrojo como una colegiala y me guiña un ojo divertido.

—¿A qué hora llega Mario a casa?

—Sobre las cuatro. Tienes tiempo de sobra para dormir un rato, hacer turismo, lo que necesites. Luego te dejo un juego de llaves por si tienes que salir.

—Gracias.

—No hay de qué. Me alegro mucho de que estés aquí. Se pasa el día hablando de ti, por eso es como si ya te conociese.

Viven de alquiler en el último piso de un edificio antiguo bastante céntrico. Durante el trayecto Fermín va explicándome por donde vamos pasando y sitios interesantes para ver. No es la primera vez que estoy en Barcelona, cuando cumplí quince años vine con mi madre y Ricardo a pasar cuatro días, pero el viaje se centró en la playa y en las típicas visitas de parada obligatoria, espero que este viaje me permita conocer una ciudad totalmente diferente. La ciudad tal y como la ve Mario.

Cuando abre la puerta, Pol se abalanza sobre nosotros, tiro mi bolso al suelo y me deshago en abrazos con él. El perro parece encantado con mi visita y Fermín nos mira sonriendo.

—Vaya, mi recibimiento no ha sido tan efusivo, no sé cómo tomármelo.

—A ti ya te tengo en el bolsillo, a él aún tenía que ganármelo.

Asiente y me anima a que lo acompañe a ver la casa.

El piso huele a Mario y a limpio y mi obsesión por los olores me lleva rápidamente a reconocer el perfume que va dejando Fermín a su paso y que se mezcla con los demás. Huele a *Polo Blue* de Ralph Lauren y a algo mentolado.

Descubro que es un piso pequeño, pero muy acogedor y con mucha luz, lo cual me encanta. Al entrar en el salón veo un sofá marrón con cojines verde pistacho, una mesa de madera oscura con cuatro sillas en un lateral y una mesita baja llena de mandos de consolas y revistas de motos. Además de una estantería a rebosar de libros y películas y una televisión tan grande que hace que la sala parezca más pequeña de lo que es. Las paredes están cubiertas con carteles de cine, *El padrino*, *La naranja mecánica* y *Trainspotting*. Buena elección.

También hay una foto en blanco y negro de Brigitte Bardot, con su inconfundible melena rubia suelta y una cámara de fotos en la mano. Es una imagen diferente a las que suelen sacar de la actriz; ella no mira al fotógrafo, está concentrada en el objeto que tiene entre las manos y lleva una camisa blanca con un lazo de lunares al

cuello. No hay nada explícitamente sexual en la foto y aun así resulta terriblemente sexi, como si fuese algo inherente en ella. Es preciosa.

En general parece el típico salón de un piso de chicos, exceptuando por el hecho de que está bastante limpio y eso contradice mi idea establecida hasta el momento. A la izquierda de la tele hay un agujero en la pared, como una ventana, por donde veo una diminuta cocina americana en tonos beige.

A la derecha del salón Fermín abre una puerta y de ella salen otras tres. Las dos habitaciones y en el medio un baño con más botes de cosmética que el nuestro, lo que me hace sonreír y al darse cuenta Fermín apaga la luz y carraspea un poco avergonzado.

—Bueno, ese de ahí es mi cuarto y estos tus aposentos. Estás en tu casa, las llaves están en la entrada, yo cojo mis cosas y me marcho corriendo que tengo clase ahora.

—Gracias por todo, de verdad.

Fermín me da un beso en la mejilla y con una mochila colgando del hombro sale corriendo y cierra la puerta dejándome sola.

Lo primero que hago es entrar en la habitación de Mario y su presencia me sacude de arriba abajo. Dejo mi maleta en un rincón y me tumbo en la cama deshecha. Aspiro la almohada en plan psicópata y cierro los ojos disfrutando de ese olor que me vuelve loca. Mario huele a jabón de almendras, a *Boss Bottled* de Hugo Boss y a él. Me encanta, sin duda es mi aroma favorito.

Me levanto de nuevo e inspecciono lo que me rodea. En primer lugar, porque soy una cotilla, y en segundo lugar porque el espacio personal de cada uno dice más de nosotros mismos de lo que somos conscientes y de lo que mostramos al resto, normalmente se convierte en un refugio en el que somos nosotros sin más.

El dormitorio es sencillo, los muebles son de un tono azul muy oscuro, casi negro, pero no resulta sobrio en absoluto. A la izquierda de la cama hay un gran ventanal marcado por unas finas cortinas en gris claro, del mismo color que la colcha de la cama, que tiene un estampado geométrico en gris y burdeos. Las paredes blancas y encima del cabecero de la cama un tríptico formado por tres fotografías en blanco y negro. La primera es un pie descalzo de mujer pisando un charco, la segunda una niña pecosa a la que se le ha explotado una pompa enorme de chicle en la cara, la tercera una mano anciana sujetando un pincel. Son de una belleza asombrosa, pura. El resto de las paredes están vacías, excepto por un cartel del circuito de Jerez de hace unos años que se asoma tras la pantalla del ordenador que está sobre el escritorio.

Está bastante ordenado, a pesar de que él no tenía ni idea de que iba a recibir visita, de hecho comparado con el mío se podría decir que está impecable, exceptuando la cama sin hacer.

En una esquina, en la pared que está frente a la cama, veo un banco de abdominales y unas pesas, lo que me hace pensar automáticamente en Mario sin camiseta. Antes de dejar que mi imaginación empiece a actuar por su cuenta y siga desnudándolo, Pol entra como un salvaje lanzándose sobre mí y caigo de nuevo sobre la cama. Giro la cabeza mientras le acaricio las orejas y noto que se me acelera el corazón. Allí está mi foto, sobre una pequeña mesilla y me imagino a Mario por las noches tumbado en su cama mirándome mientras hablamos por teléfono, como me ha contado que hace tantas veces. En la mesilla también hay un libro a medio leer, *A sangre fría* de Truman Capote, un despertador, una pequeña lámpara y una foto de él y Fermín en la playa con sus padres en la que no parece que tenga más de diez años. Está monísimo con un bañador verde y el pelo largo.

Al otro lado de la cama hay un pequeño escritorio con un ordenador y un montón de papeles, que obviamente es su centro de trabajo y un armario empotrado con el que yo solo tendría espacio para meter mis zapatos.

Me imagino a Mario en su día a día, moviéndose con naturalidad por su cuarto, trabajando en su escritorio, eligiendo la ropa por las mañanas para ir a trabajar y con esa imagen deliciosa, sin más, me quedo dormida.

Un par de horas después abro los ojos y me encuentro con otros mirándome fijamente. Pol me lame la cara y yo me estiro adormilada. De repente miro el reloj asustada, son las doce así que me relajo al instante, todavía es pronto. Sonrío al pensar que he dormido en la cama de Mario, en su casa, en Barcelona.

Me levanto de un salto y decido ponerme en marcha. Quiero preparar la comida y ponerme guapa para recibirlo en condiciones cuando llegue. Voy a la cocina y reviso la nevera y los armarios. Por lo que he visto es posible que se alimenten a base de cerveza, patatas fritas, bocadillos y comida hecha por mamá. Tendré que hacer la compra. Me peino un poco y cojo el bolso, pero antes de cerrar la puerta cruzo la mirada con Pol y se me rompe el corazón, así que cojo su correa y me lo llevo en busca de un supermercado.

Parece que nos entendemos a la perfección, Pol me espera atado a una farola mientras yo entro en un par de tiendas a comprar. Me decido por preparar una lasaña de verduras para comer y mousse de limón de postre. También cojo unos plátanos, unas naranjas y una botella de vino blanco.

Después de una hora de paseo y compras y una demostración de la valentía de Pol, que casi llora ante la osadía de un yorkshire terrier de medio kilo, llegamos a casa y me hago la dueña de la mini—cocina. Preparo la comida y pongo la lasaña en el horno para que se vaya haciendo lentamente, meto el postre en la nevera y pongo la mesa para que Mario lo vea todo preparado al llegar. Después me meto en el baño con mi arsenal de cosméticos. Me ducho, me exfolio, me echo crema, me seco y aliso el pelo y me maquillo un poco, lo justo para tapar las ojeras y tener un poco de color. Me perfumo el escote, las muñecas y detrás de las orejas y me visto a toda prisa. Llevo puesto el regalo de Mario, me muero por ver la cara que pone cuando me vea en su cama vestida de este modo.

Son las tres y media y no quiero que me sorprenda antes de tiempo, así que correteo por la casa ultimando los detalles. Saco la botella de vino de la nevera y la coloco entre los platos en una cubitera con hielo para que se mantenga frío y apago el horno. Bajo la persiana de su habitación para que se quede en penumbras y me tumbo en la cama. He dejado la puerta entreabierta, lo justo para oírlo cuando llegue, pero que él no me vea hasta que abra la puerta. Pol se ha convertido en un aliado perfecto, le he dicho que se quede en el salón y ha obedecido a la primera; la verdad es que me sorprende lo bien educado que está, aunque tampoco confío mucho en que no se tire encima de mí cuando llegue Mario estropeando así mi pose sexi.

Oigo las llaves y el corazón empieza a latirme desbocado, me toqueteo el pelo y me coloco el corsé por centésima vez. Estoy apoyada contra el cabecero con una pierna estirada y la otra un poco doblada, cuando oigo la puerta cerrarse y los saltos de Pol por el pasillo.

—Ey, hola mi chico, ya estoy en casa. Fermín qué bien huele, no me digas que has cocinado.

Creo que me tiemblan hasta las pestañas. Su voz, sus pasos, se me va a salir el corazón por la boca de un momento a otro.

—¿Fermín? ¿Qué es esto? ¿Estás acompañado?

Obviamente ha visto la mesa y puedo escuchar sus pasos dirigiéndose a la habitación de su hermano.

—¿Fermín?—abre su puerta, que chirría un poco y ve que no hay nadie—. Pol chico, ¿qué está pasando aquí? ¿Dónde está el tarado de mi hermano?

Pol me delata empujando la puerta de su habitación con el hocico, Mario se acerca y cuando nuestros ojos se cruzan se me corta la respiración. Se queda parado con la boca abierta y yo sonrío nerviosa mientras Pol mueve el rabo y da vueltas a su alrededor. Está tan sorprendido que juraría que le temblaban las manos. Cuando reacciona, me recorre de arriba a abajo con los ojos más oscuros que nunca e incluso desde aquí puedo notar la erección que pugna por salir de sus pantalones. Pues sí que me echaba de menos.

—Hola vaquero, bienvenido a casa.

Suelta el aire contenido y relaja los hombros. Manda a Pol salir de la habitación, que obedece sin rechistar y cierra la puerta lentamente sin hacer ningún ruido. Creo que si no dice algo pronto voy a desmayarme y sería demasiado ridículo, incluso para mí. Me dedica una de sus sonrisas macarras y me derribo. Está increíblemente guapo, lleva una camisa blanca de manga larga y unos pantalones de vestir negros. Cuánto lo echaba en falta...

Se acerca a la cama, apoya las rodillas en el colchón y rápidamente me separa las piernas agarrándome por los tobillos. Se ríe divertido y empieza a besarlas con deleite, lo que me hace soltar un gemido.

—Nena—levanta la vista y veo adoración en sus ojos, mientras sigue dejando dulces besos por mi piel—, pero cómo... no sé qué decir..., no me creo que estés aquí, en mi cama por fin.

Su aliento me hace cosquillas en el interior de los muslos y después de morderme el sexo por encima de la ropa interior, se incorpora un poco hasta colocar su cara a la altura de la mía. Nos miramos embobados, yo le meso el pelo con los dedos y Mario me acaricia los brazos, el cuello, las mejillas, como si eso lo ayudara a cerciorarse de que de verdad estoy aquí.

—Te echaba de menos, ¿te ha gustado mi sorpresa?

Estamos tan cerca que al hablar notamos el aliento de uno sobre el otro. Mario acaricia mis labios con suavidad y respira entrecortadamente. Todo el peso de su cuerpo cae sobre el mío y me siento más en casa que nunca. Está tan guapo que abruma y es tal la expresión de sus ojos que me siento inundada por un torbellino de sensaciones; su propio olor mezclado con el de su colonia, el calor que dejan sus manos en mi piel, la presión de su miembro contra mi sexo, su cálido aliento en mis labios, su sonrisa.

Mario tiembla, no es un temblor obvio, es una pequeña sensación de vulnerabilidad que me transmite su tacto, está nervioso. Sus ojos me taladran, veo en ellos deseo, pasión, ternura, sorpresa, miedo y... amor.

—Oli... te quiero.

Sus palabras producen un torrente de sentimientos por todo mi cuerpo, entreabro los labios y dejo escapar todo el aire en un gemido ronco. El corazón me late tan fuerte que sé que él puede notarlo atravesar casi su camisa. Trago saliva y susurro contra su boca.

—Yo también te quiero, Mario.

Lo digo porque es verdad, lo quiero y esta vez es un *te quiero* diferente, no uno de amigos, si no uno puro, real, que nos deja desnudos y vulnerables frente al otro. Quiero a Mario como nunca he querido a nadie. En realidad lo quise desde el primer día, pero no acepté lo evidente.

Da tanto miedo encontrar aquello que puede hacerte feliz, que la mayoría de las veces nos negamos a verlo, pero no porque tengamos miedo de conseguir la felicidad, sino porque de pronto, somos conscientes de que precisamente aquello que nos hará felices tiene el mismo poder para destruirnos si lo perdemos.

Su boca cubre la mía con tal ardor que creo morir. Nos besamos como locos, con una necesidad apabullante, como si fuera indispensable para poder seguir respirando. Rodeo su cintura con las piernas y me arqueo frotándome contra él. Mario gruñe en mi boca, sus manos no dejan nada sin tocar, me recorre con fiereza y yo me agarro a su cuello con pasión. Nuestras lenguas se retan, nos mordemos los labios y Mario desciende lamiendo mi cuello hasta llegar a mi escote. Le muestro los corchetes del corsé abriendo uno y él me sonríe de una forma tan sensual que por poco no me deshago de placer.

—Me encanta mi regalo, voy a desenvolverte.

Nos reímos, pero antes de que empiece lo freno poniendo una mano sobre la suya.

—Desnúdate primero.

Mario obedece y se incorpora. Se quita la ropa sin dejar de mirarme y a mí se me seca la boca, es imponente. Cuando se quita los calzoncillos no puedo evitar recrearme en su excitación y él se muerde el labio, es tan sexi que jadeo solo con su visión.

Se coloca de nuevo entre mis piernas y comienza a abrir los corchetes dejando mis pechos al aire. Cuando ya está abierto del todo, coge mi tanga por la puntilla y lo desliza por mis piernas lentamente, cerrándolas solo el tiempo necesario para quitármelo. En el momento que vuelvo a estar abierta ante él, se agacha despacio y posa su boca sobre mi sexo depilado. Llevaba tanto tiempo deseando volver a estar con Mario de este modo, que me nubla el deseo y ni siquiera me reconozco en el grito que sale de mí. Su lengua lame mis pliegues con pericia y yo pierdo el control. Le agarro el pelo con fuerza y me arqueo contra su boca, mientras él me coge por las nalgas y me acerca más aún. Mario lame, besa, muerde, succiona y yo exploto sintiendo cada parte de mi cuerpo estremecer. El orgasmo me sacude rápido y con una intensidad descomunal. No puedo evitarlo, llevábamos tanto tiempo sin vernos, sin tocarnos, sin sentirnos y teníamos tanta necesidad contenida, que en cuanto me ha puesto un dedo encima mi cuerpo ha reaccionado sin control.

—Mario, Mario...

Me corro gritando su nombre, el orgasmo es brutal y él espera pacientemente, a pesar de lo excitado que está, a que yo recupere la respiración. Se tumba a mi lado y un minuto después se coloca un condón que ha sacado de un cajón de la mesilla.

—Nena, ponte encima, no puedo aguantar más. Ya lo haremos después más despacio.

Me subo a horcajadas sobre él y con ayuda de mis manos introduzco su pene en mi interior. Tenerlo dentro es la mejor sensación del mundo.

Mario arquea la espalda y resopla con alivio. Yo también lo siento, ese alivio de estar por fin unida de este modo a él, como si nuestros cuerpos se necesitaran para seguir funcionando. Ahora sí que estoy en casa.

Empiezo a moverme sobre su cuerpo, una y otra vez, a un ritmo tan lento que le vuelvo loco. Cuando ya no puede más agarra mis caderas fuertemente y se clava en mí con embestidas fuertes y cada vez más rápidas que nos hacen jadear a los dos. Sus ojos están más oscuros que nunca, expresan tanto que no puedo dejar de mirar cómo me recorren el cuerpo continuamente. De mi cara a mi cuello, a mis pechos, a mi sexo, a mis ojos de nuevo. Está tan excitado que no creo que dure demasiado y me lo hace saber.

—Oli, no creo que aguante mucho más, pero quiero sentir cómo te corres conmigo.

Deslizo una mano hasta mi sexo y me acaricio el clítoris, mientras con la otra juego con mis pechos. Mario aumenta el ritmo y me mueve como una muñeca sin dejar de mirarme las manos con una intensidad desmedida, mientras yo me toco y maldice entre sonidos guturales que me calientan de nuevo a una velocidad asombrosa.

—¡Joder! Vamos nena, me estás matando.

Empiezo a notar las convulsiones de nuevo y me dejo llevar por mi placer arrastrando a Mario conmigo, que se corre salvajemente con un gemido ronco y profundo

que me pone los pelos de punta.

Sin salir de mí me abraza y me tumba sobre su cuerpo besándome el pelo con dulzura. Olemos a sudor y a sexo, pero me resulta delicioso. Estaba equivocada. Mi olor favorito no es solo el suyo, es el que se forma cuando estamos juntos.

Tira de la sábana que está hecha una bola a nuestros pies y me tapa con ella. Nos quedamos en silencio, sin dejar de acariciarnos y dejarnos besos distraídos de vez en cuando; me siento segura, tranquila, en casa. Cierro los ojos y saboreo esta intimidad que estamos compartiendo, este silencio que significa tanto sin necesidad de decir nada. Disfruto del aliento de Mario sobre mi pelo, de mis dedos recorriendo la piel de su cuello, de lo feliz que me siento por haberlo encontrado.

Mousse de limón.

—Eres perversa, ¿desde cuándo sabías que venías?
—Desde el sábado.
—Ah, ¿ves cómo ocultabas algo? Te notaba nerviosa.

Mario sacude la cabeza con incredulidad y sigue devorando la lasaña. Lleva un pantalón de pijama, me refiero a solo un pantalón gris de pijama, así que me cuesta concentrarme un poco en la comida, no paro de pensar en untarle bechamel en el pecho y en que no lleva ropa interior. Estoy enferma.

Yo me he puesto la camisa blanca que él traía puesta al llegar y unas braguitas.

Son más de las cinco de la tarde y estamos comiendo uno al lado del otro, sin importar nada más y sin hablar de nada en particular, como si fuese lo natural en un día cualquiera de nuestra vida, una rutina más. Me encanta.

Desde que se ha sentado no ha quitado su mano de mi muslo, así que entre la sensación de su tacto en mi piel, los nervios que tenía que aún no se han disipado del todo, lo liviano de su pijama y que me encuentro en la gloria, soy incapaz de comer demasiado. Estoy tan feliz que incluso puedo escuchar a un coro de góspel detrás de mí entonando el *oh, happy day!* cada dos minutos.

—Come.

Su orden me aleja de mis tórridos y estúpidos pensamientos y me meto el tenedor en la boca, él se ríe y me aprieta el muslo haciendo que dé un respingo en la silla.

—Si no paras no me concentro y se me olvida comer, soy como una niña de tres años, ya lo sabes.

Su risa me calienta el corazón y lo observo como una tonta, porque me encanta verlo disfrutar con mi comida. Verlo disfrutar en general. Más bien lo que me encanta es verlo. Punto.

—Mmm, ¡tenías razón, mujer! Eres una cocinera excelente—pone voz de gañán y me parto de risa—. Entonces, ¿tengo que suponer que lo de pedir el día mañana era un truco para disfrutar de mi chica?

—Sí, no tienes que preocuparte por el aparato reproductor de tu hermano.

Mario frunce el ceño y no sé qué estará pensando, pero hace una mueca de lo más graciosa.

—Preferiría no hablar de las pelotas de Fermín y menos comiendo.

Asiento divertida y le cuento mis llamadas con su hermano y mi excursión de esta mañana con Pol, que al oír su nombre mueve el rabo debajo de la mesa encantado de que hablemos de él. Además corro a por mi cámara y le enseño las fotos que he hecho, porque lo he documentado todo, como una perfecta aventurera. Me he hecho una foto hasta con el dueño de la tienda de comestibles que hay al final de su calle.

—Así que ya has enamorado a mi perro, a mi hermano y hasta al frutero. Eres un peligro, Oli.

—¡Bah! Son fáciles, pero no se lo digas.

Le guiño el ojo coqueta y me levanto a servir el postre. Mario rellena las copas de vino y lo veo observarme con una sonrisa de oreja a oreja a través del ventanuco que comunica la cocina con el salón, mientras yo trasteo en la nevera. No dice nada, pero no me quita ojo y me estoy empezando a poner de los nervios. Cuando ya no lo aguanto más me encaro con él y le pregunto al borde de la histeria:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Quiero memorizar esta escena.

—¿Cuál?

—Tú trajinando por mi casa, descalza, con mi camisa que trasparenta tu cuerpo... ojalá tuviera esto cada día, eres preciosa, Oli.

Noto una manada de elefantes corriendo por mi estómago, porque las típicas mariposas no son suficientes para describir lo que siento. Le sonrío con dulzura y pienso que estoy de acuerdo, ojalá pudiese hacerlo. Ojalá pudiera hacer que me mirase de ese modo cada día. Ojalá nunca deje de sentir esto.

Dejo las dos copas de mousse de limón en la mesa y me cuelgo de su cuello plantándole un besazo que le sorprende un poco, pero que enseguida me devuelve con fervor. Me siento en su regazo y, cogiendo la cuchara, le voy dando de comer mientras él se deja hacer divertido con sus brazos rodeando mi cintura con fuerza. Alterno una cucharada para él y otra para mí hasta que, cuando terminamos con su copa, cojo la mía, pero Mario me la quita y niega con la cabeza.

—No, ahora me toca a mí.

Coge una cucharada, pero en vez de llevarla a mi boca deja resbalar la mousse por mi clavícula y la lame con una lentitud pasmosa. Yo me tengo que sujetar a él para no caerme de la silla.

—Mmm, así está mucho mejor. Eres el postre final.

Coge otra cucharada y me la acerca a la boca, pero tengo el estómago cerrado por la anticipación y no creo que pueda comer nada más. Niego con la cabeza y él me sonríe de medio lado volviéndome loca del todo.

—Mejor, así hay más para mí.

Retira los platos a un lado de la mesa y se levanta conmigo encima. Mario me sienta sobre el borde de la mesa y desabrocha la camisa muy despacio mientras me besa en el cuello y tira con los dientes del lóbulo de mi oreja. Cierro los ojos y suspiro excitada. El aire empieza a salir a trompicones de mis labios con cada roce leve de sus dedos o su boca y tengo los pezones tan duros que me duelen. Estoy perdida.

—Oh, Dios, Mario...

Roza uno por encima de la fina tela y muerde el otro haciendo que jadee y abra las piernas en un gesto inconsciente. Termina de desabrochar la camisa y la desliza

sobre mis hombros hasta dejarla caer. Está apoyado entre mis piernas y me muerdo el labio al ver el bulto de sus pantalones.

—Apoya las manos en la mesa, reclínate un poco hacia atrás. Así muy bien. ¿Estás cómoda?

Yo lo obedezco y asiento con la cabeza; soy incapaz de articular palabra. Mario coge la copa, pero en vez de usar la cuchara mete los dedos en ella y después empieza a untar mi cuerpo con ellos. Cubre mis pechos con el cremoso postre y los lame con ansia hasta dejarlos limpios, tira de mis pezones con los dientes y mi cuerpo responde moviendo las caderas.

—No hay nada que me guste más en el mundo que tu sabor, Oli, me vuelve loco.

Desliza una mano por mis braguitas e introduce un dedo por un lateral, acariciando mi clítoris que responde al instante a su tacto.

—Joder, estás empapada.

Sus palabras, su implacable lengua, ver su excitación, todo ello me lleva al límite y no puedo pensar más que en una cosa. Necesito sentir su sexo en mi boca y no por hacerle disfrutar a él, como me había pasado siempre con el sexo oral antes de conocerlo, sino porque por primera vez soy yo la que encuentra placer en ese acto. Mi cuerpo responde a una pulsión egoísta, me excita tanto que no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea en metérmela en la boca.

Me incorporo y le hago retirar la mano. Me mira confundido y me levanto de un salto con mis pechos desnudos rozando el suyo. Agarro su pene entre mis manos y gime con su voz ronca.

—Quiero probarte yo.

Mario blasfema y noto en mis manos que se endurece aún más. Le bajo los pantalones y me arrodillo frente a él. Beso la punta y paso mi lengua por el tronco lentamente. Juego con ella, le rodeo el miembro, lo aprieto con mis labios y la deslizo una y otra vez cubriéndolo con mi saliva. Succiono como una loca, me gusta su tacto, su sabor, me gusta todo. Estoy descontrolada.

Mario resopla y gruñe acompañando mis movimientos con embestidas. De repente sale de mi boca y me levanta por las axilas en un gesto rápido.

—No puedo más nena, agárrate bien a la mesa.

Me pone de espaldas a él, me baja las braguitas y en cuanto me inclino un poco sobre la mesa se introduce en mí desde atrás, con un embiste profundo que me hace lanzar un grito fuerte, porque lo siento tan dentro que se me corta la respiración con cada penetración. Y no me refiero solo a que esté dentro de mi cuerpo, Mario ya está en mí en todos los aspectos posibles.

Me sujeta con una mano por el vientre y con la otra estruja mis pechos con fuerza. Sale de mi cuerpo casi completamente y vuelve a entrar, sus acometidas son bruscas, pero lo acompaña con caricias precisas que me enloquecen y pierdo el sentido. El orgasmo se presenta como una explosión, noto un calor abrasador en mi interior que me recorre entera y me dejo caer sobre la mesa exhausta. Mario, sin dejar de sujetarme, sale de mí y se deja llevar sobre mi espalda, noto como sus fluidos resbalan sobre mi piel y entre mis nalgas y entonces abro los ojos sorprendida. Me acabo de dar cuenta de que no hemos usado protección. Con él todo es tan natural que cuando lo he sentido piel con piel ni me lo he cuestionado.

Me da un azote en el culo y se va a por un rollo de papel.

—No te muevas, voy a limpiarte.

Un minuto después estamos los dos abrazados bajo la ducha.

—Mario yo no tomo la píldora ni nada, deberíamos tener más cuidado.

—Lo sé, lo siento.

—No pasa nada, yo tampoco me di cuenta. Me nublas la razón.

Se ríe mientras me enjabona la espalda.

—Tú me haces perder el control. Nunca he sido irresponsable en ese sentido, pero me moría por sentirte sin nada y me dejé llevar.

—Fue genial.

—Más que genial, nena.

Me doy la vuelta y lo enjabono yo; Mario se deja hacer sin dejar de sonreírme, parece feliz, aunque agotado y le propongo echarnos una siesta que él acepta encantado.

Salimos de la ducha y nos ponemos el pijama. Él se pone un pantalón de cuadros en tonos granates, de nuevo sin nada debajo, lo que me hace mirarlo de reojo de vez en cuando y yo una camiseta suya de algodón blanca, porque, casualidades de la vida, en mi maleta de diez kilos para tres días puedes encontrar de todo excepto un pijama. Mi mente sucia solamente ha sido capaz de meter un montón de ropa interior minúscula y sexi, pero poco cómoda para dormir.

Nos metemos en la cama con Pol a nuestros pies y Mario se queda dormido un minuto después conmigo enredada en su cuerpo. Poco después caigo yo también inconsciente entre sus brazos, mi lugar favorito del mundo entero.

Nombres en la arena.

Llevo dos horas dando vueltas en la cama sin poder pegar ojo y Mario, en cambio, duerme a pierna suelta a mi lado. Ayer solo salimos de casa para dar un paseo al pobre Pol, al que apenas habíamos hecho caso en todo el día; el resto del tiempo lo pasamos haciendo el amor en cualquier superficie horizontal, e incluso vertical, que encontramos por la casa y comiendo pizza grasienta y un montón más de comida basura medio desnudos en su sofá.

Hoy Mario ha decidido compartirme un poco con su gente, entre otras cosas, porque ayer su señora madre llamó un par de veces para amenazarlo con que si no íbamos a comer lo desheredaría; parece ser que tiene ganas de conocerme, porque es la primera vez que Fermín deja a su hermano el piso para él solo por iniciativa propia y está muerta de curiosidad. Para más inri, esta noche salimos a cenar con sus amigos, aunque bueno, eso no da tanto miedo como conocer a su madre, pero no puedo evitar estar nerviosa.

Cojo el móvil y me tapo la boca para no reírme y que se despierte ante un mensaje de Maite:

Aceitunilla, ¿cuántas veces te ha metido la anchoa? ¡Dime que sigues viva! Disfruta la fruta y por lo que más quieras, vuelve...

Estoy viva y feliz... no quiero pensar en volver, pero tranquila, que no dejaría a Sonia sola contigo (por su salud mental), demasiado tiempo. Os quiero.

Me levanto sigilosamente, pero antes de apoyar los pies en el suelo las grandes manos de Mario me atrapan y tiran de mí hacia él, quedando los dos de costado, con mi espalda apoyada en su pecho y sus brazos rodeándome por detrás. Vamos, lo que es la cucharita de toda la vida. Chillo como una niña y él me muerde la espalda por encima de la camiseta consiguiendo activar todas mis terminaciones nerviosas a una velocidad asombrosa.

—Nena, ¿dónde te crees que vas? Para un día que te tengo en mi cama ¿querías que estuviera solo al despertarme?

—No podía dormir, iba a preparar el desayuno.

Mario aprieta su cuerpo contra mí y noto su erección entre mis nalgas, preparada, expectante a que yo reaccione y acepte o no la poco sutil invitación. Me impulso hacia atrás y Mario gruñe con la voz adormilada más ronca que de costumbre.

—Creí que había quedado claro qué es lo que quería desayunar hoy...

Mete una mano entre mis piernas y ante la primera caricia ya estoy perdida de nuevo.

Después del asalto matutino y de una ducha rápida, Mario me prepara el desayuno mientras yo me visto. He comprobado que con él no me cuesta nada levantarme, de hecho madrugaría todos los días de mi vida solo si pudiera despertarme a su lado. Me estoy volviendo una ñoña, como siga así dentro de poco le llamaré *Cuchicú* y Maite me dará una paliza de muerte.

Me siento en la mesa del salón y cuando sale de la cocina, sartén en mano, entro en coma irreversible. Está demasiado guapo incluso con un delantal que se quita con soltura y cuelga del respaldo de la silla. Lleva vaqueros y camiseta de manga corta blanca y sirve los platos descalzo. El pelo revuelto y sin afeitarse. Creo que podría morirme ahora mismo y no me importaría en absoluto si esta fuese mi última imagen. Tan sencillo, tan sexi, tan perfecto.

Me sonrío de medio lado y ya me derrite del todo, pero no dice nada. Yo sigo observándolo sin poder disimular cuánto me gusta lo que veo. Me humedezco el labio con lascivia y nos imagino de nuevo enredados sobre la mesa, él entre mis piernas embistiendo como un salvaje y yo tumbada sobre el mantel suplicándole que me haga lo que quiera. Trago saliva y cruzo las piernas sintiendo mi sexo palpar de deseo. Mario se muerde el labio inferior con fuerza, porque nuestros cuerpos tienen tal sintonía que sabe perfectamente lo que estoy pensando y un bulto sospechoso en sus pantalones me lo confirma. A él también le ocurre, es bestial. Sacude la cabeza divertido y yo creo que podría conseguir que me corriese solo con mirarme si se lo propusiera, estoy convencida.

—Oli, empieza a comer o no conseguiremos salir del piso en toda la mañana.

Me sonrojo y me bebo el zumo de naranja de un trago. Tiene razón, hoy tenemos que cumplir; además, quiero disfrutar de su compañía, no quiero que mi visita se reduzca al sexo, ¿o sí?

—¿Huevos revueltos? ¿Has cocinado? ¿Quieres envenenarme?

Pone los ojos en blanco y frunce el ceño, pero tuerce un poco los labios en un amago de sonrisa que está conteniendo.

—Soy pésimo en la cocina, pero algo sé hacer. Aunque no lo creas nos alimentamos solos.

—Déjame que lo dude, ¿me estás diciendo que la colección de tarteras llenas de comida casera que tenéis en la nevera, es el resultado de tus habilidades culinarias? ¿O de tu hermano, el que llegó a buscarme al aeropuerto con una bolsa de gusanitos bajo el brazo como desayuno?

Mario se sonroja y yo lo miro alucinada, porque nunca lo había visto avergonzarse por nada, me dan ganas de comérmelo enterito.

—No, pero a mi madre le gusta cocinar para nosotros, le hace feliz, le mantiene ocupada y nosotros encantados.

—Lo entiendo, solo estaba bromeando. Además, confieso que están buenisimos.

Me sonrío satisfecho y cuando terminamos de comer cogemos a Pol y salimos a disfrutar de una mañana por las calles de Barcelona.

Hace frío, pero es un día soleado. La ciudad se ve tan hermosa que abro la boca asombrada y hago un montón de fotos de cada cosa que me muestra Mario. Él camina a mi lado con Pol y me mira con tal ternura que hace que crezca, aún más si cabe, lo que se activó en mi pecho al conocerlo. De vez en cuando lo ataco con la cámara y él me responde con muecas que me hacen partirme de risa. Pienso hacer un álbum con todas las fotos de este viaje en cuanto vuelva a casa.

Mario tenía pensado hacer un poco de turismo, pero me he negado en redondo. Ya tendré tiempo en otras ocasiones. Lo que deseo es ver la ciudad tal y como la ve él; la cafetería donde toma café por las mañanas, el parque favorito de Pol, los sitios que frecuenta y que solo porque le gustan a él se convierten en especiales.

Paseamos de la mano mientras me explica sus rutinas, su día a día. Me señala la cervecería donde, cada miércoles, se reúne con su amigo Marc al salir del trabajo desde hace más de diez años; el bar de Manola, donde hacen los mejores pimientos rellenos que ha probado en su vida; la cafetería de Juan, donde el café es pésimo, pero la compañía perfecta y así con un montón de lugares que, por el motivo que sea, para él son dignos de mención. Después de media hora caminando, llegamos a su tienda favorita, un pequeño local especializado en cine donde Mario saluda al dueño con aprecio, es obvio que se conocen hace tiempo y que resulta ser uno de esos tesoros increíbles escondidos por el mundo. Una pequeña joya en un callejón oscuro de Barcelona.

Compro un cartel promocional de la película favorita de mi padre, *Cinema Paradiso* de Giuseppe Tornatore y Mario se empeña en regalarme una lámina de la que me enamoro perdidamente. Es una escena de *La ciencia del sueño* de Michel Gondry, aquella en la que los protagonistas navegan por aguas de celofán subidos a un caballo de trapo; es la melancolía que me produce y su poesía, tan cercana al absurdo, lo que consigue que me resulte tan hermosa.

Cuando salimos de allí nos dirigimos a la playa. Adoro el olor a mar que inunda cada rincón, así que a pesar de estar en febrero, no puedo irme sin dar un paseo por

la orilla. Durante una hora disfrutamos de la inmensidad del mediterráneo que se abre ante nosotros y Pol corre a nuestro alrededor feliz detrás de un palo que Mario le lanza cada pocos minutos y que él vuelve a dejar a sus pies obediente. Encuentro un par de conchas bonitas en la arena y las guardo en el bolso para llevárselas a mis hermanos pequeños, que las coleccionan. Mario me sube a caballito y nos hacemos fotos juntos; nos besamos y acabamos enredados sobre la arena. Juego con Pol. Mario coge mis manos y las cubre con su aliento para calentarlas. Pol persigue a unas gaviotas y nosotros lo animamos. Escribo nuestros nombres en la orilla húmeda y debajo del mío Mario escribe *te amo*. Me lanzo en plancha sobre él y me lo como a besos. Imagino que hacemos esto todos los días y se me hincha el pecho de la felicidad que podría tener a un solo paso. Pasear cogidos de la mano, dormir piel con piel, esperar impaciente a que llegue del trabajo o sentarme en su regazo mientras vemos una película, lo que sea, todo lo que pueda darme.

Camino unos metros detrás de él y lo observo a través del objetivo de mi cámara. Está relajado y feliz. Me encanta verlo caminar, tan masculino, tan seguro de sí mismo, tan él. Pienso en todo lo que es Mario, en todo lo que ofrece y en la suerte que tuve al cruzarme con él aquella noche de julio. Porque Mario es mucho más que la suma de todas sus partes, al final de todas esas cosas que me vuelven loca, sigue estando él.

Me gusta Mario con sus ojos color chocolate, su boca y sus manos. Me gusta su risa profunda y su olor. Y el modo en que se desordena el pelo con los dedos cuando está cansado. Me gusta el tacto de su barba en mi piel. Su voz. Y cómo se estira cuando se levanta de la cama. Me gusta lo que me hace sentir, que me escucha y que me entiende. Y la pasión que pone en todo lo que hace. Y su manera de coger una copa. Incluso el silencio me gusta con él.

Me gusta cómo me mira, como si solo me viese a mí.

Me gusta su forma de hablar de Pol, de sus amigos, de su familia. Y el lunar de su cuello. Y jugar a atraparlo con mi boca.

Me gusta que baile y que no se avergüence por nada. Me gusta gustarle y me gusta que me lo diga. Me gusta, porque es valiente. Noble. Romántico. Un soñador. Me gusta que le inquieten cosas y que se haga preguntas, aunque sean estúpidas. Y el movimiento de sus hombros cuando se pone el abrigo.

Me gusta que empiece el periódico por el final y el sabor de sus besos después del café. Y antes. Y durante. Me gustan sus besos.

Me gustan sus caricias, sentirlo dentro y lo deseada que me siento cuando me hace el amor. Y que crea en ese amor. Y que no le dé miedo decirlo.

Me gustan las arrugas que se le forman alrededor de los ojos cuando se ríe o cuando le da el sol y mirarlo dormir. Y me gusta su sonrisa de medio lado, esa que consigue que mi mundo tiemble.

—Nena, vamos.

—Espera, solamente una foto más.

Aprieto el disparador, él se gira sonriendo y, de nuevo, un ligero temblor sacude el mundo bajo mis pies.

En familia.

—Oli, tenemos que irnos, aún estamos a media hora andando de casa de mi madre.

Resoplo con aires dramáticos y él contiene la risa. No es que no quiera conocerla, de hecho yo también me muero de curiosidad, pero apenas lo conozco desde hace unos meses y me resulta tan raro que él conozca ya a los míos y yo esté a punto de conocer a mi suegra, que no sé ni qué pensar. Todo marcha tan deprisa que no me da tiempo a procesarlo. Además, es mi primera suegra oficial y no sé ni cómo actuar en estos casos. ¿Y si es la típica madre posesiva que me odiará a muerte de forma automática porque soy la que intenta robarle su adorado hijo? ¿Y si es de las que presionan con boda y niños? ¿Y si es de las que van de modernas, pero luego no lo son tanto y acabo metiendo la gamba con un comentario desafortunado, con toda seguridad, de índole sexual?

En el fondo a mí me da exactamente igual, al final actuaré como siempre, como soy y si le gusto bien y si no... pues ya veremos. Lo que me da miedo es decepcionar a Mario.

—Vale, pero te sigo diciendo que es pronto para conocer a mi suegra.

—Yo conozco a tu familia.

—No es lo mismo, te llevé como amigo. Si hubiéramos estado juntos por entonces te hubiera dejado en el restaurante chino de mi calle, que nunca cierra, y te hubiera recogido después.

Me da un azote en el culo y poniendo la correa a Pol volvemos a integrarnos en el barullo de la ciudad.

La madre de Mario vive sola en un tercer piso de un barrio residencial. Su padre murió hace cinco años en un accidente de coche, llevaban juntos desde los dieciocho y fue muy duro para todos, porque estaban muy unidos. Por entonces Mario ya se había independizado, pero para Fermín y su madre se tornó muy complicado vivir en la casa en la que llevaban contruidos toda una vida de recuerdos que no les permitía avanzar, por lo que decidieron venderla y empezar una nueva etapa. Fermín se marchó con su hermano y su madre se compró esta casa.

Me siento terriblemente afortunada por no haber sufrido en mi vida una pérdida de ese tipo; solo he perdido a una abuela y era tan pequeña que apenas lo recuerdo, ni me imagino lo que tiene que ser perder a un padre, o al amor de tu vida.

Me he puesto mi camisa roja favorita para que me dé suerte y unos pantalones pitillo negros. Antes de llegar hemos parado en una pastelería preciosa a comprar el postre, así que ahora estoy plantada entre Mario y Pol con una bandeja de pasteles en la mano y con unas ganas locas de hacer pis, porque los nervios me están matando. Sé que es imposible, pero si no lo supiera, juraría que si me asomo a la ventana ya tiene que ser primavera de lo que han tardado en abrir desde que Mario ha pulsado el timbre.

Fermín nos abre con una sonrisa de oreja a oreja y me da un beso en la mejilla y una palmada en la espalda a Mario que sacude la cabeza. Me coge de la mano y entramos en el interior de la casa.

—Mamá, ya estamos aquí.

—¡Mario, cielo, ya salgo! Estoy sacando el asado del horno, dadme un minuto.

Nos quitamos los abrigos y la esperamos en el salón. Es un piso pequeño, pero está decorado con mucho gusto y con un toque muy femenino. La mayoría de los muebles son blancos y las paredes están vestidas con un papel pintado de flores en tonos azules preciosos. De pronto aparece una mujer menuda con el pelo moreno corto y unos enormes ojos castaños que explican de dónde los han sacado los hermanos. Es guapa, aunque al estar tan delgada sus ojeras están acentuadas, pero aun así me la imaginaba más mayor, no sé, acostumbrada a que mis padres sean tan jóvenes en comparación con los de mis amigas tiendo a pensar de ese modo. Además va vestida muy informal, con unos vaqueros estrechos y un blusón en tonos malva. Me gusta al instante, entre otras cosas porque de momento no parece acercarse a ninguno de los modelos de posible suegra que yo tenía en mente.

Nos recibe con una sonrisa espléndida. Mario se acerca y la abraza y segundos después ella se lo quita de encima de un manotazo, lo que hace que los hermanos se partan de risa y se acerca a mí.

—Mamá, ella es Oliva, Oliva mi madre, Cristina.

—Hola Oliva, encantada de conocerte, estás en tu casa.

Me planta dos besazos como dos soles y sonrío agradecida.

—Muchas gracias. Tiene una casa preciosa.

No puedo evitar que me tiemble un poco la voz, pero ella enseguida toma el control de la situación con un desparpajo que me sorprende.

—Ven, intuyo que necesitas una copa de vino, las suegras podemos dar miedo, créeme lo sé, la mía era una pesadilla.

La sigo obediente, no sin antes mirar a Mario un poco asustada, pero el muy patán se encoge de hombros y con una sonrisilla de esas que me dan ganas de arrancarle un diente, se sienta con Fermín que está embobado con la sección de deportes del telediario.

Entramos en la cocina, que huele de vicio, y canturrea mientras mete la cabeza en la nevera.

—Tengo vino tinto, cerveza o vermú blanco, ¿qué te apetece?

—Una copa de vino sería perfecto.

Me planta la copa y comienza a untar canapés de cangrejo, yo bebo como si llevara un mes náufraga a la deriva sin más agua que la del mar, a la espera de que diga algo para romper el hielo.

—Bueno Oliva, ¿qué tal te está tratando mi Mario? ¿Es un buen anfitrión?

—Sí, Pol y él me están tratando de maravilla.

Sonríe satisfecha y me ofrece una tostada recién preparada. Pol nos ha seguido y Cristina le da un trozo de pan a él también. Empiezo a comer y a relajarme.

—¿Puedo hacer algo?

—Mira, falta partir algo más de pan, coge esta tabla.

Me pongo a su lado y charlamos mientras terminamos de preparar la comida. Hablamos del tiempo, de mi trabajo, de recetas de cocina y de la cara que puso Mario cuando me vio al llegar a casa.

—Mario no para de hablar de ti, es como si ya te conociera.

Me sonrojo, pero me siento halagada. En ese sentido somos iguales, yo hablé de él a mi familia desde que empezamos a conocernos, así que lo entiendo y no me molesta.

—Fermín me dijo lo mismo.

—¿No te incomoda?

—¡Qué va! Tengo que confesarte que yo soy igual, tengo una relación con mis padres muy estrecha, así que ellos también saben demasiadas cosas de Mario.

—Además, tienes familia numerosa, eso es una suerte, Oliva.

Me emociono al pensar en mi familia y ella me nota el cambio y me sonrío con ternura.

—Numerosa y ruidosa, ¿no te contó Mario el espectáculo al que asistió en Nochevieja?

—Claro, volvió encantado, no solo por conocer a tu familia, sino por lo que vino después, tú ya me entiendes...

Me guiña un ojo y sale por la puerta con un plato en cada mano dejándome de piedra. Vaya con mi suegra.

Nos sentamos los tres en la mesa y disfrutamos de la comida. Cristina es una gran cocinera y no sé si es por el vino, pero sin darme cuenta he empezado a hablar animadamente con todos y ya me siento en mi salsa. La mano de Mario se posa cada poco tiempo en mi pierna y me acaricia con dulzura, su madre nos mira con una sonrisa pícaro que me hace intuir que le gusta lo que ve y me invade una sensación placentera de comodidad, como si me sintiera en casa.

—Bueno, Oliva, ¿estás cumpliendo con nuestro trato?—Fermín me mira con una ceja arqueada y me atraganto con un trozo de carne. Mario me da palmadas en la espalda y me acerca un vaso de agua hasta que me recupero.

—¿Estás bien?—asiento a un Mario preocupado que, al comprobar que es verdad, frunce el ceño y se dirige a su hermano—. ¿Qué trato?

Fermín y su madre se ríen y yo creo que podría morirme de vergüenza. Y pensar que era yo la que tenía miedo de soltar algún comentario desafortunado...

—Os he dejado el piso libre tortolitos, con la condición de que Oliva te deje satisfecho como para aguantarte cuando se vaya.

El silencio es brutal. Yo he fijado la mirada en la ensalada y cuando casi he terminado de contar las aceitunas que hay, a pesar del asco que me dan, con tal de no pensar, la familia Vélez Carboné estalla en carcajadas al completo y yo los miro alucinada hasta que suelto el aire contenido y me río con ellos también. Por no llorar más que nada.

—Fermín, eres un cochino, y yo no te he enseñado esas cosas—Cristina le da una colleja y me guiña un ojo cómplice.

—Mamá, me has dado fuerte. Era una broma, bueno... en realidad no.

Ahora el que se incorpora y le da una colleja es Mario.

Durante la comida Cristina y Fermín me descubren un montón de cosas de Mario que yo no sabía. Cuentan anécdotas de cuando eran pequeños, de cuando su padre aún estaba con ellos y solo con percibir el amor que los tres le tenían se me ponen los pelos de punta.

Me muestran algunas fotos que adornan el comedor y por fin puedo poner rostro al padre de Mario. Solo había visto la fotografía que tiene en su mesilla, pero es de hace veinte años, así que solamente tenía una leve idea. Me impresiona lo que se parece Fermín a él, Mario también comparte algunos rasgos, pero no es tan obvio. Me entra un ataque de risa cuando veo la foto de su comunión y Mario aguanta el chaparrón como un bendito. Aunque a pesar del pelo a lo tazón y el traje de marinero, no puedo negar que ya era bien guapo por entonces.

Consiguen avergonzarlo cuando me confiesan que, una noche, cuando tenía diecisiete años, apareció en la puerta de casa completamente desnudo porque sus amigos y él se habían bañado de noche en pelotas en la playa y otro grupo de chicos les había robado la ropa. Lo gracioso de la historia no fue eso, sino que cuando entró en casa sus padres estaban cenando con unos amigos y desfiló delante de todos rojo como un pimiento y con el culo al aire. Según Fermín, ambos tuvieron que aguantar un sermón por parte de su padre sobre cuándo se debe y no enseñar el pajarito.

Hablan del colegio, de sus vacaciones en aquel pisito de Málaga, de aquella vez que Mario se rompió la tibia esquiando y aquella otra en que su padre los llevó de acampada y se perdieron. De la exnovia de Fermín, que acaba de comprometerse y de que han vuelto a pillar al abuelo fumando a escondidas.

Los observo mientras charlan y pienso que mi familia será la mejor del mundo, pero que sin duda, esta no le tiene nada que envidiar.

Me gusta el Mario casero, cómodo, relajado, más él que nunca. La manera de mirar a su madre, con ese brillo en los ojos que solo tienen los niños; de pasarle a su hermano el brazo por los hombros, con firmeza, pero con ese cariño que solamente existe entre hermanos. Y de nuevo esa sensación plácida, de sentirme plena, segura, feliz, eso que únicamente sientes cuando estás en casa.

Un futuro perfecto.

Nos despedimos a media tarde de su madre y su hermano con una bolsa llena de comida y con la promesa de que volveré pronto, y vamos caminando a casa sin prisas. Me ha sorprendido gratamente Cristina, a pesar de que habla de su marido con un gran pesar, es una mujer muy positiva y muy activa, que se desvive por sus hijos y que ha aprendido a disfrutar de la vida, aunque a veces ponga trabas tan grandes como esa en el camino.

Mario compra dos capuchinos y aprovecho para calentarme las manos mientras charlamos de todo un poco.

—Háblame de tu primer beso. Parece mentira que con todo lo que hemos hablado nunca haya salido este tema.

—Rosana, en un campamento de verano, yo tenía catorce años y ella dieciséis. Menuda pieza esa chica, nos tenía a todos locos, pero no sé por qué me eligió a mí.

—Seguro que ya eras una monada.

—No lo sé, pero fue el mejor campamento de mi vida.

Mario hace un gesto con las dos manos para que me haga una idea del tamaño de los encantos de la tal Rosana y chasqueo la lengua enfadada, lo que le hace reír y acercarme hacia él pasando un brazo por mis hombros.

—Ahora tú.

—Javier Ruiz, un compañero del colegio. Teníamos trece años y estábamos celebrando su cumpleaños en el chalet en el que vivía, nos quedamos solos en una cabaña de juguete que tenía en el jardín y me lancé.

—¿Te lanzaste tú? Qué atrevida.

—Ajá. Llevaba detrás de él todo el curso y nuestros padres eran amigos así que nos veíamos a menudo el fin de semana, pero él nunca se decidía y mira que yo se lo dejaba claro, ¡me compré un collar de bolitas con su nombre, por el amor de Dios!

—Ojalá te hubiera conocido a esa edad. Contigo me hubiera lanzado, ¿sabes? No como ese pardillo de Javier Ruiz.

Le doy un puñetazo en el estómago entre risas.

—Oye, no te metas con Javi, somos muy amigos. Mi padre ve a menudo al suyo. Es alguien importante para mí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué me da la sensación de que la historia no acaba aquí?

—Porque, evidentemente, no acaba aquí. Volvimos a besarnos alguna vez, a escondidas, cuando nuestros padres nos dejaban solos, supuestamente jugando en su habitación, pero nada escandaloso. Éramos amigos que aprendieron a besar juntos. A mí se me pasó el "enamoramiento" a la semana y después volvimos a estar juntos solo como amigos. Nos contábamos todo y jugábamos al *Tekken* en su videoconsola, eso hacíamos. Entonces éramos muy jóvenes.

—¿Entonces? ¿Y después?

—Mmm... Después mantuvimos nuestra amistad, yo empecé a salir con Andrés, llegó la universidad y él se marchó a estudiar un año a Londres y se quedó a vivir allí. Fin de la historia.

—¿Lo has visitado alguna vez?

Me paro en seco y lo miro malhumorada.

—¿Por qué no me preguntas de una vez lo que quieres saber?

—De acuerdo, ¿te has acostado con él?

—Pues sí. Me escapé un fin de semana a Londres, cuando dejé a Andrés y por supuesto que nos acostamos y estuvo muy bien además. ¿Alguna otra pregunta?

Mario frunce el ceño y sigue andando, yo le agarro del brazo y tiro de él para que me mire a la cara.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? ¿Acaso nunca te has acostado con una amiga?

—Sí, contigo.

Ah. Me ha quedado claro. La eterna cuestión de que un hombre y una mujer no pueden ser solo amigos, aunque en este caso no es del todo correcto porque él y yo nos acostamos primero y luego nos hicimos amigos, pero no voy a decírselo para cabrearlo más.

—Mira, Mario. Soy la primera que me muero de celos al pensar con todas las tías con las que te habrás acostado, pero con Javi es distinto, créeme. Pudimos acostarnos un montón de veces a lo largo de los años y no lo hicimos. Aquella vez fue una excepción, ninguno tenía pareja, nos conocemos bien, nos queremos mucho y nos apetecía, así que lo hicimos, pero no es suficiente. Solo fue diversión y cariño, nada más.

Mario me abraza, está un poco avergonzado, sabe que tengo razón.

—Lo siento, pensé por un momento que lo que tenemos nosotros lo habías tenido antes con él, ya sabes, ser tan amigos y luego algo más y me enfadé. Me haces comportarme como un crío.

—Vaquero, esto no tiene nada que ver con aquello, de hecho vino a verme él hace un par de años y se acostó con Maite y en mi propia casa. Ninguno lo hubiese hecho si pudieran herir mis sentimientos. Es de los pocos amigos que tengo, solo es eso.

—Vale, ya me siento mejor, aunque me siento un imbécil.

—Un poco sí, pero un imbécil terriblemente atractivo...

Me muerde el cuello y me echo a reír colgada del suyo, hasta que Pol reclama nuestra atención con un ladrido y volvemos a ponernos en marcha.

—Vale, ahora tu primera vez.

—¿Después de acabar de discutir quieres que hablemos de sexo con otras personas?—me mira boquiabierto, pero cuanto antes lo hagamos mejor.

—Antes o después te lo preguntaré, porque soy una cotilla de fuerza mayor y quiero saberlo absolutamente tooodo de ti. No quiero sorpresas, así que mejor antes, ¿no crees?

Él asiente y resopla antes de contestar.

—De acuerdo, Lucía, estábamos en el instituto, yo tendría dieciséis o diecisiete, no sabría decírtelo. Salimos unos meses y lo hicimos en su casa. Nos piramos las clases, porque sus padres trabajaban por la mañana. Sinceramente fue un desastre, ella también era virgen y estaba muy tensa, le dolió bastante y yo no duré demasiado.

Tuerce la boca y me sonrío con ternura, como si se comparciera del Mario adolescente.

—¿Seguisteis juntos?

—Un par de meses más, hasta que empecé a disfrutarlo y me dejé por otro.

—¡Qué bruja! Si te viera ahora se arrepentiría tanto...

Me da un beso en la sien y me anima a mí a contarle mi experiencia.

—Con mi novio Andrés, llevábamos unos meses juntos y su hermano mayor, que vivía solo, le dejó su piso un fin de semana. Engañé a mis padres diciéndoles que dormía en casa de Maite y pasamos la noche juntos. Fue bonito, la verdad es que se lo curró, había velas, una flor en la almohada, ese tipo de cosas, aunque supongo que su hermano algo ayudó para que todo saliera perfecto.

—Me alegro de que sea un bonito recuerdo.

—Yo también.

Pienso en Andrés y sonrío, le guardo un cariño especial. Estuvimos juntos un año y medio, cuando empecé la universidad decidí romper la relación, porque yo era muy joven y necesitaba conocerme. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que aunque él me gustaba muchísimo, no estuviese enamorada. Por su reacción parece que Andrés sí lo estaba, fui la primera que le rompió el corazón y aún me odio un poquito por ello. Verlo llorar en silencio delante de mí ha sido una de las imágenes más tristes de mi vida. No me dijo nada y no volví a verlo hasta un par de años después; hablamos mucho, zanjamos lo nuestro y volvimos a ser buenos amigos. Ahora está casado con una chica encantadora y están esperando un bebé. Incluso me invitaron a la boda y me llevé a Maite como pareja, aunque ese detalle creo que Andrés todavía no me lo perdona. Maite en una boda es un peligro andante y en esa quedó demostrado.

En cuanto entramos por la puerta Mario encierra a Pol en su habitación, mientras yo me quito la bufanda y el abrigo. Sin darme tiempo a reaccionar me empuja con su cuerpo contra la pared y me besa como si se hubiera estado conteniendo durante horas y ya no pudiera más. Respondo a su boca con la misma pasión y en minutos estamos los dos desnudos sobre la alfombra del salón. Mario embiste entre mis piernas y me sujeta las manos por encima de mi cabeza con la suya mientras con la otra me acaricia sin descanso. Sus ojos abrasan los míos, ninguno de los dos aparta la vista, nos miramos fijamente hasta que la excitación es tan bestial que nos deshacemos en un orgasmo demoledor, aunque silencioso.

Lo hemos vuelto a hacer sin preservativo, Mario antes de terminar ha salido de mí y se ha corrido sobre mi estómago y cuando lo mira tuerce la boca y me mira arrepentido.

—Lo siento.

—No pasa nada, también es culpa mía, pero tenemos que dejar de hacerlo.

—Lo sé.

Nos duchamos en silencio y entramos en la habitación liberando así al pobre Pol. Mario me quita la toalla y tira la suya al suelo. Se mete debajo de la sábana desnudo y me anima a mí a hacerlo a su lado.

—Todavía tenemos tiempo para vagar un rato.

—Genial.

Enredo mis piernas entre las suyas y apoyo la cabeza en su pecho. Huele a limpio y a él, me encanta.

—Mario...

—Mmmm.

—He pensado que quizá... yo estoy sana y confío en que tú también... y no quiero tomarme la píldora, porque soy un desastre y acabaríamos teniendo un montón de mocosos, pero podría empezar a usar el aro anticonceptivo o parches y así...

Mario me interrumpe con un beso húmedo lleno de promesas que solo puede significar que le parece una gran idea y cuando nos separamos jadeando me regala una sonrisa tierna acompañada de un *gracias* que me toca el corazón.

—Oli, cómo te ves dentro de... no sé, diez años, por ejemplo.

—Mmm... ¿Es una pregunta trampa? ¿Contigo? ¿He acertado?

Se ríe y me besa el pelo, está húmedo, pero no le importa.

—No, me refiero en tu vida en general. Cómo sería un día normal en la vida de la Oli de treinta y seis años.

—Veamos, pues me despertaría haciendo el amor, desayunaríamos juntos y tendríamos un niño, o dos, no sé. No mejor uno, sobrevivir a un parto ya tiene su mérito—se ríe contra mi pelo y me hace cosquillas—. Sería tan guapo como tú y te prohibiría ir a las reuniones de padres, porque con total seguridad todas las madres querrían lanzarse a tu cuello.

Su carcajada me hace temblar sobre su pecho y lo miro y le digo muy seria que no es una broma, él asiente obediente y me anima a continuar.

—Trabajaría de guía turística, lo que me permitiría tener un horario más flexible y más tiempo libre que el del hotel. Recorreríamos el mundo. Quiero hacer el amor contigo en cada continente, lógicamente el moco se quedaría con los abuelos. Daríamos paseos por la playa, porque viviríamos cerca del mar. En el fondo odio haberme quedado atrapada en Madrid ¿sabes? Te pondrías de vez en cuando traje para llevarme a cenar, porque aunque tú los odies, a mí me encanta lo bien que te quedan y lo harías para complacerme. Te sorprendería todos los días, porque es un placer ver el brillo de tus ojos cuando lo haces y también discutiríamos, no te voyas a pensar, pero las reconciliaciones serían tan colosales que incluso nos merecería la pena.

Mario dibuja círculos en mi espalda con delicadeza y noto como traga saliva con fuerza.

—Me gusta mucho ese futuro.

—Tiene que gustarte, porque no pienso aceptar otro.

Nos reímos suavemente y le digo que ahora le toca a él.

—Me despertaré primero y después te despertaré a ti a besos para que no te cueste madrugar y te levantes contenta. Desayunaremos en la terraza que tendrá nuestra casa siempre que haga bueno—chillo emocionada, porque me encanta la idea y me aprieta más fuerte contra él—, tú trabajarás de guía turística, bueno, o en lo que tú quieras, porque estoy convencido de que conseguirías cualquier cosa que te propusieras. Yo tendré mi propia agencia de publicidad, trabajaré mucho, pero prometo pasar juntos todas las tardes y descansar los fines de semana. Me pondré traje para ti, viajaremos y te haré el amor todos los días, me da igual en el continente, país o pueblucho que estemos. Tendremos niños y les contaremos que hace diez años, en mi pisito de Barcelona, su madre y yo ya hablábamos de ellos. Los llevaremos a la playa, a montar en bici, a patinar... tú no te preocupes, que a ti te enseñaré primero. Y seremos muy felices, Oli.

No puedo contener la lágrima que cae por mi mejilla hasta mojar su pecho. Mario lo nota y me agarra del mentón para que levante la cara y lo mire a los ojos. Yo he hablado en condicional, pero Mario en futuro, un futuro que se me antoja perfecto. Su sonrisa me desarma y es tal la emoción que veo en sus ojos de chocolate, que me inunda un sentimiento tan intenso en el pecho que creo que voy a explotar.

—Nena, ¿qué pasa?—sus dedos acarician mi cara, mi nariz, mis labios, mi cuello y siento tanto amor que incluso me duele.

—Lo que pasa es que estoy jodidamente enamorada de ti.

Atrapa mi labio con los dientes y nos besamos, sin prisas. Sus manos me recorren con delicadeza, su cuerpo responde al mío tan rápido como mi piel a su tacto y en la hora siguiente volvemos a convertirnos en uno, pero esta vez Mario me hace el amor despacio, entre besos y palabras bonitas y es entonces cuando por fin comprendo el verdadero significado que entraña la expresión hacer el amor, porque sin duda, eso es lo que hemos hecho.

Noche entre amigos.

Hemos quedado en un restaurante mexicano a cenar con sus amigos, pero llegamos tarde, porque cuando Mario me ha visto el ligero se ha puesto como loco y hemos acabado follando frente al espejo del baño, con lo que eso conlleva, yo he tenido que volver a peinarme y él a vestirse de nuevo, por lo que hacemos acto de presencia con más de media hora de retraso.

Es insaciable, y no es una queja. Yo también lo soy cuando se trata de él, es capaz de volverme loca solo con rozarme, así que ha sido inevitable.

Me he puesto un vestido rojo con manga francesa y escote cuadrado y zapatos de tacón. Mario está guapo a rabiar con un pantalón negro, camiseta negra y una camisa de leñador verde y negra abierta.

Entramos de la mano y en cuanto nos acercamos a la zona de las mesas oigo el alboroto de sus amigos que nos reciben efusivamente. Fermín me saluda con cariño y me presenta a su cita de esta noche, una rubia de bote con pinta de pija que se presenta como Miriam. Solo hay otra chica, Lorena, la novia de Marc, el mejor amigo de Mario. Antes de llegar lo he obligado a hacerme un resumen de a quién voy a conocer, porque aunque ya me ha hablado un montón de veces de ellos, soy un desastre para los nombres y no quiero meter la pata. Después hay otros tres chicos, Mario también me ha hablado de ellos, Jorge y Gito, ya que ambos se llaman igual y es la manera de diferenciarlos, ambos solteros acérrimos e Ismael, que acaba de romper con su novia de toda la vida hace un par de meses y que está bastante tocado aún.

—Mariete cabronazo, si lo sé te hubiera acompañado a Madrid—dice Jorge recorriendo mi cuerpo de arriba a abajo ganándose una mirada de advertencia de Mario—, menuda preciosidad.

—Cállate. Lorena ¿te has cortado el pelo?—la aludida sonríe complacida porque se haya dado cuenta y Marc le guiña un ojo a Mario como agradecimiento—. Estás muy guapa.

—Gracias, Mario. Oliva, siéntate a mi lado, cuanto más lejos de esos salvajes mejor.

Los salvajes a los que se refiere se ríen y le hacen un gesto soez, pero divertido. Si hubiera traído a Maite se lo habría pasado pipa con esos dos.

Me siento al lado de Lorena y Mario a mi otro lado; enfrente tengo a Fermín y a la rubia, que parece que lo único que le interesa de esta mesa es la lengua de él, porque no para de metérsela en la boca en cuanto se gira. Marc preside la mesa al lado de Lorena e Ismael en el otro extremo, con un Jorge a cada lado.

Piden media docena de platos para compartir entre todos y unos margaritas, además de una botella de tequila para beberse un chupito de vez en cuando. Mario me señala la botella y tuerce la sonrisa. Está pensando en nuestra primera noche, cuando nos conocimos y me muerdo el labio al recordar todo lo que pasó en ese primer encuentro, que aunque solo hace siete meses, parece que han pasado años desde entonces con todo lo que hemos vivido hasta llegar aquí.

—Bueno, Oliva...

—Llámame Oli.

—¡De acuerdo, Oli! Cuéntame tu secreto.

Lorena da un trago a su copa y me dedica una mirada cómplice a la espera de mi respuesta, pero no tengo ni idea de lo que está hablando y ante mi confusión, se ríe y pone los ojos en blanco mientras me susurra para que los demás no nos oigan.

—Tienes a Mario comiendo de la palma de tu mano en tan poco tiempo ¡y a distancia! ¿Cómo lo has hecho? ¿Tan buena eres en la cama? ¿Brujería? Dímelo o voy a volverme loca.

Suelto una carcajada y ella me imita.

—La verdad es que no tengo ni idea y soy yo la que estoy enganchada, aún no me creo todo lo que ha pasado.

—Ya.

Se me queda mirando como si no se creyera mi contestación, hasta que me da un manotazo amistoso y se echa a reír.

—¿Qué pasa?

—Estaba de coña, aunque no del todo. Está diferente desde que te conoció, en realidad nunca lo habíamos visto tan entregado con una chica, pero no le digas que te lo he dicho. Gito dice que tu baile sexi le fundió un plomo, porque niña, ¡menuda forma de contonearse!

Me sonrojo y apuro la copa. Mario me roza el muslo con suavidad y veo que me está mirando de reojo y sonríe; supongo que el muy cotilla no ha podido evitar afinar el oído para oír nuestra primera conversación.

Conecto con Lorena enseguida, es directa, inteligente y divertida y, por cómo habla de Mario, lo aprecia de verdad. Nos pasamos la cena cuchicheando y partiéndonos de risa, mientras la rubia de Fermín (de la que mi memoria selectiva ya ha olvidado el nombre), nos mira con desprecio cuando le deja la boca libre para relacionarse un poco con el resto de la humanidad, pero no nos importa lo más mínimo y a él parece que tampoco, porque incluso se ríe cuando nos pilla observándola con disimulo.

—Lore, me estoy arrepintiendo de haberte presentado a Oli.

—¿Por qué? Te hubiera dejado por aburrido si yo no hubiese venido, sois unos pelmazos, así que técnicamente me debes una.

—Touché.

Marc abraza a Lorena y la besa en el pelo divertido por sus comentarios.

Hacen muy buena pareja. Ella tiene el pelo moreno liso en una melena corta y con flequillo, es delgada y lleva un vestido negro por la rodilla con lunares blanco de estilo vintage y una diadema con un lazo a juego. Marc es moreno con el flequillo más largo hacia un lado y gafas de pasta, lleva una camiseta con una escena de *El principito* y una chaqueta de punto con coderas. Tienen mucha personalidad y destacan por encima de los demás amigos de Mario, que visten más clásicos.

—Bueno, Oli, espero que ya estés lo suficientemente borracha como para que podamos ver tu vídeo contigo delante.

Jorge me dedica una sonrisa de oreja a oreja y Mario sacude la cabeza mientras los demás se parten de risa. Me sirvo otro chupito ante la atenta mirada de todos y me lo bebo de un trago.

—Ahora ya sí.

Estallan en carcajadas y colocan el móvil apoyado entre dos copas en una posición que podamos verlo todos.

—Mi novia era bailarina—miro a Ismael que suspira con tristeza.

—No pienses en esa zorra ahora, toma otro chupito y disfruta el baile de esta zumbada, que no tiene desperdicio—Ismael obedece a Jorge y este último recibe una colleja de Lorena, que sale en mi defensa.

—¿Qué? Está zumbada, no digáis que no.

—Ya, pero es mi novia zumbada, un respeto.

Le planto un besazo a Mario por sus palabras y tiemblo cuando empieza el vídeo y veo como trepo con bastante poca elegancia hasta la barra.

Cuando acaba estoy hasta orgullosa. Mario sale guapísimo en él y, excepto por el principio, cuando empiezo a bailar, lo hago hasta bien. Si es que no se me puede dejar sola.

—Joder, no sé cómo te atreviste, Mario nos contó el juego—Lorena me mira con auténtica admiración. Si le contara un par de anécdotas de Maite y más sobre este juego nos montaría un club de fans.

—¿Y él? ¿Os contó lo que hizo? Eso sí que es valentía, pensé que me tocaría pagar la cirugía, porque ese tío estuvo a punto de romperle los dientes.

—Después de ese baile entiendo que no te deje escapar—Ismael me guiña un ojo y sonríe a Mario con picardía.

—Bueno, ya vale de hablar de mi novia y que nadie la rete hoy a ningún baile, que os veo venir y son solamente para mí, bueno Marc ¿cómo te va en el curro?

Salimos del restaurante con una borrachera bastante curiosa. Lorena y yo vamos cogidas del brazo cantando a voz en grito una versión espantosa de *Cielito lindo*, que sonaba en el restaurante cuando nos despedíamos del pobre camarero como si fuera un amigo de la infancia. Los chicos se parten de risa y nos animan unos pasos por detrás. He oído decir a Gito un par de veces que si dejo a Mario le dé mi teléfono y por las palabrotas que he escuchado después, ha recibido un par de guantazos.

Fermín se marcha con la rubia, con toda seguridad a hacer actos indecentes y los demás nos dirigimos a un local que está bastante de moda, o eso dice Lorena. Yo me dejo llevar.

Varias copas después bailo colgada del cuello de Mario encantada de la vida, me contoneo para él que disfruta con mis movimientos y con cada roce de nuestros cuerpos. Marc y Lorena ya se han ido, después de una despedida bastante dramática entre nosotras con alguna lagrimilla incluida, como si en vez de a Madrid me fuera a combatir a un frente a Polonia. Los solteros de oro, como los he bautizado, andan a la caza de un lígüe para esta noche. Ismael ha pillado gracias a Lorena y a mí y se ha marchado acompañado de una chica muy mona. Como lo veía más cortado que a los otros dos, que saben latín, he puesto un granito de arena de mi parte y ha funcionado.

Os pongo en situación, Lorena y yo en la cola del baño. Ismael pasa al de chicos, que, como siempre, no hay nadie esperando y nos guiña un ojo al pasar. Veo que las dos chicas que están delante de nosotras lo miran con curiosidad y decido intervenir.

—Lorena, ¿has visto al que acaba de pasar que nos ha guiñado el ojo?

Ella me mira como si se me hubiera ido la olla, pero cuando la pellizco y señalo a las chicas de delante que se han callado para escucharme, asiente y sonrío.

—¿Ese guaperas? ¿Lo conoces?

—De hecho me lo tiré el mes pasado y ¡madre mía! Ni te imaginas, no pude andar en una semana.

—¿En serio? ¿Va bien servido?

—Más que bien diría yo y menuda capacidad de recuperación, cinco en una noche, ¿te lo puedes creer?

—Vaya, quedan pocos de esos.

—Sí y mejor no te hablo de cómo maneja la lengua...

Ismael sale y antes de llegar a nosotras una de las chicas se planta en su camino y lo saluda con coquetería. Aprovechamos la ocasión y huimos al baño de los chicos para hacer pis antes de que nos vea nadie. Y ahí es donde acaba mi acto altruista de hoy, no es que hay hecho gran cosa, pero oye, ha funcionado.

Mario susurra en mi cuello.

—Nena, ¿qué te parece si nos vamos? Ya te he compartido demasiado tiempo, te quiero un rato para mí.

Asiento y cogiendo los abrigos nos despedimos de Jorge y Gito, que son los únicos que continúan por ahí aún con ganas de fiesta. Antes de llegar a la salida una chica intercepta a Mario plantándose en su camino, lo que nos hace frenar en seco y acabo empotrada en su espalda. Ella le da dos besos, demasiado cerca de los labios para mi gusto. Mario parece sorprendido durante un instante, pero enseguida tira de mí y me la presenta, aunque no se le ve muy contento con el encuentro, de hecho parece inquieto.

—Oli, te presento a Diana, Diana ella es mi novia.

—Oh, encantada.

La tal Diana arquea las cejas con sorpresa cuando dice la palabra *novia*, pero estoy tan cansada que no le doy demasiada importancia y la sonrío sin ganas.

—Igualmente, ya nos íbamos, ¿verdad, Mario?

No parecen grandes amigos, así que no creo que a él le importe mucho que mi voz haya sonado más tirante de lo que pretendía, pero es que ahora que he dejado de bailar noto que los pies me están matando por los malditos tacones y solo quiero llegar a casa. Ni siquiera se me pasa por la cabeza la posibilidad de que sea un rollete de Mario, bueno un poco, pero la cabeza me funciona más lenta de lo normal.

—Claro, ya nos veremos Mario.

Se pasa la lengua por los labios en un gesto sutil, pero claramente deliberado, dejándome claro que, o ya ha habido sexo entre ellos o ella se muere por tenerlo. Él la ignora y se mantiene en silencio hasta que yo lo rompo ya sentada en el taxi con los zapatos en la mano y la cabeza apoyada en su hombro.

—Mario, Diana es... ¿una ex o algo así?

—No.

Noto que su cuerpo se tensa, solo un momento, pero el suficiente como para que yo lo note.

—¿No has tenido nada con ella? Me sorprende por cómo te miraba, te estaba comiendo con los ojos.

—No, Oli, confía en mí.

No le pregunto nada más y él tampoco me cuenta de qué la conoce. Me quedo adormilada hasta que llegamos a casa y Mario me despierta suavemente y me ayuda a bajar del taxi ante la mirada divertida del taxista.

Ya en su habitación me desnuda y me tumba en la cama antes de coger a Pol y bajarlo a hacer pis unos minutos. Cuando regresa estoy completamente dormida.

Mentiras.

—Oli, despierta.

Abro los ojos y me recorre un escalofrío cuando Mario hunde la nariz en mi cuello. Tengo que mirar a mi alrededor unos segundos para recordar que sigo en su casa, en Barcelona, entre sus sábanas y suspiro feliz.

Empieza a darme cálidos besos por el escote hasta llegar a mis pechos que se endurecen ante sus caricias. Ronroneo y cerrando los ojos de nuevo disfruto de lo que Mario me hace, todavía medio dormida. Me separa las piernas y se coloca encima de mí, puedo notar su erección sobre mi sexo, dura, impaciente y perfecta. Subo un poco la cadera apretándome contra él, que gruñe y me muerde un pezón por respuesta. Aprieto sus nalgas con mis pies, para restregar su sexo contra el mío y junta mis pechos con fuerza, devorándolos y haciéndome gemir de placer.

—Fóllame, vaquero...

No necesita nada más y yo estoy más que preparada, así que con un movimiento rápido se coloca un preservativo. Un segundo después me penetra con un gemido ronco que me derrite y se me contrae el vientre ante la intrusión. Coloca un brazo a cada lado de mi cara y me besa con los labios apretados; me besa los párpados, las mejillas, la nariz, mientras entra en mí una y otra vez. Recorro su ancha espalda con mis dedos, su piel es suave, tersa, me vuelve loca y jadeo arañándolo sin control. Mario embiste entre mis piernas sin dejar de besarme y cuando ya no puedo más exploto con mis ojos fijos en los suyos en un orgasmo delicioso. Él sigue empujando entre mis piernas apretando la mandíbula hasta que empieza a tensarse y tras un par de movimientos más se deja caer desfallecido sobre mi cuerpo.

—Nena, esto es lo mejor del mundo.

—Ajá.

Se tumba a mi lado con la respiración todavía agitada. Yo estoy fuera de combate, así que soy incapaz de moverme. Mario en cambio me da un beso en el pelo y se levanta de un salto para abrir el armario en busca de ropa limpia. Me sorprende lo poco que le cuesta levantarse por las mañanas, da igual que tengamos resaca y hayamos dormido poco, apenas se le nota, no como a mí que soy un despojo humano en estos momentos. Se estira todo lo largo que es y aprovecho para disfrutar de la imagen que me regala. Creo que estoy en el paraíso. Tiene un culo increíble, su espalda bronceada, sus piernas, me gusta absolutamente todo de él. Cuando se da la vuelta me pilla mirándolo embobada.

—¿Disfrutando de las vistas?

—Sí, es parte de mis derechos como novia.

Sacude la cabeza riéndose y después de dejar la ropa limpia en el borde de la cama se va a la ducha. Un instante después vuelve a asomar la cabeza por la puerta.

—¿No quieres acompañarme?—levanta las cejas un par de veces dándome a entender la posibilidad de un segundo asalto, pero creo que mi cuerpo no lo resistiría, es probable que tuviese que volver a montarme después.

—Me tientas, pero con el polvo mañanero ya he tenido suficiente. Necesito unos minutos para ser capaz de levantarme.

Oigo su risa ronca por el pasillo y estoy a punto de saltar de la cama, en plan gacela, y aceptar su proposición, pero las piernas aún no me responden y, sinceramente, necesito unos minutos para mí. Ayer llegamos tan tarde a casa que nos hemos despertado tardísimo y tengo que estar en el aeropuerto dentro de tres horas. Estos días han sido tan perfectos que no quiero que se acaben nunca. No quiero pensar en dormir sola en mi cama esta noche, con él a tantos kilómetros de distancia; se me forma un nudo en la garganta y me entran ganas de atarme a su cama y quedarme aquí para siempre, pero tengo que ser fuerte y madura. Si esto tiene que funcionar conseguiremos seguir para adelante, estoy más segura que nunca. O más bien, a fuerza de repetirlo constantemente en mi cabeza, empiezo a estarlo, porque no puedo evitar pensar de vez en cuando, que todo es tan perfecto que no es posible que sea real.

Cojo el móvil de Mario y decido dejarle una sorpresa para hacerle reír cuando me vaya. Me hago un par de fotos con la sábana alrededor de mi cuerpo, le hago otra solo de mis ojos y otra más subida de tono de mis tetas. Eso sí, las guardo en una carpeta y pongo clave de seguridad, no vaya a ser que acaben siendo de dominio público. Cuando termino, el teléfono vibra en mis manos y el corazón me late desbocado al leer *nuevo mensaje recibido de Diana*.

Sé que no debería hacerlo, lo sé, pero que levante la mano quién en mi situación no lo haría, no se salva nadie y el que lo niegue miente como un bellaco.

Rápidamente vuelve a mi cabeza el encuentro de ayer. Las miradas de ella, la tensión de él, cómo se sorprendió ella cuando me presentó como su novia y las palabras de Mario pidiéndome que confiara en él sin explicarme nada más. En ese momento estaba tan cansada que no quise ver nada, pero soy consciente de que hay algo que desconozco en toda esa historia y que por el motivo que sea él prefirió dejarlo correr.

Noto una sensación agri dulce en las tripas y no son celos, lo juro, es algo más visceral, es miedo, desconfianza, incredulidad ante la posibilidad de que Mario me engañe. Confío tan ciegamente en Mario que si él me engañara toda mi vida daría un vuelco, porque todo en lo que creo habría sido mentira.

Antes de que me dé tiempo a analizar más la situación mi dedo pulsa una tecla y lo que más hubiera temido que apareciera se muestra ante mis ojos:

Hola guapo, no parecía que tuvieras novia el sábado pasado, eres un chico malo, como a mí me gustan. Me encantaría volver a verte, ya sabes donde vivo. Un beso. Diana.

Lo leo diez veces en treinta segundos y dejo el móvil sobre su mesilla igual que estaba antes, como si me quemara en los dedos, no sin antes borrar la carpeta con mis fotos, ya no me hace ninguna gracia.

No reacciono. Mi mente no para de dar vueltas intentando enumerar todas las situaciones posibles que puedan desencadenar un mensaje como ese, pero solo se me ocurre una. Eso o que sea una broma de cámara oculta, pero no creo que Mario permitiese que me sacaran desnuda.

Doy marcha atrás para recordar lo que hice el sábado pasado y me quedo pálida. Fue la noche que no supe nada de él, que me colgó, se cabreó porque hablé de Darío y de un montón de chorradas más y que no dio señales de vida hasta las nueve de la mañana del domingo. Me da un vuelco el estómago, me digo a mí misma que no puede ser, que Mario no me haría eso, que Mario es especial, pero estoy bloqueada y mi mente no para de imaginar una situación detrás de otra en la que Diana y él comparten algo más de lo que podría soportar.

Oigo sus pisadas por la casa y la cafetera que empieza a funcionar, así que aprovechando que está en la cocina me levanto de un salto y me encierro en el cuarto de baño. Me inclino sobre la taza del váter y vomito, se me ha revuelto el estómago y de repente me encuentro fatal. Me lavo los dientes y me meto bajo la ducha, el agua está helada, pero no soy capaz de sentir nada. Noto cómo se va rompiendo todo, pienso en lo que hemos vivido, sus palabras de amor, su forma de mirarme como si no necesitara nada más y empiezo a procesar que todo era mentira. Puedo sentir la grieta que se va abriendo en mi corazón, un dolor seco, brutal que me rompe en mil pedazos por dentro y me deja vacía. Sé que Mario me quiere, pero no acepto que sea así. Sea lo que sea lo que haya pasado, lo que sé es que me ha mentado y si Mario me miente, ya no creo en nada.

Ni siquiera lloro. Me visto despacio, me pongo unos vaqueros, una camiseta básica negra y un jersey verde botella. Me dejo el pelo suelto y salgo con la cara lavada. Antes de abrir la puerta suspiro contra el espejo y odio a la Oliva que me refleja por ser tan niña, tan ingenua, tan soñadora y ahora tan dependiente de una persona que

no es lo que parecía ser y sin la que ahora no le doy sentido a mi vida.

Mario me espera sonriente con la comida preparada. Ha calentado un par de platos de los que le dio ayer su madre y una ensalada, pero no creo que sea capaz de comer nada. Lo miro a los ojos intentando descubrir algo que me explique lo que está pasando, pero solo veo su ternura de siempre. Frunce el ceño y se acerca a mí preocupado.

—Nena, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Me estremezco al oír la palabra *nena* salir de sus labios, siempre me ha encantado escucharla, pero ahora me pellizca las entrañas y me enfurece.

—No tengo apetito, seguramente los margaritas de ayer tienen la culpa.

—No pasa nada, ¿quieres una manzanilla?

—Vale.

Asiento despacio, me siento como una niña, más pequeña que nunca a su lado y todavía no sé por qué no me he puesto a gritar y a tirarle platos a la cabeza como una loca, que es lo que hubiera hecho la Oli que conozco, pero ahora mismo no sé dónde se encuentra esa Oli. Creo que la dejé marchar por el desagüe de la ducha, junto a todo lo que Mario había hecho crecer en su interior. O peor aún, la olvidé aquella noche que nos conocimos y que lo cambió todo.

Lo observo trajinar a través de la ventana que da a la cocina; Mario es elegante por naturaleza, de esos tíos que no lo saben, pero que todos sus gestos y movimientos resultan armoniosos, varoniles, sexis sin pretenderlo, simplemente es así. Trago saliva y me reprocho por pensar en esto en vez de estar pensando en depilarle con cera la entrepierna y en el sentido inverso, que duele más.

Me planta una taza humeante en las manos y se sienta a mi lado a comer.

—He pensado que como tú tienes vacaciones en marzo y yo hasta julio nada, voy a intentar cambiarlas con alguien, seguramente me llamarán loco por ceder julio, pero ¿qué sentido tiene no poder disfrutarlas contigo?

Sonrío levemente, aunque me cuesta horrores y él continúa explicando los planes que tiene para los dos.

—Yo solo quiero estar contigo esos días, pero ¿qué te parece si vamos a algún sitio? Una escapada, tú eliges adónde.

Me mira tan ilusionado que otro hilo se rompe en mi interior.

—Vale. Ya lo pensaré. Oye Mario, ¿tú estás seguro de esto?

Suelta el tenedor y tuerce la boca antes de contestar con rotundidad.

—No he estado más seguro de nada en la vida.

Parpadeo un segundo intentando controlar todo lo que siento y muestro mi última carta. Según lo que él responda sabré si todo se ha acabado o no. En el fondo me niego a pensar que se haya acostado con esa chica estando conmigo, porque el Mario que yo conozco, no como pareja si no como amigo, como persona, nunca me haría algo así, pero lo que no podría soportar con él es la mentira. Después de mi relación tortuosa con Alberto no puedo volver a caer en eso. No puedo y él lo sabe.

—Mario, la chica de ayer, Diana, ¿de qué la conoces?

Tensa la mandíbula y solamente con ese gesto ya me quiero morir. Se revuelve el pelo y ese movimiento, que parece casual, me indica que está nervioso.

—Oli, no es nadie. Conoce a Jorge y por eso me saludó, no puedo contarte mucho más de ella.

—Está interesada en ti. ¿Lo sabes, no?

—Sí, pero yo en ella no, solo tengo ojos para ti, ¿vale?

—Vale.

Con la excusa de que no me encuentro bien me tumbo en el sofá de espaldas a él y con Pol en mi regazo. Es tan grande que me cubre casi entera, pero agradezco su cariño incondicional en estos momentos. Mario recoge la cocina y me susurra al oído que no me preocupe por nada, que me despertará cuando sea la hora de irnos y me besa con ternura en la sien. Yo cierro los ojos y finjo dormir, pero no paro de pensar que me ha mentido. No sé qué es lo que me oculta exactamente, pero está claro que se conocen de algo más que por su amigo, además él tenía su número memorizado en el teléfono, lo que ya dice bastante por sí solo y el comentario de que ya sabe donde vive se me ha clavado como un puñal. Si me hubiera confesado que se emborrachó y la besó porque estaba cabreado o que tontearon o yo que sé, que la relación a distancia es una mierda o que se la folló al poco de conocerme y tenía miedo de que me enfadara, pues obviamente hubiera ardido Troya y le hubiese pegado una paliza, pero seguramente después de insultarlo durante horas haría el esfuerzo de, por lo menos, intentar comprenderlo. Pero me ha mentido a la cara, no es que me haya omitido parte de la historia como hizo ayer, sino que ha negado conocerla de algo más como para saludarla educadamente y ya está y eso me está destrozando. No obstante, no quiero acabar con esto que estábamos empezando a construir en este instante, estoy demasiado vulnerable y pese a todo, quiero que mi visita sorpresa se convierta en un recuerdo bonito para él, que cuando piense en estos días que pasamos juntos, ese recuerdo no se vea salpicado por el dolor. Tampoco tengo fuerzas para plantarle cara ahora mismo, no sé qué me ha hecho Mario, pero no me reconozco, solo quiero llegar a casa, dejarme cuidar por mis chicas y empezar a recomponer los pedazos.

Apenas hablamos de camino al aeropuerto. Mario conduce pensativo con su mano en mi rodilla y yo finjo estar enferma apoyada en el respaldo con los ojos cerrados.

—Nena—ya esperando a embarcar me agarra de la cintura y apoyo la frente en su hombro, porque a pesar de lo dolida que estoy me reconforta estar en sus brazos y me digo que no hay nada de malo en disfrutar de su tacto, de su olor, de su voz, por última vez—, estos días han sido increíbles, gracias por venir, por sorprenderme de nuevo, por todo.

Trago el enorme nudo que se me ha formado en la garganta y que apenas me deja respirar y contesto con la mayor entereza de la que soy capaz, aunque no puedo evitar que me tiemble la voz. No me creo que esto esté sucediendo, que me esté despidiendo de Mario sin que él lo sepa, pero no sé me ocurre cómo podría hacerlo de otra manera. En realidad eso es mentira, podría hacerlo de mil maneras diferentes, pero decido escapar, porque es lo más fácil, porque si me enfrento a él sé que me derrumbaría y porque lo quiero tanto que con él cerca ahora mismo no soy capaz de razonar.

—De nada, yo también lo he pasado genial. Da las gracias por todo a Fermín, a tu madre y a tus amigos, sobre todo a Lorena.

Pasa un brazo por mis hombros y aspira mi olor con la cabeza apoyada en el arco de mi cuello. Me siento desbordada, como si solamente hiciera falta una gota más para que todo estalle en mil pedazos. Todo es tan intenso y estoy tan perdida, que de pronto tengo la necesidad irrefrenable de abrazarlo, para sentirme segura de nuevo, sentir su calor y volver a disfrutar de esa plenitud que solo me produce el estar entre sus brazos. Y lo hago, lo abrazo tan fuerte que da un respingo sorprendido y enseguida me responde rodeándome entera, con firmeza.

—Ey, Oli. ¿Qué pasa? No estés triste, en un mes nos vemos y quizá pueda escaparme un fin de semana a Madrid, ¿sabes? No pensaba decírtelo por si al final no podía ser, pero haré lo posible, te lo prometo.

—No prometas nada, por favor.

No quiero más promesas, así que niego con la cabeza y él me mira confuso. Puedo vislumbrar la duda que inunda sus ojos, me conoce tan bien que sabe que me pasa algo, pero está sopesando si preguntarme o dejarlo estar hasta que yo esté preparada para contárselo, como ha ocurrido en otras ocasiones. Lo que él ni se imagina es que esta vez es diferente, porque lo que le esconde es un adiós que no soy capaz de pronunciar si me mira a los ojos.

Finalmente Mario se separa un poco más de mí y abre la boca indeciso, pero antes de que pueda preguntar nada me lanzo a sus labios y lo beso profundamente. No quiero hablar, bloqueo mi mente y disfruto por última vez de sus labios junto a los míos, de su pasión, de su calor, de su sabor. Lo beso con todas mis ganas, porque no puedo ignorar esa voz interior que me grita sin cesar que quizá este beso sea de verdad el último.

Me alejo hasta llegar a la puerta de embarque. Justo antes de entrar me doy la vuelta y veo a Mario con las manos en los bolsillos, tan guapo que suelto un gemido, sonriéndome de medio lado. Leo en sus labios un *te quiero* que me quema por dentro y cerrando los ojos me giro y desaparezco de su vista.

Se acabó.

Entro en el salón arrastrando la maleta como un alma en pena y me encuentro a mis amigas con la película de *300* de fondo por enésima vez, una mascarilla verde en la cara y pintándose las uñas. Me sonríen abiertamente hasta que ven mi careto y el suyo se va descomponiendo. Maite para la película y me hacen un hueco en el sofá para que me siente entre las dos.

—Cariño, no estés triste, dentro de nada volverás a verlo, ya lo verás—Sonia me acaricia el pelo y Maite me estruja una mano entre las suyas.
—Aceituna, cuando menos te lo esperes estará empotrándote como un bestia, ¿cómo es eso Sonia? Lo bueno se hace esperar, ¿no?

Sonia asiente y yo las miro a ambas con los ojos muy abiertos. Carraspeo antes de hablar, porque no quiero que me tiemble la voz, quiero que mi decisión parezca firme, segura, aunque por dentro sé que apartarme de Mario me va a destrozar.

—Chicas, estar con Mario ha sido... lo mejor que me ha pasado hasta ahora, pero se acabó.

Sonia suelta un grito y se tapa la boca con las dos manos embadurnándose entera de pringue verde y oigo a Maite blasfemar entre susurros.

—¿Qué ha pasado?—Sonia pasa su brazo por mis hombros y me anima a hablar. Les cuento todo, desde el recibimiento que le di, hasta la despedida en el aeropuerto y ellas me escuchan sin pestañear, hasta que acabo con un suspiro lastimero y apoyo la cabeza en el regazo de Sonia.

—Joder, si es que no hay ni uno de fiar, ¡ni uno! Cabrón mentiroso...
—Tranquilízate, Maite, eso no ayuda.

Su dulce voz me calma a mí, pero con Maite no funciona, porque ella es así, necesita soltarlo todo; aunque parezca un robot sin sentimiento alguno, en el fondo tiene un corazón que no le cabe en el pecho. A ella también le gustaba Mario y la ha decepcionado. Se siente culpable por no haberlo visto venir, aunque son cosas que no se pueden predecir, pero siente que la ha fallado su instinto de protección y la adoro por ello.

—Es que no lo entiendo. Podía haberte dicho la verdad, aunque se la hubiese follado y por lo menos habría que elogiar tener huevos para confesarlo, ser sincero, pero así no.

—Aun así Oli no le ha preguntado, ni siquiera estás segura de lo que pasó con esa chica—la apreciación de Sonia hace que Maite le lance una mirada que es para ponerse a temblar, pero ella no se acobarda.

—¿Cómo puedes decir eso? Da igual que haya sido un beso, una mamada en un baño o una relación de tres años, el caso es que la ha mentido. Mario conocía a esa chica, sea lo que sea lo que pasó el sábado pasado está claro que es lo suficientemente importante como para que tenga miedo de que te alejes de él y ha preferido engañarte, incluso sabiendo lo importante que es eso para ti. Eso es todo.

—De todas formas—Sonia se incorpora un poco conmigo todavía sobre ella para debatir a Maite, que se mueve sin parar por el salón—creo que deberías sincerarte tú con él, que sepa que viste el mensaje y que tenga la oportunidad de explicarse, de esa manera nunca podrás decir que no hiciste todo lo que estuvo en tu mano. Ya sé que no parece el caso, no pienses que lo justifico, porque no tiene justificación, pero a veces las cosas no son al cien por cien lo que parecen. No todo es blanco o negro, Oli.

Levanto la mano para interrumpir a Maite, que iba a volver a la carga, para que me dejen hablar. Me duele la cabeza y solo quiero acabar con esta conversación y meterme en la cama.

—Lo que más me duele de todo es que Mario no es solo el chico del que me he enamorado, es que era mi mejor amigo antes de todo lo demás y esa es la traición que más me duele. Los amigos no se mienten, nos podría haber ido mal como pareja, pero yo nunca, nunca, hubiese dejado que saliese de mi vida. Es demasiado importante para mí, pero lo que me ha demostrado con esto, es que en el momento en que la relación ha cambiado ya no es igual para él. Además, sabe lo que supone para mí que me mientan como ha dicho Maite, no hay más.

Su expresión me hace entrever que lo han entendido y que después de eso no hay mucho más que se pueda decir.

—Es como si al final tú y yo tuviéramos el romance tórrido del que siempre hablamos y que acabaremos teniendo, aunque te empeñes en negarlo—Maite consigue sacarme una sonrisa y Sonia también se ríe bajito—, si al final nos tirásemos los trastos a la cabeza, ante todo eres mi mejor amiga y eso es sagrado.

—Maite, es increíble que hasta las cosas más serias y profundas parezcan pervertidas cuando tú las dices.

Maite le guiña un ojo y contesta abriendo la boca y haciendo un gesto soez que hace que hasta yo estalle en carcajadas...

—No veas lo profunda que puedo llegar a ser.

Sobre las diez Mario me llama. No me apetece nada hablar con él, porque sé que cuando oiga su voz me vendré abajo, pero tengo que hacerlo cuanto antes. Sobre todo antes de que me eche atrás, porque en esto no puedo ceder y no estoy muy segura si podré seguir adelante con mi decisión si me pilla aún con las defensas más derribadas de lo que ya están ahora.

—Hola.
—¡Hola, nena! ¿Estabas dormida?
—Aún no.

Mario resopla contra el auricular y me muerdo el labio con fuerza, estoy nerviosa, porque no sé ni por dónde empezar.

—Ya te echo de menos, será una guarrada después de lo que hemos hecho estos días, pero no pienso cambiar las sábanas esta noche, huelen a ti.

Venga, pónmelo más difícil todavía, si es que eso es posible.

—Mario, no puedo seguir con esto.

Puedo sentir que mis palabras le caen como un jarro de agua fría, aunque no pueda verlo y al responder su voz suena confusa y temblorosa.

—¿Qué dices, Oli? ¿Qué pasa? Si es una broma no tiene gracia.
—Nunca bromearía con algo así. Simplemente... se acabó, Mario.
—Nena, pero ¿¿¿qué coño estás diciendo???

—No me grites.

—Vale, perdona, pero es que...

Respira acelerado, está furioso y está intentando contenerse. En el fondo lo entiendo, me pongo en su lugar y yo ya le habría gritado como una loca, además supongo que el hecho de que yo parezca estar tan calmada, tan fría, le estará sacando de sus casillas.

—No quiero que se compliquen más las cosas. Escúchame, porque solo podré decirlo una vez. Dijimos que no habría mentiras, fue lo único que te pedí y no has cumplido con el trato, así que no hay mucho más que hablar.

Su silencio me dice más que cualquier cosa que pudiera decir. No intenta explicarse, no se disculpa, no se defiende, sencillamente se acaba de dar cuenta de que la ha jodido, ha entendido perfectamente de lo que estoy hablando y eso únicamente significa que la traición existe, sea cual sea.

—Oli, tú y yo...

—No.

—Si esto es por Diana, yo puedo...

—Mario, ya es tarde. Prefiero no saberlo. Solo sé que te pregunté y me mentiste, por el motivo que sea, da igual y sabías de sobra por lo que pasé con Alberto. No quiero una relación así, no es lo que necesito en mi vida y tampoco creo que lo merezca.

Está confuso, no sabe ni qué decir, supongo que estará dando vueltas en la cabeza a un millón de cosas, del tipo cómo me he enterado, desde cuándo lo sé o qué es exactamente lo que sé.

—Por favor, nena...

Mario suplica, lo estoy destrozando, lo sé, pero tengo que continuar con mi decisión, en el fondo sé que es lo mejor para los dos, o quiero pensarlo.

—Lo siento, Mario. Créeme, pensé que funcionaría, pero me equivoqué.

—Iré a verte el fin de semana que viene y hablamos con tranquilidad, ¿vale? Solo te pido eso, por favor.

—No es buena idea, mira... no te estoy pidiendo que desaparezcas de mi vida, me gustaría con el tiempo volver a lo que teníamos antes de todo esto, pero para eso es necesario que nos distanciamos.

—No es lo que piensas, Oli...

—Da igual lo que piense, duele más tu mentira. Lo ha cambiado todo, Mario.

—Entiendo—su tono ya no es el mismo, es frío, duro y me indica que está realmente furioso, me recuerda al Mario que me encontré hace una semana diciéndome que no era el momento y no me gusta.

—Es mejor así.

—Ya claro. ¿Mejor para quién?

Ignoro el tono sarcástico que tiñe su comentario, porque está enfadado y lo único que podemos sacar ahora en este estado si contesto es empeorar más la situación y ya me siento lo suficientemente desbordada.

—Mario, necesito descansar, mañana madrugo y ha sido un día muy largo.

—Bien, descansa.

—Gracias.

Compartimos un silencio tenso unos segundos, esperando que el otro añada algo más, que rellene el espacio en el cual antes incluíamos un *te echo de menos*, un *hasta mañana, vaquero* o que incluso, si todo hubiera ido como deseaba, albergaría un *te quiero*, pero ninguno dice nada y cuelgo el teléfono.

Me sorprende a mí misma el modo en el que he reaccionado ante la situación. Pensé que lloraría, gritaría y lo insultaría hasta quedarme sin voz, pero no ha sido así. Aún no he sido capaz de expresar nada, ni una sola lágrima, es como si él se hubiera quedado una parte de mí y solo fuera una cáscara vacía. No me conozco y eso me asusta.

A las tres de la mañana recibo un mensaje, sé que es de Mario sin necesidad de mirarlo. No he dormido nada y estoy segura de que él tampoco habrá pegado ojo. Me lo imagino tumbado en su cama, acariciando a Pol y mirando mi foto y se me forma de nuevo ese nudo en la garganta, pero mi cuerpo no reacciona más que eso.

Oli, llevo una hora intentando escribirte este mensaje, pero no sé ni por dónde empezar, así que lo haré por lo obvio, soy un imbécil y lo siento. Lo siento. Lo siento tanto... Sé que la he jodido y que cualquier explicación que te dé ahora mismo está fuera de lugar, así que solo quiero que sepas que te quiero. Más bien necesito saber que me crees, que te quiero con locura y que nunca dudes de que lo que tú y yo hemos vivido es real. Lo más real que he tenido en la vida.

Apago el móvil y me tapo los ojos con los brazos. Revivo todo, cada gesto, cada palabra, cada mirada y lo sé. También ha sido lo más real que he sentido en toda mi vida, pero precisamente por eso es todavía más doloroso.

Me pongo unos calcetines de lana y me dirijo a la habitación de Maite. Abro la puerta sigilosamente, pero en cuanto pongo un pie dentro ella abre los ojos y retira el edredón, dejándome espacio a su lado. Me tumbo y me dejo abrazar por ella, que me consuela y me acaricia el pelo con delicadeza hasta que rompo a llorar y me deshago en lágrimas entre sus brazos.

—Confiaba tanto en él, Maite...

—Lo sé cielo, lo sé. Ahora duerme.

Maite me acuna y me mima mientras yo lloro desconsolada hasta que me quedo dormida.

Veintiún días sin Mario.

La semana es un infierno. Parezco un zombi, apenas duermo, estoy de un humor de perros y me bato en una lucha constante entre no tener apetito y asaltar la nevera hasta arrasar con todo, normalmente a horas intempestivas. Sonia y Maite me aguantan como pueden, están muy pendientes de mí y me tienen entre algodones, a pesar de que en ocasiones me estoy comportando como una auténtica tirana. Raúl está pasando en casa más tiempo que nunca y, aunque lo niegue, sabemos que lo hace como fuente de información para Mario; es eso o que tiene un lado masoquista, porque cualquier otro huiría con tal de no aguantarme. De hecho las chicas lo hacen porque es su deber como amigas, si no ya estarían rumbo a Las Maldivas o habrían empacutado mis cosas y yo llevaría días instalada en casa de mi madre. Eso sí, estoy trabajando mejor que nunca, porque es la única manera de desconectar completamente de Mario y mi superior parece encantado con mi nueva faceta seria y responsable, aunque incluso él parece preocupado por mi estado. En general, a nadie de mi entorno le resulta indiferente la nueva versión adulta de mí misma, que por qué no admitirlo, es un verdadero coñazo.

He recibido un mensaje diario suyo, pero no he sido capaz de contestar; tengo miedo a que lo vea como una invitación al acercamiento y aún no estoy preparada. Por las noches los leo metida en la cama, uno detrás de otro y aunque sé que eso solo consigue hacerme más daño, no puedo evitarlo, lo necesito tanto que solamente con esos fragmentos que me dedica de amor y perdón me siento de nuevo un poco más cerca de él y me reconforta de algún modo extraño que no logro comprender. Necesito distancia, pero a la vez no puedo evitar seguir atada a lo único que sigo recibiendo de él, que son esos mensajes. Soy adicta a Mario de un modo que nunca pensé que podría llegar a sentirme con una persona y por eso necesito desintoxicarme, para poder pensar con claridad, porque, de momento, Mario lo sigue llenando todo.

Es domingo y voy camino del restaurante favorito de Ricardo, el marido de mi madre, porque hoy celebramos su cumpleaños. No tengo ninguna gana de enfrentarme a mi familia, pero de esta no puedo escaparme. Cuando llego ya están todos esperándome refresco en mano y la pequeña Julia se lanza a mis brazos. La abrazo y aspiro su olor, huele al champú de melocotón que usa mi madre y no sé por qué me emociono como una tonta. Me seco disimuladamente una lágrima con el puño de mi abrigo y les dedico una sonrisa de oreja a oreja, pero a quién pretendo engañar, es mi familia y me conocen bien. Mi madre me da un beso y se acerca preocupada.

—Tienes mal aspecto, cielo, ¿estás enferma?—pone su mano en la frente para comprobar si tengo fiebre y mi padre me mira con ternura.

Ambos me llamaron cuando regresé de Barcelona, pero puse mil excusas y no les conté demasiado. Bueno, más bien solo conté estupideces, porque no me salieron las palabras para decirles que habíamos roto. No necesitaba a mi madre en casa dándome consuelo y por mucho que se lo explicara no la convencería de que necesitaba estar sola y con total seguridad acabaríamos discutiendo.

—Estoy bien, mamá. Una mala semana, eso es todo.

—¿No estás más delgada?—Candela mete dos dedos por el borde de mi vestido dejando a la vista de todos el encaje de mi sujetador.

—Sí, has adelgazado, ese vestido te quedaba pegadito—Natalia interviene y yo chasqueo la lengua y golpeo la mano de mi hermana para que me deje en paz de una vez.

Me acerco a Ricardo y lo abrazo.

—Richard, felicidades—le doy su regalo y lo abre ilusionado.

—Gracias, corazón. ¡Me encanta!

Les muestra a todos una taza blanca en la que pone "*soy un tío moderno, lo mismo te frío una camisa como te plancho un huevo*" y se ríen. Estoy tan triste que hasta siento lástima de mí misma por hacer siempre regalos tan absurdos.

Marcos me mira preocupado, no hace falta que diga nada, solamente con cruzar una mirada con él lo sabe, pero no abre la boca y se lo agradezco en silencio.

Evidentemente, no todos son tan observadores como mi hermano, así que es cuestión de tiempo.

Nos sentamos en la mesa y antes de que nos hayan traído las bebidas ya sale su nombre, esta vez es Natalia la que decide sacar el tema y le dedico una mirada aterradora que la pobre no merece, pero que no soy capaz de contener.

—Bueno, Oli, ¿qué tal tu escapada romántica con Mario?

—Mario y yo hemos roto.

Se quedan boquiabiertos, hasta los mellizos dejan de tirarse bolas de pan y me miran con el ceño fruncido, parece ser que ni uno de los miembros de mi familia pudo resistirse a sus encantos.

—Rompimos cuando yo regresé de Barcelona, pero estoy bien, simplemente no funcionó.

Marcos me coge la mano por debajo del mantel y yo la aprieto con fuerza para no desmoronarme, son las personas que más quiero en este mundo y no quiero que se preocupen por mí, que lo pasen mal sin necesidad.

—¿Ha ocurrido algo?—mi padre me mira serio, puedo leer en sus ojos que sabe lo que estoy sufriendo.

—No, no penséis cosas raras, la distancia es difícil y discutíamos mucho, no os preocupéis, en unos días estaré como nueva.

—Ese chico te gustaba, cielo, seguro que es una crisis, todas las parejas pasan por ello, ¿verdad?

La dulzura con la que habla mi madre me conmueve y la sonrío con pesar.

—No, mamá, es definitivo. Nos equivocamos. En unos meses volveremos a ser los amigos que éramos antes y como si no hubiese pasado nada—doy una palmada al aire y levanto mi naranjada—y ahora a brindar, que esto parece un funeral, pobre Richard.

El aludido me guiña un ojo y de momento parece que deciden respetar mi silencio, aunque sé que volverán a sacar el tema más adelante.

Por la noche recibo otro mensaje de Mario:

¿Cuánto tiempo vas a seguir ignorándome? Ya ha pasado una semana desde que te fuiste y, si no es por Raúl, no sé nada de ti. Aun así he pensado mucho y acepto tu trato de silencio. Si quieres distancia la pondré, de hecho este es el último mensaje que te mando hasta que tú consideres que es suficiente, pero no pienses que voy a tolerar que desaparezcas de mi vida, si no quieres seguir conmigo lo entiendo, pero no puedo perderte también como amiga. Ahora que te he encontrado no voy a dejarte marchar. Te quiero.

Pasan las semanas y Mario cumple su promesa. No me llama, no me escribe, ni siquiera Raúl pronuncia su nombre una sola vez. Cuando Maite o Sonia intentan sacarle información él se cierra en banda y dice que si queremos saber algo se lo preguntemos a Mario. Me hace gracia, es como si hubiéramos entrado en un juego nuevo, porque por mucho que nos comportemos como si el otro no existiera, sé que Raúl habla con Mario a menudo y le cuenta cómo me encuentro. Por una parte me gusta que se preocupe por mí, pero por otro lado me siento observada en mi propia casa y me agobia. Además, hace que intentar desconectar de él, aunque solo sea por una hora, me resulte imposible.

Lo echo muchísimo de menos. A veces me da el punto melodramático y miro una y otra vez todas las fotos que le hice cada vez que estuvimos juntos y estudio como una psicópata todos los rasgos de su cara y su cuerpo hasta la extenuación. Es lamentable.

Hace un par de días colgué en mi habitación la lámina que me regaló en Barcelona, pero cada vez que la miro me siento tremendamente triste. Como ese sentimiento que te golpea el pecho cuando te cruzas en la calle con alguien que comparte su perfume o como cuando escuchas una canción que te recuerda a alguien que ya no está. Un golpe seco, brutalmente intenso que te arrastra de nuevo a lo más oscuro de ti mismo.

Es asombroso cómo algo que apenas tuvo tiempo de llegar a ser, puede marcarte tanto, aunque si soy sincera conmigo misma no siento la ruptura como tal, si no la pérdida de en lo que se había convertido él para mí desde que nos conocimos. Hasta ahora que noto su ausencia no había sido consciente del espacio que ocupaba en mi vida y en lo vacío e inerte que me encuentro sin él.

Otros días incluso consigo dejar de pensar en él durante un rato, como cuando voy al gimnasio, que desde la ruptura he vuelto a coger con ganas. Mi hermano Marcos a veces me acompaña, aunque no es de los que les guste mucho, pero lo hace por mí y se lo agradezco. Hablamos de sus clases, de su medio novia y consigo evadirme de todo por un tiempo.

Por lo demás todo sigue su curso.

Sonia y Raúl afianzan cada vez más su relación, ya conocen a las respectivas familias y lo suyo va tan rápido que Maite pregunta cada dos días al borde de la histeria que si no estará embarazada y la semana que viene nos sorprenderá con una boda exprés. No hay noche que no duerman juntos y parecen realmente felices. Yo me alegro profundamente, pero evito coincidir con ellos y me siento una miserable por hacerlo, pero es que cada gesto cariñoso, cada mirada, cada beso, me hace pensar en Mario de manera automática y me revuelve el estómago.

Maite sigue viéndose con Darío. Me refiero a solo con Darío, lo que es extraño en ella, pero estoy posponiendo la conversación, porque si le digo algo es capaz de cagarse encima de miedo al darse cuenta de que está comenzando la que quizá sea su relación más importante hasta la fecha, dejar al pobre chaval y acabar en la cama con Gerardo, el vecino del cuarto que siempre la acosa en el ascensor, solamente para demostrar que sigue siendo la misma de siempre (y creedme, si vierais a Gerardo estaríais conmigo en que no es una buena idea).

El mundo sigue girando y yo me dejo llevar por él. Me siento estancada, pero ya he tomado una decisión; ya han pasado veintiún días desde que volví de Barcelona, como el programa ese de la televisión en el que la periodista se pasaba veintiún días fumando porros, o machacándose en el gimnasio, pues igual, yo he pasado veintiún días sin Mario y ya va siendo hora de que la Oli que todos quieren volver a ver despierte de nuevo. Se acabó andar como un fantasma por casa, se acabó salir de casa sin peinar, se acabó compadecerme de mí misma, se acabó ser tan débil. Necesito despertar de este estado de duermevela en el que me mantengo desde entonces y reencontrarme con la que era antes de todo esto.

Voy a toda prisa camino del gimnasio, porque he quedado con mi hermano hace diez minutos y sé que se agobia un poco en estos sitios llenos de gente cuando no conoce a nadie. El móvil empieza a vibrar en la mochila y después de maldecir a gritos y conseguir que toda una parada del autobús me mire como si fuese una demente, por fin lo encuentro y contesto jadeando.

—¿Dígame?

—¿Oli? Soy Lorena.

Joder. Lorena, la amiga de Mario. Cuando me despedí de ella aquella noche pensaba llamarla, de verdad, pero después de todo lo ocurrido no me pareció oportuno.

—Sí... hola, ¿cómo estás?

—¿Te pilló bien? Si te resulta incómodo hablar conmigo, no pasa nada, lo entiendo.

—No, no es eso. Solo me ha sorprendido. He quedado con mi hermano y llego tarde, no te asustes si parezco un hipopótamo corriendo.

Lorena se ríe y se relaja, supongo que para ella también habrá sido complicado llamarme sin tener muy claro cuál iba a ser mi reacción.

—Tranquila, solo quería saber cómo estabas.

—Bueno, he pasado por épocas mejores, no te voy a engañar, pero lo superaré.

—Ya. Él tampoco está demasiado bien, ¿sabes? De hecho nunca lo había visto así, te echa mucho de menos.

Freno en seco y cierro los ojos. No puedo permitirme pensar en Mario sufriendo ahora mismo o se derribarán las pocas defensas que tengo. Yo también lo echo de menos, cada segundo, pero no es suficiente.

—Lorena, sinceramente, ¿por qué me llamas? No pretendo ser borde, pero no...

—Lámalo.

—¿Qué?

—Oli, es mi amigo y está hundido, te lo pido por favor. No te voy a engañar, llamarte era mi última opción, pero ya no sé qué hacer. No te pido que lo perdones, ni siquiera que lo trates bien, solo una llamada, aunque sea para insultarlo.

—¿Y de qué serviría eso?

—Tú hazlo, ¿vale?

Medito unos segundos y veo a mi hermano haciéndome aspavientos tras el cristal de la entrada del gimnasio. No puedo prometerla nada, pero tampoco lo descarto. Yo también me muero por escuchar su voz, aunque todavía es demasiado pronto.

—Lo pensaré, pero no voy a mentirte, necesito más tiempo.

—Lo entiendo, pero Oli, él no...

—No. No quiero saber nada, ¿de acuerdo? Ahora lo siento, pero tengo que colgar. Te prometo que lo haré, cuando esté preparada.

Lorena suspira profundamente aliviada.

—Gracias, con eso me basta.

Rehabilitación.

Marzo va pasando lento y lluvioso. Los días se me hacen eternos y procuro mantenerme ocupada para evitar pensar. Pensar en Mario, en lo feliz que fui en Barcelona, en la decepción que siento cuando pienso en su mentira, en qué fue lo que pude hacer mal para haber llegado a esto, en qué fue lo que hizo él y que aún desconozco, en que perderlo es todavía más doloroso que todo aquello.

Me vuelco en el trabajo y en el gimnasio, disfruto de las visitas de mi familia y de noches de cine y confidencias con mis chicas, pero pese a todo, cuando me acuesto sigue ahí. Esa desazón que no desaparece y que lo inunda todo. Las ganas de llorar, llamarlo y suplicarle que vuelva. Su silencio.

¿No me estaré equivocando? ¿No estaré siendo demasiado dura con él por no ser capaz de perdonarlo? Qué vale más, ¿mantenerse fiel a tus convicciones, aunque sufras y te sientas desgraciada o arriesgarse a ser feliz, a pesar de que marques un precedente y te persiga un sentimiento de decepción por dejar de ser tú misma de algún modo?

Mañana estoy oficialmente de vacaciones y por primera vez en mi vida hubiera preferido estar trabajando. Desde que conocí a Mario me veía con él pasando estos días, haciendo realidad uno de esos viajes con los que siempre he soñado, o simplemente pasar juntos todo el tiempo posible en su ciudad, o en cualquier otro sitio, mientras fuese con él. En cambio nada es como me imaginaba.

Me ha costado mucho tomar la decisión que he tomado. He alquilado una habitación en un pueblito costero en Cádiz y me marcho sola, necesito tiempo para mí.

Siempre había pensado lo triste que era irse solo de vacaciones, pero ahora, estando en la situación que estoy, comprendo mucho mejor a los que deciden hacerlo. A veces necesitamos estar con nosotros mismos y desaparecer unos días para aclarar la mente. Desconectar absolutamente de todo y conocernos de nuevo, porque tendemos a dar por hecho que sabemos quiénes somos, hasta que nos encontramos con una piedra en el camino que nos hace tropezar y de repente, nos miramos al espejo y solo vemos a un completo desconocido que no tienes ni idea de cómo ha llegado hasta allí. Y no reconozco a la Oliva que veo reflejada, así que necesito hacerlo, necesito encontrarme de nuevo.

No se lo he dicho a nadie, puede que Sonia y Maite se enfaden, pero sé que insistirían en que no me fuera sola y acabaría siendo acompañada por alguna de ellas, por mi hermana o por mi madre, qué sé yo, no sé qué opción es más aterradora. Además, no quiero que el cotilla de Raúl le vaya con el cuento a Mario, quiero sentirme sola de verdad.

Por su parte está cumpliendo el trato, no he vuelto a saber nada de él y sigo echándolo de menos, es angustiante. Un par de veces he estado a punto de enviarle un mensaje, pero he terminado borrándolos y lanzando el teléfono debajo de la cama para evitar la tentación.

Suena el despertador a las seis de la mañana y me preparo en silencio. Levanto la maleta en el aire para no hacer ruido y salgo de casa lo más sigilosamente posible. Me monto en el taxi que me lleva a la estación de autobuses y antes de darme cuenta ya hemos llegado. Compro una botella de agua y un par de revistas de moda antes de subir y cuando el autobús arranca mando un mensaje a mi madre, otro a mi padre y otro igual para Sonia y Maite:

Chicas, voy a desaparecer unos días, lo necesito. No os preocupéis, de verdad, estoy bien. Solo necesito un poco de tiempo para mí. Prometo dar señales de vida de vez en cuando y no os enfadéis demasiado por haberlo ocultado, sé que en el fondo me entendéis. Os quiero. Oli.

Apago el móvil antes de que empiecen a llamarme como locos y recostándome en mi asiento me relajo y en diez minutos me quedo dormida.

Me alojo en una casita blanca preciosa de dos plantas, con ventanas azules adornadas con flores moradas y rosas en el alféizar. Encarna, la dueña de la casa, me recibe con una gran sonrisa y enseguida me cae bien. Es una mujer de unos cincuenta años bajita y regordeta con el pelo corto rojizo y unos ojillos negros vivarachos que sonríen continuamente. Inspira ternura y hace que te sientas cómoda, como si estuvieras en tu casa.

En el piso inferior hay una cocina inmensa, un salón de uso común y un baño, además de una pequeña habitación que hace de recepción y otra cerrada con llave que, según me explica Encarna, es la suya. En el piso de arriba hay cuatro habitaciones con baño individual en todas ellas.

Encarna me acompaña a la que se va a convertir en mi habitación esta semana. Es preciosa, muy sencilla, en madera clarita y con cortinas blancas, pero con un montón de detalles que la hacen acogedora. El baño es de estilo rústico, me encanta, pero lo que sin duda me deja embelesada es la vista que tiene. El mar se encuentra apenas a doscientos metros de la casa y su azul destaca intenso sobre las casas blancas y las calles empedradas. Es una maravilla que esto sea lo primero que veas al despertarte, sería fácil acostumbrarse.

Como ya es tarde y estoy hecha polvo del viaje en autobús, decido darme una ducha y relajarme. Cuando veo la cesta de regalo que Encarna ha dejado en el cuarto de baño casi lloro. Tiene de todo, champú, gel, crema corporal, un pequeño perfume... y todo hecho con productos naturales de la zona que huelen de vicio. La abro y lo pruebo todo, incluido el perfume, aunque vaya a meterme en la cama. Después me pongo unas braguitas y una camiseta de tirantes y me como sentada en la cama un sándwich vegetal, que compré mientras buscaba la casa y unas galletas de chocolate.

Enciendo el móvil y por poco explota. Tengo diecisiete llamadas perdidas, entre familia y amigos y un porrón de mensajes. Suspiro resignada y los leo tumbada sobre la cama. Mi padre, mi madre, mis hermanos, Maite, Sonia, Lorena y cuando ya no pensaba que fuera posible ahí está, Mario:

Tú ganas. Puedo respetar tu silencio, pero no puedo soportar no saber dónde estás. No me contestes a mí si no quieres, pero los tuyos están preocupados por ti y ellos no se lo merecen.

Mierda. Llamo a mi padre y contesta rápidamente.

—Oli, ¿dónde estás?

—Hola papá.

—¿Tú sabes lo preocupados que estábamos?

—Solo me he escapado unos días, necesito estar sola para pensar, eso es todo.

—Lo entiendo cielo, pero ¿y si te hubiera pasado algo? ¿Y si ocurre cualquier cosa y nadie sabe dónde encontrarte? Dime dónde estás, prometo no decírselo a nadie, ni te llamaremos, tendrás tu espacio.

—De acuerdo.

Hablo unos minutos con mi padre y le doy la dirección y el teléfono de la casa para que se quede tranquilo, no sé a qué viene tanto alboroto, aunque bueno, si fuera al revés supongo que un poco de angustia me entraría. Cuelgo y no han pasado ni dos minutos, cuando recibo otro mensaje de Mario que me deja totalmente desconcertada:

Gracias.

¿Qué significa eso? ¿Y cómo se ha enterado tan rápido de que he hablado con mi padre? Creo que tendré que interrogar seriamente a mi progenitor, pero eso será cuando vuelva, ahora lo que menos necesito es otro tema nuevo con el que torturarme. Apago el teléfono de nuevo y meto la cabeza debajo de las sábanas, estoy agotada, por lo que no tardo apenas nada en quedarme profundamente dormida.

Sueño con Mario, me besa los párpados tumbado sobre mí y yo me río como una niña, porque su comienzo de barba me hace cosquillas. Me susurra que me desea y que me quiere y nos abrazamos tan fuerte que cuando me despierto casi me parece real.

Los días siguientes disfruto de mis vacaciones en soledad de una forma que jamás me hubiese imaginado. Para mi sorpresa me levanto pronto y no me cuesta. Desayuno en la casa las delicias que prepara Encarna, junto con otros dos inquilinos que se alojan también esta semana aquí y después paso las horas en la playa, paseo, leo tumbada en la toalla, escucho música, o simplemente me siento y contemplo el mar. A veces me acerco al mercado y compro algo para comer o me tomo una

cerveza en alguna terraza del puerto. Alguna noche también cenó en la casa y charlo con Encarna y con Manuel y Juan, la pareja que se aloja aquí, con la que he congeniado de maravilla. Somos los únicos inquilinos esta semana, así que estoy tan cómoda que me siento como en casa, incluso bajo a desayunar en pijama y sin peinar, lo que me parece un auténtico lujo. Todas las noches escribo a mi padre y a las chicas, nada en especial, unas palabras sobre cómo me ha ido el día, o les envío una foto del mar, o de algo que me haya hecho acordarme de ellos. Me siento tranquila, calmada y noto como toda la ira, el miedo, la desconfianza, el orgullo, todo lo malo que había formado un nudo en mi interior comienza a deshacerse lentamente y a no doler tanto. O por lo menos a doler diferente.

Encarna entra en el salón y nos sirve los platos. Hoy tenemos gazpacho, chipirones a la plancha y natillas caseras, así que se me hace la boca agua, menos mal que en dos días vuelvo a casa, porque con estas cenas que prepara Encarna he engordado por lo menos dos kilos. Es una cocinera excelente, hornea hasta el pan, lo que conlleva que además de toda la cantidad de comida que me sirve lo acompaño con media barra.

—Encarna, esto está de muerte.

Ella sonríe complacida ante el cumplido de Juan y se sienta a mi lado a cenar.

Nunca había estado en un alojamiento de este estilo, pero es una maravilla. Encarna se desvive por sus clientes y los trata como si fuera su familia, de hecho es que ella no considera que tenga una pensión ni nada parecido, ella te aloja en su casa y por lo tanto te trata como tal. Con avisarla de que te quedas a cenar hace encantada un plato más y si no te gusta algo te hace otra cosilla en un momento, como dice ella.

—Bueno, relinda, te marchas pasado mañana, ¿no?

—Sí, se me ha pasado la semana volando.

—Eso es que lo pasaste bien.

Asiento a Encarna que me coge la mano con ternura y la sonrío con cariño. Voy a echar de menos a esta mujer, aunque apenas la conozca me ha tratado tan bien que se ha hecho un hueco rápidamente en mi corazón.

—¿Vosotros a qué hora salís *pa'*Cádiz?

—El vuelo sale a las once, así que a las ocho arriba—Manuel contesta con el ceño fruncido, las vacaciones saben a poco, los entiendo perfectamente.

—No te enfades, cielo, queda menos de un mes para Semana Santa y tenemos unos días, podemos ir a ver a tu madre.

Manuel se relaja y sonrío a Juan con amor. Son de Valencia, andan por los treinta y tantos y llevan juntos cuatro, da gusto verlos, se complementan a la perfección y se les ve en los ojos que se quieren con locura. Hace un par de días, les conté a todos el motivo de mi viaje y me entendieron, además me sirvió de ayuda escuchar el punto de vista de personas que apenas me conocen, ni a Mario, ni cómo es mi vida.

—Oli, mi niña ¿y tu proceso de rehabilitación cómo va? ¿Te ha servido de algo el retiro en casa de la Encarna?—dice Juan ante la mirada divertida de los otros dos.

—La verdad es que sí.

—Dame una alegría, dime que vas a volver con él, ¡qué romántico!—Encarna suspira con las manos en las mejillas y nos hace reír.

—No exactamente, pero he tomado una decisión, de momento no os puedo decir más, pero prometo manteneros informados.

Les guiño un ojo con picardía, ellos resoplan y Manuel me señala ofendido.

—Ves, por eso me gustan los hombres, sois malas.

Terminamos de cenar entre risas y después de intercambiar números de teléfono y fundirme en un abrazo con los valencianos, que se marchan al día siguiente, me voy a la cama totalmente preparada para volver a mi vida.

El último día invito a comer a Encarna en un restaurante a pie de playa. No tiene ningún inquilino más, por lo que no tiene nada que le impida pasar el día conmigo, aun así me cuesta horrores convencerla, pero al final claudica ante mi cabezonería y nos metemos una paella para chuparse los dedos entre las dos.

Es lo menos que podía hacer después de lo bien que me ha tratado y mi manera de agradecerse.

—Cuando te arregles con el muchacho os venís unos días, que ya sabes que quiero conocerlo.

—Encarna, te prometo que volveré, pero dudo que sea con él.

—Ojú, qué cabezona eres, niña.

—No lo sabes tú bien—contesto más para mí misma que para ella.

—Mi niña, no me gusta dar consejos, porque en este pueblo se dice que consejo no pedido es consejo no oído, pero creo sinceramente que lo necesitas.

—Por supuesto.

—Conocí al amor de mi vida a los quince años. Me enamoré como una loca y él parecía corresponderme; estuvimos cerca de tres años de novios, pero... la cosa se torció, no me voy a enrollar, y al final él se casó felizmente con una moza de Cádiz.

—Pero tú también te casaste con Julio.

—Sí. Y lo quise muchísimo, que en paz descansa, pero no lo amé, porque por mucho que él lo intentase y que yo me esforzara... no era lo mismo. Si no lo hubiese conocido a ÉL hubiera amado a mi Julio con todo mi corazón, pero... ÉL lo cambió todo.

—¿Volviste a verlo?

—Muchas veces. A escondidas, durante años, no podíamos evitarlo. Hasta que un día fui yo la que me cansé de sufrir, porque cada vez que nos despedíamos de nuevo me secaba un poco más por dentro.

—Aún no lo has olvidado.

—Ese tipo de amor nunca se olvida, mi niña. La cuestión es ¿quieres vivirlo o prefieres recordarlo?

—Es que me sobrepasa, me desborda... ahora mismo no lo sé.

—Oliva, este es mi consejo, nunca te seques y menos aún si has encontrado a alguien en este mundo dispuesto a dártelo todo para evitar que eso ocurra.

Observo a esta pequeña mujer que sonrío con nostalgia con la mirada perdida en el horizonte, en esa línea en la que se juntan cielo y mar y que siendo niña creía que era donde se acababa el mundo. Seguramente esté recordando a ese amor que perdió, pero del que nunca ha podido desprenderse. ¿Y qué es lo que yo quiero? ¿Quiero ver pasar los años y seguir atada a un amor que nunca será mío, porque un día decidí que así debía ser en base a una idea tan arraigada a mí que ni yo sé por qué se formó con tanta fuerza? ¿De qué tengo tanto miedo? ¿Qué es lo que me impide soltarme del todo y dejarme llevar de la misma forma que lo he hecho antes tantas veces? Quiero a Mario, eso sin duda, pero también quiero perdonarlo de verdad, porque si vuelvo a dejarme arrastrar por esto que hay entre nosotros sin estar preparada y sin haberlo hecho de corazón, con el tiempo, sé que la que no me perdonaría sería yo. Por eso creo que tengo que volver al principio, para que todo fluya de nuevo, para esta vez tener la posibilidad de hacer las cosas bien.

Estos días he pensado mucho en todo lo que ha pasado desde que Mario apareció en mi vida. Lo que he sentido, lo que nos hemos dicho, la manera de gestionarlo,

mis reacciones... y soy consciente de que he cometido muchos errores, pero es que nunca me había enfrentado a algo tan intenso, tan brutal y me ha venido grande. Sigo sin saber qué pasó con la tal Diana, pero en el fondo ni siquiera me importa. Me he dado cuenta que por encima de todo, lo que más echo de menos es a él, al Mario que me daba las buenas noches a través del teléfono, en la distancia y que se interesaba por cualquier cosa que le contara, aunque estuviera hablando durante diez minutos sobre esmaltes de uñas. Ese Mario que, incluso en la distancia, lo sentía más cerca que a nadie, que me hacía reír, me consolaba cuando estaba triste o me apoyaba sin cuestionar nada. Sin reproches, sin compromisos, sin expectativas que rara vez se cumplen, sin celos, sin mentiras, sin esperar nada uno del otro. Mario el amigo, al que aún quiero y necesito en mi vida.

Encarna me acompaña a la estación y nos despedimos entre lágrimas como dos bobas. Me ha preparado un bocadillo de jamón en su pan casero y un bote con gazpacho para cenar cuando llegue, no puede ser más buena.

Tengo la seguridad de que voy a volver a este lugar, me ha dejado tan buen recuerdo que sé que en un futuro estaré de nuevo disfrutando de estas vistas, esta tranquilidad y de esta casa que en pocos días he llegado a considerar como mía.

Primeros pasos.

Después de recibir una noche a Maite y a Sonia con una cena por todo lo alto (con pancarta con un “*os quiero, perras*” y guirnaldas incluidas), consigo que me perdonen. Realmente no estaban enfadadas conmigo, solo preocupadas, pero al verme llegar tan serena y no con los ojos hinchados de tanto llorar, que es lo que ellas se imaginaban, fingieron estar ofendidas aprovechando la ocasión y hacerme sufrir un poquito. Son unas brujas, pero las adoro, qué vamos a hacer.

Tuve que soportar un interrogatorio largo y tedioso sobre mi semana de vacaciones, porque Maite estaba convencida de que al huir de esa manera tan rastrera y verme llegar tan entera, incluso más guapa según ella, las estaba escondiendo algo, con toda seguridad sucio y perverso. La versión que más la satisfizo y con la que finalmente ha decidido quedarse, es que he estado en un retiro de esos de pijos disfrazados de hippies, en los cuales exclusivamente se come, se bebe alcohol en cantidades indecentes (pero donde tienen pastillitas maravillosas contra la resaca) y se folia como animales el resto del tiempo en posturas inverosímiles. Da igual que le enseñara todas las fotografías que saqué, incluidas las de Encarna.

—Los disfrazan de retiros espirituales de meditación, yoga y esas memeces, pero ¡retiros tántricos! ¡Eso es lo que son! ¿¿Por qué no me has llevado??

Parece ser que mi explicación de “*me voy a un pueblo perdido a dar paseos por la playa y regodearme en mis miserias*”, en plan moñas, no le parecía lo suficientemente interesante ni glamuroso. De hecho es algo patético, según ella, así que ha escogido su propia versión de los hechos.

También tuve una conversación interesante con mi padre, el que me confesó bajo amenaza de no volver a dirigirle la palabra en la vida si no me lo contaba, que había hablado con Mario en un par de ocasiones desde nuestra ruptura, dejándome alucinada y algo confusa, aunque después de meditarlo unos minutos me di cuenta de que en realidad no me importaba y mi padre volvió a respirar aliviado.

De Mario no sé mucho más. Lorena me contó que había descubierto el mensaje que yo había leído de Diana al recibir otro nuevo de ella; parece ser que hasta ese momento Mario no tenía ni idea de cómo yo había podido averiguar algo más sobre esa chica. Lorena jura que no me engañó con ella, pero eso ya no me interesa. Me repito eso a mí misma una y otra vez, porque en el fondo la incertidumbre me está matando, pero pesa más el miedo que tengo, no sé si a que haya sucedido más entre ellos de lo que podría soportar o a descubrir que mi manera de reaccionar y actuar en consecuencia haya sido exagerada y que en realidad no ha sido más que una excusa como cualquier otra para huir como una cobarde.

Siempre me he considerado una persona valiente, aunque bueno, más que valiente se podría decir que temeraria, pero con Mario todo es diferente, hasta esto; por eso siento que no podría funcionar, no mientras yo siga aterrada y no sepa manejar lo que me provoca. Y luego está esa decepción, que cuando creo que se empieza a disipar vuelve a azotarme con fuerza y se alimenta de nuevo consiguiendo que la desconfianza que ha crecido en mi interior siga ahí, como un recordatorio constante de por qué lo nuestro no puede ser, al menos de momento. He llegado a la conclusión de que lo mejor que podemos hacer es enterrar ese tema y empezar de nuevo, volver al punto del que nunca tuvimos que salir y que funciona para nosotros. No significa que vaya a olvidarlo, pero me gustaría poder volver a marcar el límite que nunca tuvimos que sobrepasar y darle una nueva oportunidad a eso que sí que funcionaba y que confío en que con un poco de tiempo vuelva a hacerlo.

Queda un minuto para que sean las doce y estoy metida en la cama observando el teléfono impaciente. Estoy nerviosa, he tomado una decisión, pero tampoco estoy muy segura de si es la correcta o no, lo que tengo claro es que deseo dar el paso, pase lo que pase a continuación.

Son las doce en punto, ya es 31 de marzo, Mario cumple treinta y un años y yo pulso la tecla. Cierro los ojos y respiro profundamente intentando calmar un poco el ritmo de mi corazón que late a toda velocidad.

—¿Oli?—responde al tercer tono, su sorpresa y el temblor que denota su voz me ponen los pelos de punta y me recreo en ella antes de ser capaz de articular palabra; llevaba más de mes y medio sin escucharla y es increíble lo que la echaba de menos.

—Feliz cumpleaños, vaquero.

Mario suspira y gime levemente, no puedo verlo, pero puedo sentirlo igual que nos sentíamos antes, a pesar de los kilómetros, y está emocionado.

—Gracias.

Y es un *gracias* que lo abarca todo.

Nos quedamos callados, como si temiéramos decir algo equivocado y estropearlo de nuevo, así que decido ser yo la que dé el paso, al fin y al cabo es mi turno, fui yo la que me alejé, así que debo ser yo la que me acerque de nuevo.

—¿Cuál es tu tarta favorita?—él se ríe y noto ese cosquilleo en el estómago que solo su risa me produce.

—De yema tostada, mi madre la compra por mi cumpleaños desde que tengo uso de razón. ¿La tuya? De chocolate, ¿a que sí?

—Sí, entera de chocolate, relleno de chocolate, cobertura de chocolate y virutas de chocolate por encima. Adoro el chocolate.

—Sí...

—¿Te he felicitado la primera?

—Sí, has sido muy rápida.

—Bien...

—Bien...

Disfrutamos del silencio, solo se escucha su respiración y la mía y me encanta la sensación que me produce saber que incluso así, estamos juntos, sin necesidad de decir nada, haciéndonos compañía y compartiendo un silencio que en el fondo dice muchas cosas.

—Te he echado de menos, cada segundo. Quiero que sepas que escucharte es el mejor regalo de cumpleaños que podía recibir.

Sonríó complacida por sus palabras y por haberle hecho feliz.

—Buenas noches, Mario.

—Buenas noches, Oli.

Me levanto más contenta de lo normal y desayuno tranquilamente con Maite antes de vestirme para ir a trabajar. No me quita ojo mientras unto mermelada de fresa en una tostada, ya que no es habitual verme tan sonriente a estas horas de la mañana y menos aún sentarme a desayunar con esta calma, así que está alucinada y me observa sin ningún disimulo con una ceja arqueada.

—Aceituna, ¿te dieron polvitos mágicos los hippies del yoga? ¿Has añadido alguna pastillita a esa mermelada? ¿Has vuelto a chupar pegamento?

Le sacó la lengua y sigo comiendo ignorándola, lo que le mosquea todavía más. Lo del pegamento mejor lo obviamos, solo fue una vez y juro que fue sin querer, eso sí, me metí un viaje de lujo.

—Buenos días chicas—Sonia entra directa hacia la cafetera, pero cuando me ve sentada tan sonriente, se queda parada con la taza a medio camino y me mira con los ojos muy abiertos—, ¿y a esta qué le pasa?

Maite se encoge de hombros y yo empiezo a reírme, son tan graciosas que no lo puedo evitar.

—Ocurrió, se le ha ido la olla. Pequeño pony, sabíamos que tarde o temprano pasaría. La encerrarán en un sanatorio de esos y la visitaremos los domingos, una pena.

Chasqueo la lengua y Sonia sacude la cabeza sonriendo; sé que está dudando sobre quién está más loca entre nosotras dos, pero no dice nada y espera a que yo deje de hacerme la difícil y confiese lo que está pasando por mi cabeza.

—He tomado una decisión.

Maite cierra los ojos y se masajea las sienes.

—Miedo me das...

—He llamado a Mario.

Sonia se sienta al lado de Maite y se mete una galleta integral en la boca sin dejar de mirarme con expectación.

—¿Vas a volver con él?—Maite abre tanto los ojos del asombro que me resulta hasta cómica.

—No quiero volver con él. No funcionaría, pero me he dado cuenta en todo este tiempo de que lo necesito en mi vida, necesito a Mario el amigo y por eso ayer por la noche di el primer paso.

—Su cumpleaños.

—Exacto. Está claro que la jodió, pero yo tampoco actúe bien en muchas ocasiones. Para empezar hui completamente de él y Sonia, tenías razón, quizá se merecía tener la posibilidad de explicarse—Maite va a rechistar, pero levanto una mano para que me deje terminar—, aunque solo fuera por todas las cosas buenas que me dio.

—¿Y qué tiene que ver su cumpleaños en todo esto?—pregunta Maite confusa.

—Es hoy, ayer lo felicité a las doce y tengo un regalo para él. Simplemente me pareció un buen día para intentar mejorar las cosas entre nosotros.

—No sé, Oli, no lo entiendo. Sigo pensando que vosotros dos no podéis ser solamente amigos, todo el mundo lo ve menos tú, incluso estoy convencida de que Mario en el fondo también es consciente de ello. Lo hacéis todo tan complicado que no creo que merezca la pena. Mira a Sonia con su cuqui, así deberían ser las relaciones.

—Lo sé, pero lo echo de menos. Ni siquiera sé si este acercamiento saldrá bien o solo servirá para empeorar aún más las cosas entre nosotros, pero lo necesito.

Sonia sonríe y contesta a Maite que se muerde las uñas nerviosa. Sé que le cuesta comprender lo que me ocurre con Mario y no se lo reprocho, la mitad de las veces ni yo misma lo entiendo; solo sé que es lo suficientemente importante para mí como para intentar perdonarlo y que vuelva a formar parte de mi vida.

—Maite, a veces las relaciones salen solas hacia delante y otras necesitan correr de un lado a otro hasta que encuentran el camino correcto. Oliva necesita volver a encontrarse con el Mario que la encandiló la primera vez y que solo le aportó cosas buenas para poder volver a confiar en él y si ella considera que lo suyo no funciona, pero como amigos son los mejores, pues adelante. Creo que dice mucho de ti como persona que valores tanto su amistad pese a todo. Lo normal es que hubieses sido egoísta, mandarlo a paseo y a otra cosa, pero mírate, es de admirar.

Me limpio una lágrima lo más disimuladamente que puedo, sus palabras me emocionan y a Maite también, aunque lo exprese a su peculiar modo.

—Qué gran oradora se perdió el imperio romano, ¡qué hija de perra!

Cuando volví de mis vacaciones tenía muy claro que había algo que quería que Mario tuviera. Pensaba en la posibilidad de que me mandara a la mierda después de tanto tiempo sin querer ningún contacto con él, pero incluso teniendo en cuenta que eso pudiera ocurrir, deseaba hacerle un regalo de todos modos. Creo que es algo que hubiera hecho con el tiempo de todas formas, independientemente de lo que hubiese pasado entre nosotros.

En ocasiones nos comportamos de forma vil y egoísta, me incluyo. Cuando Alberto me engañó hubiera sido capaz de cualquier cosa solamente por verlo sufrir una pequeña parte de lo que lo hice yo, de hecho cortarle a trasquilones su increíble pelo “*Pantene*” se convirtió en un sueño recurrente, pero Mario me ha cambiado. Llamémosle madurez, o crecimiento interior, yo qué sé, el caso es que guardo cada momento con él como algo tan único, tan bonito, tan especial, que quiero que lo sepa y que aunque quizá dentro de unos años nos distanciamos, cada uno haga su vida y solo nos veamos como un recuerdo lejano, necesito que esa imagen le haga sonreír y que tenga la absoluta certeza de que para mí también fue real.

Esta noche Mario cena en su casa con sus amigos para celebrar su cumpleaños. Lorena se ha convertido en mi infiltrada y en una buena amiga. Hace unos días le envíe un paquete y ella es la encargada de dárselo a Mario. La única condición es que quiero que se lo dé cuando se marchen, para que lo abra solo, es demasiado íntimo para que lo vean los demás. He hecho un álbum con todas las fotos que tenemos desde aquella primera noche, Nochevieja, algunas que nos íbamos enviando al móvil durante las largas conversaciones, hasta mi viaje a Barcelona. Además le he escrito una carta en la cual he vomitado todo lo que sentía en ese momento; supongo que no es lo que él esperaba, pero necesitaba que supiera cómo he vivido yo todo esto y ahora depende de él si quiere dar el siguiente paso.

Feliz cumpleaños, Mario.

Si hace apenas unos meses me hubieran dicho que iba a escribirte esta carta por tu cumpleaños mientras duermo a quinientos kilómetros de ti, en vez de estar celebrándolo contigo, emborrachándonos con calimocho barato y bañándonos desnudos en el mar como teníamos planeado, no lo hubiese creído, pero la vida a veces da grandes ridículos por error y además lo acepto, soy complicada y tú un poco gilipollas, las cosas como son, lo que ha hecho que lo nuestro haya acabado antes de poder disfrutarlo de la forma en que nos merecíamos.

He decidido ser completamente sincera contigo, así que lo primero de todo es que tengo que pedirte perdón. Sé que no siempre he actuado bien, Mario, soy impulsiva y cabezota y te merecías algo más que mi silencio y yo fui egoísta y solo pensé en mí. Supongo que aún estaba muerta de miedo por todo lo que me hacías sentir y después de cómo lo pasé con Alberto, en el fondo tenía arraigada la idea de que al final tú me engañarías o me dejarías y yo me quedaría destrozada y a la mínima posibilidad de que eso fuera cierto huiría como la cobarde de la pradera que soy, como finalmente hice.

No sé si me engañaste o no con esa chica. Confío tanto en ti que, a pesar de lo que parecía, en el fondo no creo que lo hicieras y que seguramente ese mensaje tendrá incluso una explicación con la que nos hubiéramos podido reír, pero lo que sí sé es que me mentiste y eso me rompió por dentro.

Tú eras ante todo mi amigo y por eso ahora entiendo que lo que sentí fue una traición a nuestra amistad, más que como pareja. Te supliqué que no me mintieras y

lo hiciste, es simple y quizá algunos me tachen de dura y orgullosa, pero no es eso. No me lo esperaba, Mario, y sentí algo mucho más profundo que el dolor del engaño o los celos, sentí decepción y me había volcado tanto en ti sin un atisbo de duda que me destrozó.

Mi intención no es hacerte daño con mis palabras, pero necesito que entiendas lo que sentí y el porqué de mis actos y mis decisiones.

He tenido tiempo suficiente para reflexionar y te doy las gracias por haber respetado la distancia que te pedí. También te agradezco las palabras de tus mensajes, porque aunque al principio no cumplían con el trato de darme espacio, me recordaban cada día por qué te quiero tanto. Porque eso es lo único de lo que estoy completamente segura y que quiero que tengas claro. Te quiero, Mario.

El problema es que en estos momentos no estoy preparada para seguir con esto, tengo que aprender a gestionar todos estos sentimientos.

¿Sabes qué ocurriría si retomáramos la relación en el punto en el que la dejamos? Pues que yo me convertiría en un monstruo espantoso, estaría todo el día paranoica y celosa, porque desconfiaría de ti y no veas lo que duele decirte esto, pero es la verdad y la distancia haría que todo fuera aún peor, es posible que me volviera más loca de lo que estoy y tú dejarías de quererme y no puedo permitir que eso ocurra.

Necesito volver a encontrarme con Mario, el vaquero, mi amigo, mi confidente, con el que nunca discutía, con el que me reía hasta llorar, con el que todo era tan bonito, tan puro, tan perfecto.

Necesito aprender a confiar de nuevo. Necesito perdonarte.

Con ese Mario mi mundo funcionaba y ahora me siento perdida.

Te pido, por favor, que vuelvas a ser mi amigo.

*Te quiero,
Oli.*

Me meto en la cama y a pesar de que debería estar nerviosa pensando en cuando Mario estará solo y leerá mi carta, me siento bastante tranquila porque tengo la certeza de que he hecho lo correcto.

Me despierta una melodía familiar que hacía mucho tiempo que no escuchaba y me incorporo en la cama con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—Hola.

Cierro los ojos y vuelvo a tumbarme. El sonido de su respiración me relaja, no dice nada, solo oigo su aliento contra el auricular y ese leve sonido inunda toda la habitación e incluso por un instante lo siento tan cerca que parece que está aquí, en algún rincón de mi cuarto, mirándome y sonrío.

—Oli, esto es... no sé cómo—Mario tartamudea, está conmovido y resopla nervioso entre una palabra y otra, como si no encontrara en su cabeza las apropiadas en este momento—,... gracias, joder.

Me río y él me acompaña dejando salir una risa ronca entre sus labios, con alivio.

—Vaquero, ¿te he vuelto a dejar sin palabras?

—Siempre. ¿Esto quiere decir que me perdonas?

—Sí, supongo, pero con respecto a la carta...

—No, Oli.

Mario me interrumpe antes de poder comentarle nada y me sorprende el cambio en su voz, que hace que obedezca sin rechistar.

—Creo que ya has hablado suficiente y ahora me toca a mí. Te he dado tu tiempo, todo el que has querido, y necesito que me escuches sin interrupciones, después ya podrás decir lo que quieras, ¿de acuerdo?

—Claro, adelante.

—Sé que la jodí y lo siento, pero no voy a seguir con esto sabiendo que tú puedas pensar que hice algo que no es verdad—Mario guarda silencio unos segundos antes de continuar—. Esa noche estaba enfadado, mucho, y contigo, aunque no tenía motivos, pero es que no te podía sacar ni un instante de la puta cabeza y el no poder tenerte conmigo me estaba matando. Nunca me ha pasado con nadie lo que me pasa contigo, es demasiado intenso y siento que no tengo el control sobre ello. Me llamaste y me cabreaba que tú te lo pasaras tan bien en una fiesta mientras yo estaba tan jodido, sé que no es razonable, pero eso es lo que me haces.

Resopla y yo intento tragar el nudo que se me ha ido formando en la garganta según va hablando, me pongo en su situación y lo entiendo, eso es lo peor de todo y me duele que quizá antes no haya sabido hacerlo del modo que debería.

—Te imaginé tan bonita, bailando entre la gente con ese vestido y esa sonrisa, te imaginé riéndote como loca ante las bromas de otro que no fuera yo y no pude seguir hablando contigo, por primera vez no quería seguir escuchándote y me odié por ello. Salí, intenté sacarte de mi cabeza por una noche y disfrutar con mis amigos, pero no lo conseguía. Bebí mucho, pensé que eso mejoraría la situación, pero con eso solamente conseguí rayarme más y que la ira aumentara, me comporté como un completo idiota. Entonces apareció Diana.

Oír pronunciar ese nombre por él me sienta como una patada en el estómago. Respiro profundamente para intentar calmar todos los celos que me invaden y contenerlos, al fin y al cabo es su momento, tiene razón, se merece que escuche lo que tenga que decirme, aunque estoy muerta de miedo.

—Ella..., yo ya la conocía, lleva meses intentando meterse en mi cama, pero no es mi tipo y no es trigo limpio. Siempre le dejé las cosas claras, pero ese día... no le di pie, pero tampoco me aparté. Sé que no tengo justificación, pero estaba cabreado y borracho y tonteé con ella, eso es todo. No sé cómo se las ingenió para acabar sola conmigo en un taxi. Cuando bajamos me di cuenta de que estábamos en el portal de su casa y ella... buf... Oli esto es difícil. Ella se lanzó y yo... pues al principio ni reaccioné, había bebido demasiado, sé que no es excusa, pero apenas recuerdo parte de la noche. La aparté y le dije que se había equivocado conmigo, eso sí lo recuerdo. Y me fui a casa, eso es todo. Sé que tenía que habértelo contado, pero me aterrorizaba que me dejaras y..., al final he provocado todo esto. ¿Oli, sigues ahí?

—Sí.

Mario resopla y me lo imagino en su cuarto, frotándose los ojos con nerviosismo, esperando a que yo reaccione de alguna manera, que chille y lo insulte, pero no, y esa reacción le hace más daño porque solo puede significar que se acabó y lo sabe.

—Pensaba contártelo, te lo juro, pero por teléfono no encontraba el momento y cuando llegué a casa días después y te vi en mi cama... joder nena, no pude. Esos días fueron tan perfectos que decidí olvidarlo, al fin y al cabo para mí no tuvo ninguna importancia, hasta que nos la encontramos y... cuando me preguntaste... no fui capaz. Me odio por ello, Oli, pero solo de pensar en la posibilidad de perderte... fui un cobarde. Ahora dime algo, por favor.

Mi silencio le tortura, pero es que no sé muy bien qué decir. Por supuesto que sus palabras duelen y mucho, pero quizá ya estaba lo suficientemente preparada para

oírlos y por eso me encuentro triste, pero calmada. Quizá sea porque yo ya estoy pasando de capítulo en esta historia, o porque he recuperado la coraza que Mario había conseguido derribar, no lo sé, el caso es que más que dolida vuelvo a estar decepcionada. Con él por haberme fallado, con lo nuestro por no haber funcionado, e incluso conmigo por tener unas expectativas tan altas que nadie podrá nunca cumplir.

- Vale.
- ¿Vale? ¿Eso es todo? Nena, por favor, dime al menos que me crees.
- Claro que te creo.
- Gracias...
- Pero eso no cambia las cosas Mario, podemos volver a intentar ser los amigos que éramos, pero nada más.
- Oli, aceptaré lo que quieras darme.
- Es lo único que puedo ofrecerte.

Chasquea la lengua, pero acepta sin rechistar y damos por terminada la conversación. Al principio la situación es un poco tensa, pero enseguida volvemos a sentirnos tan cómodos como siempre. O casi, porque aunque lo ignoremos, ha crecido un muro entre nosotros que antes no existía y que permanece ahí, latente, esperando a alzarse hostil en cualquier momento.

Comentamos entre risas las fotos que le he enviado recordando cada instante que immortalizamos y después me cuenta cómo ha transcurrido su día de cumpleaños. Cuando dan las tres de la mañana lo riño y lo obligo a colgar, porque los dos madrugamos y Mario se ríe con ganas.

- Cómo te he echado de menos, Oli gruñona.

Noto su sonrisa mientras habla y no puedo evitar sonreír también como una boba.

- No pensaba decírtelo, pero yo también. Bueno, que duermas bien, vaquero.
- Igualmente nena, te quiero.

Cuelgo el teléfono y me duermo con ese *te quiero* resonando en mi cabeza.

Canguro por un día.

Estamos en Semana Santa y mientras todos mis amigos y familiares descansan, yo trabajo como una loca por ser temporada alta.

Sonia se marcha con Raúl a París y yo me muero de envidia. Maite se marcha como cada año a Sevilla a casa de una amiga, además, este año Darío la acompaña y yo me muero de envidia. Hasta mi familia ha alquilado un par de días una casita rural y se marchan todos abandonándome sin ningún remordimiento. Ya sé que acabo de volver de mi retiro espiritual, como lo llama Maite, pero las vacaciones ajenas siempre te dan ganas de llorar, no podemos evitarlo y más si encima son del plan “*estoy colgado por ti y te llevo a la ciudad del amor*”, como en el caso de Sonia o “*rebujitos y polvos con un veinteañero bajo el sol*”, en el caso de Maite. Me queda el consuelo de que Mario anda liado con un proyecto y le toca trabajar de lo lindo en casa. Lo sé, soy lo peor, pero mal de muchos consuelo de tontos, de toda la vida.

Estoy disfrutando de una palmerita de chocolate y de un café en mi descanso, cuando veo a Rosa que se dirige a mí exultante contoneando las caderas y con una sonrisa radiante.

—Oli, cariño mío, ¿te acuerdas de cuando te cambié aquel turno para irte a Barcelona?

Barcelona. Mario. Te quiero. Diana. Fin de la historia. Creo que nunca podría olvidarlo.

—Claro, ¿qué ocurre?—evidentemente aquí es cuando viene lo que llevaba tiempo temiéndome, aun así me hago la tonta, pero mi Rosita de tonta no tiene un pelo y un trato es un trato.

—Necesito que esta noche te quedes con mi Jonathan, ¡¡¡TENGO UNA CITA!!!

Rosa mete tal grito, con salto incluido, que se me cae medio café al suelo y ella entre risas agarra una servilleta y lo limpia todo en un santiamén. Así que de pronto ya tengo plan para esta noche, *yuju*. Me alegro muchísimo por ella, lleva meses sin salir con un hombre y por nada del mundo me negaría, pero tampoco puedo engañar a nadie, no me hace especial ilusión.

Me gustan los niños, de verdad, pero para un rato y con sus padres cerca ante posibles emergencias. Me da pánico sentirme tan responsable de alguien, entre otras cosas, porque soy tan desastre en mi vida en general que me aterra que le pueda suceder algo bajo mis cuidados. Puto Mario, esto es culpa suya.

—¿Y quién es el afortunado?

—Se llama Luis, es abogado, rondará los cincuenta, pero es muy atractivo. Nos conocimos en el supermercado, ¿te lo puedes creer? Muy de película, ¿no te parece?

A estas alturas yo ya me creo cualquier cosa, pero aun así dejo que se recree un poco más en su encuentro romántico entre latas de conserva y sonrío encantada de verla tan feliz.

—¿A qué hora quieres que esté en tu casa?

—Sobre las nueve, ¿te viene bien?

Asiento y ella me estruja contra sus pechos. El tal Luis seguramente mataría por estar ahora mismo en mi lugar.

—SEVILLA TIENE UN COLOR ESPECIAAAAAAL...—Maite contesta al teléfono cantando como una loca y dejándome sorda para el resto de la tarde—¿¿¿cómo está mi niña???

—Sorda gracias a ti, pero bien.

—Quejica, si canto como los ángeles...

—Como los ángeles del infierno.

Maite se ríe a carcajadas y me lanza sonoros besos hasta que me río yo también.

—¿Cómo va tu propia celebración de la feria de abril?

—*Miarma*, cada año nos superamos.

Maite es una de las personas más ateas que conozco, pese a ello desde que empezó a trabajar como mujer adulta y dejó de poder ir a la feria de abril porque le toca currar, siempre va a Sevilla en estas fechas a casa de una amiga, porque es cuando libra y montan su propia feria.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes? Estás sola en casa, ¡practica tus nuevos conocimientos tántricos! ¡Aprovecha para follarte a alguien en la alfombra del salón! ¡¡¡O en el cuarto de Sonia y luego le envías una foto!!! Es capaz de fumar.

—El plan me gusta no te lo voy a negar... pero en primer lugar, no tengo con quién y en segundo lugar, ha surgido algo.

Maite chasquea la lengua, pero ignora mi comentario de que no tengo con quién. Según ella una tía solo tiene que silbar si quiere sexo y puede que tenga razón, pero Gerardo el del cuarto está demasiado cerca para llegar el primero a la llamada de la selva y no entra en mis planes para un revolcón *alfombril*.

—Dime que tienes una cita, venga Aceitunita, alégame el día.

—Bueno, si se puede considerar una cita cenar y acostar a un niño de cinco años... Rosa va a salir y yo le debía el favor.

Maite resopla y estalla en carcajadas. Le explica a Darío entre risas que me toca dormir con un mocosito, pero no con uno como él, si no uno de los de dientes de leche. La madre que la parió.

—Esa Rosa sí que sabe, aplicate el cuento. Ya sé que lo de Mario bla, bla, bla... pero *the show must go on!* Hasta que no vuelvas al mercado no podrás pasar página. Escucha lo que te voy a decir, esto es sabiduría de la Maite, así que atenta. Tu cuerpo aún recuerda su polla, porque es la última que ha estado allí y durante meses, así que necesitas una nueva para desprenderte de esa sensación de pertenencia a alguien, tú hazme caso.

Puedo oír que Darío la reprende para que baje la voz y me lo imagino muerto de vergüenza rodeado de gente que ha escuchado la sabiduría de la zumbada de mi amiga.

—Joder Maite, eso es... una cerdada, pero confieso que en parte tiene sentido.

—¿Mensaje captado?

—Mensaje captado.

—¡Esa es mi chica! Y ahora te dejo que me esperen unos chopitos y un rubio monísimo al que quiero meter mano un rato.

Por supuesto que el rubio es Darío, bueno, eso espero.

Mario y yo hemos vuelto al punto en el que estuvimos hace tiempo. Hablamos cada día y todo marcha bien, pero aún nos falta dar el paso decisivo que nos haga derribar ese muro que antes no existía. Aún tenemos temas tabú que antes de ser algo más no teníamos.

Sé que es pronto para hablar de otras personas, o por lo menos lo es para mí, pero Maite, que en el fondo es cierto que es muy sabia, tiene razón y tenemos que continuar hacia adelante si queremos que esto salga bien y no volvamos a estropearlo. Tengo que volver a ser la Oli de siempre y aunque no me apetece en absoluto, no cerrarme ninguna puerta y conocer gente nueva si se presenta la ocasión es sin duda la única manera de que me olvide de Mario.

No puedo negar que sigo enamorada de él, eso no se borra de un día para otro, de hecho es oír su voz y me tiemblan las rodillas como a una quinceañera, pero confío en que poco a poco todo empezará a marchar de la forma en que tenía que haber sido desde el principio. Del modo en que Mario y yo funcionamos.

Mi familia piensa que me estoy equivocando, mis amigas piensan que me estoy equivocando y yo a veces también, pero no puedo. No sé si será el miedo, falta de madurez, que estoy loca de remate o una mezcla de las tres cosas, pero la historia con Mario me viene grande. Recuerdo las palabras de Encarna y sé que en otro momento me hubiera lanzado a la piscina sin pensar en si está llena o vacía, pero ahora no. Empiezo a entender que el problema no es Mario, sino que he entrado en un conflicto conmigo misma que se antepone a todo y que hasta que no me aclare y vuelva a sujetarme con las dos manos a mi vida, no podré continuar con esta historia.

Cuando llego a casa de Rosa me encuentro a Jonathan embobado frente a la televisión y a su madre corriendo de un lado a otro con una brocha en la mano.

Consigo que se tranquilice y la ayudo en la tarea de chapa y pintura, que en su caso es medio kilo de maquillaje y tal cantidad de máscara de pestañas que no sé cómo puede abrir los ojos. Deberían darle un premio *Guinness* de los récords por el mayor levantamiento de peso con las mismas.

Terminamos en el mismo momento en que suena el timbre. Me quedo impactada con mi amiga, la que hasta hace un minuto era incapaz de abrocharse la hebilla del zapato de lo nerviosa que estaba, se ha convertido en una pantera que se acerca sigilosa hacia la puerta con un contoneo que haría resucitar a un muerto. Abre la puerta y me encuentro a un cincuentón bastante alto, de pelo canoso y sonrisa atractiva, que le mete un repaso sin ningún disimulo y ella parece encantada. Estoy a punto de coger al niño en volandas y llevármelo a mi casa para que estos dos puedan empezar la fiesta ya, pero gracias al cielo no hace falta.

—Oli, cariño, este es Luis. Oliva es compañera de trabajo y amiga.

—Encantado de conocerte.

El tal Luis me da dos besos y puedo apreciar más cerca el buen gusto que tiene Rosa, porque aunque me doble la edad no sé puede negar que es atractivo y que encima lo sabe.

—Jony, me voy, sé bueno con la tía Oli, ¿me oyes?

El niño asiente cuando consigue librarse del ataque de besos a lo abuela con el que lo atosiga su madre y tras el portazo me quedo sola ante el peligro.

Después de cenarme yo los guisantes que le había preparado su madre y darle a cambio un sándwich de Nocilla y de dejarle elegir a él la película mientras yo preparo palomitas con mantequilla, creo que ya me lo he ganado. Le he hecho prometer que lo de la cena será nuestro secreto, porque si su madre se entera me mata y él ha aceptado encantado, eso sí, con la condición de que vuelva a cuidarlo yo en próximas ocasiones, ya que su habitual canguro lo obliga a comerse la verdura y no le deja ver la televisión después de las diez. Soy un ejemplo espantoso, pero ¿no es eso lo que supuestamente hacen las tías postizas?

Vemos juntos *Buscando a Nemo* y tengo que admitir que me gusta más que a él, que cada vez que me río me mira sorprendido y se parte de risa, aunque me temo que más de mí que de la película. Cuando termina, el pequeño Jonathan está profundamente dormido sobre mi regazo y yo no puedo evitar acariciarle la cabecita y ponerme tierna.

Rebusco en el disco duro entre las miles de películas de dibujos que tienen y me decido por *La Sirenita*, que era mi favorita de pequeña y hace siglos que no veo.

Empieza a vibrar el móvil que silenció hace rato y automáticamente sé que es Mario.

—Hola, vaquero...—susurro para no despertar a Jony.

—¿Te pillo mal? ¿Puedes hablar?

—Sí, pero no quiero despertar a Jonathan, se ha quedado dormido en mis piernas.

Mario se queda en silencio unos segundos antes de contestar con enfado.

—¿Quién es Jonathan? ¿Estás con otro? Ya me ha quedado claro que podemos hacer lo que nos dé la gana, pero no hace falta que me des detalles. Joder, Oli, yo ni siquiera podría...

Me cabreo a una velocidad asombrosa.

—¿¡Pero tú eres tonto!?! Sí, Jonathan es mi cita de esta noche, tiene cinco años y se ha quedado dormido encima de mí viendo *Buscando a Nemo*, ¿algún problema?

Mario duda qué decir, obviamente no se esperaba mis palabras. Lo conozco y está a punto de echarse a reír, pero si lo hace juro que le cuelgo.

—No, mmm... Siento el arrebato de novio celoso, joder.

—De ex-novio, no lo olvides.

Mario chasquea la lengua y yo me la muerdo para evitar seguir por ese camino, pero por poco me enveneno. Desde que hemos vuelto a retomar nuestra amistad intento contenerme para no saltar como suelo hacer y acabar discutiendo, porque Mario no me lo está poniendo fácil en ese sentido.

—No era necesaria la apreciación, y a me ha quedado lo bastante claro.

—Vale, yo también lo siento.

Mantenemos un silencio tenso unos segundos, estoy enfadada, porque no me gusta la dirección que está tomando nuestra relación, me siento como si estuviera continuamente andando por una cuerda floja con él y que a la mínima acabaré cayendo. Odio contenerme, odio tener que pensar antes de actuar, cuando era algo que nunca tuve que hacer antes con él. Es como si tuviese que dejar de ser yo misma de alguna forma y no me gusta. No debería ser así, no era esto lo que buscaba al volver a incluirlo en mi vida.

—Empecemos de nuevo, Oli, ¿me puedes explicar qué haces cuidando de un niño? Que yo sepa no son precisamente tu especialidad.

Maldito patán, estoy por decirle que después de mi breve relación amorosa con él está claro que no lo son, pero lo vuelvo a hacer, me contengo de nuevo. Estoy haciendo todo lo posible para que estemos bien y ese sería otro comentario desafortunado que no ayudaría en absoluto.

—Es el hijo de Rosa, la del hotel. Hoy tenía una cita y fue una de las implacables negociadoras que me cambió un turno para ir a verte a Barcelona, así que... se lo debía.

—Lo siento. Entonces se puede decir que es culpa mía que estés ahí.

Me arrepiento al instante de haber sacado el tema, pero es la verdad. Le oigo resoplar y sé que se siente culpable por todo lo que me costó poder darle la sorpresa para después haber acabado de ese modo, así que decido restarle importancia.

—No lo sientas. Primero porque no me arrepiento de aquel viaje y segundo porque lo hubiera hecho de todas formas, es mi amiga y que sepas que no se me ha dado nada mal, ¿sabes? Bueno, he hecho un poco de trampa para ganármelo, pero ¿qué esperaba su madre? ¿Que con verdura para cenar iba a conseguir que me quisiera?

—Ajá. ¿Qué ha sido? ¿Pizza? ¿Salchichas?

—Sándwich de Nocilla, palomitas y ver la tele hasta las doce. Ahora me adora, pero si algún día soy madre seré horrible.

Mario se ríe ante el tono dramático de mis palabras y después me susurra con dulzura, desarmándome de ese modo que solo él sabe.

—Nena, serías una madre estupenda y me alegro de que no te arrepientas, fueron los mejores días de mi vida.

Y ahora sí que me dan ganas de echarle la culpa de tener que estar aquí ejerciendo de canguro, de mi dolor de ovarios y del agujero de la capa de ozono, porque haga lo que haga y diga lo que diga siempre consigue que sea perfecto.

Rencor acumulado.

Salgo del trabajo y me meto directamente en la cama. Cuando Rosa llegó a su casa eran casi las tres de la mañana, así que entre volver a la mía y levantarme pronto, estoy agotada. Se ha pasado toda la mañana pidiéndome perdón por llegar tan tarde y contándome todos los detalles de su cita. Parece ser que ha sido un rotundo éxito, según ella Luis es todo un caballero y está muy ilusionada. Espero de corazón que esta historia salga bien, porque Rosa no solo se lo merece, sino que además necesita a alguien con la cabeza amueblada con quien compartir su vida y por lo que cuenta, el tal Luis podría serlo. Le he prometido que tiene mi apoyo absoluto y que puede contar con mi servicio de canguro para que vuelvan a quedar, pero con la condición de que Jonathan se venga a dormir conmigo. De ese modo me aseguro descansar en condiciones y ellos tendrían la posibilidad de pasar la noche juntos, en el caso de que surgiera.

Solo decir que me ha tumbado literalmente a besos sobre la moqueta del cuarto de empleados, para regocijo de un par de compañeros del sexo masculino que se encontraban allí.

Me levanto de la siesta y me encuentro con un mensaje de Sonia y una llamada de Alberto, mi ex. Sonia me ha enviado la típica foto abrazada a Raúl con la torre Eiffel de fondo; en los cinco años que salió con Pedro nunca le vi ese brillo en los ojos, parece ser que tenía razón, es el definitivo.

Me preparo un té y me siento en el sofá para llamar a Alberto.

—¡Ey, Oli! ¿Cómo estás, preciosa?

—Buenísima, como siempre. ¿Qué te cuentas?

—No lo dudo. Paso a buscarte a las diez, fiesta en el *Blue*.

—Mañana trabajo.

—¿De mañana?

—...Uhm... de noche.

Suelta una carcajada y sabe que, a pesar de mis dudas, como no tengo que madrugar ya he aceptado. Si es que soy muy facilona.

—A las diez, un beso.

Y cuelga sin darme tiempo a contestar. Así que parece que tengo plan para esta noche. El puente inexistente para mí está siendo más interesante de lo que parecía.

Desde Nochevieja mi relación con Alberto se convirtió en lo que nunca me hubiera podido imaginar con alguien como él y menos aún después de cómo acabó todo, en una amistad real. Hablamos de vez en cuando por teléfono y nos ponemos al día, evidentemente no se acerca en absoluto a la relación que tengo con Mario, ni tampoco con las chicas, pero vamos por buen camino. Se preocupa por mí, me pide consejo y me siento realmente cómoda con él, sin que haya nada sucio en ello, ninguna intención o interés oculto por su parte. Es como si nos estuviéramos conociendo de nuevo, porque en realidad a este Alberto no lo conocí en su día.

Me tomo un ibuprofeno para el dolor de ovarios, que lleva un par de días dándome la lata y rezo para que no me baje la regla hasta mañana, porque suelen ser bastante dolorosas y no quiero que me fastidie la fiesta.

Después de una ducha y de cenar un trozo de empanada y un poco de fruta, me planto frente al armario y revuelvo todo lo posible hasta decidirme por un vestido morado bastante ajustado sin mangas y las botas de tacón negras.

Después de alisarme el pelo y maquillarme miro mi imagen en el espejo y me guiño un ojo coqueta, tengo un día de esos de guapo subido y me veo estupenda. Como todavía quedan diez minutos para que llegue Alberto, aprovecho para llamar a Mario. Lo pilló trabajando, pero insiste en que no pasa nada y que necesitaba un respiro, así que hablamos un rato de estupideces, como siempre, hasta que suena el timbre.

—Un segundo. ¿Sí? Bajo en un minuto... no, claro, sube.

—¿Quién es?

—Es Alberto, hemos quedado para tomar algo, pero se hace pis.

Pongo los ojos en blanco cuando Alberto entra corriendo por la puerta al grito de “*Oli ¡estás preciosa!*” y sin cerrar la puerta ni nada oigo su alivio acompañado de un suspiro bastante exagerado.

—Vaya.

Una sola palabra. Cuatro letras. Eso y el tono con el que lo dice, es suficiente para que me sienta igual que si me hubiera caído un piano de cola en la cabeza.

—¿Perdona?

—Nada.

Vuelve esa tensión demoníaca que últimamente se ha acomodado entre nosotros y sin que diga nada más ya sé lo que está pensando. Empiezo a cabrearme, ayer con Jonathan y hoy con Alberto. Me da la sensación de que me está buscando, quiere que salte y discutir, aunque no entiendo el porqué, se supone que estamos intentándolo, pero aún no he visto poner mucho de su parte. Ayer me contuve, pero hoy no sé si será por el síndrome premenstrual o porque ya me está hinchando las narices, que no me da la gana.

—No, si tienes que decir algo lo dices, ¿qué significa ese vaya?

—No importa, qué más da.

Aparece de nuevo ese Mario frío, distante y por qué no decirlo, un poco gilipollas, con el que me ha tocado tratar últimamente y del que empiezo a cansarme.

—¿Vaya, ¡qué bien que salgas por ahí, que te diviertas!? ¿Vaya ¡qué sorpresa que Alberto y tú hayáis quedado!? ¿O vaya, ya decía yo que tardabas mucho en salir con otro? ¿Cuál de todos, Mario? Porque te recuerdo que eres el menos indicado para juzgarme.

A todo esto, Alberto ya ha salido del cuarto de baño y me mira boquiabierto mientras yo gesticulo sin parar con cara de perro. Está muy guapo, con vaqueros oscuros y camisa blanca, pero sacudo la cabeza y vuelvo a centrar mi atención en lo que se cuece en el teléfono en vez de en la imagen de mi ex abrochándose el botón del pantalón.

—Déjalo, Oli, lo siento no... no debería haber dicho nada, ¿vale?

—No, no vale, me has cabreado, más bien empezaste a hacerlo ayer, te pasaste tres pueblos y yo me contuve porque intento ponerme en tu lugar y sé que es difícil, pero ahora no me da la gana.

Alberto se acerca a mí y posa su mano en mi espalda para que me tranquilice, pero antes de que abra la boca le lanzo una mirada letal.

—Tú ni te metas—levanta los brazos y desaparece por la puerta de la cocina—y tú ya estás soltando por esa boquita, ¿¿qué es lo que pasa, Mario??

—Lo estoy intentando de verdad, pero es que...

—Pues no lo parece.

—No es fácil.

—¿Te crees que para mí lo ha sido? Intento olvidarlo todo y que volvamos a ser los de antes, Mario, sin reproches, sin desconfianza...

—Ya lo sé y te repito que lo siento, no puedo hacer nada más, salvo que me des tiempo y demostrarte que no volverá a ocurrir.

—Eso puedo hacerlo, pero tienes que poner un poco más de tu parte y controlar los celos—tengo que tragar saliva con fuerza y clavarme las uñas contra la palma de la mano antes de seguir, porque la posibilidad que voy a plantearle me aterra, pero ahí está y tengo que empezar a afrontarla—. Llegará un momento en que alguno de los dos conozca a alguien y ¿entonces qué?

Su silencio está tan cargado de resentimiento, rabia y un montón de cosas más, que incluso son palpables a pesar de la distancia y duele, pero me agarro a la necesidad de seguir con nuestras vidas. Me digo a mí misma que es la única solución para que todo vuelva a estar bien y que cuanto antes consigamos normalizarlo todo, antes volveremos a ser los amigos que éramos, como debería haber sido siempre.

Mario reacciona y aunque habla calmado, con un tono casi susurrante, simplemente por eso se me pone la piel de gallina, porque sé que está más enfadado que nunca y que su contención es brutal.

—Me enferma pensar en esa posibilidad, me enfurece de un modo que no te puedes imaginar que puedas estar con otro y encima él, después de lo que te hizo. No esperes que sea yo el que dé ese paso, Oli.

—Alberto me hizo daño, pero tú fuiste peor, porque en ti confiaba ciegamente, así que no te atrevas a juzgarlo, no tienes derecho—en este punto mi volumen de voz ya es considerable y estoy tan alterada que sé que esto no va a acabar bien, pero no puedo parar—. Además, yo no estoy saliendo con Alberto, ni follando ni nada y si lo hiciera ¡no sería asunto tuyo! Fuiste tú el que besó a otra mientras yo te preparaba sorpresas y estúpidos regalos, que...

—¡¡YO NO LA BESÉ, JODER!!

El grito de Mario me deja bloqueada por un instante, nunca lo había oído tan enfadado, nunca me había hablado de ese modo, nunca había deseado tanto que nada de esto hubiera pasado.

Alberto ha vuelto de la cocina con dos copas de ron con naranja. Me ha puesto incluso una sombrillita hortera de esas que me gustan tanto y que robo a puñados en cada bar que las tienen. El hecho de que se acuerde de ese detalle y que aún sepa dónde está todo en mi cocina me revuelve el estómago y me entran unas ganas locas de llorar.

—Dos no se besan si uno no quiere, Mario. No le doy importancia a ese beso, lo creas o no, pero el caso es que acabaste allí, en su portal y no conmigo y si lo ocultaste fue por algún motivo. Puedes seguir mintiéndote a ti mismo todo el tiempo que quieras, pero no te permito que me juzgues por mi relación con Alberto o con cualquier otro. Puedes tomar la decisión de ser mi amigo o no, pero date prisa, porque me estoy cansando de estos numeritos de novio celoso, porque te vuelvo a recordar que ya no lo eres.

Cierro los ojos con fuerza y doy un largo trago a la copa que Alberto ha preparado para mí. Es evidente que, a pesar de lo bien que he creído llevarlo hasta ahora, tenía mucho rencor acumulado y Mario ha conseguido por fin sacarlo. Supongo que antes o después tenía que salir toda esta mierda, pero eso no evita que vuelva a sentir ese dolor agudo en el pecho que como continúe acabará destrozándome.

—Hay una cosa que no entiendo, Oli, ¿por qué con él aguantaste tanta mierda y te ha costado tan poco perdonarlo y a mí no me das ni una oportunidad? La jodí, vale, pero tengo derecho a equivocarme...

—Creo que si tienes necesidad de preguntar eso es que te enteras de menos cosas de las que pensaba...

—Explicámelas, porque parece que, o yo soy más imbécil de lo que creía, o es que tú sabes demasiado.

Cuento hasta diez y me muerdo al lengua intentando pasar por alto su comentario y su tono condescendiente.

—Contigo todo es diferente, por eso duele tanto. No debería darte explicaciones, porque ahora mismo estás demostrando que no te las mereces, pero te las voy a dar igualmente, porque estoy agotada... En realidad en él nunca confié, es simple, sabía cómo era, pero fui yo la que me engañé. En ti me volqué completamente, te lo di todo Mario, nunca en mi vida me había sentido así con nadie y me sentí... sé que quizá no fue para tanto, pero me destrozó. Además, pese a todo estoy intentándolo, quiero que todo vuelva a ser como era antes... eso es una oportunidad, Mario.

—De lo que tú no te enteras es que a la mínima ocasión él volverá a colarse entre tus piernas y si lo hace... se acabó, del todo. Y sabes que no soy de los que se tiran faroles.

Y entonces exploto, a pesar de mis gritos y de mis duras palabras aún me había estado conteniendo en parte, pero hasta aquí llega mi paciencia.

—¿¿¿Eso es lo único que te importa??? ¿Te digo que nunca antes había querido a nadie como a ti y solo se te ocurre decir eso? ¡¡Vete a la mierda, Mario!! ¿Me has oído? No sé con qué clase de mujeres te habrás rodeado en tu vida, pero que tú y yo lo hayamos dejado no quiere decir que me vaya a follar al primero que se me cruce. ¡Y si lo hago tampoco pasaría nada, porque fuiste tú el que me engañó y el que me mintió sabiendo lo que suponía eso para mí...! No sé... estoy cansada, esto no funciona, Mario.

—Lo sé...

—Solo quiero que continuemos con nuestra vida y no deberías lanzar ningún ultimátum a alguien como yo, además ¡no sé quién te crees que eres para hacerlo!—y las palabras salen entonces como un misil, sin ni siquiera ser consciente de que las digo antes de pronunciarlas—, ¿sabes qué? Sal esta noche y fóllate a Diana, ya verás que pronto se te pasa.

Alberto abre los ojos como platos ante mi comentario y yo siento el sabor agrio de la bilis en la garganta solo con imaginar la situación. No sé por qué he dicho eso. En realidad me enferma pensar que Mario pueda continuar con su vida sin mí, pero ahora mismo, y después de esto que está sucediendo menos aún, no puedo prometerle nada, estoy desbordada. No sé ni qué es lo quiero, estoy tan agobiada que siento que me falta el aire y no soy quién para pedirle que no siga hacia adelante. Sería egoísta y ruin, no puedo rogarle que me espere sin saber si con el tiempo aún tendré algo que ofrecerle. Empiezo a estar más segura que nunca de que nos equivocamos y destrozamos lo mejor que habíamos tenido en la vida por dejarnos llevar por los sentimientos. Unos sentimientos para los que no estábamos preparados, o al menos yo.

Mario maldice entre dientes y deja escapar el aire en un suspiro tan triste que me estremezco.

—Aunque quisiera, que no es el caso, no puedo hacer eso, Oli...

—¿¿Y se puede saber por qué?? Porque bien pudiste pasar una noche tonteando con ella estando conmigo, mientras yo miraba el teléfono cada minuto deseando que me llamaras.

Mario empieza a despotricar con rabia y a resoplar, lo estoy llevando al límite, pero quizá es eso precisamente lo que necesitamos, soltarlo todo, desahogarnos de una vez y pasar página, porque si no lo hacemos siempre habrá algo ahí que no nos dejará avanzar. O quizá solo consigamos con ello romper lo poco que queda. Romper el muro, para bien o para mal.

—Oli yo...

—Ya sé que no hubo sexo, lo sé. Ni siquiera considero que me fueras infiel, ese no es el problema, Mario, pero ya sabes a lo que me refiero, me engañaste. ¿Sabes? Cada vez me parece una idea mejor, quizá deberías hacernos un favor a los dos y llamarla, lo harías infinitamente más fácil.

—¿¿Pero qué coño dices?? ¿¿Acaso te escuchas cuando hablas??¿¿Más fácil para quién?? Para ti, claro, así tendrías por fin una excusa razonable para acabar con lo nuestro. Es eso, ¿verdad? Necesitas un motivo suficiente para justificar que no tiene sentido perdonarme, porque eres una puta cría que está muerta de miedo. Te crees que lo sabes todo, pero en realidad no tienes ni idea de lo que quieres.

No sé en qué momento he empezado a llorar, pero las lágrimas me caen con fuerza por las mejillas. Su voz es tan dura y cortante que me estremezco, sus palabras afiladas se clavan en mi interior y me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás, hemos derribado lo poco que quedaba en pie, porque hemos comenzado a intentar hacernos daño a propósito.

—¡HAZLO! ¡Sal esta noche y fóllatela! ¡Eso es lo que quiero! A ella o a otra, me da lo mismo, ¡¡¡dame un motivo para empezar a odiarte y acaba de una jodida vez con todo esto!!!

—Me cago en la puta ¡¡¡NO PUEDO!!! ¿¿¿Cómo quieres que te lo diga??—oigo un golpe fuerte acompañado por un bramido lleno de ira que lanza Mario, como si hubiera dado un puñetazo a la pared.

—¿Y se puede saber por qué? La besaste una vez, puedes volver a hacerlo...

—Porque te quiero, ¡¡TE QUIERO VALE!! Estoy jodidamente enamorado de ti y no puedo ni pensar en tocar a otra, pero parece ser que para ti eso no es bastante... nunca es suficiente. Solo quiero estar contigo, nena...

Trago saliva y cierro los ojos sin poder parar de llorar. No puedo seguir con esto. No podemos seguir así o acabaremos matándonos. Sus palabras son como cuchillos en mi piel, se quedarán grabadas a fuego para siempre, pero sé que si no pongo punto y final a esta historia de una vez, nos destrozará a ambos. Si él no puede entonces tendré que ser yo la que haga algo.

Las palabras salen de mis labios con una dureza que ni siquiera reconozco en mí, firmes y frías, aunque yo no me siento así en absoluto. Son solo unos segundos, pero los suficientes para poder oír el leve sollozo que se le escapa a Mario cuando lo digo y ese sonido que nunca antes había escuchado salir de sus labios me produce de nuevo ese intenso dolor en el pecho, justo antes de colgar.

—Pero yo no, Mario, yo ya no te quiero.

Al cien por cien.

Apuro la copa y después de retocarme los chorretones de rímel en el baño le digo a Alberto que en un minuto nos vamos. Él insiste en que si me apetece cambiar de plan no le importa y aunque su sugerencia de comida basura y película me tienta, me niego a quedarme en casa llorando, ya lo he hecho bastante. Necesito bailar y olvidarme de todo por unas horas y Alberto es la compañía perfecta para eso.

No vuelve a sacar el tema de Mario y yo se lo agradezco, lo que menos deseo ahora es recordar una y otra vez lo que nos hemos dicho, aunque en realidad no puedo dejar de hacerlo.

—Pero yo no, Mario, yo ya no te quiero.

Esa frase que nunca imaginé que saldría de mis labios retumba sin cesar en mi cabeza. Es mentira. Lo quiero, lo quiero, lo quiero. Y no sé si algún día dejaré de hacerlo, pero he tomado una decisión y parece la única manera de que él siga con su vida. Me siento ruin por mentirle. Soy una hipócrita. Dejé que lo nuestro se acabará por una mentira y yo ahora he entrado en el mismo juego, pero es que la situación me supera y yo no estoy preparada para esto, hemos llegado a un punto en el cual no sé qué hacer para mejorar la situación, si es que existe esa posibilidad, porque después de las duras palabras que nos hemos dedicado, ya lo dudo.

Llegamos al local y cuando encontramos a sus amigos nos integramos enseguida en la fiesta. Alberto no se separa de mí, baila conmigo, me presenta a todo el mundo con una sonrisa radiante e incluso me acompaña al baño para que no tenga que ir sola. No quiero pensar en el hecho de que conozca a su gente precisamente ahora, cuando ya no me importa, con lo que deseé que lo hiciera cuando estuvimos juntos, pero esa historia ya terminó. Nos merecemos disfrutar de esta nueva etapa que estamos empezando a vivir. ¿Y por qué me resulta tan fácil en este caso y con Mario todo me es tan sumamente complicado? Porque ahora veo que Alberto no significó nada para mí y todo el mundo sabe que lo que no importa puede picar, pero no duele.

Veo como dos chicas intentan ligar con él y ante mi cara de sorpresa las rechaza con una galantería que no le había visto hasta ahora. Parece una versión mejorada de sí mismo, no sé ni qué pensar. Está distinto, más calmado, pero con la misma seguridad en sí mismo de siempre. En ningún momento intenta propasarse conmigo y frunzo el ceño recordando las duras acusaciones de Mario. Se me forma un nudo en la garganta y vuelven con fuerza a mi cabeza las lindezas que nos hemos dicho.

Alberto se preocupa por mí e intenta que desconecte de todo por unas horas haciendo bromas sin parar. Finalmente lo consigo y me relajo un poco.

Nos reímos muchísimo recordando anécdotas de cuando salíamos juntos y bailamos sin parar, sin importarnos hacer el ridículo o que los demás nos miren. Me siento cómoda. Me divierto, me evado, sonrío. Nos retamos a una fila de chupitos y al tercero se me sale un poco por la nariz haciendo que él escupa el suyo y que nos dé un ataque de risa. Me cuelgo de su cuello y me mezo al ritmo de la música de forma bastante poco elegante y él me acompaña riéndose contra mi pelo. Me da un beso tierno y distraído en el lóbulo de la oreja. Yo le doy las gracias por cuidar de mí después de lo de hoy. Él me las da por haberle dado la posibilidad de hacerlo. Nos abrazamos. Atrapa con el pulgar una lágrima que sin venir a cuento empieza a rodar por mi mejilla. Me acaricia la espalda con suavidad. Me siento segura y tranquila. Le huelo el cuello y percibo el aún familiar olor de su piel, pero no reconozco su perfume.

—¿Has cambiado de colonia?

—Sí, regalo de Navidad de mi madre, ¿te gusta?

Acerco la nariz de nuevo y de hecho me gusta tanto que gimo sin darme cuenta, lo que le hace reír y abrazarme más fuerte.

—Me encanta, ya lo has oído.

—Me alegro.

—No te ofendas, pero ahora hueles a hombre, tu otra colonia era de putón.

Su carcajada nos hace vibrar a los dos y sujetándome por la cadera me arrastra hasta pegar mi espalda a una pared. Cualquiera que nos vea pensaría que somos una pareja como cualquier otra buscando un poco de intimidad y aunque, en el fondo, exista una posibilidad de que las intenciones de Alberto pudieran ser esas, ya no me molesta. Pienso en lo a gusto que me encuentro entre sus brazos, en lo fácil que sería besarlo y perderme por una noche, sin compromiso, sin rencor, sin más expectativas que pasar un buen rato y aparece por mi cabeza dando tumbos uno de los consejos de Maite, el que venía a decir eso de que un clavo saca a otro clavo, pero en su propio idioma. Quizá sí sea la solución, el modo de que empiece de nuevo y de que Mario sepa que esto va en serio, aunque me odie. Ya me ha dejado claro que él no va a dar ese paso, así que quizá sea el momento de que lo dé yo.

—Alberto, yo...—lo deseo, más bien lo necesito esta noche, pero no quiero que se sienta utilizado, no quiero que esto se convierta en lo mismo que me hizo sufrir a mí tanto con él en su día—, ¿tú... sales con alguien?

Se ríe con esa sonrisa tan bonita que tiene y no puedo evitar mirarle embobada los labios, hasta que me doy cuenta de que parezco una imbécil y me sonrojo hasta la raíz del pelo. Es que es muy guapo, es una verdad irrefutable y es imposible tenerlo tan cerca y no observarlo como a una obra de arte. Tiene una belleza de esas clásicas, de rasgos finos y simétricos, unos ojos negros increíbles y un pelo de película, siempre tan cuidado. Desde la primera vez que lo vi me recordó a James Franco, con esa sonrisa pícaro que te deja sin aire; es algo así como un niño pijo con aires de rebelde sin causa, seguro que sabéis perfectamente a lo que me refiero y el efecto que puede tener un tío así en nuestra ropa interior.

—No salgo con nadie, ya lo sabes, pero no es eso lo que quieres preguntar. Quieres saber si tú y yo...—asiento con la cabeza y se acerca más a mí hasta que su boca roza mi oído, consiguiendo que me tiemblen las piernas cada vez que habla—mira, Oli, me encantaría pasar la noche contigo, me encantas y por como está nuestra relación ahora mismo sé que los dos tenemos claro que solo sería eso. La cuestión es si realmente es lo que tú quieres.

—En este momento solo me apetece estar contigo.

Y a pesar de que no he sonado muy convencida estoy siendo totalmente sincera. O eso quiero creer, porque empiezo a pensar que el autoengaño es una de las peores armas contra nosotros mismos, pero hace que todo sea extremadamente fácil. O al menos que lo parezca.

—Eso no es verdad, los dos lo sabemos. Además has bebido y estás triste.

—¿Me estás rechazando?—si pensaba que el día de hoy no podía ser más lamentable estaba equivocada. Que Alberto, el tío más facilón que he conocido en la vida, me rechace, hace que me entren ganas de tirarme delante del primer autobús que vea.

—No, pero lo que no quiero es que te arrepientas mañana y me odies, estás vulnerable y por nada del mundo quiero que se interprete que aproveché la ocasión. Ahora somos amigos y no quiero estropearlo, estoy intentando hacer las cosas bien por una vez en la vida.

Se pasean de nuevo por mi mente las acusaciones de Mario y ese ultimátum, que me retuerce las tripas y que saca una parte de mí tan vengativa y orgullosa que me aterra. Es justo lo que él pensaba que iba a ocurrir, aunque con sinceridad las tornas más bien han cambiado y podría decirse que soy yo la que voy a utilizarlo, pero intento convencerme de que en realidad me apetece hacerlo y que mi decisión no se basa en las ganas que tengo de salirme con la mía.

Le sonrío con cariño agradecida por su sinceridad, pero a pesar de que esta nueva versión de Alberto es realmente interesante, en el fondo sigue siendo un tío

bastante fácil y sé que solamente necesito coquetear un poco con él para que cambie de opinión, aunque no me sienta orgullosa de ello.

—Solo quiero divertirme...—sonríó descaradamente y le acaricio el cuello, uno de sus puntos débiles. Su reacción es inmediata y me confirma que ya no hay vuelta atrás. Alberto desliza sus manos hasta llegar a mi trasero y me agarra con fuerza—¿y quién mejor que tú para eso?

Se lanza a mi boca y una oleada de recuerdos me embarga. Vuelven a saltar chispas entre nosotros al instante, la atracción es brutal, pero no es Mario.

Entramos en mi piso arrancándonos la ropa y sin dejar de besarnos ni un segundo, estoy muy excitada y él también. Cuando llegamos a mi cama ya estamos en ropa interior; me recreo en la visión de Alberto quitándose los bóxer enfrente de mí, es digno de ver, pero un pensamiento cruel vuelve a asomarse y es que no es Mario. Nuestros cuerpos se recuerdan, nos tocamos con ansia, nos lamemos, sabemos lo que le gusta al otro y disfruto, disfruto mucho. Me penetra y gemimos, los sonidos, los olores, todo es demasiado familiar, pero a la vez es extraño. Falta algo y es que solo es sexo. Es divertido, es placentero, pero me siento vacía. En realidad no siento nada de lo que necesito. Necesito a Mario. Me toca con destreza mientras sigue embistiendo entre mis piernas y me corro en un grito. Después lo hace él y, como siempre, sé que se va a apartar enseguida, quitarse el condón y largarse al servicio si no es a su casa, pero no. Esta vez es distinto. Alberto se deshace del preservativo y apoya la cabeza en mi pecho, me besa despacio y dibuja círculos en mi ombligo con la mano. Esto es nuevo y me tenso, no sé muy bien qué hacer con las manos, no estoy acostumbrada a actuar con él de un modo diferente al que impuso en su día. Finalmente dejo caer mi brazo sobre su cabeza y le acaricio el pelo, él ronronea y me muerdo el labio con fuerza, porque de repente me siento tan triste y tan sucia que quiero gritar. Tengo ganas de llorar porque con ese simple gesto me he dado cuenta de cuánto necesitaba algo así. No echaba de menos el sexo en sí, si no la intimidad compartida, ese silencio de después que significa tanto, pero que con Alberto no le encuentro demasiado sentido. Tengo ganas de llorar, porque a pesar de que el sexo ha sido increíble no he sido capaz de apartar a Mario ni un instante de mi cabeza y, aunque Alberto fue un cabrón conmigo, no creo que se merezca que piense en otro cuando son sus manos las que me tocan; y porque estoy un poco borracha y todo el mundo sabe que no es bueno beber cuando uno tiene tocado el alma. Y lo hago.

—Ey, Oli no llores, me hace sentir un mierda.

Levanta la cabeza y me seca las lágrimas que cubren mis mejillas con tanta delicadeza que empiezo a llorar más fuerte.

—Lo siiiieentooo...

Alberto me levanta y me arropa entre sus brazos. Nos tapa con mi colcha y me besa la cabeza mientras no para de susurrarme palabras bonitas que me tranquilizan. Me calmo un poco, lo justo para darme cuenta de que le estoy llenando el pecho de mocos.

—¡Por Dios, Alberto! Te estoy cubriendo de mocos, joder qué asco. Qué vergüenza, soy patética.

Saco un pañuelo de la mesilla y lo seco con mimo y el muy granuja se deja hacer sin parar de mirarme con ternura.

—No pasa nada, ¿estás mejor?

—Sí, ya puedes irte si quieres, gracias por todo.

Me agarra de las muñecas para que deje de gesticular y lo mire a los ojos. Yo obedezco sin rechistar, aunque no me siento muy cómoda en esta posición con las tetas al aire, espero que si va a ser una conversación seria al menos me deje taparme.

—Oli, no voy a irme a ningún sitio, a menos que tú quieras, claro.

Me ha dejado a cuadros, ¿quién eres tú y qué has hecho con Alberto mi ex, el follador del gimnasio? ¿El tío de *“es que después de que me la chupen me entra sueño”*? ¿El de *“prefiero dormir en mi casa si no te importa”*, cuando aún tenía el condón puesto? ¿El que huía cual amante bandido cuando la cosa se ponía seria? Ahora que lo pienso menuda joyita, debería echarlo a patadas de mi casa.

—Vale, sí... por mí genial.

—Pues no se hable más, bueno, de ese tema, hablar vas a hablar conmigo, quieras o no.

Nos tumbamos de nuevo y nos tapamos hasta arriba con la colcha. Alberto se tumba de costado y yo hago lo mismo, quedando uno enfrente del otro. Nos miramos en silencio, él estudia mi rostro con detenimiento, como si intentase comprender qué es lo que está viendo. Yo lo observo también, intentando que mi mente sucia ignore lo sexi que siempre me ha parecido con el pelo despeinado y con esa expresión relajada que se le pone después de echar un polvo.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Qué es lo que te pasa, Oli? No eres tú.

—¿A qué te refieres con eso? Soy la de siempre.

—En Navidad lo eras, pero algo ha cambiado desde que lo tuyo con Mario se convirtió en algo más.

—Es la primera vez que siento algo así por alguien, supongo que aún estoy aprendiendo a vivir con ello. Y bueno, la ruptura... está siendo difícil.

Se calla, pero hay algo más a lo que le está dando vueltas y que duda si decirme o no. Supongo que para él también es extraño tener una conversación de esta profundidad, cuando en su momento nunca tuvimos nada parecido.

—Dilo. ¿Cómo me ves?

—No sé cómo explicarlo. Quizá la palabra sería apagada.

—¿Apagada?

Lo miro sorprendida, porque nunca me hubiera esperado esa respuesta; en toda mi vida nadie se había referido a mí de ese modo y me asusta pensar que pueda tener razón, que me esté convirtiendo en una persona gris. Que esté perdiendo mi esencia. Que me esté secando.

—Sí, no brillas como antes. ¿Por qué has reaccionado así?

—Lo siento. No pienses que me he arrepentido, porque no es así, pero necesitaba desahogarme supongo. Son demasiadas cargas en los últimos meses.

—Eso lo entiendo, sabes que soy un llorón. Llorar es bueno.

Es cierto, en un año de relación y siendo yo la espoleada, lo vi llorar más veces que a cualquier otro chico que haya conocido. Con películas, cuando se encontraba con alguna situación un poco sentida, cuando hablaba de su abuela, e incluso un día que le dí sin querer con una botella de vodka en toda la jeta y tuve que pedirle

perdón un millón de veces mientras él moqueaba como un crío. Me era inexplicable que siendo una persona tan sensible pudiera después ser semejante cabrón.

—Me acuerdo y nunca te dio vergüenza, eso siempre lo admiré en ti.

—Lo que no entiendo es porque lo has hecho si no estabas preparada. Ha sido genial, Oli, pero no estabas al cien por cien, no me importa ser tu objeto sexual—me guiña un ojo y yo le pellizco la entrepierna haciéndole dar un brinco—, de hecho lo considero un honor, pero no volveré a hacerlo si vas a reaccionar así.

—Tienes razón...

—Te conozco y sé que te apetecía, pero en el fondo pesaban más otras razones y eso no está bien.

—No, no lo está.

Lo miro fijamente a los ojos entre alucinada y embelesada y se muerde el labio nervioso.

—¿Qué estás pensando? ¿Por qué me miras así?

—Porque no tengo ni idea de quién eres. Ya es tarde, pero si hubiera sido este Alberto el que se acercó aquel día a mí en el gimnasio nunca te hubiese dejado escapar.

—Quizá al final aprendí algo de lo nuestro—se acerca a mí hasta que mi nariz se roza con la suya y su aliento al hablar choca contra mis labios—, a veces es posible aprender de los errores. Oli, piénsalo, si yo pude hacerlo siendo el mierdas que era, ¿por qué no un tío como Mario?

Guardo sus palabras en un rincón del cerebro y me lanzo a su boca regalándole un beso húmedo que Alberto recibe gustoso. Me subo a horcajadas encima de él y nos dejamos llevar como hemos hecho antes cientos de veces. Le hago perder el control demostrando que, esta vez, sí que estoy al cien por cien.

Escondido.

Me despierta un delicioso olor a beicon que inunda la casa. Oigo a Alberto que silba, sin ningún sentido del ritmo, su peculiar versión de *Satisfaction* de los Rolling Stones que suena en la radio de la cocina. Hago pis, me lavo la cara y paso de peinarme y de elegir un pijama apropiado, no tengo ninguna intención de impresionarlo. Alberto baila en la cocina en calzoncillos, usa la espumadera como micrófono y cuando me ve sonríe abiertamente y me dedica un par de pasos de baile bastante exagerados y de lo más cómicos. Me siento en un taburete y lo observo colocar con una precisión de ingeniero los huevos y el beicon en cada plato. Es de lo más gracioso.

—*Voilà!* Como ya casi es la hora de comer he optado por un plato que pasa por desayuno y comida.

—¿Y no tendrá algo que ver que es de lo poco que sabes hacer?

—Me has pillado, pero recuerdo que te encantaba.

Sonríe como un chiquillo y le planto un besazo en la mejilla como agradecimiento que le hace sonreír aún más, si es que es posible.

Después de comer compartimos sofá y manta y no sé cómo lo consigue, pero acabamos viendo una de las tropecientas películas de *Rocky* de las que él es fan absoluto y que a mí me viene estupendamente para dormir a ratos y babear sobre su hombro. Me baja la regla, así que el resto de la tarde me la paso medio drogada por las pastillas y con Alberto como enfermero, que se deshace en cuidados. Te tapo con la manta, te traigo chocolate, te plancho la camisa del trabajo tú no te muevas... y todo esto en calzoncillos, en plan porno-chacho.

Debería hacerle una foto y enviársela a Maite, sería capaz de ofrecerle dinero para que lo haga un par de veces por semana.

Es extraño. Lo miro tumbada mientras él ve la televisión y me masajea los pies por debajo de la manta, como si fuese lo más natural del mundo, como si lo hubiésemos hecho mil veces antes y el caso es que no hay nada romántico en ello, somos dos amigos compartiendo un día cualquiera. Ayer nos acostamos, de acuerdo. Dos veces. De acuerdo. Pero hoy ninguno de los dos esperamos nada y me gusta esa sensación, esa complicidad que está surgiendo entre nosotros; es lo que siempre quise tener con Mario, pero que no pudo ser, porque es totalmente diferente y hasta este momento con las manos de Alberto acariciando mi dedo gordo no me había dado cuenta de cuánto. Después de la noche de ayer y del día de hoy me tiene totalmente cautivada, pero no en plan "*mierda, me he vuelto a colgar por él*", sino que es más un rollo platónico.

Soy de esas personas que creen firmemente que la gente no cambia, puedes rectificar y cambiar ciertas maneras de actuar, pero que el que es egoísta lo será siempre, el mentiroso volverá a mentir y así con un sin fin de ejemplos.

El caso de Alberto es digno de estudio. Cuando por fin lo nuestro se acabó, pensé que era el tío más egoísta que había sobre la faz de la Tierra, de hecho a las pruebas me remito, pero el chico que se ríe en mi sofá no tiene nada que ver con aquel imbécil integral. Ha sido considerado, dulce, paciente, detallista, cariñoso... ¿De verdad eso es posible? ¿O es que a veces estamos tan cegados y tan centrados en nosotros mismos que solamente vemos lo que queremos ver?

—Alberto—él se gira y me mira expectante, con sus ojos negros muy abiertos y por primera vez desde que lo conozco me parece tan guapo por dentro como lo es por fuera—, ¿por qué estabas tan escondido? ¿O es que yo no te quise ver?

—¿Esto es un rollo de esos profundos o es que te has pasado con las pastillas?

Pongo los ojos en blanco y le hago una mueca; me ha entendido perfectamente, pero le avergüenza hablar de ello, supongo que a nadie le gusta admitir sus defectos o sus errores.

—Mi familia y mis amigos me conocen y siempre he sido así, pero con las tías... era un niñato, pensaba solo con la polla y... siempre he sabido que soy guapo, me resultaba tan obvio que me creía con derecho a hacer lo que me plazca por el simple hecho de serlo. Nunca pensé en las consecuencias que mis actos tenían en los demás. Era un gilipollas.

Pues sí, lo era. Aunque en parte la culpa es de esta sociedad de mierda, porque otorgamos un poder al físico que no debería tener y enseñamos a niños inmaduros que es su papel actuar así y nosotras caemos rendidas en sus redes reforzando aún más ese comportamiento. Que conste que esto no justifica nada, pero yo soy una de las culpables que cuando conocí a Alberto solo pensé en montarme sobre él y en chuparle hasta la etiqueta del abrigo y hasta este momento no he sabido ver todo lo que esconde en ese envoltorio tan divino. Aunque bueno, él tampoco puso demasiado empeño en dejarse ver.

—Sí que eras gilipollas—se ríe y sacude la cabeza—, pero sabes, lo importante es que te hayas dado cuenta y que estás haciendo lo posible por enmendar tus errores, al menos conmigo lo estás haciendo muy bien.

—Gracias, no te imaginas lo que agradezco tus palabras.

—Mario es muy guapo, ¿sabes? Eso se sabe de aquí a China, pero eso solo ayudó a irme a la cama con él el primer día. Después lo conocí de verdad y siendo sincera, ahora mismo es lo que menos veo en él, porque eso no me hizo quererlo, aunque ayudó, no te voy a engañar—nos reímos por mi aclaración, porque es una obviedad que Mario está como un tren y que como a todo el mundo la comida me entra por los ojos—, pero en realidad fue todo lo demás lo que me hizo enamorarme como una loca, pese a que finalmente no funcionara.

—Lo entiendo, Oli, lo que no sé es si yo estoy hecho para tener algo así con alguien, el caso es que... me gustaría vivirlo por una vez.

—Lo harás, estoy convencida. De todas formas, ¿qué fue lo que cambió? Quiero decir, ¿qué ocurrió para que abrieras los ojos y decidieras ser alguien mejor?

—Tú.

—¿Yo?—mi cara es un poema, pero es que no me lo esperaba.

—Sí, tú... Me dejaste y era obvio que no estaba enamorado de ti porque si no, quiero pensar que nunca hubiera podido hacer lo que hice, pero en cuanto te fuiste de mi lado te eché tanto de menos... no las peleas, ni el compromiso, ni siquiera el sexo, sino solo a ti. Tu compañía, el saber que estabas ahí, el hacer como que te escuchaba cuando hablabas como una cotorra—me mira de reojo a la espera de que lo insulte o que le dé un guantazo por su comentario, pero estoy tan conmovida por todo lo que está confesando que no quiero interrumpirlo—, simplemente a mi amiga, a la que espero haber recuperado.

Ni contesto, me lanzo a su cuello como una salvaje y me lo como a besos, pero no besos como los de esta noche, sino besos de abuela por toda la cara, el cuello, el pelo que le hacen partirse de risa.

Nos vestimos juntos e insiste en acompañarme al hotel, ya que según él no tiene otra cosa que hacer, por lo que acepto encantada con su compañía. Voy bien de tiempo, así que cuando bajamos del metro caminamos sin prisa hasta que por fin Alberto saca el tema que hemos intentado evitar todo el tiempo.

—¿Vas a contárselo?

—¿Tú qué crees que debería hacer?

—Uff, no lo sé, Oli... lo vuestro es demasiado complicado para mí. Yo hubiera huido hace tiempo, ya me conoces. Supongo que si quieres que se acabe de verdad deberías decírselo, aunque le vas a hacer daño, pero serás sincera con él, al fin y al cabo es lo que tú esperaste de él; hay que predicar con el ejemplo.

Tiene razón, aunque haya otras posibilidades es la única que me sirve si quiero ser fiel a mis principios. No me arrepiento en absoluto de lo que he hecho, pero una

pequeña parte de mí se avergüenza, porque aunque deseaba a Alberto en ese momento acostarme con él también me sabía a victoria y se mostraba como una salida fácil de la historia de Mario. Me ayudaba a poner un punto y final a lo nuestro, el final que tanto me empeño en defender aunque ni mi corazón ni mi cuerpo están realmente de acuerdo con ello. Y luego está ese pequeño detalle que desde ayer he decidido ignorar, esa parte de mí que quiso hacerlo solo por reafirmarme de una manera estúpida en que él ya no es nadie para decirme lo que puedo o no puedo hacer. Un *“chúpate esa”* en toda regla, que solamente confirma lo que todos ven en mí, que soy una niña y que me merezco que Mario me excluya de su vida.

—No tengo otra opción, ¿verdad? Lo hecho, hecho está.

—Te arrepientes.

—No. No te confundas. Me arrepiento de usarlo como un arma contra él; el amor nos vuelve muy destructivos. No me gusta esa parte de mí, no me gusta dañar a la gente que quiero, pero ya es tarde. También estoy intentando aprender algo de todo esto, al menos que me sirva para eso.

Alberto se para y tira de mi mano, quedando uno frente al otro.

—Hay otra opción. No se lo digas, será nuestro secreto.

—No puedo hacer eso. Sería mezquino y no quiero convertirme en alguien así... se lo contaré, asumiré las consecuencias y seguirá con su vida, como tiene que ser. Al fin y al cabo, ¿no es lo que se supone que quería que ocurriese?

—Tú misma lo has dicho. Se supone, pero en realidad... Oli, creo que estás cometiendo...

Antes de que continúe hablando y me diga que esto es un error, que no estoy actuando con madurez o lo que sea que tenga que decirme, lo atraigo a mí agarrando la solapa de su abrigo y lo beso con ganas. Alberto se sorprende, pero enseguida responde a mi beso y un segundo después tengo sus manos por debajo de mi jersey. Me separo y él me sonríe con los ojos entrecerrados.

—Esto es para darte las gracias por todo lo que has hecho. Creo que ya has compensado con creces todo lo que pasó.

—Gracias.

—Adoro a este Alberto, no dejes que vuelva a esconderse.

—Te quiero mucho, Oli, siento mucho no habértelo dicho antes. Llámame si necesitas algo, nos vemos pronto.

Alberto me da un beso en la frente y guiñándome un ojo se marcha calle abajo con esos andares de perdonavidas que antes me dejaban embobada, pero que ahora solo me hacen gracia. Lo veo girarse al pasar una chica con una escueta minifalda y me río, porque habrá cambiado mucho, pero algunas cosas nunca cambian.

Dos cobardes y una valiente.

Me despierto y me encuentro con dos pares de ojos mirándome fijamente. Los azules me observan brillantes y risueños, los negros estudian con asco el cerco de babas que he dejado en el cojín del sofá. Me incorporo y veo a mis dos amigas, algo nerviosas, esperando a que me espabile, seguramente para contarme sus idílicas mini-vacaciones. Lo que ellas no saben es que yo también tengo noticias frescas y no creo que sean de su agrado.

Son las siete de la tarde. Es lo que tiene el turno de noche, que me hace pasar el día siguiente dormitando por los rincones, pero bueno, tengo un par de días de descanso así que no puedo quejarme. Me dan besitos en la cabeza y en la frente y Sonia me pasa una taza de chocolate caliente; las adoro.

—Buenos días chicas, ya os echaba de menos.

—Yo también, a pesar del curro ¿qué tal lo has pasado?—Sonia no para de alisarse la falda mientras habla, está más inquieta de lo normal y a Maite creo que ya no le quedan uñas que morder, parece ser que no soy la única que tiene novedades.

—Bien, supongo. El caso es que tengo que contaros algo, pero primero creo que deberíamos dejar hablar a Maite antes de que acabe teniendo muñones.

Sonia asiente y en cuanto miramos a Maite ella explota en un montón de insultos y palabras malsonantes. Empieza a divagar y a soltar improprios, pero no la entendemos nada, por lo que Sonia la anima a beber un poco de chocolate y a calmarse para que pueda explicarnos qué es lo que ha pasado en un idioma que entendamos. Después de unos segundos de tensión que a mí se me hacen eternos, durante los cuales ya me ha dado tiempo a imaginar todo tipo de desgracias y situaciones rocambolescas (del tipo que la han elegido para protagonizar un nuevo *reality show* en una prisión colombiana o que está embarazada de trillizos y quiere que nos quedemos con uno cada una), lo suelta.

—Darío me ha dicho que me quiere.

Sonia suelta una carcajada y yo un grito ahogado tapándome los ojos con una mano. Obviamente, porque ella se pensaba que era algo peor y considera que eso es algo maravilloso, pero yo conozco a Maite como si la hubiera parido y sé lo que viene a continuación.

—Maldito bastardo, ¿por qué ha tenido que decirlo? Todo iba bien, incluso me había planteado seguir con él un tiempo en exclusiva y ya sabéis lo que supone eso para mí, pero va el niño de los cojones y después de un polvo grandioso me dice "*Maite, si no te lo digo reviento, eres la mujer de mi vida, te quiero*".

Sonia y yo agitamos las pestañas con gracia y soltamos un *ooooohhhh* que parece que lo hemos ensayado de lo acompasado que suena. Ella nos fulmina con la mirada, si tuviera rayos láser en las pupilas ahora mismo solo seríamos dos montañitas de polvo.

—Ni ooooohhh ni leches.

—¿Y tú qué dijiste?—Maite evita mirarme tras mi pregunta, confirmándose de ese modo que lo que creo que ha pasado es verdad.

—Pues que iba a decirle, que se fuera a la mierda. Me vestí y no volvimos a dirigirnos la palabra en todo el camino de vuelta. Lo he dejado en su casa con esa cara de perrillo abandonado que funcionará con otras, pero que a mí no me da ninguna lástima.

Sonia la mira con la cara desenchajada, la conoce igual de bien que yo, pero se sigue sorprendiendo cuando Maite nos sale con una de estas como si fuera la primera vez.

—Lo has dejado.

Afirmo, porque lo sé. Maite es así, siempre pasa lo mismo cuando un chico se cuelga de ella más de lo que considera oportuno para sus necesidades. Pragmática y fría, así es ella. La diferencia es que esta vez algo ha cambiado, lo que pasa es que aún no lo sabe o se niega a aceptarlo.

—Pues claro, ¿qué iba a hacer si no? Él se lo ha buscado, lo ha estropeado todo. Se lo dije "*Darío, mi niño, no te enamores de mí, que soy una perra mala...*", pero ni por esas. Si es que soy irresistible.

Se ríe ella sola como si hubiera hecho un chiste buenísimo y el sermón de Sonia no se hace esperar.

—Él no ha estropeado nada, has sido tú. A veces pienso en serio que eres de otro planeta. Cómo puedes hacer estas cosas, Maite, dime. Él abre su corazón y tú... no hacía falta que correspondieras a sus sentimientos, pero un poco de empatía no cuesta nada, joder.

La palabrota de Sonia nos sobresalta a las dos, eso demuestra que está enfadada de verdad de la buena y me alegro profundamente de no ser yo el centro de su ira. Maite empieza a explicarse de nuevo, pero Sonia la frena.

—No, Maite, ese chico siempre te ha tratado con cariño y respeto, no te ha pedido nada. Te ha tratado como la reina que en estos momentos no eres y tú a la primera que tienes que mostrarle un mínimo de sensibilidad y respeto te comportas así. Me has decepcionado.

—Pero... Sonia tú sabes que... Darío no...

Maite no sabe ni qué decir, yo miro a una y luego a la otra como en un partido de tenis y me abstengo de intervenir. Soy una amiga pésima, pero prefiero que Sonia se desahogue bien con Maite antes de que cuente lo de Alberto y desate su furia letal contra mí. Soy un poco exagerada, vale, pero es que cuando Sonia se pone en plan madre suelo terminar moqueando y ya he llorado bastante últimamente.

—Toda la vida has ido de tía dura y tengo que decírtelo, eres una cobarde. No tengo ni idea de lo que pasa por esa cabeza tuya, ni quiero saberlo, pero sé que ese chico te gusta más de lo habitual lo quieras admitir o no y eso es lo peor de todo. Eres como Oli...

—¡Eh! ¿Por qué me metes en esto? Yo ahora no he hecho nada...

La mirada de Sonia me hace desviar la mía y callarme como una niña obediente y ella sigue con su declaración.

—Eres una cría, las dos lo sois. Te pasas el día riñéndola por sus estupideces—vale, aquí me mosqueo un poco, pero prefiero hacerme la sueca—y dándole consejos sobre cómo llevar sus relaciones que después tú no aplicas. Al menos Oli reconoce que está enamorada de Mario, aunque después actúe como... no sé ni cómo describirlo. Lo de Oli es un caso aparte.

Me encojo de hombros y me abrazo a un cojín con fuerza; la bronca será para Maite, pero entre mis hormonas y la que me está cayendo indirectamente estoy a punto de llorar.

—Sonia, yo...

De pronto oigo un sollozo y levanto los ojos sorprendida. Maite, mi Maite, a la que solo he visto llorar tres veces en mi vida (una, cuando se rompió la clavícula en sexto, dos cuando le rompieron el corazón por primera y última vez y tres, cuando nació su sobrina Clara) empieza a hipar de una forma extraña, hasta que rompe a berrear y se tira sobre el regazo de Sonia, que la mira entre alucinada y horrorizada por ser la responsable de esas lágrimas desconcertantes.

—Tienes razón, soy un monstruuuooooo...

—No digas eso, cielo—Sonia la abraza y la consuela como puede. Le coge la barbilla para que levante la vista y le limpia las lágrimas con mimo con una servilleta que yo la paso de la mesa—, eres un encanto, siento si te ha parecido que eso es lo que pensaba de ti, pero me alegro de que te haya hecho reaccionar, al menos demuestra que eres humana.

Las tres nos reímos y Maite se vuelve a sentar en el medio de nosotras dos. Tenemos otro sofá, pero esta conversación se merece apiñarnos unas muy cerquita de las otras.

—Bueno quizá... sí que me asusté un poco. Cuando me dijo eso... no supe reaccionar. Me había encontrado antes en esa situación y fue fácil, pero con él... me gustó tanto oírlo que, bueno, estaba aterrorizada.

—No pasa nada, Maite, es normal. Soy una experta en cagadas monumentales, hazme caso.

Se ríen por mis palabras y Maite por fin se abre. Parece una cría contando a sus amigas que la han besado por primera vez, nunca había percibido esa inocencia en ella, porque evidentemente en Maite no hay nada inocente, pero esta vez sí, porque parece ser que la *femme fatale* ha caído, como acabamos cayendo todas.

Nos habla de Darío, de lo que le gusta su sonrisa y la arruga que se le forma en la frente cuando está concentrado en algo; Darío, el que consigue serenarla solamente con oír su voz y que siempre se acuerda de comprarle el *Vogue* sin que ella se lo pida; el joven de dieciocho que conoció hace tiempo, que apenas recuerda, pero que puede recitar de memoria cada detalle relacionado con ella de las veces que se vieron. Ahí está mi Maite, la que nunca se iba a enamorar, sonrojada como una chiquilla mientras nos cuenta que un día al despertar había una cala en su almohada, porque Darío recordaba que una vez ella comentó a su hermano, cuando salían hace años, que era su flor favorita.

—Entonces ahora que has abierto los ojos, ¿no crees que deberías hacer algo al respecto?—Sonia parece una madre guiando a sus polluelos, que aunque me pese somos nosotras.

—Sí. Mañana intentaré arreglarlo, si es que él quiere todavía escucharme, claro. Se merece una disculpa, después ya veremos.

—Querrá, confía en mí.

Maite le da un beso a Sonia en la mejilla que sonrío satisfecha y orgullosa de su hija descarriada, hasta que me mira a mí animándome a seguir con la tarde de confesiones. Después de este momentazo tan tierno me da pavor soltar la bomba, pero bueno, no tengo escapatoria.

—Yo tengo algo que contaros..., lo cierto es que... Maite hice caso de ese consejo tuyo de que...

—¿¿¿A quién te has calzado???—su sonrisa es de orgullo total y me siento aún peor por ello, ya que después de mi confesión no se va a orgullecer en absoluto.

—El viernes Alberto me invitó a tomar una copa y bueno, una cosa llevó a la otra...

Según voy hablando sus caras van mutando de la calidez, al enfado, al reproche, a un montón de expresiones que no auguran nada bueno, pero ya lo esperaba, por lo que no me sorprende. Les cuento mis últimas discusiones con Mario antes de que saquen conclusiones precipitadas y cómo ha ido evolucionando mi relación con Alberto de un modo que nunca me hubiese esperado. Maite, como ya es costumbre, se levanta furiosa y empieza a gesticular como loca mientras me insulta y me echa la bronca. Yo me callo, porque por una parte siento que me lo merezco.

—Vamos a ver, Oliva de mi corazón, ¿qué parte de “una polla nueva” no entendiste? Si es que no tendría que haberme ido y dejarte sola, sabía que la ibas a liar.

—La cuestión para mí es otra—Sonia me mira con sus sabios ojos azules y leo en ellos la pregunta del millón antes de que la pronuncie—, lo importante es que lo hiciste simplemente porque surgió y te apetecía, o ¿tuvo algo que ver Mario en tu decisión?

Las dos me miran boquiabiertas por mis segundos de duda antes de empezar a explicarme como buenamente puedo, porque la verdad es que a estas alturas da igual lo que diga, seguiré siendo culpable de todos los cargos.

—Al principio estaba muy enfadada y pensé que sería una buena idea, estaba cegada por las ganas de venganza y acabar con esta historia de una vez por todas, nos habíamos dicho cosas horribles y estaba tan dolida... pero después lo pasamos tan bien que simplemente me apetecía. Ahora no lo sé, sinceramente no sé qué estoy haciendo, me siento perdida y estoy empezando a descubrir una parte de mí que no me gusta. Pensé que ser amiga de Mario de nuevo era lo mejor, pero está visto que no está funcionando.

—Vas a tener que contárselo, lo has hecho para eso, para que te odie y sea él el que ponga el punto y final, porque tú no puedes. Eres igual de cobarde que Maite.

—Puede ser, ya no sé lo que está bien y lo que está mal... no, no...

—Lo hiciste por el mismo motivo por el que le dijiste que ya no lo querías. Intentas alejarlo de ti, porque tú eres incapaz de hacerlo. Él te lo puso en bandeja lanzándote esa advertencia y tú simplemente la usaste en tu beneficio, porque era lo más fácil.

Y empezamos de nuevo, ahora la que me echo a llorar soy yo, y lo hago a lo bestia, con berridos y un montón de mocos, pero lo mío es más habitual así que la reacción es bastante diferente. Sonia pone los ojos en blanco y me consuela igual que hizo hace un rato con Maite, que aunque piensa que estoy chiflada por las decisiones que tomo me dedica una mirada de comprensión que me reconforta. Me dan mimitos hasta que me tranquilizo un poco y entonces me atacan sin piedad.

—Lo tuyo tiene tela, Oli, y sé que aunque te emperres en gritar a los cuatro vientos que eso es lo que quieres, en el fondo es mentira, pero va a ser la solución para que espables y te des cuenta, aunque tarde, de qué es realmente lo que quieres en tu vida.

Levanto la cara buscando la de Maite. Me observa seria, pero decidida y ya veo venir la estocada final que con total seguridad hará que desee esconder la cabeza en el suelo, a lo avestruz, hasta el fin de mis días.

—¿A qué te refieres?

—Vas a contarle a Mario lo de Alberto, él sufrirá, pero es la manera de que reaccione y continúe. Por lo poco que lo conozco pondrá distancia, porque es verdad que

no parece de los que se tiran faroles y tú la respetarás, porque en ese sentido sois iguales y es lo que tú hiciste cuando rompiste con él. Y aunque intentarais retomar esa “*amistad*” que tanto defendíais y que para mí no era más que una relación disfrazada, no confío en que podáis volver a ese punto, porque ya no sois esas personas, te guste o no. Y se acabará la historia de Mario que se supone que es lo que tú querías. Punto y final. *Arrivederci*, vaquero.

—Pero...

Sus palabras tienen sentido, pero no es lo que yo quiero. No quiero que desaparezca del todo, no puedo perderlo.

—Ya sé que no es exactamente lo que tú quieres, pero es lo que has conseguido, porque él tiene razón.

—¿En qué?

—No tienes ni idea de lo que quieres o has aprendido a esconderlo tan bien que ni siquiera eres capaz de verlo. Has cavado tu propia tumba, Oli, es lo que hay, todos lo vemos menos tú. O volvéis juntos o se acabó del todo, pero no valen los finales a medias, no funcionan, nunca funcionan.

—Maite tiene razón, o se lo cuentas y asumes que se acabó y cada uno sigue con su vida, o te callas e intentas arreglarlo y el que te conozca un poco ya sabe lo que vas a hacer.

Suspiro y asiento. Entre esas dos opciones solo existe una para mí, es la misma conversación que anoche tuve con Alberto, aunque mi cerebro, animado por mi desastroso corazón y aplaudido por mis hormonas que hoy están guerreras, sopesa una tercera opción.

—¿Y si... se da la posibilidad de contárselo e intentar arreglarlo y seguir siendo amigos? No sé, quizá él no se lo tome tan a la tremenda, al fin y al cabo no estamos juntos.

Maite blasfema y Sonia lo traduce en una frase coherente.

—¿Eso supondría arreglarlo para intentar estarlo? ¿Te refieres a eso?

—No, tenéis razón. Ahora sería un desastre.

—Entonces ¿qué pretendes? ¿Volver a ser los amiguitos del alma y, con el tiempo, intercambiar consejos sexuales para ponerlos en práctica con otras personas? Porque ahora no entra en vuestros planes, pero acabaría pasando, tarde o temprano alguno conocería a alguien y seguiríais enganchados a algo que solo os puede hacer daño. ¿Sabes que eso que dicen que del amor al odio hay un paso es cierto? Y creo que vosotros ya habéis empezado a mirar en esa dirección. Oli, coge a Mario o suéltalo, pero deja de marearlo porque, enfádate conmigo si quieres, pero es lo que estás haciendo. Él la cagó, pero tú no lo estás haciendo mejor.

Parece ser que la bronca me la llevo de Maite y no de Sonia. Sus palabras duelen y se clavan hondo, pero son tan ciertas que me hacen abrir los ojos un poco más. Soy una imbécil, una cría inmadura y caprichosa, Mario tenía razón, ese es el verdadero problema, pero es el momento de aprender de los errores y actuar en consecuencia.

—De acuerdo, se lo contaré e intentaré actuar como una adulta por una vez en la vida. Se merece ser feliz y yo también, y actualmente juntos no lo somos.

Me sonrío complacidas y centramos toda nuestra atención en Sonia, después de esta vorágine de sentimientos y confesiones que han aflorado en un momento, no creo que lo que nos tenga que contar lo supere.

—Preparad la pamele, me caso el año que viene.

—AAAAGGGG ¡¡¡felicidades mi niña!!!

—¡¡¡Qué hija de puta!!!

Maite y yo reaccionamos cada una a nuestro modo. Parece ser que me equivocaba, esto supera casi a cualquier cosa, ha hecho que me olvide de un plumazo de todo y no puedo dejar de sonreír y de dar saltitos en el sofá como una estúpida. Sonia saca un pedrusco del bolsillo de su camisa y se lo planta en el dedo con los ojos brillantes de felicidad. Yo me lanzo a su mano como una urraca en éxtasis ante el esplendor del diamante que ahora adorna su anular derecho y la beso emocionada de nuevo entre lágrimas. Es clásico y precioso. Está formado por dos tiras de oro blanco entrelazadas y unidas por un pequeño diamante y le queda tan bien que parece que lleve toda la vida en su mano.

—¡Qué hija de puta!

Dejamos a Maite procesar la noticia mientras repite una y otra vez esa frase como un mantra, mientras una Sonia exultante me cuenta su fin de semana inolvidable en París y yo doy grititos con cada gesto romántico de Raúl que ella relata con mirada soñadora. No hay duda de que mi amiga ha encontrado a su príncipe azul. Y tampoco hay duda de que es una valiente.

—Qué hija de puta...

Terapia.

A eso de las diez de la noche Maite por fin reaccionó como una persona medio normal y se lanzó efusivamente encima de Sonia. La besuqueó todo lo que pudo y la manoseo de lo lindo hasta que la otra, más colorada que una guiri en pleno agosto, empezó a chillar y yo tuve que correr al baño para no hacerme pis encima del ataque de risa que me dio. Maite no paró de gritar como una loca que se pedía ser dama de honor y organizadora oficial de su despedida de soltera, a lo que Sonia me suplicó horrorizada que por favor me encargara yo.

Tuvimos que explicar a Maite que eso del rollo de las damas de honor era una *americanada* y que, aunque no lo fuera, yo me negaba a ir vestida de pastel de fresa, así que si quería hacer un paripé de esos que se fuera buscando a otra o que exigiáramos un vestido divino a la altura de las circunstancias. Estábamos tan emocionadas que cuando Maite sacó la botella de absenta que le trajo su hermano de la República Checa y que le habíamos escondido en el fondo del congelador, creo que Sonia se arrepiñó por un momento de haberle dicho que sí al bueno de Raúl. Rogó que brindáramos con otra cosa, pero a Maite no le parecía lo suficientemente glamuroso hacerlo con cerveza ni con el Anís del mono que usaba yo para hacer mis famosas rosquillas, que eran las únicas bebidas con alcohol que actualmente había en nuestra dulce morada. Casi se lleva un guantazo por su sugerencia de brindar con zumo de piña, por lo que al final claudicó y se bebió el chupito de un trago sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas. No sé por qué motivo Maite dio por sentado que Sonia lloraba de emoción en vez de por los sesenta grados de ese veneno verde que tanto le gustaba, el caso es que ella empezó a moquear también. Ver para creer, cinco años sin derramar una lágrima y de repente nos llora dos veces en un día. Al final yo me uní, porque ya ha quedado demostrado que soy de lágrima fácil y acabamos saltando abrazadas entre risas y sollozos como dementes. Para acabar la noche, tuvimos que acostar a Maite, porque acabó agarrada a la botella de absenta y a punto estuvo de largarse en busca de su muchachito, como habíamos bautizado a Darío, en pijama y pantuflas. Supongo que fueron demasiados sentimientos al descubierto para lo que estaba acostumbrada y después de repetirnos cien veces que nos quería con locura, apagamos la luz y al minuto siguiente cayó inconsciente.

Remoloneo entre las sábanas y sonrío al recordar la felicidad de Sonia. Se lo merece tanto... ayer nos dio otra noticia, pero esta es agri dulce. En unos días se muda con Raúl, es lógico y nosotras la animamos lo más sinceramente posible, pero no pudimos evitar sonreír a medias. Siempre hemos estado juntas en todos los momentos importantes de nuestra vida y aunque no lo vamos a dejar de hacer, las cosas van a cambiar. Ella empieza un nuevo camino que tiene que recorrer con Raúl y no puedo evitar sentir que Maite y yo nos quedamos estancadas. Es una estupidez, soy consciente, pero es lo que siento.

Han decidido mudarse a la casa de él, porque está en una zona más tranquila y les pilla más o menos bien a los dos para ir al trabajo, además así nosotras seguiremos aquí como siempre y a que el piso es suyo, por lo que Maite y yo hemos aceptado encantadas.

Tengo dos días libres y ningún plan por delante, exceptuando una conversación pendiente con Mario. No he vuelto a hablar con él y es raro porque, sin contar nuestro paréntesis post-ruptura, nunca dejamos pasar ni un día sin saber el uno del otro. Lo echo de menos, pero he sido incapaz de llamarlo, primero porque sigo enfadada y segundo porque no me atrevo. Me aterra su silencio, pero aún más la posibilidad de hacerlo y de descubrir que se haya acabado del todo definitivamente.

Está claro que nada va a volver a ser igual, esta es la primera prueba. Me pongo en su lugar y no sé cómo hubiese reaccionado yo si él me hubiera dicho que ya no me quiere. Podría haberme encerrado a llorar durante días, o quizá lo hubiese atacado con la batidora en marcha, en plan psicópata. Quién sabe. A veces parezco bipolar. Después de todo lo vivido me he dado cuenta de que no me conozco en absoluto, bueno no es eso, más bien es que Mario tenía razón en Nochevieja cuando me dijo que era impredecible. Ni siquiera yo sé cómo voy a reaccionar, soy una bomba de relojería en cuestión de sentimientos y necesito a alguien que sepa desconectarme. Y después está todo lo demás que dijimos y lo que me da más miedo, lo que aún queda por decir.

Dedico la mañana a la cocina. Me encanta cocinar, me relaja y me centra. Cuando era pequeña mi madre descubrió que era la manera más efectiva de que estuviese quieta y atenta más de diez minutos, así que me convirtió en su pinche de cocina, ella consiguió mantenerme controlada y yo lo convertí en mi gran afición. Me decido por carne guisada para comer, berenjenas rellenas de verduras para cenar y galletas como para sobrevivir un mes sin salir de casa. De arándanos para Maite, de pasas y nueces para Sonia y de chocolate para mí. Soy consciente de que hago todo esto para no pensar en Mario, pero al menos es algo productivo.

Cuando tengo la comida al fuego y las galletas en el horno y después de limpiar todo el desastre que he montado, me encuentro rememorando el momento tórrido con la mousse de limón que vivimos en su casa y todo por encontrarme la mitad de un limón mustio en la puerta de la nevera. Antes de que vuelvan a golpearme los recuerdos, cierro la nevera de un portazo que acompaño por un quejido lastimero bastante dramático, saco de un armario nuestro arsenal de limpieza y me pongo manos a la obra hasta que tengo la casa como una patena.

En esas estoy cuando se abre la puerta y recibo a Maite, plumero en mano, con una sonrisa radiante.

—Ya estoy en casa... pero qué coño...

Me mira boquiabierta, porque vale, aunque hoy parezca un ama de casa modélica y la cocina se me dé de miedo, con el orden y las tareas de limpieza tengo una relación amor-odio. Solo limpio cuando ya es estrictamente necesario para evitar que las pelusas me inviten a salir o cuando me da un siroco como el de hoy.

—Hola cariño, ¿qué tal el trabajo?

Le doy un beso en la mejilla y tiro de sus mangas para quitarle el abrigo imitando a un ama de casa de los años cincuenta. Maite se ríe y sacude la cabeza cuando contoneo las caderas delante de ella moviendo el plumero con gracia, hasta que llegamos al salón y le pido que se relaje en el sofá hasta que le traiga la comida.

Se muerde los labios para no reírse en mi cara; la verdad es que la situación es para partirse, porque a todo esto, no os he contado las pintas que llevo. Camiseta de los Backstreet Boys, gira del 99 (que obviamente en la actualidad me llega por bastante encima del ombligo), leggings de leopardo fucsia (sí, he dicho fucsia), que me compré en un arrebato ochentero que me dio hace un par de años y pañuelo negro con lunares amarillos a modo de turbante. Creo que es uno de los motivos de que a mis amigas no les importe que no limpie más a menudo, por no verme de esta guisa. Por lo menos voy descalza, podía haber sido peor y completarlo con mis pantuflas de *Bob Esponja*.

Sirvo la comida y me acerco a Maite con un plato en cada mano, ella sonríe y me mira divertida de arriba a abajo.

—Tus tetas hacen que sus caras sean deformes. Mola.

Señala mi pecho y observo a Nick Carter que parece una masa borrosa. Sin duda tengo que tirar esta camiseta. Me siento a su lado y empezamos a comer. Maite cierra los ojos con placer cuando se mete un trozo de carne en la boca y se me hincha el pecho de satisfacción.

—Joder, Oli, esto está de muerte. Bueno, ¿me vas a explicar a qué se debe todo este despliegue?

Arrugo el morro y chasqueo la lengua.

—¿Tengo que tener una razón para limpiar?—arquea una ceja y suspiro—. Vale, para limpiar quizá, ¿pero para cocinar? ¿A que de eso no te quejas?

—No finjas que estás ofendida, adoro que cocines, de hecho si no fuera por ti mi dieta se reduciría a pizza congelada y ganchitos de queso, pero no que lo hagas como terapia.

—También he hecho galletas.
—¿De arándanos?
—Sí.
—Vale.

De momento me va a dar tregua, pero solamente porque he hecho sus galletas favoritas y le entenece el gesto, mi Maite es así, aunque no creo que tarde mucho en volver a interrogarme. Supongo que tengo tiempo hasta que vuelva Sonia, después me atacarán las dos sin piedad. Con Sonia el truco de las galletas no funciona, ya lo he intentado en otras ocasiones, pero cuando quiere es dura como el cemento armado.

Seguimos comiendo en silencio mientras en la televisión se desarrolla un programa hortera de citas de esos de la *MTV* que normalmente me encantan, pero al que hoy no soy capaz de prestar atención.

—He mandado un mensaje a Darío, ha aceptado verme esta noche.
—Nena, ¡eso es genial!
—Sí, lo es.

Está nerviosa y decido también darle una tregua; en estos momentos las dos disfrutamos del silencio, cada una hundida en nuestros propios pensamientos hasta que suena el timbre y nos saca de ese estupor. Maite me mira con cara de sorpresa y de cabreo, porque odia que la interrumpan comiendo, así que me levanto y me sonrío agradecida. No esperamos a nadie y no han llamado al telefonillo si no directamente arriba, lo que hace que me ponga en guardia, seguramente para pelear con alguna de las vecinas por vete tú a saber qué es lo que ahora hayamos hecho. Marisa, la vecina de al lado, nos odia. Es una cincuentona soltera que se aburre demasiado, por eso se pasa el día intentando que la comunidad nos eche del piso por depravadas, a Maite y a mí claro, a Sonia la adora. Cuando se entere de su mudanza nos empezará a hacer la vida imposible. Abro la puerta con la mejor de mis sonrisas, ya que he descubierto que eso la jode más que si me cabreo y tenemos gresca, pero me quedo pálida cuando veo quién me espera al otro lado con un brazo apoyado en el borde de la jamba.

Mario.

Parpadeo y miro a los lados como una estúpida, como si fuese a encontrar al fondo del pasillo las respuestas que necesito en este momento. Me mira de arriba a abajo un instante, supongo que intentando entender de qué coño voy disfrazada y después posa la vista en mi rostro. No soy capaz de descifrar el significado de su mirada, solo puedo perderme en sus ojos, que me estudian lentamente hasta que me pongo de los nervios. El corazón empieza a latir con fuerza y tengo que tragar saliva antes de hablar.

—¿Qué haces tú aquí?

Un hilillo de voz agudo y ridículo sale de mis labios, mientras él sigue observándome con detenimiento sin decir nada y yo aprovecho su silencio para mirarlo también. Le ha crecido el pelo desde la última vez que nos vimos, hace ya más de dos meses y se ha dejado barba. Me encantaría alargar la mano y tocárselo, ver cómo se entremezcla entre mis dedos, de la misma forma que hice en su casa tantas veces. Está tan guapo como siempre, incluso yo lo veo más guapo si es que es posible, pero parece cansado, está ojeroso y aunque recorre mi rostro sin mostrar la más mínima emoción sé que está triste. Tan triste como yo.

—Tenemos que hablar, ¿puedo pasar?

Su voz ronca enciende algo en mí, es instantáneo, es como si me hubiera acariciado en lo más hondo del pecho y en la piel que deja al aire mi camiseta, cerca del ombligo y en dirección descendente. Es intenso y brutal, como ha sido con él desde el primer día. Aparto la mirada de la suya algo avergonzada por la forma en que ha respondido mi cuerpo solamente con oír su voz y asiento. Me dirijo hacia mi habitación sintiendo su presencia detrás de mí y sus ojos clavados en mi espalda. Me estremezco. Mario saluda en un susurro a Maite al pasar y ella nos mira con los ojos como platos y le devuelve el saludo no sin antes mirarme a mí esperando mi confirmación de que va todo bien. Le guiño un ojo antes de cerrar la puerta de mi dormitorio con Mario dentro.

En cuanto cierro me asfixio. En segundos él lo inunda todo y siento que el cuarto empujea hasta atraparme entre sus paredes. Respiro con dificultad y su expresión cambia, se acerca a mí preocupado, pero antes de que sus manos me toquen me alejo y abro la ventana sintiendo el aire fresco rozar mis mejillas.

Me digo a mí misma que no pasa nada, que solo ha sido un pequeño ataque de pánico, pero que puedo hacerlo. Puedo hacerlo siempre y cuando no me toque, porque si lo hace todo será infinitamente más difícil y no sé si podré dejarlo marchar. Me doy la vuelta y veo que se quita la cazadora y la deja encima de mi cama. Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta gris de manga larga, está perfecto, siempre lo está. Mierda. Dedico un repaso rápido a mi atuendo y me quiero morir; aunque bueno, bien mirado quizá sea mejor que me vea con estas pintas para que todo sea más fácil, pero ¿de verdad quiero que en caso de que acabe mal esta sea la última imagen mía que tenga? En cuanto se vaya juro que quemaré esta ropa.

Mario se sienta al borde de mi cama y se revuelve el pelo con nerviosismo.

—Oli, ¿quieres sentarte?

Dudo. Realmente no lo sé. Supongo que depende de lo que tenga que decirme. Cuando estoy nerviosa necesito moverme y Mario me conoce bien por lo que no le sorprende mi negativa y me quedo plantada de pie contra la pared sin saber qué hacer con las manos.

—No sé por dónde empezar...

Me envalentono, cojo aire y esta vez procuro sonar más segura de lo que he mostrado antes, aunque no me siento así en absoluto. Me siento al borde de un precipicio al cual voy a caer de un momento a otro y con la certeza de que ya no estará él para agarrarme.

—Puedes empezar por contestar a mi pregunta. ¿Qué haces aquí, Mario?

Hablar.

—Necesitaba hablar contigo. Creo que los dos lo necesitamos, pero cara a cara. Oli... estoy harto del puto teléfono, me enferma no ver la expresión de tu cara cuando discutimos, no saber si cuando dices que todo va bien, regular o fatal, es verdad o no, ese tipo de cosas. He pedido unos días en el trabajo y he venido con la intención de poner todas las cartas sobre la mesa, como los adultos que se supone que somos.

Mario suspira profundamente y fija sus ojos en mi ombligo, me sonrojo al instante y cojo mi bata de fresas y me la pongo por encima. Creo que mi intento de arreglarlo es peor aún, pero al menos me siento menos vulnerable que con tanta piel a la vista, sobre todo si él me mira de ese modo.

—Antes de nada no te ofendas, pero no puedo concentrarme si no me contestas a una cosa. ¿Por qué vas así vestida?

Me río, primero bajito y cuando veo que él no puede evitar acompañarme, de forma más profunda, hasta que acabamos los dos riendo a carcajadas. Dios, cuánto lo echaba de menos.

—Es mi ropa de limpiar, llevo toda la mañana marujeando en casa, me he prometido a mí misma quemarla cuando acabe el día.

—Qué alivio, pensé que ahora eras vidente o algo así, aunque conociéndote tampoco me sorprendería.

Señala mi turbante y nos reímos de nuevo. Cuando Mario vuelve a ponerse serio me doy cuenta de que este momento de complicidad me ha servido para disipar mis nervios y me siento relajada e incluso podría decir que preparada para tener esta conversación. Qué ingenua...

—Quería pedirte perdón por haberte presionado con mis celos, yo... no he sabido llevar muy bien el no estar juntos, pero es que cada vez que hablábamos sentía que todo era como antes y yo... joder, me siento un imbécil.

—Lo entiendo—alza las cejas sorprendido y antes de que prosiga decido ser valiente por una vez e ir directa al grano—. Antes no lo comprendía, pero me he dado cuenta de una cosa, Mario. Esto es todo o nada, por mucho que me duela. Al menos en el punto en el que estamos.

Él me mira con una intensidad que incluso me intimida y tengo que tragar el nudo de emociones que se ha formado en mi garganta.

—Explicate.

—Antes de cruzar el límite podíamos haber seguido siendo amigos, a pesar de la atracción y todo lo demás, pero una vez que decidimos pasar ese punto ya no hay vuelta atrás. No podemos retomar lo que tuvimos al conocernos porque no somos los mismos, yo no soy la misma, ¿lo entiendes?

Mario me mira pensativo con los labios apretados formando una fina línea y percibo un atisbo de duda, pero también de esperanza, en sus ojos.

—Creo que sí. Lo que quieres decir es que solo hay dos opciones, o volvemos juntos o se acabó. Del todo.

Oír esas palabras de sus labios duele aún más que escucharlas en mi cabeza, me tiemblan las manos, pero las meto en los bolsillos de la bata porque no quiero que él perciba mi debilidad más de lo que ya es evidente.

—Había una tercera opción, intentar ser solo amigos de nuevo, pero no ha servido para nosotros. Lo intentamos, pero mira lo que hemos conseguido, estropearlo más si cabe.

—Lo sé.

Volvemos a sumirnos en el silencio durante unos minutos. Ninguno dice nada, Mario se mira las manos pensativo y yo dejo mi mirada perdida en la ventana.

De repente él rompe la calma con una pregunta dura, directa, que empieza a resquebrajarme por dentro. No me mira, sigue con los ojos puestos en el movimiento de sus dedos mientras abre y cierra los puños con fuerza. Tensa la mandíbula hasta tal punto que es posible que se esté haciendo daño y me lanza la pregunta como un cuchillo, casi parece que escupe las palabras con rabia.

—¿Por qué me dijiste que ya no me querías?

—Mario, yo...

—Contesta. Si es cierto dímelo a la cara y me iré, si no, explícame por qué motivo lo hiciste.

Debería mentirle y acabar con todo esto de una vez, al menos eso sería lo más fácil, pero no puedo. Se merece la sinceridad que yo siempre le exigí, se merece saber que pase lo que pase lo quiero.

—Te mentí.

Suelta el aire contenido y vuelve a cerrar los puños con fuerza, parece que se hubiera quitado una carga terrible de los hombros. Noto cómo parte de esa tensión va desapareciendo de su cuerpo y pasa al mío, sintiéndome más culpable que nunca por haberle hecho daño de esa forma con mi mentira, además de un modo intencionado.

—¿Por qué?

—Mario, yo... lo siento. Sé que soy una hipócrita por haberte juzgado tan duramente para luego actuar igual, o incluso peor, pero pensé que si te lo creías continuarías de una vez con tu vida y al final se te olvidaría lo nuestro y poco a poco seríamos los de antes. Lo siento, no pensé... lo siento, me equivoqué.

—Te equivocaste.

—Estás en tu derecho de enfadarte y odiarme.

—Te perdono, Oli, y nunca podría odiarte, aunque hacerlo sería mucho más fácil.

La facilidad de Mario para perdonarme junto a la sinceridad que transmiten sus ojos me rompe un poco más por dentro. Me perdona, así, sin más y es de verdad. Me siento una mierda, porque una parte de mí sabe que también lo dije por un motivo más oscuro, por el simple placer de hacerle daño. Estaba aún tan enfadada y tan dolida que quería que sintiera lo que yo sentí, sin pararme a pensar ni por un instante que seguramente él ya sufrió suficiente. Lo dejé, lo ignoré, hui sin darle siquiera la posibilidad de explicarse, volví cuando yo lo consideré oportuno sin pensar si él estaría preparado en ese momento, le exigí que volviese a comportarse como un amigo pasando por alto lo que pudiera sentir por mí, hice lo que quise guiándome por mi instinto y él lo respetó todo, asumió que yo estaba al mando sin cuestionar nada, como si tuviera que cumplir con su castigo por haberme traicionado. Y ahora está aquí, sentado en mi cama, solo porque tenía que hablar conmigo.

Y yo no puedo dejar de pensar que me acosté con Alberto, que hice lo único que él me pidió que no hiciera en todo este tiempo, aunque no tuviese motivos para

exigirlo, pero yo también actué de modo irracional y él lo aceptó.

Me voy resbalando por la pared hasta que mi culo toca el suelo. Yo sabía que Mario me quería, pero acabo de descubrir de qué modo. Como una revelación pasan a toda velocidad por mi mente recuerdos, detalles, palabras, miradas, caricias, actos. Todo lo que Mario me ha dado desde que lo conocí. Todo lo bueno, todo lo que realmente importaba y que yo lo cubrí con mis miedos y con el rencor. No he sabido perdonarlo, no he sabido ver lo que he tenido al alcance de mi mano todo este tiempo y ahora él está agotado y yo estoy a punto de perderlo.

Noto el sabor salado de las lágrimas que han empezado a cubrir mi rostro, sollozo en silencio y cuando él me ve y va a acercarse levanto las manos y niego con la cabeza. No puedo permitir que me toque ahora o me derrumbaré del todo. Necesito acabar esta conversación cuanto antes y que se vaya, porque sé que cuando lo cuento lo de Alberto se irá y esta vez la culpa será solamente mía.

—Gracias por perdonarme, no me lo merezco. Yo lo intenté, pero no supe hacerlo. Tenías razón, soy una cría y no sabía lo que quería y... ahora es tarde.

—No, nena, estaba fuera de mí, eso lo dije sin pensar.

—Eso no significa que no sea verdad. Lo he estropeado todo.

Mario no dice nada, porque si niega mis palabras estaría mintiendo. Yo sola he acabado con lo nuestro y me muerdo el labio con saña al pensar en todo lo que he hecho durante estos meses. Lo hice, me acosté con Alberto buscando la excusa perfecta para que Mario me dijera adiós de una vez por todas, pensando que era lo mejor y lo que se supone que yo quería. Hui de él ante el primer problema que se presentó, sigo pensando que tuve motivos para estar tan dolida, pero aun así me comporté como una niña caprichosa e hice y deshice a mi antojo sin ponerme en su lugar ni un segundo. Al principio negué mis sentimientos durante meses como si por ignorarlos fueran a desaparecer y él siempre estuvo ahí, esperando, aguardando a que yo despertara, con una paciencia infinita. Siempre por mi culpa.

Nos mantenemos de nuevo callados hasta que estoy más calmada y entonces Mario me invita a sentarme a su lado dando un par de golpes en el colchón. Respiro hondo y me seco la cara antes de colocarme con las piernas cruzadas junto a él. Sujeta una de mis manos entre las suyas y la besa con delicadeza. Solo con notar sus labios en mi piel me recorre un temblor, que él también nota, pero que ambos ignoramos.

—Oli, yo... cuando te conocí lo supe, ¿sabes? Eras tan distinta a todas las chicas del bar, bueno a cualquier chica que había conocido en mi vida, que pensé "*esta está hecha para mí*". Antes de que nos presentaran ya te había estado mirando bailar con tus amigas, tan guapa, tan libre, sin importarte un comino lo que pasara a tu alrededor. Hubo un momento en que echaste la cabeza hacia atrás estallando a reír y pensé que eras la chica más bonita que había visto nunca.

Lo miro sin pestañear y puede que incluso sin respirar. Aún no tengo claro qué es esto, si una declaración o una despedida, lo único que sé es que sea lo que sea voy a disfrutarlo, porque momentos tan sentidos como este solamente ocurren una vez en la vida.

—Cuando nos presentaron ni siquiera me miraste, pero decidí volver a intentarlo y entonces te pusiste a hablar de mis pestañas. Así, como el que habla del tiempo. Pensé "*vaya, o es tonta de remate o es una lunática*" y cruce los dedos en mi cabeza para que fuera lo segundo. Esa noche hice todo lo posible por gustarte y estar a tu altura, pero tú no hacías más que recordarme que era una aventura de una noche y todo ese rollo.

Chasqueo la lengua con fuerza y me grito imbécil en mi cabeza como cien veces, porque ahora ya lo reconozco, fui rematadamente imbécil.

—Me volviste loco, cada aspecto que descubría en ti me gustaba y por eso insistí tanto en seguir siendo amigos. Nunca esperé ser solo tu amigo, Oli, en ese aspecto te engañé desde el principio, aunque me conformé con ello porque era lo único que tú me ofreciste. No quiero que pienses que mi único objetivo era estar contigo, porque no es así. Yo te deseaba, mucho, pero acepté lo que tú querías, porque ser tu amigo también merecía la pena, pero siempre tuve la esperanza de que al final vieras lo que yo veía entre nosotros.

Intento asimilar todas las palabras que salen de su boca, estoy sorprendida por conocer por primera vez nuestra historia sin ninguna censura desde su punto de vista, también conmovida por descubrir lo hermosa que soy a través de sus ojos y un poco cabreada por haber estado tan sumamente ciega, pero lo más sorprendente es que no me importa. No le doy valor a ese engaño, porque ahora lo veo, vale más todo lo que me dio día a día y lo que dice de él como persona el haberse tragado sus sentimientos a cambio de hacerme feliz con lo que podía. Porque eso es lo que hizo Mario, me hizo profundamente feliz.

—Te creo, demostraste ser mi amigo en muchas ocasiones; siempre te comportaste como un gran amigo.

Mario respira aliviado y continúa con su confesión. Yo no soy capaz de decir nada más, es demasiado, como siempre ha sido todo con Mario.

—El caso es que tenía que decírtelo, ya hemos cometido demasiados errores para seguir acumulando. Sé que actué mal aquella noche, hubiera sido incapaz de engañarte, pero estaba tan enfadado... he pensado mucho y creo que el problema es que no estamos hechos para una relación a distancia. Ambos somos celosos, bueno yo nunca lo he sido, pero parece que contigo lo distorsiono todo—Mario frunce el ceño y curvo la comisura de los labios en un amago de sonrisa—, somos impulsivos y muy pasionales y estando lejos... ojalá me equivocara, pero volveríamos a estropearlo. Además, si te soy sincero del todo, creo que tú tienes demasiados miedos, Oli. Necesitas superarlos y confiar de nuevo. Siempre confiaste en mí, pero no en nuestra relación.

Asiento y Mario vuelve a besar mi mano con ternura. Sin darnos cuenta nuestros cuerpos se han ido acercando como si estuviesen imantados y ahora mis piernas están casi montadas sobre las suyas. Él me acaricia la rodilla y me recreo en su tacto, deseando memorizar lo que me hace sentir solo con ese ligero roce, porque ahora sí que lo sé, esto es una despedida y duele tanto...

—Tienes razón, en todo. Yo... siempre quise enamorarme, pero cuando te conocí tuve tanto miedo de que me hicieras daño que sin darme cuenta he acabado haciéndomelo yo misma. A los dos.

—Desde el principio dabas un paso adelante y dos atrás—Mario me acaricia los nudillos con delicadeza mientras habla sin desviar sus ojos de los míos ni un instante—y... aunque lo intentáramos arreglar yo... no sé si podría, tendría que tener la seguridad de que no vas a seguir haciéndolo, estoy agotado, Oli, no sé si tengo fuerzas para seguir tirando de ti, además...

—Aunque quisiéramos continuar no podría ser a distancia, eso lo tienes tan claro como yo, así que lo demás no importa demasiado.

—Supongo que no.

Mario me acaricia la mejilla y acerca su boca a la mía muy despacio hasta que mis labios cubren los suyos y nos besamos dulcemente, sin prisas, de forma lánguida, un beso tan íntimo que es doloroso y me aferro a él hasta que se separa dejándome vacía. No sé por qué, pero cuando Mario se aleja sé que ese beso es el último.

Es mi momento, es ahora o nunca, tengo que ser sincera con él y no puedo esperar más o será más difícil, si es que eso es posible. Me aclaro la garganta y esta vez soy yo la que agarro su mano con firmeza, no para darle apoyo a él, sino para darle fuerzas a mí.

—Yo también tengo algo que decirte Mario. Antes de nada tengo que darte las gracias por todo, por ser sincero conmigo y por haberme querido pese a todas las decisiones equivocadas que tomé. Yo... tenía mucho rencor acumulado y no lo sabía, he aprendido que el amor saca una parte espantosa de mí que tengo que aprender a

controlar y tienes razón, desde que te conocí vivía aterrada.

Le doy un beso en la mano, igual que él hizo conmigo y antes de poder abrir la boca se me vuelve a nublar la vista y me echo a llorar. Él me aprieta la mano intentando mostrar su apoyo para que continúe y recoge mis lágrimas con sus dedos, lo que hace que me sienta aún peor.

—Mario yo... el otro día me enfadé mucho, estaba muy cabreada, nos dijimos cosas horribles y después de beber unas copas... me sentía sola y... pensé que era lo mejor...

—Te acostaste con Alberto.

Mario me corta de forma tajante y lo miro boquiabierto. Mi silencio responde por mí. Tira de su mano hacia él para que la suelte y yo abro los dedos dejándole escapar de mi agarre y de mi vida. No dice nada; noto que tensa la mandíbula unos segundos y después se pasa la mano por su pelo revuelto y resopla mirando por la ventana. Sigue a mi lado, pero ya se ha ido, ya está lejos.

Ya ha ocurrido, ya he perdido a Mario.

Gira la cabeza y me dedica una media sonrisa triste. Sus ojos, siempre tan expresivos, están apagados y nublan de nuevo los míos. De un salto se levanta y se pone la cazadora. Me levanto tras él sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Salimos de mi habitación y ninguno abre la boca hasta que llegamos a la puerta de la calle. Mario se para frente a mí y duda antes de posar sus labios en el comienzo de mi pelo y besarme primero ahí y después en la comisura de los labios. Son besos tristes, breves, pero sentidos y saben a despedida. Abre la puerta y sale sin decir una palabra, pero antes de que desaparezca de mi vista por las escaleras no puedo contenerme por más tiempo y grito sin importarme quién pueda oírme. Solo necesito que lo sepa, necesito que se marche con esa certeza rebotándole en la cabeza.

—Mario, te quiero.

Él frena en seco y cuando me mira me dedica una esas sonrisas macarras que hacen que mi mundo tiemble.

—Yo también te quiero, nena.

Vuelvo a sentir un vuelco en el corazón y nos sonreímos como si no hubiera pasado nada y viajáramos en el tiempo hasta el primer día que nos miramos así, con deseo, con diversión, con esperanza, con amor.

Mario desaparece por las escaleras y yo me quedo allí plantada hasta que el sonido de sus pasos desaparece también.

Un final anunciado y un principio impensado.

En cuanto cierro la puerta la cabeza de Maite aparece por el hueco de su dormitorio. Solo con mirarme y ver mis ojos hinchados y mi piel enrojecida sabe lo que ha ocurrido. Me atrapa en un abrazo tan fuerte que casi no puedo respirar. No me pregunta, no hablamos, no hace falta.

Me doy una ducha y cuando salgo ella me ha preparado un chocolate caliente que acompañamos con mis galletas. A pesar de que todo ha terminado siento una serenidad extraña. Ha sido duro, pero necesario y que el adiós haya sido bonito de algún modo hace que sea un dolor más dulce.

Durante la hora siguiente Maite me entretiene desfilando con los posibles modelitos para su rencuentro de esta noche con Darío. Yo le doy consejos absurdos como si fuera un estilista hortera de esos que salen por la tele mientras engullo medio kilo de galletas, ya me pondré las pilas con el gimnasio esta semana, hoy me lo he ganado. Media hora después aparece Sonia gritando mi nombre por el pasillo y jadeando como si viniera corriendo desde el trabajo.

—Oli, ¿¿dónde demonios tienes el móvil?? Te he llamado como mil veces...

—Lo silencié, ¿qué te pasa?

Escruta mi rostro en busca de alguna señal que le diga que estoy bien y después mira a Maite que asiente con la cabeza confirmando lo que parece. Mario ya ha estado aquí.

—¿Habéis hablado? ¿Cómo te encuentras? Intenté avisarte de que iba a venir. Raúl me llamó al trabajo para decírmelo, pero estaba ocupada y hasta que no salí no pude devolverle la llamada. Por eso no he podido avisarte antes.

Sonia se sienta a mi lado en el sofá y apoya su cabeza en mi hombro mientras recupera el aire.

—No te preocupes, no pasa nada. Estoy bien, pero se acabó. Ya lo sabías, ¿verdad?

—Raúl me lo dijo. Es un idiota.

—¿Raúl? No te enfades con él, cielo.

—Raúl no, Mario. Te quiere y te deja escapar.

—Los dos nos hemos dejado escapar, no olvides que fui yo la que insistí en dejarlo.

—Chorradas, el que te conozca un poco sabe que eso solo significa que querías todo lo contrario.

Abro la boca para replicarla, pero no sé ni qué decir. Maite se ríe como una loca y mueve la cabeza apoyando la afirmación de Sonia. ¿En qué quedamos? Según Mario soy impredecible, pero según mis amigas parece ser que no tanto. Decido ignorar este último comentario porque ya da lo mismo.

—También me acosté con Alberto. Era consciente de que eso le sentaría igual que meterle un melón por el culo y no lo culpo. Fue lo único que me pidió en todo este tiempo y ni eso le respeté, entiendo que se haya cansado de mí. Me merezco lo que ha pasado, en realidad yo solita me lo he buscado.

—Vaya. Parece que ya ha ocurrido.

Comparten una mirada cómplice, como si ambas supieran algo que yo desconozco.

—Sonia, ¿qué quieres decir con eso? No estoy para acertijos.

—Por fin has abierto los ojos, Oli, ahora que te has salido con la tuya y lo has echado de tu vida te das cuenta de que en realidad os queráis y que eso es lo que verdaderamente importa.

Y es verdad. He sido una estúpida, me he cargado lo mejor que me había pasado en la vida sin necesitar la ayuda de nadie.

—Da igual, porque en el hipotético caso de que él me perdonara y quisiéramos volver a intentarlo, los dos estamos de acuerdo en que no queremos que sea a distancia, no servimos para ese tipo de relación y eso sí que no tiene solución.

Sonia se incorpora y coge una galleta de pasas y nueces, sus favoritas. Por cómo me mira sé que está dando vueltas a algo en su cabecita y que está eligiendo la mejor forma de decirlo.

—Oli, pero tú quieres a Mario.

—Sí, claro que lo quiero, pero según están las cosas no puede ser y punto.

No tengo ni idea de por dónde van sus pensamientos, pero cuando Maite lanza un grito aterrador y le tira un vestido que se iba a probar a la cabeza, intuyo que ella sí y que no le agrada en absoluto.

—¡¡¡No te atrevas a plantear esa posibilidad, rubia!!! Espero que estés de coña o te las verás conmigo en tu boda, ¡avisada estás! Le meteré las bragas a tu suegro en el bolsillo o sabotearé el ponche o lo que sea que se beba en esas mierdas.

Sonia pone los ojos en blanco y pasa de ella, no sin antes lanzarle una mirada de advertencia tan letal que consigue que Maite se siente sin rechistar y se meta una galleta en la boca y que a mí se me encrespe el pelo; y es que si algo hemos aprendido en estos días es que cuidadito con bromear sobre la boda, se transforma en algo así como el engendro resultante entre la bruja blanca de *Narnia* y el increíble *Hulk*.

—Solo digo que si nunca hablasteis de la posibilidad de vivir juntos, bueno, o al menos en la misma ciudad.

Me quedo pálida y escupo un trozo de galleta antes de que sea tarde y muera por atragantamiento.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me mude con él a Barcelona? ¿O que él deje su curro y se venga aquí? Estás de coña, ¿no?

—No. No me malinterpretes, no te estoy diciendo que hagas una locura de las tuyas, cojas tu mochila y te plantes allí. No es eso.

—¿Entonces qué es?

Maite se muerde las uñas histérica ante la posibilidad que plantea Sonia, me mira inquieta y con los ojos muy abiertos, como si fuera a abandonarla para siempre e irme a vivir a Tanzania. Puedo leer en su frente el famoso eslogan "*ella nunca lo haría*" a todo color y con letras luminosas, muy al estilo Maite.

—Oli, ¿me estás diciendo que nunca hablasteis del futuro? Si hubiera funcionado tendríais que haber tomado alguna decisión en algún momento.

—Supongo, pero... por lo menos yo evité pensar en ello y no duramos tanto como para plantear nada, joder si ni siquiera se puede llamar relación, poco más de un mes y nos vimos dos veces. No sé cómo hemos montado todo este drama.

Lo sé, es patético. ¿Cómo algo tan breve puede marcar tanto a alguien?

—Pensé que después de llevar con Raúl ocho meses y casarme el año que viene ya no teníamos tan en cuenta la tontería del tiempo; además lo tuyo con Mario empezó cuando os conocisteis, aunque tardarais en aceptarlo. Deja de engañarte de una vez, no es una aventura sin más, lo vuestro es una historia con todas las letras.

Aquí es cuando me pongo castiza. Por ahí no paso.

—¿Así que cuando se folló a la camarera aquel día estaba conmigo?—las miro con una ceja arqueada y con mi sonrisa de “¿qué me dices a eso?” que pocas veces puedo usar con Sonia.

—De algún modo sí, pero cuando te acostaste tú con Alberto también. Hasta esta tarde creo que no habíais marcado el final.

Joder, lo peor de todo es que tiene razón. ¿Por qué la gente que te rodea siempre lo ve todo tan claro y no te dice nada hasta que ya no tiene remedio? Quizá porque si me lo hubieran dicho antes las hubiese mandado a paseo y hubiera actuado del mismo modo. Sí, posiblemente. De hecho intentaron abrirme los ojos unas cuantas veces, pero ya se sabe, no hay más ciego que el que no quiere ver.

La miro enfurruñada dejándole claro que empiezo a cansarme y que aquí se acaba la conversación. No tiene sentido seguir torturándome dando vueltas a algo que, gracias a mi capacidad natural para cometer estupideces constantemente, ya no tiene remedio.

—Vale, como siempre llevas razón, pero aun así yo no estoy preparada para alejarme de mi familia, ni de vosotras—ahora es cuando Maite se relaja visiblemente y cambia la expresión por otra de satisfacción absoluta—y él nunca lo planteó como una opción, así que qué más da. Se ha acabado, ¿no? Pues ya está.

—Supongo que es cierto que ahora eso ya no importa...

—¿Pero...?

—...pero tengo que darte un consejo porque te quiero.

—¿Me va a doler?

No sé ni para qué pregunto, por supuesto que me va a doler, pero también sé que Sonia no da consejos a la ligera, así que seguramente sea algo que necesito oír.

—Puede, la verdad siempre duele.

—Adelante.

—No abandones. Oli, en el mundo hay personas que en toda su vida no encuentran lo que tuvisteis Mario y tú, vuestra historia ha sido demasiado bonita, intensa y real como para olvidarla así como así. Incluso te envidio un poco, ¿sabes?

—¿Por qué motivo ibas a envidiarme tú? ¿A mí? Me estás vacilando, ¿no?

—No me malinterpretes, adoro a Raúl y es lo que siempre he querido en mi vida, pero lo vuestro ha sido...una de esas historias de novela romántica con las que cualquier chica soñaría, de esas de emociones desmedidas, de las que se agarran a las tripas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero son más bonitas sobre el papel o cuando acaban bien, créeme.

—Solo te digo que lo tengas en cuenta.

—Lo sé, pero en este punto estamos muy dolidos, decepcionados y cansados. La relación está dañada, nosotros lo estamos. Lo que dijo Mario tenía sentido, tengo que aprender a confiar, dejar de tener miedo y crecer.

En este instante lo nuestro está tan viciado que únicamente conseguiríamos estropearlo más. Necesitamos tiempo y distancia para volver a ser nosotros mismos y no Mario y Oli, porque sin darme cuenta, desde que nos conocimos pasó a formar una parte tan esencial de mí misma que me olvidé de ser simplemente yo. Todo lo mido a partir de él, es el eje que divide mi vida en “antes y después de Mario” y eso es un error, porque lo único que he conseguido es mermarme, restarme o apagarme, como dijo Alberto. Secarme.

Ahora lo entiendo. Y no es culpa de Mario, es culpa mía por no haber sido capaz de gestionarlo. Además, necesito volver a enterrar a esa parte de mí tan egoísta y orgullosa que he descubierto con él y que no me gusta en absoluto. No quiero que empiece a tener poder en mi vida. No quiero volver a actuar de ese modo nunca más o al menos con quien no lo merece.

—No quiero decir que insistas en retomar lo vuestro, porque si lo intentarais estaría sujeto por alfileres. Tienes que seguir con tu vida, reponerte, sacar lo positivo de todo esto y aprender de lo negativo. Vuelve a ser la que eras y conoce a algún chico si te apetece, pero hay una cosa que cuando lo hagas tienes que tener presente.

—¿El qué?

—Nunca olvides cómo te hacía sentir Mario.

Trago saliva y guardo el consejo de Sonia a buen recaudo, porque aunque ahora no estoy lo suficientemente serena para analizar la profundidad de sus palabras, sé que más adelante me será de gran ayuda.

—Gracias por todo, ahora necesito pasar página. Además, si tú te vas a convertir en la perfecta esposa necesito todas mis fuerzas para cuidar de Maite a jornada completa.

Nos reímos las tres y Maite me planta un besazo en los morros ante la cara desencajada de Sonia, a la que siempre le han horrorizado este tipo de muestras de afecto, según ella, tan fuera de lugar.

—Ya decía yo que mi Aceituna no me abandonaría, ¡¡¡si es que te como!!!

Despedimos a Maite, que ha optado por un conjunto informal, pero con un escote suficiente como para usarlo como arma arrojadiza si la cosa no va bien y le damos besitos de apoyo, porque aunque vaya de dura está de los nervios.

Raúl no viene a cenar como estaba previsto; es obvio que hoy Mario pasará la noche en su casa, pero ni Sonia me lo dice ni yo se lo pregunto.

Antes de las once ya estoy babeando sobre el sofá, me levanto como un zombi y después de dar las buenas noches a Sonia me meto en la cama. Mañana será otro día.

Reflexiono, por primera vez en soledad, sobre todo lo que ha ocurrido hoy. El encuentro con Mario, las confesiones, el beso, la despedida. Las palabras de mis amigas, los planteamientos de Sonia. Su consejo.

Lo acepto, he perdido a Mario y mis chicas tenían razón, como siempre. He necesitado verlo marchar para darme cuenta de qué era lo que verdaderamente deseaba

en mi vida. Sin duda el dicho es totalmente cierto, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Lo que no logro entender es por qué ahora lo veo todo tan claro. No comprendo por qué no me dejé llevar y disfrutar de lo que había encontrado. Estaba aterrorizada, ¿tan poca seguridad en mí misma tengo que acabé dejando que lo nuestro se estropeará antes de que hubiese una posibilidad de que fuese él el que me dejara? ¿Es eso? ¿En realidad el problema no es que no confiara en él, si no que no confío en mí? ¿O es que simplemente soy una niña y si no salen las cosas como deseo me da una patalé? ¿Se reduce toda esta historia a una rabieta infantil e irracional? ¿O es que soy demasiado exigente y me niego a conformarme con menos de lo que busco en un hombre por miedo a volver a caer en lo que pasé con Alberto?

Me reprendo duramente, porque esto último no puede ser, al menos en parte. Aunque Mario también cometió errores, en lo que a él se refiere nunca será conformarse con menos, porque si algo es Mario es demasiadas cosas, él siempre es en exceso y ahora que me paro a pensar en ello puede que quizá eso también supuso un problema. Me dio tanto que no supe gestionarlo y me sentí desbordada, hasta que, gota a gota, rompimos el vaso.

Conduzco con la ventanilla bajada disfrutando del aire primaveral que golpea mi cara. Todo es de un verde muy intenso y el sol brilla en lo alto. No sé adónde vamos, pero no me importa. Mario tararea *Please please please let me get what I want* de The Smiths y yo me río de él porque canta fatal, pero en vez de avergonzarse y callarse canta más fuerte. Va con unos vaqueros viejos y sin camiseta, tan perfecto que me duele hasta mirarlo. La brisa le revuelve el pelo, ya despeinado de por sí, como a mí me gusta y entrecierra los ojos cegado por el sol, formándosele unas arrugas a los lados que le suman atractivo. Es delicioso.

Yo llevo mi vestido rojo de seda que sé que le encanta. Mario apoya su mano en mi pierna acariciándola con una suavidad enfermiza y va subiendo el vestido lentamente hasta dejar mi muslo al aire. Gimo por la anticipación que me produce ese simple roce y él se ríe, con esa risa ronca y sexi que me derrite como el chocolate caliente. Suspiro feliz, porque esto es todo lo que necesito.

De repente aparta la mano de mi pierna y empieza a pellizcarme el brazo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo?

Se ríe divertido y sigue con su ataque, pellizcándome cada vez más fuerte hasta que el dolor me hace abrir los ojos y me incorporo sobresaltada. Estoy en mi cama y Maite me mira con una sonrisa radiante tumbada a mi lado.

—¿Te he despertado? Lo siento... ¿qué estabas soñando? Parecías encantada.

—Y así era, mmm, espero poder volver dentro de un rato. Mierda.

Qué mal disimula la tía. Seguramente lleva pellizcándome un buen rato, de hecho me escuece bastante el brazo, pero supongo que necesitaba contarme lo que sea que ha pasado con su muchachito, lo que significa que es más importante de lo que ella imaginaba. Está claro que somos especialistas en el autoengaño.

Le hago un gesto para que se meta dentro de las sábanas y ella en un segundo se despelota y nos tapamos hasta la barbilla igual que cuando éramos pequeñas y dormíamos juntas.

—¿Era un sueño erótico?

—No exactamente, aunque supongo que podría haber terminado así si no llega a ser por ti.

—¿Era con Mario? ¿Con otro? ¿Con Mario y con otro? ¿¿Conmigo?? ¿¿¿Con los tres???

No sé por qué Maite cree que montármelo con ella se encuentra en el *top ten* de mis fantasías eróticas. Creo que no le he dado motivos, vale, hubo una vez que nos pusimos más tontas de lo habitual, pero es que el orujo tiene un extraño efecto en mí, pero prefiero no profundizar en ese tema.

Paso de contestarla, más que nada porque Sonia siempre dice que si cuentas los sueños no se cumplen y este en concreto era tan placentero...

—Déjate de tonterías, venga desembucha. ¿Cómo ha ido?

Su rostro refleja indiferencia (en realidad lo intenta, porque le sale francamente mal), como si no le importara nada lo que sea que se trae entre manos con Darío, a pesar de que ya nos confesó el otro día más que suficiente para atar cabos, pero en fin, somos así de pánfilas.

—Bien, le pedí disculpas que él aceptó, como no podía ser de otra manera, si no le pongo los huevos de corbata.

—¿Y?

—Nada, después echamos un polvo increíble.

—Maite, cielo, son las tres de la mañana y ya sabes que recién despierta mi estado se asemeja más al catatónico que a cualquier otro. ¿Me vas a hacer sacarte la información con sacacorchos?

Ella suspira y después de cambiar de postura tres veces por fin se lanza con su verborrea habitual.

—Me dijo que no pensaba retirar el *te quiero*. Me saca de quicio, volvió a decírmelo, bueno más bien lo gritó mientras sus compañeros de piso se descojonaban al otro lado de la pared.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que lo repitiera las veces que quisiera, que yo no pensaba decírselo en la vida y claro, la carcajada de esos imberbes fue bestial—me muerdo el labio para no reírme, mi Maite es genial—. Después dijo algo muy bonito, dijo que esperaría lo que hiciera falta y haría lo necesario para merecerse escuchar esas palabras de mis labios.

Joder. Eso se merece una oportunidad sin duda, aunque conociendo a Maite lo más seguro es que se haya ganado una patada en sus partes. O una corbata nueva hecha con las mismas, como expresó anteriormente.

—Vaya, ¿qué respondiste a eso? Dime que no lo estropeaste de nuevo.

—Me lancé a su cuello, literalmente. Me quedé sin palabras y solo podía pensar en tumbarlo y arrancarle la ropa, así que lo hice.

Sonríe y me siento más orgullosa de ella que nunca, porque aunque Maite no sea muy consciente está abriéndose poco a poco y por fin ha encontrado al compañero perfecto para intentar disfrutar de aquello que le arrebataron hace tanto tiempo, las ganas de amar. Qué fácil resulta dar consejos a los demás en vez de aplicarlos a uno mismo, ¿verdad?

—Y entonces, ¿qué va a pasar ahora, Maite? Espero que hayas aprendido algo de mi historia, dime que lo vas a intentar por una vez en tu vida.

—Le he prometido exclusividad y un poco más de tacto por mi parte y a ver qué pasa. Es increíble que yo parezca el tío promiscuo y con miedo al compromiso y él la niña enamorada, ¡qué vergüenza, Aceituna!

Me río y ella se contagia enseguida. Tiene miedo, pero también está ilusionada y daría cualquier cosa para que todo saliera bien.

—Él se ha enamorado de esa Maite.

—¿De mi parte cavernícola, quieres decir?—y me toca una teta mientras lo dice, lo que hace que suelte tal carcajada que tiene que taparme la boca con la mano para silenciarme y no despertar a Sonia.

—Oli, ¿tú crees que podría ser amor?

—Mi madre siempre dice que cuando es amor lo sabes.

—Eso es lo que me da miedo, que lo sé.

Su confesión me conmueve y le agarro la mano con fuerza por debajo de las sábanas. Está asustada y nerviosa, pero también sé que al menos en este instante es feliz y eso es lo que importa.

—¿Te has dado cuenta de que se podría decir que tienes novio? ¿Una relación? ¿Pareja estable?

Maite se queda callada. Mi intención era picarla un rato con el asunto, pero creo que he metido la pata y que hasta este momento ni siquiera ella era consciente de lo que suponía. Oigo que empieza a boquear como un pececillo lanzado a la arena, espero que no le esté dando un ataque de pánico, porque con mi amago de esta tarde ya he tenido suficiente.

—¿¿Maite?? ¿Estás bien? Respira mujer, solo... bromeaba.

No sé dónde espero que vea la broma, porque lo que he expuesto no es más que la verdad, pero me niego a ser la causante de la ruptura y que se conviertan por mi culpa en la pareja más breve de la historia.

—Oli, tengo novio.

—Mmmm.

—Novio.

—Ajá.

— Pareja, chorbo, un cuqui.

—Exacto.

Tras unos segundos de inquietante silencio llega la frase que supone el fin de la humanidad tal y como la conocemos, o al menos yo. A partir de este instante ya me pueden decir que las ratas vuelan, que James Dean me espera vivo en una isla tailandesa para procrear conmigo hasta la muerte o que se ha descubierto la dieta del chocolate, que me lo creeré.

—¿Tú sabes lo contenta que se va a poner mi madre?

Espera que enciendo la luz no sea que te hayan abducido y esté tumbada junto a un cuerpo verde con tentáculos y un solo ojo. ¿¿¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Maite??? Os lo dije. El Apocalipsis.

—¿En serio acabas de decir eso?

...

—¿¿¿Maite???

...

—¡Venga ya!

Maite ha caído profundamente dormida tras esa escalofriante revelación, no sé si como consecuencia de un exceso emocional o para evitar pensar en todo lo que para ella conlleva la decisión que ha tomado. Yo, que siempre he sido mucho más moñas, prefiero pensar que tanta felicidad es agotadora.

Demasiado.

Maite me da un beso en la frente y un pellizco en el culo antes de levantarse para ir a trabajar y yo doy vueltas otro par de horas en la cama, pero no consigo volver a dormirme. Rememoro una y otra vez la conversación de ayer, sus confesiones, su forma de perdonarme sin más, mis lágrimas, nuestro último beso, nuestra despedida. *Yo también te quiero, nena.* Su sonrisa. No me puedo creer que de verdad se haya acabado.

Me pongo ropa deportiva, cojo el *iPod* y salgo a correr al ritmo de *Demons* de Imagine Dragons, pero automáticamente pienso en mis propios demonios. A él también le gustaban, así que busco algo totalmente opuesto que no me traiga recuerdos y que me ayude a desconectar. Estopa puede valer, ¿esos no son catalanes? Mierda. Acabo con Lady Gaga a toda pastilla; solo me evoca la imagen de Maite en ropa interior imitándola en un karaoke el verano pasado, así que sin duda es la elegida.

Me he levantado con una clara intención. Hoy es para mí como el día uno de enero para el resto de los mortales. Año nuevo vida nueva, pues lo mismo. Ayer cerré un ciclo y es el momento de empezar uno nuevo.

Echo la vista atrás, apenas hace nueve meses y me veo llorando por Alberto, el infiel follador del gimnasio (porque no es coña, aunque él no volvió a pisar por allí se quedó con ese nombre y por asociación yo soy la ex del infiel follador del gimnasio... sin comentarios). Recuerdo todo aquello como si hubiera pasado hace años y que la Oli que lo vivió ya no está. Sigo siendo la misma en muchos aspectos, pero en apenas unos meses he amado con locura, me he arriesgado, me he equivocado, he huido, he hecho daño, me he conocido, he crecido y he perdido. Ahora es la ocasión perfecta para coger las riendas de mi vida y aprender de los errores.

Empieza a llover y agradezco el frescor de las gotas de lluvia en mi cara. Aumento el ritmo mientras me imagino el futuro que comienza sin él.

Mario seguirá con su vida y sé que al principio pensará en mí, pero un día, quizá a la salida del trabajo o en uno de sus paseos con Pol, conocerá a una chica bonita, ella lo invitará a salir y él aceptará y conseguirá que yo me convierta solamente en una sombra, en un recuerdo tierno que acabará siendo una anécdota que contar cuando hable con sus amigos sobre lo complicado de las relaciones a distancia. O sobre las relaciones de mierda. O sobre los celos. O de chicas excéntricas sin filtro mental. Dios... cuántos errores.

—¿Te acuerdas de aquella chica de Madrid? La que bailaba en las barras, ¿cómo se llamaba?—le preguntará uno de sus amigos, Gito o quizá Ismael.

—Mmm, creo que Olivia. No espera, Oliva como las aceitunas, sí, Oliva.

—¿Qué nombre es ese? Suena ridículo. ¿Saliste con una stripper? Qué vulgar, cariño—replicará su mujer, una belleza rubia de un metro ochenta con interminables piernas y una piel como la seda.

—No fue nada serio y no era stripper, solo que estaba un poco chalada...

Y aunque solo sea una situación hipotética creada por mi enferma imaginación, puedo sentir el dolor de sus palabras como si fuese real y sé que lo seguiré sintiendo incluso con el paso del tiempo y a kilómetros de distancia, porque aunque rehaga mi vida y posiblemente yo también conozca a alguien que merezca la pena y me haga feliz, una parte de mí ya es suya, para siempre y nunca lo olvidaré, porque Sonia tiene razón, nunca podré olvidar cómo me hacía sentir. Ese golpe en el pecho que me provocaba su risa, cuando me hablaba con los ojos, cuando me tocaban sus manos, cuando lo escuchaba embelesada por la pasión que ponía al hablar de su trabajo, con su forma de mirarme, con sus dulces palabras que rozaban mi corazón a través del teléfono, solo hay una persona en este mundo que pueda causarlo.

Y la vida seguirá para todos.

Sonia y Raúl serán muy felices, tendrán un niño y una niña de bucles rubios monísimos y exquisitos modales que me llamarán tía Oliva y que tocarán el piano y jugaran al tenis los martes.

Maite se casará por el rito zulú o borracha en Las Vegas con su muchachito y él la ayudará a superar su fobia a los animales, ya que será un veterinario de éxito y prestigio y ella lo intentará para no suponer un obstáculo en su carrera. Quizá me haga tía también, aunque sea de un ejemplar de cuatro patas.

Yo conoceré a un trapeceista de un circo mundialmente famoso, mandaré a tomar por culo a mi jefe y me iré con él de gira a recorrer mundo. Será perfecto y con él sí que haré el amor en cada país que visitemos. Gracias a mis conocimientos en idiomas les será útil para... no sé, para lo que sea que haga falta en una gira circense y como les pareceré a todos irresistiblemente atractiva saldré como ayudante en algún número de magia. A lo vedette, con un body de lentejuelas y plumas en la cabeza. Mi foto acabará en los carteles promocionales y un buen día, mientras Mario pasea con su mujer de piernas interminables y cutis perfecto por las calles de Barcelona, se encontrará con un cartel gigantesco con una foto mía de cuerpo entero, muy sexi por cierto.

Ella dirá:

—¿Has visto a la nueva estrella del circo ruso? Es guapísima, ¿no te parece?

Mario se quedará embobado mirando mi sonrisa descomunal (por el tamaño del cartel, que es gigantesco, recordemos) y asentirá con la cabeza, mientras ignora a su mujer que ha empezado a enumerar todas mis virtudes y su mente viajará hasta mí, a todo lo compartido, a todo lo vivido, a todo lo que pudo ser y que se quedó en el camino.

—Dicen que es madrileña, pero está casada con el trapeceista inglés ese tan guapo que es pariente de la familia real... (vale, aquí se me ha ido un poco de las manos, pero molaría, ¿que no?), pero que ese no es el color de sus ojos. Lleva lentillas se nota un montón, si te lo diré yo que me lo ha dicho la Yoli, porque resulta que tienen un conocido en Madrid en común. Menuda casualidad, ¿no te parece?

—No son lentillas.

Celia, que así es como he bautizado a su futura mujer, lo mirará enfurruñada y con cara de “¿qué sabrás tú?” y Mario, tan guapo como siempre, aunque con más barba y una leve insinuación de barriga cervecera, la retará con sus ojos color chocolate que tumbarían a cualquiera.

—¿Por qué piensas que no son lentillas? Mira, osito mío, tú no entiendes de estas cosas...

—La conozco.

Ante una Celia boquiabierta Mario rectifica.

—La conocí mejor dicho, hace años. No tiene importancia, pero son sus ojos, son verde oliva.

Y el eco de sus palabras llegará a mí como una brisa suave que me hará estremecer allá donde esté, porque a pesar del tiempo y la distancia, lo seguiré sintiendo, esa intensidad, ese sentimiento visceral que nos arrastró a los dos y que me hizo creer en el amor (sé que esto se merece una arcada, pero no he podido evitar dejarme llevar por la *Scarlett O'Hara* que habita en mí, incluso he alzado el puño para darle más dramatismo).

Dejando a un lado mi enferma imaginación y mi parte cursi con alma de escritora de novelas románticas, no sé qué pasará a partir de ahora, el mundo sigue girando y yo vuelvo a encaramarme a él, esta vez con paso firme y preparada para lo que me depare el futuro. Sé que con el tiempo conoceré a otro, quizá incluso me enamoré de él, pero en este instante, la mayor certeza que tengo, es que nunca será igual, nunca volveré a sentir ese desgarró por dentro, porque con Mario todo fue único y especial.

Con Mario siempre fue demasiado.

Sonia vuelve de la guardería al mediodía con un montón de cajas vacías para empezar a llevar sus cosas a casa de Raúl. Como es la propietaria no tiene problema para ausentarse esta semana del trabajo y dedicarla a empaquetar y a acomodarse en el que pronto se convertirá en su hogar. En cuanto veo las cajas me pongo a llorar como una estúpida, porque la voy a echar muchísimo de menos. Ya sé que no se va a vivir a Laponia ni nada por el estilo y que puede parecer una reacción exagerada, pero no puedo evitar pensar que primero pierdo a Mario y ahora es ella la que se marcha. Todo está cambiando a pasos agigantados y me siento perdida. Entiendo el miedo que sintió Maite ayer ante la posibilidad de que yo también me fuera, aunque esa es una suposición tan improbable como que mañana yo decida hacerme una permanente.

Consigo encerrarme en el cuarto de baño antes de que Sonia me vea, no quiero que se sienta culpable, encima por una reacción desmedida, ni que por mi culpa esta nueva etapa en su vida se vea ensombrecida.

Cierro los ojos bajo la ducha y dejo que el chorro me masajee los hombros mientras recuerdo aquel sábado de hace unos meses que lo cambió todo. Maite comenzó la noche diciendo que las cosas iban a cambiar, que lo había visto en los posos del café. El comienzo de una nueva era, dijo. Y nos reíamos de ella, pero qué razón tenía sin ni siquiera saberlo. No solo porque fue el día en que conocí a Mario y que mi vida dio un giro radical, sino porque también fue el día en que Raúl y Sonia se conocieron y ahora ella está a punto de tomar la decisión más importante de su vida y casarse con el que dice que es su otra mitad.

Maite no se queda atrás, después de una vida sentimental basada en relaciones esporádicas vacías está a un paso de acabar con eso para siempre y empezar a sentir de verdad y dejarse querer.

Me pongo un chándal viejo y salgo del cuarto de baño ya más calmada. Me siento en el suelo junto a Sonia, que está rodeada de un montón de papeles, fotos y recuerdos de todo tipo que observa de uno en uno con nostalgia. Ha vaciado su baúl antiguo en el que guarda cualquier cosa que para ella sea importante desde que era niña. Durante más de dos horas dedicamos cada minuto a un objeto, fotografía o papel que nos encontramos y que por un motivo o por otro son lo suficientemente especiales como para estar ahí.

Cartas de Pedro, su ex-novio, fotografías nuestras de cuando éramos pequeñas y no tan pequeñas, una piedra de unas vacaciones con su familia, las postales que le envié en cada uno de mis viajes, una flor seca que fue la primera que un chico le regaló, una entrada de cine, de un concierto en la playa y de una discoteca de la que nos echaron a patadas después de que Maite vomitara en la cabina del dj, su muñeca favorita, las gafas que Maite llevó durante años que le hacían parecer una azafata del *Un, dos, tres*. Y entre todos esos retazos de nuestra vida ahí está.

Mi lista.

Sonia me pasa una hoja cuadriculada con corazones rojos dibujados en las esquinas y con la caligrafía horrorosa de la niña de ocho años que un día fui.

La agarro con fuerza entre los dedos para que ella no note cómo me tiemblan las manos. La había olvidado por completo, aquella lista que hice con mi padre en la cual describía al chico de mis sueños.

Cuando cumplí diecisiete años se la regalé a Sonia. Hasta entonces había ocupado un lugar esencial en el corcho de mi habitación, pero un día, sin más, dejó de importarme. Pensé que no era más que un juego de niños y me creía tan adulta en aquel momento que arranqué la hoja de la pared y la tiré. Supongo que no lo había hecho antes porque a mi madre le encantaba y a Sonia le parecía una idea adorable digna de una heroína romántica. Recordé ese último detalle y pensé que quizá a ella le gustaría tenerla para rellenar aquel viejo baúl que le había regalado su abuela y en el que te podías encontrar cualquier cosa, así que la recuperé de la papelera y Sonia la guardo agradecida como si de un tesoro se tratase. Hasta hoy.

Trago saliva y leo en voz baja mientras me seco las lágrimas que han empezado a caer por mis mejillas y que mojan la lista emborronando un par de corazones que ahora parecen rotos. Sonia me mira en silencio, no hay nada que pueda decir en este momento, pero sabe perfectamente lo que acabo de descubrir y cómo me siento.

El chico de mis sueños:

—Tiene que ser pirata y me llevará en su barco a explorar el mundo.

—Más alto que yo, para que llegue al tarro de galletas que mamá esconde en el armario de la cocina.

—Con los ojos color chocolate, que es lo que más me gusta del mundo entero.

—Que sepa contar chistes.

—Que le guste a papá (papá me ha obligado a poner esto).

—Que me cuente historias de todas sus aventuras, porque será muy valiente y viviremos muchas más juntos.

—Que tenga una letra bonita, para que él escriba mis redacciones y así la señorita Carmen dejará de mandarme cuadernillos de caligrafía.

—Sabrá hacer malabares con naranjas, como el hermano de Maite, que es la cosa más difícil del mundo entero.

—No tendrá miedo a nada, ni a la oscuridad, ni tampoco a Benito, el amigo de papá que arregla los dientes.

—Será mi mejor amigo y seremos felices por siempre jamás.

Cuando acabo de leerla miro a Sonia con la clara convicción de que he cometido el mayor error de mi vida; porque puede parecer una tontería que escribiría cualquier niña de esa edad, pero en este instante he descubierto algo más, que para mí esa descripción solo puede corresponder a Mario y que aunque hubiera errado en algo, la Oli de ocho años estaría más que dispuesta a modificar lo que hiciese falta para que Mario encajara en ella.

Sigue sin abrir la boca, pero sus ojos transmiten tanta ternura que no hace falta que diga nada, con que esté a mi lado es suficiente.

—¿Tú crees que Mario sabrá hacer malabares con naranjas?

Sonia suelta una risita y sacude la cabeza.

—No lo sé, pero es muy listo, si no sabe podría aprender.

—Eso es verdad, de todas formas tampoco tiene un barco.

—Pero es un pirata, al menos en fin de año lo fue. Oye, ¿no tiene una moto? Eso podría valer, ¿no te parece? Algo así como un pirata moderno.

Me guiña un ojo y leo de nuevo aquella lista que pensé que nunca volvería a ver, pero esta vez lo hago sonriendo. Esa lista que no fue más que un sueño que tuvo una niña de ocho años en el que dejó de creer según pasaba el tiempo y crecían las decepciones, sin saber que un día de verano muchos años después, ese sueño se pararía frente a ella y pondría su mundo patas arriba con una simple frase.

—Hola de nuevo, ¿estás bien?

—¿Sabes que tienes unas pestañas larguísimas?

Mario, con sus ojos de chocolate, el chico que he estado esperando toda mi vida.

Continuará...

Agradecimientos.

No sé ni por dónde empezar. Creedme si os digo que esto me cuesta muchísimo más que escribir *La lista de Oliva*, sobre todo porque no quiero que acabe pareciendo ni una cursilada intragable, ni todo lo contrario y que se parezca más a una lista de la compra de tanto enumerar sin ton ni son. Así que sed buenos... □

Antes de dar las gracias tengo que pedir perdón. Perdón por haberos ocultado esta pequeña parte de mí, pero lo escondí debajo de un montón de razones que a mí me parecían de peso, pero que no dejaban de ser un puñado de miedos e inseguridades que para lo único que servían era para poner trabas a un sueño. Un sueño que me acompaña desde que tengo uso de razón, ser escritora, al menos públicamente, porque desde que aprendí a escribir nunca he podido dejar de hacerlo.

Nunca pensé en que lo que para mí no era más que una necesidad, pudiera hacer sentir algo a alguien más. Lo que fuera, que pudiera servir para evadirse de los problemas, provocar una carcajada o simplemente, para pasar un buen rato. Además, no soy especial en ese sentido, y me aterrorizaba que alguien me dijese que no era más que una mierda del tamaño de Japón. Soy humana, al fin y al cabo, y prefería vivir en la ignorancia (pero con el buen sabor de boca que te deja el saber que, aunque mediocre, has conseguido hacer algo que te habías propuesto), a que me dijeran que no valía para nada.

Me costó mucho tirarme a la piscina, sobre todo por la sensación de desnudez total que suponía enseñar algo tan tuyo que ni siquiera tus íntimos sabían que existía; supuso abrirme en canal y lanzar al mundo una parte de mí misma y arriesgarme a que fuese pisoteada.

Finalmente lo hice; di el paso, porque en la vida pasan cosas malas continuamente, a ti o a la gente que quieres, que te hacen abrir los ojos y darte cuenta que, eso que suena más a frase que puedes leer en el baño de un bar (sí, yo también lo hago), rollo "*carpe diem*", no es más que la pura verdad, porque la vida son dos días y nunca se sabe si, en el caso de no haberlo hecho, hubiera tenido en el futuro otra oportunidad. Lo hice, porque no ha sido mi mejor año y necesitaba sentirme CAPAZ de algo, independientemente del resultado. Lo hice, porque Hugo (mi *amooool*) siempre creyó en que podía hacerlo y en que si era mío con toda seguridad sería bueno, aunque no hubiera leído ni siquiera una frase. Lo hice, porque hace tiempo ya aprendí que es mejor arrepentirse de hacer algo que de no hacerlo. Y porque ya que nunca he plantado un árbol, ni tengo hijos, al menos puedo decir que he escrito un libro. ¿Por algo se empieza, no?

Y ahora sí.

Gracias a los que considero mi familia (la biológica, la política y la adoptada), porque es verdad eso que dicen que la familia te toca, no se escoge, pero parece que en ese caso yo me llevé el boleto ganador.

Gracias a mis *amig@s*, a los de todos los días, a los que aunque estéis lejos os siento cerca, a los que estuvisteis cuando realmente se necesitaba, a los que compartisteis el trayecto conmigo en algún punto de la vida para no volver nunca más; gracias a aquellos con los que crecí y a los que han ido apareciendo por el camino y con los espero seguir creciendo. Porque gracias a cada uno de vosotros soy lo que soy.

En especial, gracias a mis niñas (Bárbara, Bego, Eva, Judith), porque hay un poquito de cada una de vosotras en esta historia y porque es un orgullo ser vuestra amiga.

Y a Glo, porque gracias a ti aquellos años agridulces cobran sentido y porque si no fueras tan rara, no te querría tanto.

Y a Gavi, porque con nuestra edad poca gente puede presumir de tener una amiga desde hace 25 años y de las que son para siempre.

Gracias a las primeras lectoras (Evo, Ainho, Patri, Noa y mamá), por los consejos, las críticas y las correcciones y, sobre todo, por ilusionaros con la novela como si fuese vuestra.

A Carlos, por su tiempo, por su apoyo y por tomarse en serio una novela "tan de chicas".

Y a *Las anchoas voladoras*, porque no soy capaz de imaginarme una portada más bonita que esta.

Y a Neo, porque ser el mejor perro del mundo.

Y a Hugo, por darme el empujón que necesitaba. El mérito es tuyo, porque sin ti nunca lo hubiese hecho.

Por último a ti que estás leyendo esto, seas quien seas, por concederme tu tiempo y hacerme feliz.

Sobre la autora.

Andrea Longarela (Valladolid, 1985).

Neira es el seudónimo bajo el que he escrito mi primera novela. Me licencié en psicología en la Universidad de Salamanca y actualmente resido en Valladolid con mi novio y mi perro Neo. Apasionada de la lectura y de la escritura, llevo toda la vida escribiendo, pero hasta ahora nunca se me había pasado por la cabeza la posibilidad de publicar. Hasta hace unos meses tenía mi propio negocio, pero la maldita crisis hizo que cerrara y que volcara toda mi energía en lo único que me seguía motivando, escribir. *La lista de Oliva* es el resultado.

Puedes seguirme en las redes sociales como Neira.

